¿EN TU casa O EN LA MÍA?



Anabel Botella

¿En tu casa o en la mía?

Anabel Botella

ÍNDICE

Sinopsis
Prólogo 1
Prólogo 2
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo
AGRADECIMIENTOS
LISTA DE CANCIONES
LA AUTORA
OTROS LIBROS EN KINDLE

Sinopsis

¿En tu casa o en la mía?

Se suponía que Penélope se iba a casar con Jaime, pero él le pide un descanso. Después de cuatro meses, ella sigue esperando una llamada que no llega.

Un vecino de origen coreano se acaba de mudar a su edificio y trastoca todos los planes de Penélope. Solo los separa la pared de una terraza.

Lo que comienza como una invitación a compartir un cigarrillo para dormir, termina con que Penélope olvide a Jaime por unas horas.

Hugo es una fantasía hecha realidad. De repente, Penélope se ve atrapada en su propio kdrama, esas series coreanas que tanto le gusta ver.

Porque hay locuras que merecen vivirse.

Y a la pregunta de «¿en tu casa o en la mía?» solo cabe una respuesta: contigo siempre.

A mi madre,

la mujer con la sonrisa

más bonita del mundo.

A mi padre se lo parecía

y a mí también.

Prólogo 1



Penélope

Lo miré sin poder cerrar la boca. Estaba perpleja, también anonadada y puede que algo cabreada por lo que Jaime me acababa de soltar. No sabía muy bien cómo tomarme esas palabras.

—¿Esto es una especie de prueba para ver cuánto tiempo puedo estar sin ti? ¿O es para demostrarte lo mucho que te quiero? Porque si es así no tiene ninguna gracia.

—No es ninguna broma —me dijo.

Me mojé los labios. Estaban algo secos.

—O sea, ¿me estás diciendo que quieres terminar? —le pregunté tragando saliva.

—No exactamente. Te estoy pidiendo tiempo, que no es lo mismo.

—A mí me lo parece, es casi lo mismo.

—Solo quiero que entiendas mis necesidades —comentó pasándose una mano por el cabello.

Él estaba tan nervioso como yo.

—Si acabamos de comprar los billetes para celebrar nuestro aniversario en París. Creí que estábamos bien.

Los habíamos pillado con tiempo, con más de ocho meses de antelación para no pagar un dineral. El viaje era para finales de junio. Con todo y con eso, los cuatro días en la ciudad del

amor nos habían costado trescientos euros a cada uno. Puede que para Jaime no supusieran un gran esfuerzo, pero para mí sí. Aunque me iba bien con mi negocio, tenía todos mis ahorros invertidos en él.

—Y lo estamos, pero me apetece probar cosas nuevas. No quiero tener que arrepentirme más delante de no haber hecho cosas por estar contigo.

—Lo dices como si te cortara el rollo. Podemos hacerlas juntos, como siempre hemos hecho. ¿Qué necesitas? ¿Quieres que nos tiremos en paracaídas? ¿Te apetece subir al Everest? ¿Que viajemos en catamarán de Ibiza a Formentera? No sé, dime qué cosas te apetece hacer. Y, además, ya hemos reservado el restaurante para el año que viene. ¿Tenemos que anular también la boda?

—Nadie ha dicho que haya que anular nada. Esto es por nuestro bien. Saldremos más reforzados de este respiro. Quiero echarte tanto de menos como al principio de lo nuestro. Nos hemos acomodado en nuestra rutina.

Forzó una sonrisa.

—No podemos volver a tener de nuevo diecinueve años —le recordé—. Además, yo no volvería a esa época. Si éramos unos pardillos.

Reprimió un suspiro y rodó los ojos hacia atrás.

—Quiero experimentar por mi cuenta. —Apretó los dientes—. Siento que me estoy ahogando.

Jaime y yo llevábamos juntos desde la universidad. Nos conocimos en segundo de carrera, y de eso hacía algo más de ocho años. Yo llevaba la cuenta de los días: ocho años, cinco meses y veinte días.

Ambos estudiamos lo mismo, filología hispánica, aunque yo decidí colgar el título cuando acabé la carrera y abrí mi propia pastelería-cafetería dos años después, tras descubrir que me encantaba la repostería en París, mientras que él daba clases en un instituto. Cuando terminamos nuestro tercer año de carrera, al llegar el verano, viajamos por media Europa con una mochila a cuestas, haciendo autostop y durmiendo en campings y albergues porque íbamos muy

pillados de pasta. Con él había hecho cosas de las que no estoy orgullosa, pero también eso hizo que nuestra relación fuera más fuerte. Nos tatuamos un corazón y una flecha en la muñeca, fumamos marihuana en Ámsterdam y después robamos una bici para regresar al albergue en el que nos quedábamos a dormir. No nos pillaron, pero al día siguiente dejé la bici en el sitio donde la encontramos. No pude dormir en toda la noche por los remordimientos. También tocamos canciones en el metro de París para conseguir dinero. Yo cantaba y él me acompañaba con la guitarra. Yo no era Taylor Swift, pero me defendía bien y al menos no destrozaba las canciones.

En Verona tuvimos que salir corriendo de una iglesia porque una de las fantasías de Jaime era hacerlo en un confesionario. A él no le dio tiempo de ponerse los pantalones y a mí no me dio tiempo a recoger mis bragas. También nos pilló el dueño de una barca en Formentera completamente desnudos en plena faena. Al menos, cuando regresamos a la playa, nuestra ropa seguía en la arena.

Ese era el tipo de cosas que pensaba que Jaime quería probar, algo que le pudiésemos contar a nuestros nietos el día de mañana. Porque Jaime siempre tuvo claro que yo era la mujer con la que quería casarse y tener hijos y nietos. A veces me recordaba algunas cosas que habíamos vivido juntos y lo que nuestros hijos se iban a reír. Había planificado los niños que tendríamos y sus nombres: América, Indiana y Milan. Incluso nos imaginamos teniendo un perro que se llamara Supermán, porque era nuestro superhéroe favorito, y una gata que se llamara Canela, porque así se llamaba mi pastelería. Bueno, en realidad le había puesto Fresa y Canela, porque eran dos sabores que me gustaban mucho.

Otro año, cuando acabamos la carrera, viajamos por la costa del sur de España y yo echaba el tarot en todas las ferias de atracciones que nos encontrábamos. Jaime decía que se me daba bien, porque tenía intuición.

Para lo que me había servido; tener tanta perspicacia y no haber visto que quisiera pasar de mí.

—Es que no lo entiendo —repetí.

—No hay nada que entender. Necesito tomarme un descanso —insistió una vez más, por

si no me había quedado claro.

—Me estás haciendo un Rachel —afirmé.

Jaime pareció no entender lo que le decía.

—Sí, me refiero al capítulo quince de la tercera temporada de *Friends*, cuando Rachel le pide un descanso a Ross. Y después todo se lía.

Jaime puso los ojos en blanco otra vez y entendió lo que le quería decir.

—No nos tiene que pasar lo mismo.

No lo veía claro.

—Eso no lo sabes —repliqué.

—Además, al final acaban juntos —me recordó.

—Un descanso implica que si te apetece follar con otra chica lo harás y no pasará nada porque nos hemos tomado un descanso.

Apretó los labios y se marcó una sonrisa incómoda al tiempo que yo parpadeaba muy rápido para no dejar escapar una lágrima que luchaba por salir.

—Lo has pensado, ¿verdad?

Se encogió de hombros. ¿Me estaba reconociendo que había otra o yo había entendido mal su gesto?

—Hay otra, ¿no es cierto? —le pregunté sin andarme por las ramas.

—No, pero es que no quiero estar cerrado a esa posibilidad. Has sido mi única novia y no sé… estoy hecho un lío. Para ti es más fácil. —Se cruzó de brazos.

—¿Y eso por qué?

—Porque tú has tenido novietes antes que yo.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—¡Vamos, Jaime, no me salgas con esas! Uno fue en la guardería, otro cuando iba a cuarto de primaria y el tercero cuando iba a primero de la ESO. Esos no cuentan. Si ni siquiera nos dimos un beso. Tú eres el único hombre al que he besado.

—Te enrollaste con tu mejor amiga en el instituto.

—¡Y qué tiene que ver eso! Yo solo sé que quiero estar contigo. No me hace falta tomarme un descanso para saberlo.

—Tus necesidades no son las mías.

Me costaba reconocer al Jaime que tenía delante y del que me había enamorado.

—Eso implica que yo también pueda conocer a otro. ¿No te importa?

Negó con la cabeza.

Intenté respirar con calma, aunque me resultó difícil, porque el corazón me iba a mil por hora y estaba hiperventilando.

No sé si prefería que cortara directamente conmigo o que alargara una situación que no iba ni para adelante ni para atrás.

—¿He hecho algo mal, algo que te hiciera sentir incómodo?

—No eres tú, soy yo.

Me tuve que morder el labio. Si había una frase cliché en una película o en una novela que odiaba era justo esa. Porque esa frase en realidad sí quería decir que ya no sentía lo mismo, pero se decía para quedar bien. Y sí que era yo, porque de no ser así no me habría pedido un descanso. Quería apartarme de su vida.

—¿Y cuánto tiempo te vas a tomar? —quise saber.

—No lo sé. Puede que solo sea un día, una semana o un mes.

—O puede que sean seis meses.

Chasqueó los labios. Él no me sacó de dudas. Se limitó a encogerse de hombros.

—Solo te digo cómo me siento. Estoy siendo sincero.

—Hay momentos en los que la sinceridad es una mierda —repliqué.

Se dio media vuelta, aunque antes de marcharse, se me quedó mirando con una intensidad que me desarmó por dentro. No sé si quería despedirse con un beso o puede que se hubiera arrepentido y me dijera que se lo había pensado mejor y que olvidara la conversación que habíamos tenido.

—¿Dónde te quedarás a dormir? —inquirió.

Por un segundo me quedé sin aire. ¿Me estaba pidiendo que recogiera mis cosas y me marchara de su casa? ¿Era eso lo que me había querido decir? Él había heredado el piso de una tía abuela que lo había criado como a un hijo y decidimos que era buena idea vivir allí.

—No lo sé. Aún no me ha dado tiempo a procesar que quieres tomarte un descanso de lo nuestro.

—No quiero meterte prisa, pero tienes todo lo que queda de mes para recoger tus cosas.

Sus palabras sonaron tan frías que sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

Había entendido bien, me estaba largando de su casa. Eso suponían seis días.

—Está bien. Cuando cierre la pastelería, empezaré a recoger todas mis cosas —terminé por decir.

—A ver, puedes dejar lo que quieras. Sé que seis días son pocos para recoger todas tus cosas. Esto no es un adiós, es un punto y aparte.

Antes de que se marchara de la pastelería, salí por la puerta del obrador corriendo y lo detuve.

—Eso implica que tampoco podré llamarte para saber cómo estás.

Tragó saliva.

—Lo único que sé es que te quiero mucho, pero ahora mismo necesito…

Quererme demasiado no era suficiente para que estuviésemos juntos. El amor no todo lo podía.

Asentí con la cabeza. Comprendí por qué había venido a la pastelería a la hora de la sobremesa. No deseaba que discutiera con él. Si lo hubiésemos hablado en su casa, otro gallo hubiera cantado.

—Espacio. Lo he entendido —terminé de responderme yo misma la pregunta—. Está bien. Si es lo que necesitas, no seré yo quien te corte las alas. Ya sabes dónde estoy.

Prólogo 2



Hugo

Cuatro meses después

Me despertaron unos gritos. Me senté en la cama con el corazón bombeándome con fuerza en el pecho. Puse atención por si hubiera alguien en peligro. Enseguida me di cuenta de que era una mujer que lo estaba dando todo a primera hora de la mañana. Se trataba de *Mamma mia*, de ABBA.

Just one look and I can hear a bell ring

One more look and I forget everything

Mamma mia, here I go again

My, my, how can I resist you?

Mamma mia, does it show again

My, my, just how much I've missed you...[1]

Sabía casi todas las canciones de esta banda sueca, porque a mi hermana le encantaban el grupo y la película. Me había obligado a verla, aunque luego me desquité con ella con *Tren a Busan*, una película surcoreana de acción y zombis que me había gustado bastante.

Los chillidos siguieron. Tiré una zapatilla a la pared por si se callaba. ¡Qué manera de empezar la mañana! Con esos gritos no necesitaba un café para despejarme. No es que cantara mal, de hecho lo hacía bastante bien, pero en esos momentos necesitaba descansar.

Era la primera mañana que pasaba en mi nueva casa. Nadia, la vecina del tercero, me había dado la bienvenida cuando me entregaron las llaves del piso. Y segundos después, me había presentado a todos los vecinos del edificio. A la única que no conocía era a la mujer que vivía puerta con puerta conmigo.

Me había dejado caer que era muy atractiva y no tenía novio. Como si a mí me interesaran ese tipo de cosas. Aun así, Nadia fue muy insistente con que era un buen partido. Para casamentera ya tenía a mi abuela. Por un tiempo no quería oír hablar de bodas, salvo de la de mi hermana. Me había librado de un matrimonio que nunca quise y no pensaba entrar en el mismo juego con Nadia.

Una vez hizo todas las presentaciones, ya me comentó en ese momento que el edificio era tranquilo y que nunca pasaba nada.

Mi vecina siguió cantando a pleno pulmón, y eso que eran las siete y media de la mañana. Me tapé con la almohada para ver si conseguía volver a dormirme. Pero era imposible.

¿Nadie le había dicho que tenía que respetar el descanso de los vecinos? Pero después de terminar con la canción de ABBA, no se calló, sino que siguió con una de Coque Malla:

…Me dejó marchar

Hace mucho tiempo

Me dejó marchar

Demasiado tiempo…

Salí a la terraza para despejarme un poco. No me vestí. Solo llevaba una camiseta de manga corta y unos calzoncillos. Tenía la suerte de que frente a mi edificio hubiera unas cuantas casas bajas y nadie me podía ver en ropa interior, ni tampoco desde el piso de al lado. Nos

separaba un muro que preservaba mi intimidad.

Hacía un día agradable. Estábamos casi a finales de abril y ya se notaba el calor.

Me desperecé levantando los brazos por encima de la cabeza e hice unos cuantos estiramientos. La noche anterior había sido movida. Sergio y yo habíamos detenido a un mal tipo que estaba maltratando a su esposa en plena calle. Antes de esposarlo, estuve tentado de darle unas cuantas hostias para que se olvidara de ponerle una mano encima a una mujer. Si no lo hice fue porque yo solo me dedicaba a detener a esos tipejos, no a impartir justicia.

Tuvimos que pedir apoyo, ya que Sergio recibió un puñetazo en el pómulo. Eran gajes del oficio. Tenía un pequeño hematoma.

La vecina también salió a la terraza y, aunque nos separaba un muro de dos metros, la seguía oyendo. Me asomé por encima del muro para pedirle que bajara el volumen de su voz, pero en cuanto la vi, me quedé sin habla. No era como me había imaginado. No sé por qué, había supuesto que la mujer era un poco más anodina, más del montón, pero era todo lo contrario a la primera idea que me había hecho de ella.

Era rubia y bailaba con los ojos cerrados en la terraza de al lado con un cepillo en las manos. Era obvio que le ponía pasión a lo que hacía. Me fijé en que iba en bragas y sujetador de encaje azul, que contrastaba con la palidez de su piel. Tragué saliva y noté un tirón en mi entrepierna. No quise cortarla. En ese momento, me dio igual cómo cantara, solo deseaba que continuara bailando. Se movía con sensualidad y seguí el ritmo de sus caderas con la mirada.

¡Qué peligro tenía la rubia! Viéndola más de cerca, no me importaba que me despertaran todos los días con un espectáculo así.

Cuando dejó de cantar, me escondí tras el muro que separaba ambas viviendas. El corazón me iba a mil. No quería que me viera y que me tachara de mirón. Me percaté de que entraba de nuevo a su casa. Cerró la ventana que daba a la terraza y bajó la persiana.

Ya había conocido a la última vecina del edificio y no tenía muy claro si hubiera preferido seguir sin saber nada de ella. Con suerte, no coincidiríamos. Mis horarios eran un poco locos, aunque si seguía cantando de esa manera, le pediría que bajara un poco el volumen por las

mañanas.

Me tumbé en una de las hamacas y traté de olvidarme de la rubia y de cómo movía las caderas. Solo era una chica que estaba bien y ya está.

Como hasta las dos de la tarde no tenía que entrar a trabajar, me tomaría la mañana con calma.

Miré la terraza de mi nuevo piso. A pesar de la actuación de la rubia, había hecho una buena compra. No hacía ni dos semanas que me había mudado desde Madrid, aunque había comprado la casa en Paterna seis meses antes. En ese tiempo, le hice unos cambios al piso, porque todo estaba de origen. Necesitaba darle mi toque, sentir que al fin tenía mi propio espacio. Llevaba pidiendo el traslado a Valencia más de cuatro años. Durante todo ese tiempo estuve viviendo en casa de mi abuela.

En el mismo instante en que me lo concedieron, hacía ocho meses, me dediqué a buscar una vivienda cerca de la casa de mi madre.

Ella era el motivo principal por el que volvía a Paterna. Aunque también lo hice por mi hermano, porque sabía por mi madre que cada vez estaba más perdido y estaba a punto de echar su vida por la borda. Y eso sí que no me lo perdonaría.

Pensar en Dylan conseguía removerme por dentro.

Durante el tiempo en el que viví en casa de mi abuela, había limado asperezas entre ella y mi madre. La relación entre ambas se había suavizado bastante e incluso accedí a que me concertara una cita a ciegas con la hija de los señores Jung. Eso fue el detonante para que mi abuela le abriera de nuevo las puertas a su hija. Todo por satisfacer a mi abuela, todo por cumplir con unas tradiciones que no tenían sentido en el país que acogió a mis abuelos hacía más de cincuenta años. Ella, como parte de la comunidad, vivía anclada en el pasado.

Había otro motivo de peso. Esa pequeña familia coreana que vivía en Madrid me llegó a resultar asfixiante. Sus fuertes valores morales me pesaban como una losa. Por un tiempo pensé que mi sitio estaba allí. Creía que hacía lo correcto al irme a vivir con mi abuela y estaba convencido de que encontraría mi lugar. Intenté ser todo lo que no me recordara a mi padre, el

hombre que destrozó la vida de mi madre, la mía y la de mis hermanos. Mientras viví en casa de mis padres, advertí cómo mi madre se pasaba la mayor parte del tiempo con miedo. Podía sentir ese frío de no tener a nadie que la abrazara. Yo no quería acabar como ella, alguien que necesitaba desesperadamente cariño y apoyo. Aunque fueron muchas las veces que intenté abrazarla, la sentía como una carcasa vacía. Esa comunidad dio sentido a mi vida durante una época.

Con el tiempo me di cuenta de lo equivocado que estaba. Yo no podía olvidarme de quién era. Yo había nacido en España, no en Corea. Aunque me esforcé en ser parte de ellos y valoraba que me aceptaran, no funcionó. Durante años sentí que mi sitio estaba dentro de aquella pequeña familia donde nadie me miraba por mis ojos rasgados y nadie me señalaba por tener un color de piel diferente. Sin embargo, cuanto más me esforzaba, más desdichado me sentía yo.

Y supe que mi sitio no estaba en aquella comunidad, donde el tiempo se había detenido en casa de mi abuela. Allí las cosas funcionaban con otro ritmo. Cada vez que salía a trabajar me topaba con otra realidad bien distinta. Y entendí que no me podía aferrar a unas ideas con las que no me encontraba a gusto.

Porque el mundo avanzaba y mi abuela se había quedado en el pasado.

Tomé la decisión de alejarme de todo aquello por el bien de mi salud mental. Aunque, en ocasiones, me encontraba que no era ni de un sitio ni de otro. Por eso necesitaba alejarme de aquel ambiente, de aquellas reglas, para volver a ser quien era.

El portazo de la puerta de al lado, me sacó de mis recuerdos. Apenas había dormido más de una hora, pero sabía que no volvería a la cama. Me fui a la cocina y me preparé un café y unas tostadas para desayunar. Comí con calma en la terraza, en una mesita que había comprado hacía pocos días.

Tenía ganas de salir a correr. Eso siempre calmaba mis ideas. Después de buscar unos pantalones y una camiseta de deporte, me calcé unas deportivas. Me puse música en el móvil, salí de casa y bajé los escalones de tres en tres.

Tras hacer más de doce kilómetros, me presenté en casa de mi madre. Llevaba unos días

que no se encontraba bien y me ofrecí a hacerle la compra o lo que necesitara de mí. La encontré en la cama.

—¿Qué hora es? —quiso saber levantándose.

Le toqué la frente para saber si tenía fiebre.

—Son las nueve y media. Hoy tienes mejor cara. No te levantes por mí. Si estás de baja, deberías cuidarte mejor.

Y aunque a ella no le gustara, la abracé. Se quedó quieta y le faltó el aliento.

—Solo es un abrazo. —La tranquilicé.

La oí tragar saliva.

—¿Has desayunado? —Se zafó de mi abrazo—. Voy a preparar un café. Si quieres te hago unos huevos revueltos con unas salchichas.

Esa era su manera de quererme.

—No te molestes. Puedo hacerlo yo.

—Deja que te cuide un poco. Ahora que has regresado, te quiero mimar para que no eches de menos Madrid.

—No quiero volver allí. Me voy a quedar aquí. Voy a estar a tu lado.

Ella me miró a los ojos.

—¿Qué tal en tu casa nueva?

—Era justo lo que quería. Vendré a visitarte casi todos los días. Me ha venido bien este cambio de aires.

No lo dijo, ni me preguntó cómo me había ido en Madrid, pero ella me conocía muy bien y sabía lo mucho que me había costado aceptar que mi abuela concertara un matrimonio.

—No sabes lo que me alegro.

Mi madre se sentó en una silla y comenzó a toser.

—¿Quieres que te prepare una sopa para el resfriado? ¿Tienes *Yuja Cha*? —pregunté. Ella me señaló la despensa—. Te hago una infusión y te la llevo a la cama. De comer te haré una sopa de pollo con ginseng. Te vendrá bien.

—Deja, deja, ya puedo hacerlo yo.

—Sé que puedes hacerlo tú, pero si he pedido el traslado a Valencia es para cuidarte.

—Me tratas como si fuera una pobre anciana. Cuando tenga nietos, me podrás tratar como a una vieja, pero mientras tanto, me las puedo apañar yo sola. Tengo sopa en la nevera. Ayer hice una olla grande.

Solo me dejó prepararle la infusión, que nos tomamos juntos en la mesa de la cocina. Después, abrió la puerta del frigorífico y sacó varios táperes.

—Cuando te vayas, te los llevas a tu casa.

—Y yo que había venido para cuidarte.

Sus ojos eran apenas visibles, pero su sonrisa era luminosa.

—Recuerda que los padres cuidamos de los hijos. Siempre has cuidado de mí y de tus hermanos. No me cansaré de decirte lo buen hijo que eres.

La miré con orgullo. Nuestras cicatrices eran parecidas y durante años nuestra lucha fue la misma. Por ella fui valiente y por ella me enfrentaría a todos los gigantes que se pusieran en mi camino. Porque se lo debía todo a esa mujer que me había dado la vida.

Capítulo 1



Penélope

Habían pasado más de cuatro meses desde que Jaime me pidiera un descanso de lo nuestro. Todas las noches le escribía un mensaje al WhatsApp que no enviaba, y no sé si algún día dejaría que leyera todo lo que le contaba. Desde que empecé a escribirle, le decía lo mucho que lo echaba de menos y lo duro que estaba siendo estar sin él. También le hablaba de cómo me había ido el día, como cuando vivíamos juntos.

La incertidumbre de si me seguía queriendo o no me estaba matando.

Respetar su decisión me estaba costando más de lo que había imaginado, aunque alguna que otra vez había sentido el impulso de pasear por su calle por si me lo encontraba por *casualidad.* Conocía sus horarios, cuándo iba al gimnasio, cuándo iba a comprar o cuándo iba a visitar a sus padres, y me podía hacer la encontradiza, pero no quería parecer una acosadora. Aunque siendo sincera, temía un poco mi reacción, porque si por una de esas me lo encontraba por la calle, puede que terminara de rodillas frente a él y le suplicara que me dijera cuánto tiempo iba a durar aquella agonía.

Gabi, mi mejor amiga del instituto, con la que una vez me enrollé, no hacía más que decirme que le olía mal no haber tenido ni una sola llamada por su parte. Yo no quería ponerme en lo peor, le había dado el beneficio de la duda. Si decidía no seguir conmigo esperaba que no

tardara mucho en decírmelo.

Cuando me fui de su piso, recogí toda mi ropa, mis fotos y algunas cosas que había comprado yo, como mis plantas y mis cacharros para cocinar. La Thermomix que me regalaron mis padres la llevé a la pastelería. Dejé algunas cosas, como mi sillón para leer, una lámpara de pie, una mesa y unas sillas que compré para la cocina y la colección de cómics, mangas y mis libros.

Desde el principio, mis padres me apoyaron y me dejaron que ocupara el piso de mi abuela. Respetaron mi independencia y no me presionaron para que regresara con ellos. Volver de nuevo a Paterna no era lo que yo deseaba, pero de momento no me daba para alquilar un piso yo sola. A mí me encantaba vivir en Valencia, me gustaba la ciudad porque no tenía que depender tanto del transporte público y porque las opciones de ocio eran más variadas. La casa de Jaime estaba cerca de la pastelería, a unos veinte minutos caminando. Desde Paterna, perdía más de una hora en el trayecto de mi casa al trabajo.

Por otra parte, la ventaja de ser hija única es que pusieron el piso a mi nombre al mes de estar viviendo allí. Yo no lo vi claro, porque s e suponía que este respiro iba a ser temporal, así que esperaba su llamada el día menos pensado. Sin embargo, mis padres me dijeron que si un día me decidía a vender ese piso, lo podría invertir en otro en Valencia cuando estuviera mucho más desahogada.

En ese tiempo, me había dedicado a dar a conocer mucho más mi pastelería. Todos los días subía fotos y *reels* a Instagram y hacía vídeos para Tik Tok, lo que había hecho crecer la clientela. Había otra razón por la que empecé a estar mucho más activa en redes sociales, y era porque quería manifestarle a Jaime que no estaba tocada y hundida. Puede que fuera infantil por mi parte exponerme de esa manera, pero también era una manera de demostrarme a mí misma que podía seguir sin él.

De momento, no había dejado de seguirme en Instagram, lo que yo interpretaba como una buena señal.

Me empezó a ir tan bien, que me estaba planteando contratar a una cuarta camarera para la terraza que quería abrir en la calle de cara al buen tiempo. Necesitaba también a otra persona que me ayudara en el obrador.

Me consolaba que al menos había algo en lo que me iba genial, porque, desde que me marché de casa de Jaime, no me había interesado ningún chico.

Salí de mi trabajo bastante cansada y corrí hasta la parada del autobús para no perderlo. Era el último y si lo perdía tendría que llamar a mi padre para que viniera a recogerme en coche. Sabía que el carné de conducir era una de mis asignaturas pendientes y que tendría que sacármelo un día de estos, pero es que apenas tenía tiempo. Esa tarde, me había entretenido más de la cuenta preparando tres tartas para la fiesta de jubilación de una amiga de mi madre y pasarían a recogerla sobre las doce del mediodía del día siguiente.

Cuando subí al autobús, me senté en uno de los asientos de la última fila. Solía ponerme al lado de la ventanilla. Abrí mi Instagram para cotillear a Jaime. Hacía mucho tiempo que no subía nada, así que no sabía cómo le iba la vida. Tras revisar mi perfil en las redes y responder algunos comentarios, dejé caer la cabeza en el cristal de la ventana. Solo pensaba en darme una ducha muy caliente, en cenar lo que hubiera preparado mi madre y en ver una serie coreana desde la cama.

Mi madre me pasaba todas las semanas varios táperes con comida porque pensaba que no sabía cocinar y que me moriría de hambre si ella no me alimentaba. No le entraba en la cabeza que tenía una pastelería y que me desenvolvía muy bien entre fogones. Por no discutir con ella, aceptaba sus táperes y cuando llegaba a casa solo tenía que sacarlos de la nevera. Al menos no tenía que preocuparme de hacer ni la comida ni la cena, ni siquiera hacía la compra. Mis padres la hacían todas las semanas por mí y me venía bien no tener que ocuparme de ese tema.

Como tenían una llave de casa, esa noche me habían dejado una tortilla de patatas en el microondas. No había nadie que la hiciera como mi padre, así que siempre que cocinaba una, me llevaban un trozo bien grande a casa.

Tras bajar del autobús y enfilar mi calle, vi que un chico bastante alto me seguía. No

podía verle la cara. Pasaban las once de la noche, no había casi nadie por la acera y no tenía ganas de correr, así que apreté el paso. Al cerrar la puerta de mi portal, ese mismo chico que me había seguido, golpeó con los nudillos el cristal para que le abriera.

—Soy el nuevo vecino, el de la puerta once.

Sabía que se había instalado alguien nuevo en el piso de al lado, pero no lo conocía. Le di un repaso de arriba abajo y después me giré. Pasé de sus toques con los nudillos en la puerta y pulsé el botón del ascensor.

—¿Me puedes abrir, por favor? Tengo las llaves en el fondo de la mochila.

Podía ser el nuevo vecino, pero también podía ser un violador o a saber qué. Me había seguido por la calle y ya era mucha casualidad que viviera en el mismo edificio que yo.

—Tú eres mi vecina. La del otro ático.

Abrí los ojos como platos, porque no sé cómo, lo había adivinado.

—Me llamo Hugo Bos… —hizo una pausa de más de tres segundos y se marcó una sonrisa—, sí, como la colonia. Puedes verlo en mi buzón.

Miré el buzón y leí su nombre, pero eso no significaba que fuera quien decía ser. Volví a mirar el nombre y me fijé en el segundo apellido. Se llamaba Hugo Bosch Kim.

Le di un golpe a la puerta del ascensor. Con toda seguridad alguien la tenía abierta y estaba hablando con una vecina. Podía escuchar sus risas desde el rellano. Habría subido por las escaleras, pero estaba muy cansada y ya había hecho bastante ejercicio ese día. Volví a dar un golpe a la puerta y grité por si la vecina se daba por aludida.

—¡Ya va! —respondió alguien desde arriba.

En el tiempo en el que bajaba el ascensor, Hugo abrió la puerta y se colocó a mi lado. Lo observé de reojo, y él también lo hizo.

—¡Hugo, cariño! —exclamó Nadia, la vecina del tercero, cuando salió del ascensor. Era de la edad de mi madre, pero ella no perdió la oportunidad de ponerle ojitos a un tipo que medía más de un metro noventa y que haría las delicias de muchas lectoras de novela romántica. Además, era oriental. Puede que su madre fuera coreana. Y siendo sincera, también era una de

mis fantasías hechas realidad. La verdad es que estaba bastante bien. Nadia le colocó la mano en el pecho y le dio un golpecito—. Que ya me ha dicho *la* Pili que te mudaste hace una semana. No sabes lo contentos que estamos contigo en el edificio. Tener un policía como vecino siempre nos hace sentir más seguros. No veas la de gente rara que ha venido a vivir al barrio. ¡Ah! Y está soltero. —Se giró hacia mí y me mostró una sonrisa inocente. Como si a mí me importara cuál fuera su estado civil. Eso no significaba que no estuviera comprometido con una chica coreana. Igual sus padres habían arreglado un acuerdo matrimonial, como hacían muchas familias de su país—. ¿Ya os conocéis? —Negué con la cabeza—. Ella es Penélope.

—Aún no nos hemos presentado como toca. —Hugo se giró hacia mí.

Hablaba español a la perfección y su voz era grave.

—Penélope hace unos pasteles riquísimos —siguió hablando mi vecina. Me señaló a mí, pero no dejó de mirar en ningún momento a Hugo—. También los prepara para los diabéticos, así que cuando quiero comer algo dulce se lo pido a ella. Todo lo que hace está de escándalo.

Hugo me ofreció su mano, y cuando yo se la estreché, se acercó para darme dos besos en las mejillas, algo que no me esperaba. Las tres veces que estuve en Corea visitando a Gabi, me parecieron un poco fríos; nada que ver con la imagen que me había hecho al ver los *kdramas*. No estaba en mi mejor momento e igual me mostré algo seca. Me llamó la atención que oliera a colonia de bebé. Y ese perfume, junto a su aroma personal, me aturdió. Quizás en otra persona no me habría llamado la atención, pero sí en él, porque olía de maravilla.

Llevar tantos meses sin sexo me estaba pasando factura. Estaba claro que necesitaba una alegría en el cuerpo.

—Si me disculpáis, quiero darme una ducha. —Era cierto lo de que la necesitaba, pero conociendo lo lianta que era Nadia, me temía que podía hacer de Celestina y concertarme una cita con él.

—¡Ay! Si es que no me doy cuenta y me entretengo con cualquier cosa. —Miró el reloj de pulsera—. Pero qué tarde es. Si hace media hora que salí de casa para tirar la basura y mirad dónde estoy aún. Mi hija pensará que me han raptado. Menos mal que estás tú aquí para

protegernos.

Nadia se dio media vuelta, pero antes de salir del portal, se giró, como si se hubiera olvidado de decirnos algo.

—Subo contigo. —Hugo se coló en el ascensor antes de que se cerraran las puertas y le dio al botón—. Yo también necesito una ducha.

Le mostré una sonrisa y subimos en silencio hasta el quinto. Me apoyé en una de las esquinas y volví a darle un repaso. Con la luz del ascensor me di cuenta de que tenía los ojos oscuros y rasgados, aunque eran suaves. No se había operado un segundo párpado, como hacían muchos orientales. La camisa que llevaba dejaba ver los músculos de sus brazos. Podría haber roto nueces con su antebrazo. No quise imaginármelo desnudo, pero fue inevitable.

No me había dado cuenta de que tenía un lunar en la comisura de los labios y que mis ojos no podían apartar la mirada de él. Incitaba a morderle la boca y perderse en ella.

Tuve que cerrar los ojos para detener esos pensamientos lascivos.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, ¿por qué? —dije abriendo de nuevo los párpados.

—Entonces solo queda una opción —replicó con una sonrisa ladeada.

—¿Cómo dices?

—Que te guste lo que ves.

¿Este tío no tenía abuela?

Aparté mi mirada de él y la bajé al suelo. Puede que me hubiera quedado mirándolo con cara de idiota y no me hubiera dado cuenta. Me metí la mano en el bolsillo y le quité la capucha al rotulador que solía llevar. Me manché el dedo y después lo saqué. Enseguida subí el mentón. No tenía nada de lo que avergonzarme.

—En realidad estaba mirando la mancha que tienes en una mejilla. —Posé el dedo, como queriendo quitarle la mancha, aunque en realidad le manché el pómulo.

Se giró hacia el espejo y observó lo que le había dicho.

—No has respondido a mi pregunta.

—Lo he hecho. Tienes la cara manchada.

Por suerte, el ascensor llegó al quinto. Ambos quisimos abrir la puerta a la misma vez y su mano rozó la mía. Su tacto era suave y agradable. Enseguida la retiré.

—Parece que tú también tienes la mejilla manchada. —Me rozó con el pulgar de su dedo mi pómulo.

Fue una caricia que me sacudió de arriba abajo.

Me quedé inmóvil, ya que había jugado a lo mismo que yo. Me había pillado. Sonreímos.

—Tú primero. —Se ofreció.

Salí con prisas.

Me costó meter la llave en la cerradura. Intuí que él me estaba mirando, pero no le di el gusto de darme media vuelta. Cuando conseguí abrir la puerta de mi piso, él me dijo:

—Espero que la mancha de ese dedo salga pronto. —Seguí de espaldas a él porque no quería que viera cómo se me habían encendido las mejillas. Nos quedamos unos segundos callados.

—Lo mismo digo.

Carraspeó.

—Voy a celebrar una fiesta de bienvenida a casa y me preguntaba si te vendría bien que la hiciera…

—¿Acabas de conocerme y ya me estás invitando a tu casa? —Me giré—. Mucho corres tú, ¿no?

Tomó aire con calma.

—No me has dejado terminar. Solo quería comentarte cuándo te vendría bien que la hiciera para no molestarte. No quiero estar a malas con los vecinos. Quiero respetar las horas de descanso.

Quise que la tierra se me tragara al haber había sacado conclusiones precipitadas. Eso me pasaba por hablar antes de pensar.

—Puedes celebrarla este sábado. Ya tengo planes.

—Perfecto. Me alegra que hayamos empezado con tan buen pie. Si alguna vez necesitas algo, puedes llamar a mi puerta.

—¿Algo como qué?

—Sal, un huevo, un poco de aceite o café, esas cosas que se piden los vecinos.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

—Encantado, Penélope.

No me dio tiempo a responderle ya que enseguida se metió en su piso. Yo entré en el mío. Solté un suspiro al tiempo que me mordía el labio.

¡Madre del amor hermoso! Cómo estaba el policía. Hugo era un calientabragas en toda regla y también un chulito encantado de conocerse a sí mismo. Tenía que saber el influjo que tenía sobre las mujeres.

Hacía tiempo que no me fijaba en otro hombre que no fuera Jaime. No lo habría hecho de estar con él, pero nos estábamos dando un respiro y si surgía la ocasión no sería yo la que dijera que no.

Colgué mi bolso en el perchero y me fui directa a la ducha. El policía me había puesto muy caliente y el chorro de la alcachofa me podría aliviar un poco. Aun así, esa noche tendría un rato fogoso con mi *Satisfyer*.

Habría querido que fuera de otra manera, pero en esos meses sin sexo me había apañado bastante bien.

Capítulo 2



Hugo

No sé qué me llevó a darle dos besos a la vecina. Había seguido un impulso. En realidad, sí lo sabía. Primero había olido su perfume. Había dejado su esencia en el portal, un perfume que me gustó. Cuando la tuve cerca, ese aroma se coló por todos los poros de mi piel, algo se removió dentro de mí y me confirmó que olía muy bien.

Su olor me la había puesto dura y eso era raro en mí. Su perfume era una mezcla de flores y limón. Hasta ahora nunca un aroma me había perturbado tanto.

Desde que me había mudado al piso, durante esa semana, la estuve escuchando todas las mañanas. No me asomé a ver cómo bailaba cuando salía a la terraza, y podía haberlo hecho, pero para mí era importante respetar su intimidad. Aunque no dejaba de imaginármela en ropa interior.

La rubia tenía nombre y me gustó. Me agradaba lo poco que sabía de ella. Se llamaba Penélope, un nombre que a mi madre le habría gustado ponerle a mi hermana.

Dejé la mochila en una silla y saqué un táper de la nevera, de los que me había preparado mi madre. Cené en silencio, en la terraza. Y por más que tratara de pasar de la vecina, era la primera vez que me interesaba de verdad una mujer. Aun así, haría todo lo posible por no tener contacto con ella. Ella era puro fuego y, si me acercaba, sabía que terminaría quemándome. Me

gustaba mi vida tal y como era.

Era cierto que había tenido sexo con otras mujeres, pero nunca había querido ir más allá. Yo buscaba sensaciones, no me implicaba en las emociones, ni en los sentimientos.

Llamé a Sergio, mi compañero de patrulla, para olvidarme un rato de la vecina. Nos conocíamos desde que íbamos al instituto. Desde que había llegado a Valencia no había día en que no insistiera en presentarme a una amiga suya. Decía que estaba hecha para mí.

—Hugo, me pillas en una situación comprometida —me dijo jadeando.

Enseguida entendí a qué se refería.

—Pero tío, no te estoy viendo. No me cuentes que estás follando, joder.

Dejó escapar un gemido.

—Sí, estoy en la cama. ¿Es importante?

—No, ya lo podemos hablar en otro momento. Tampoco es tan importante. —Colgué.

Cuando tenía 17 años, aún no había besado a nadie. No me atraía nada el tema del amor. Me juré con diez años que no sería una bestia como mi padre. Tenía miedo de parecerme a él. A mi padre se lo comían los celos. No soportaba que mi madre saliera de casa, que mirara a otras personas ni que nadie posara sus ojos en ella. No entendía lo que era el amor. Era un hombre posesivo y dañino que nos envenenaba con su ponzoña a todos los que vivíamos en esa casa. A él le daba igual si eran hombres o mujeres los que hablaban con mi madre, siempre tenía una excusa para desatar su furia con ella.

¡Cuántas veces le pidió perdón porque la quería! ¡Cuántas veces le dijo que todo lo que hacía era porque la amaba con locura! ¡Y cuántos ramos de flores le regaló comprando todas las caricias que se guardaba para otras! Y yo me cerré al amor.

Cuando conocí a Sergio, tiempo después, él pensaba que yo era asexual. Nada más lejos de la realidad. El sexo sí me gustaba, pero nada más. No tenía nada de malo no implicarse con la otra persona.

Durante un tiempo, yo pensaba que era raro, pero en el viaje de fin de curso algo cambió en mí. Fuimos a Roma y, si alguien me preguntara qué recordaba de la ciudad, no habría dicho ni

los edificios, ni todas las obras de arte que se conservaban en iglesias y museos. En Roma nos pasábamos el día con resaca y cuando regresábamos al hotel, nos emborrachábamos. Todas las noches íbamos de habitación en habitación bebiendo grapa y bailando como locos. Por primera vez probé un porro. La última noche, una compañera de clase me entró y por primera vez acepté. Nos besamos y me gustó la sensación que despertó en mí.

Pero no pasó de ahí. No me hizo perder la cabeza.

—Entonces, ¿eres gay? —me preguntó Sergio al día siguiente al subir al autobús que nos llevaría al aeropuerto de Roma.

—No. —Lo pensé durante un segundo—. Bueno, creo que no.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque no me siento atraído por ti —le respondí.

—Eso no significa nada. Te pueden gustar otros tíos diferentes de mí.

—Sí, pero ¿tienen tetas?

—No. —Se llevó la mano al paquete y se lo agarró—. Tenemos esto.

Y soltó una risotada.

—Entonces ya sé que no me van a gustar —contesté.

Me gustaban las tetas, eso lo sabía por todas las fotos que veía en internet, sobre todo en Tuenti. A mis compañeras de clase les gustaba subir fotos en bikini y poniendo posturitas. Esas eran las fotos que buscaba. Solo provocaban en mí ciertas cosquillas en el estómago.

—No entiendo cómo no te has enrollado con Rocío. —Soltó Celes, otro compañero de clase—. La tenías a tiro.

Me encogí de hombros.

—Ella se echó atrás en el último momento. Nos lo estábamos pasando bien y me dijo que no le apetecía.

—Ya sé por qué. Porque tú aún eres virgen. A las tías les gusta hacérselo con alguien que tenga experiencia.

—Tú qué sabrás —respondió Sergio por mí.

—Pero si estaba borracha —insistió Celes.

Yo lo miré con el ceño fruncido.

—Yo no me aprovecho de las tías que van borrachas.

—Si no se enteran. Además, primero te dicen que sí y luego, cuando te ponen caliente, se echan atrás. Son unas calientapollas. Que se lo piensen antes de echarse atrás.

Me dieron ganas de partirle la boca, pero si me contuve fue porque en ese momento un profesor me vio las intenciones y me agarró del brazo.

—Bosch, tengamos la fiesta en paz —me recriminó—. Venga, no vale la pena.

En Roma, la ciudad eterna, descubrí que el amor es algo más que caricias, besos y palabras bonitas. Yo podía dar todo eso, pero había algo en mí que no me dejaba dar amor, ir más allá. Recuerdo ese beso con Rocío como húmedo, como si estuviera besando la boca de un pez. No hubo flechazo ni tampoco hizo que me olvidara hasta de mi nombre.

Y durante años fue así con todas las mujeres con las que estuve. Y siguió siendo así cuando mi abuela me concertó una cita a ciegas con Yang Mi.

—Es una chica muy amable —comentó mi abuela antes de presentármela—. Y también es muy guapa.

Todo lo que me dijo mi abuela antes de acudir a esa cita era cierto. Yang Mi era amable y guapa. Pero no me atrajo nada de ella. Solo le interesaba saber cuántos hijos me gustaría tener a mí y si no me importaba que saliera un día a la semana con sus amigas. ¡Cómo me iba a importar! Deseaba que ella fuera libre y no estuviera en una jaula como lo había estado mi madre.

Y tras esa primera cita, vinieron algunas más. Por suerte para nosotros, fueron pocas. En todas ellas, advertía tristeza en su mirada y supongo que ella también lo observó en mí.

No nos habíamos visto más que ocho veces en un año, las suficientes como para saber que nunca la querría ni ella a mí tampoco. No sabíamos qué decirnos ni tampoco hacíamos por iniciar una conversación.

Si no sentía nada de amor, no me parecería a mi padre, no me pondría celoso y me daría

igual que saliera un día a la semana con sus amigas.

—Seré un buen marido —le aseguré después de llevar un año comprometido.

Yo nunca sería una bestia. Me lo repetía todos los días delante del espejo.

A ella se le humedecieron los ojos. Era lo mínimo que podía prometerle. Ni siquiera la obligaría a acostarse conmigo. Y si los hijos no llegaban, yo asumiría todas las culpas. Diría que tenía un problema y que era estéril.

Pero Yang Mi se adelantó y rompió el compromiso. Fue un alivio para ambos. Y por primera vez la vi sonreír de verdad, una sonrisa que nunca podría arrancarle yo ni en mil años juntos.

Para mi abuela fue un gran disgusto y se pasó más de tres días en la cama casi sin comer.

Cuando se rompió el compromiso, me abrí una cuenta en Tinder y salí con varias mujeres. Dejé claro que solo me interesaba el sexo y por extraño que me pareciera, todas las semanas tenía dos o tres citas.

Mi historia con Yang Mi me había enseñado que la vida no se podía planificar. Me había pasado la vida intentando encajar en un molde que no estaba hecho para mí. Y en esa búsqueda, me había olvidado de mí, de ser feliz. La vida se componía de pequeños detalles, aunque también de imprevistos. Esa madeja en el camino que nunca quise se empezó a desliar. Empecé a ver la vida con otros colores y a no esconderme por miedo a no ser suficiente. Porque nada cambiaba si tú no cambiabas. Así es como pude advertir no solo la oscuridad, también el brillo de lo que me rodeaba.

Desde que había conocido a la vecina estaba descubriendo algo nuevo y sorprendente en mí. Sabía que estaba a un paso más de sentirme más yo. Habíamos cruzado unas cuantas palabras y me gustó saber algo más de Penélope.

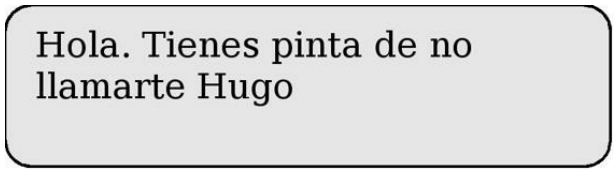
Después de cenar en la terraza, la oí hablar con alguien. Pasé al comedor y me lie un cigarrillo con un poco de maría. Llevaba unos días que no dormía bien y la maría me ayudaba a relajarme. Después vería un capítulo de *Top of the Lake*, una serie de misterio que me estaba gustando, y me iría a la cama. Igual me quedaba dormido en el sofá, como muchas noches.

Lo que aún no había hecho desde que había llegado era abrirme de nuevo una cuenta en Tinder. Me bajé otra vez la aplicación, subí varias fotos de cuerpo entero y configuré mi perfil. Algunos de mis compañeros mostraban fotos con el torso desnudo, aunque a mí nunca me convencía exponerme de esa manera. No tenía nada claro si eso les funcionaba a ellos. Tampoco me gustaba mentir sobre cualidades que no tenía. Especifiqué qué era lo que buscaba: nada de compromisos y malos rollos. Como rango de edad, me interesaban las mujeres de entre 26 años a 35. Yo estaba a punto de cumplir 29 y no me importaba salir con mujeres más mayores que yo. Mi regla era no tener más de tres citas con la misma mujer. Eso siempre me evitaba problemas. Y nunca llevaba a mis citas a mi piso. Siempre buscaba un hotel y huía de ir a las casas de las chicas.

Le di unos cuantos *likes* a algunos perfiles de chicas que me parecieron monas. Enseguida me di cuenta de que todas ellas se parecían a Penélope. Todas eran rubias, no medían más de un metro setenta y tenían poco pecho. Con suerte, igual quedaba con alguna esa semana.

No podía obsesionarme con la vecina.

Me entró una chica morena a la que no le había dado *like* en su foto de perfil. Me picó la curiosidad y entré en el chat tras darle un me gusta.



Le seguí el juego.

¿Cómo lo sabes? Además de guapa, eres pitonisa

¿Cómo te llamas entonces?

Yi I

Le dije mi segundo nombre.

¿De dónde es ese nombre?

Es coreano

¿Qué hace un coreano en un sitio
como este?

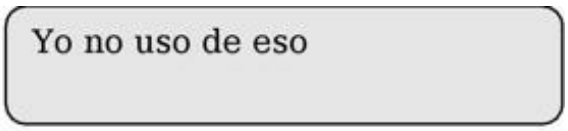
Buscar una chica como tú

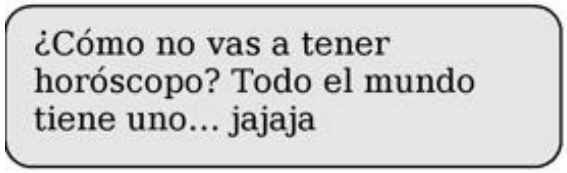
Qué suerte tienes, ya me has encontrado

Había que reconocerle que iba a saco y que no se cortaba nada.



Me lo preguntó sin venir a cuento.



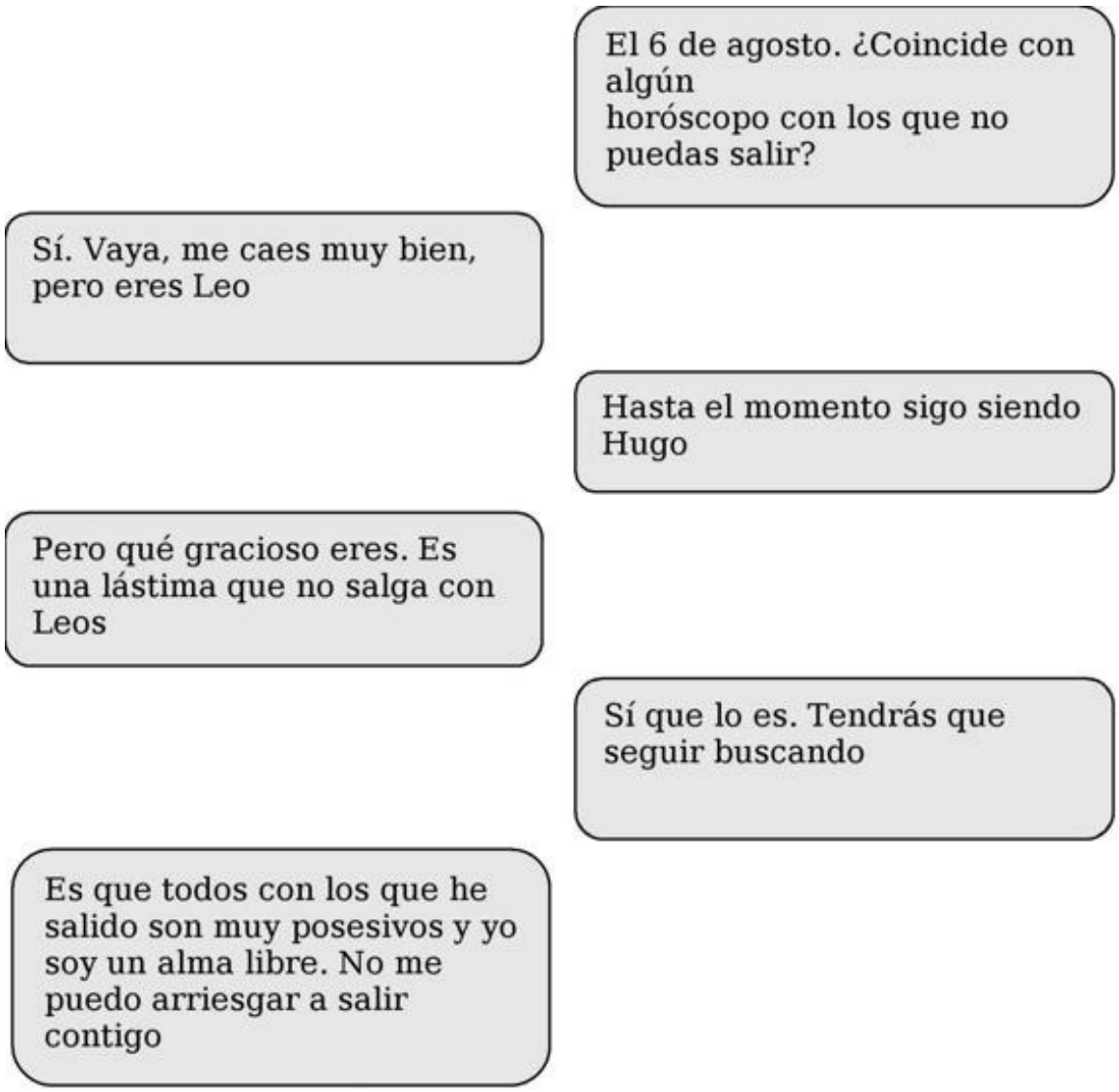


No sé qué le hizo tanta gracia. Lo decía en serio. Que dos personas no pudieran estar juntas por una incompatibilidad de horóscopos era absurdo.

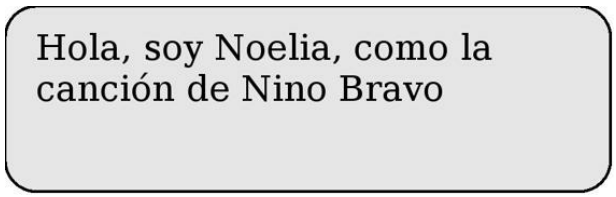




Quería quitármela de encima, así que pensé en una fecha para salir del paso.

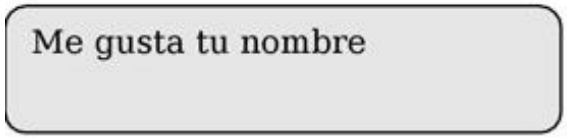


Se desconectó sin despedirse. Así que cerré el chat y la bloqueé por si algún día se lo pensaba mejor y tenía la intención de volver a entrarme en el chat. Iba a cerrar la aplicación cuando una chica rubia a la que le había dado *like* me saludó.

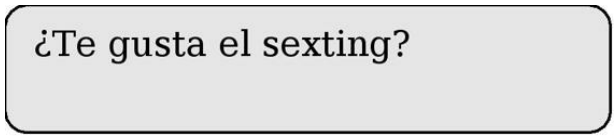


Otra graciosa que me entraba. Aun así, le respondí.

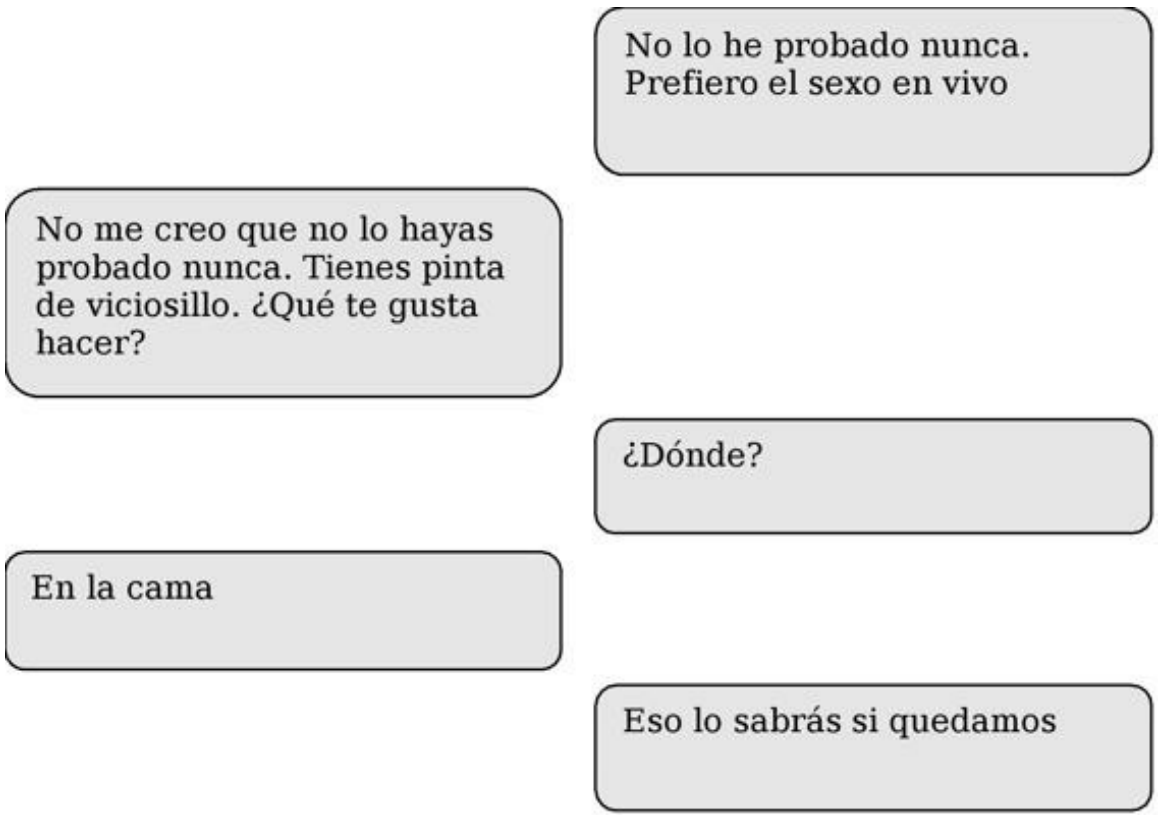




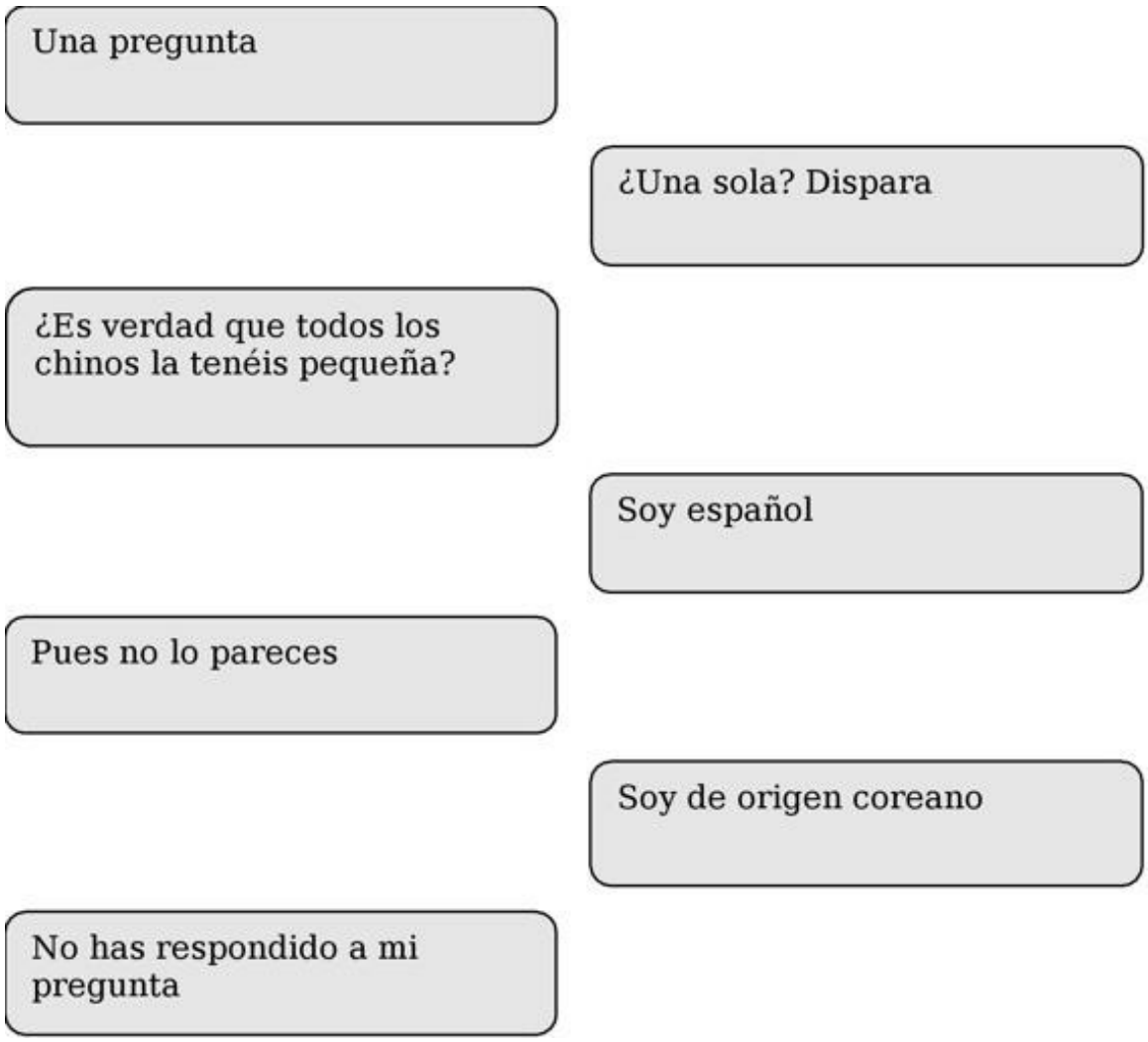
Durante unos segundos nos quedamos callados.



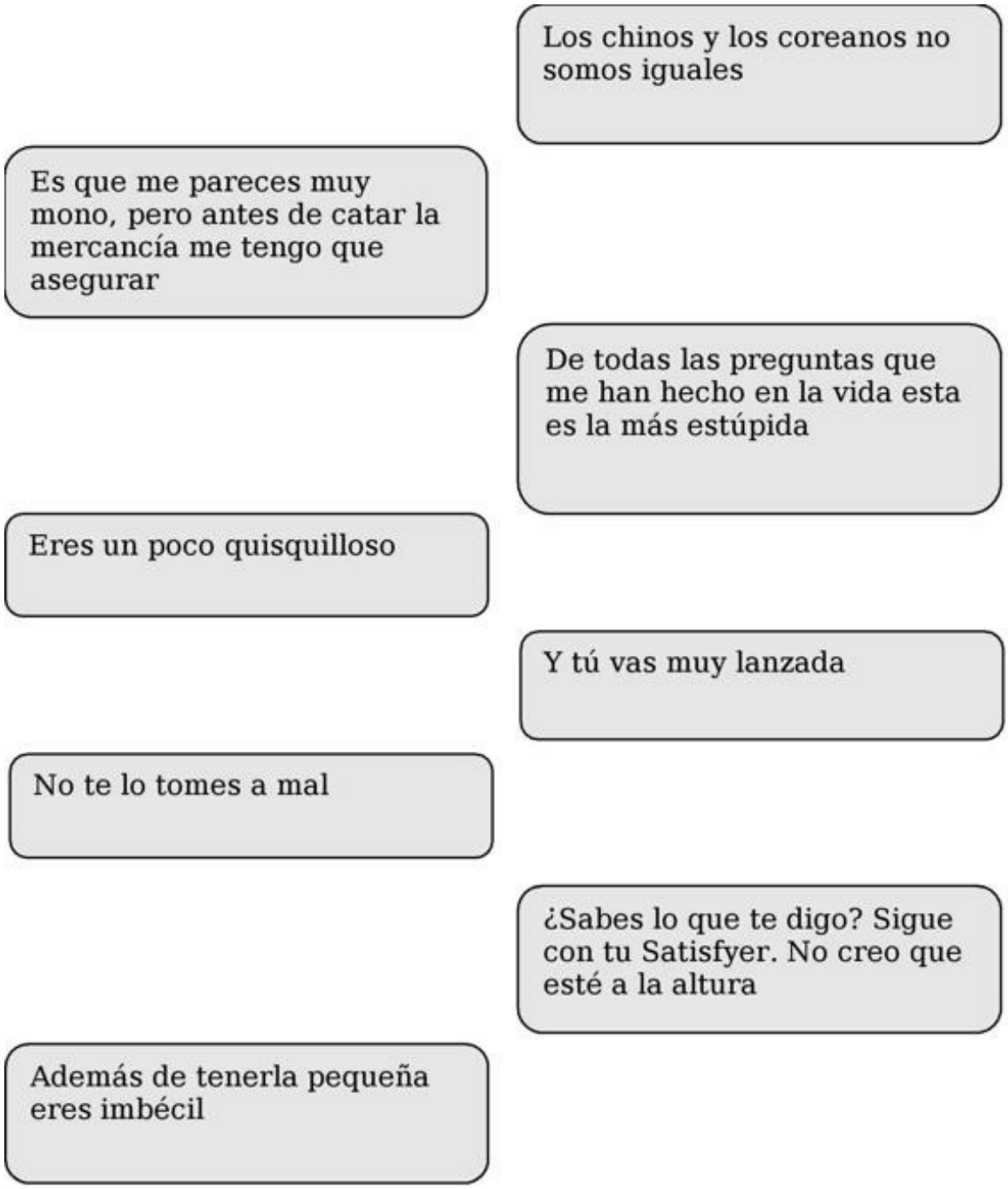
Lo soltó de pronto. Iba lanzada.



Nos volvimos a quedar en silencio.



Ni pensaba hacerlo. Y no es porque la tuviera pequeña. Tampoco la tenía grande. Estaba dentro de la media.



Salí del chat y bloqueé al contacto.

Me pregunté si no había ninguna mujer con una conversación interesante. No pedía que fuera un cerebrito, solo deseaba mantener una charla agradable y lo que surgiera después.

Cerré la aplicación y le di una calada al cigarrillo. Me levanté para entrar en el comedor.

Era el momento de ver algo en la tele.

Escuché como que algo se caía al suelo en la terraza de al lado y después la oí maldecir. Incluso me soltó que era imbécil. Era la segunda vez en esa noche que alguien me llamaba así. Y no pude evitar asomarme. Estaba preciosa con esos pantaloncitos cortos, con ese moño peinado de cualquier forma y esa camiseta que dejaba ver su ombligo.

En ese momento supe que no tenía escapatoria. Me dejé arrastrar por su voz.

—¿Cómo dices?

Capítulo 3



Penélope

Me costó limpiarme la mejilla y el dedo, aunque había valido la pena el juego que nos habíamos traído entre manos. Me gustó coquetear con él. Eso significaba que no se me había olvidado cómo se hacía y, por qué negarlo, me hizo sentir bien.

Puede que mi relación con Jaime hubiera caído en la rutina y no tuviera la necesidad de conquistarlo todos los días. Di por hecho que estábamos bien y no me di cuenta de que quizás él tenía unas necesidades diferentes a las mías. Fuera como fuere, el respiro que nos estábamos dando también me había venido bien para reconectar con la Penélope que fui en mi juventud. Llevaba un tiempo en que encontraba que me había vuelto muy seria, y eso no me gustaba nada de nada.

Salí de la ducha como nueva. El agua casi hirviendo había destensado un poco mis músculos y también había aliviado un poco el calentón que llevaba.

Mientras la tortilla giraba en el microondas, llamé a Gabi. Necesitaba un plan para el sábado por la noche. No sé por qué le había dicho a Hugo que tenía uno. Bueno, quizá sí lo sabía. Hacía más de un mes y medio que no salía de marcha y me apetecía quedar con Gabi a tomar unas cervezas y reírme un rato. Había una segunda opción: no quería quedar como una pringada que se pasaba los sábados sola en su casa. A fin de cuentas, lo era, pero no lo reconocería.

—Hola, guapa. Ya sé que estamos a lunes, pero ¿tienes planes para este sábado? —Le solté cuando respondió—. Te propongo una noche de chicas. Dime que sí y me harás muy feliz.

—¿Tiene que ser el sábado?

—Sí, necesito que sea ese día.

—Bueno, tenía una cita con mi último ligue de Tinder, pero siempre la puedo adelantar.

Chasqueé la lengua. Me dio hasta un poco de envidia. Ella tenía una cita y yo deseaba alegría para mi cuerpo.

—No quiero romper tus planes. Ya quedaremos otro día.

—No seas melodramática. Ya sabes que solo quedo con ella para echar un polvo rápido. Solo es una follamiga. ¿Qué ha pasado para que quieras salir de tu cueva?

—Acabo de conocer a mi vecino. Es una fantasía sexual hecha realidad. Creo que es medio coreano, aunque no lo puedo asegurar.

—¿Y? ¿Tan bueno está?

—Pues sí, lo está. Resulta que este sábado celebra una fiesta en su casa y no tengo ganas de oír cómo se lo pasa bien mientras yo me deprimo viendo de nuevo *Crash landing on You*.

—Tienes un serio problema con Hyun Bin.

La campanilla del microondas sonó y saqué la tortilla de patatas.

—Lo sé, pero no hago daño a nadie, y, además, me encanta todo él. Aunque al final se haya casado con Son Ye Jin en vez de conmigo.

—Y ahora te encanta tu vecino.

—Pero solo para un rato —respondí.

—¿Se parece a Hyun Bin?

—No, tiene más parecido con Ji Chang Wook.

—¿A Wooki? Entonces sí está cañón. ¿Y por qué no te unes a la fiesta? Le llevas una botella de cava o una bandeja llena de dulces y saladitos y quedas como una reina.

— No puedo ir porque no me ha invitado. Además, prefiero salir contigo. Hace tiempo que no nos emborrachamos.

—¿Y qué pasaría si te invitara? ¿Te lo tirarías? —Como no le respondí, ella siguió hablando—. ¿Es de eso de lo que tienes miedo?

—No le tengo miedo, pero no me lo tiraría… creo. —Me metí un trozo de la tortilla en la boca—. No lo sé. Pero no quiero hablar de él…

—¿Te has quedado sin palabras? —me dijo después de que me quedara unos segundos callada.

—No, es que estoy cenando. Mi padre me ha traído un trozo de tortilla y la estoy engullendo. Tengo mucha hambre. Así que habla tú por mí. Esta tarde se me ha olvidado merendar.

—Tú de lo que tienes hambre es de otra cosa.

Gabi me conocía mejor que nadie. Por eso era como la hermana que nunca tuve. Con ella tuve mi primera relación sexual y, aunque no fue lo que esperaba, nos lo pasamos bien y nos reímos mucho. Eso sí, me proporcionó uno de los mejores orgasmos de mi vida. Yo creía que estaba enamorada de ella, pero tras acostarnos nos dimos cuenta de que funcionábamos mejor como amigas que como amantes.

Esa fue mi única experiencia en la cama con una mujer. Ella era bisexual y se enamoraba de las personas, aunque le gustaban mucho más las chicas. Solo había salido con dos chicos y su experiencia no había sido muy satisfactoria.

—Sí, para qué negarlo, pero por ahora me tendré que conformar con mi Satisfyer.

Oí que Gabi soltaba un bufido. Sabía en quién estaba pensando. Tenía entre ceja y ceja a Jaime desde que me pidió que nos tomásemos un respiro. Nunca se habían llevado especialmente bien. Jaime nunca me negó que tuviera celos de ella. Pero a mí me daba igual lo que pensara; todas las semanas Gabi y yo quedábamos una noche para cenar juntas y hacíamos como que arreglábamos el mundo. Nos reíamos y tomábamos una cerveza.

Sin embargo, desde que había vuelto a Paterna, habíamos quedado menos veces de las que me habría gustado.

—¿No has sabido aún nada de él?

—No, es como si la tierra se lo hubiera tragado».

—Ya sabes lo que pienso.

Gabi era de las que opinaba que Jaime era un egoísta, porque ella sospechaba que había otra persona y que estaba probando a ver qué tal le iba. Yo no quería pensar en esa posibilidad. No tenía cabida en mi cabeza.

—Me dijo que no había nadie.

—¿Y tú te lo has creído? Joder, Pen, ni que hubieras nacido ayer.

—Confío en él.

—Yo no pondría la mano en el fuego por nadie. Ni siquiera lo haría por mí, fíjate tú lo que te digo. Por más claras que tengas las ideas, todos podemos tener un momento de debilidad y caer en la tentación. La carne es débil y a un buen polvo nadie le dice que no. Él tiene su excusa.

—Aun así, deseo que se aclare. No quiero presionarlo.

—Y mientras, tú a pasar más hambre que en una misión espacial.

Me hizo sonreír. Era una pena que no me gustaran las chicas, porque Gabi me hacía reír como nadie.

—Si este sábado se me presenta la ocasión, no diré que no.

—Eso es lo que me has dicho las otras tres veces que hemos quedado.

—Porque no había nadie que me entrara por el ojo. Esta vez es la buena. Voy a estar abierta a todo.

Después de comerme el último trozo de tortilla, puse agua a calentar para hacerme una infusión.

—Te lo puedo poner muy fácil y si te apetece te presento a un amigo. Así vas a lo seguro.

—A ver, que tampoco estoy tan desesperada. ¿Qué amigo es ese que no conozco yo?

—En realidad no lo conozco, pero sé que es el mejor amigo de mi primo. Vivía en Madrid. Se acaba de mudar a Valencia y hace ocho meses pilló a su novia con otra mujer.

—¿No serías tú? —me burlé de ella.

—¿Yo? No. ¿Qué te hace pensar eso? Ya sabes cuál es mi regla número uno: Ya no me

meto en medio de una relación. Para mí es sagrado. Nunca sale bien.

—Tú me acabas de decir que la carne es débil.

—Pero eso lo tengo muy claro. Después de enrollarme dos veces con mujeres casadas, salí escaldada. Si quieren salir del armario que lo hagan, pero no quiero que me utilicen para dar rienda suelta a sus fantasías y después volver a sus maravillosas vidas de mujeres casadas.

Gabi aún seguía colgada de una de sus últimas amantes, una mujer casada, mayor que ella y con dos hijos, uno de trece años y el otro de diez. No quería romper su matrimonio, porque no sabía si sus hijos y su entorno la iban a entender. Ella le aseguraba a Gabi que su relación con su marido estaba más que rota y llevaban años sin acostarse y que el día menos pensado se divorciaría. Le había pedido a Gabi paciencia durante el tiempo en el que estuvieron liadas. Mi amiga aguantó dos años y se cansó de estar en la sombra. Así fue cómo terminó con Mar.

Seguimos hablando un rato hasta que me despedí de ella.

El sábado, cuando saliera de trabajar, me iría directa a su casa, cenaríamos algo y después nos tomaríamos unas cervezas por la zona de Ruzafa.

El reloj de la cocina marcaba las doce menos cuarto. No me daría tiempo de ver el capítulo final de mi serie favorita. Duraba dos horas y quería verlo del tirón para llorar a gusto. Hyun Bin tendría que esperar.

Colé la infusión y salí un rato a la terraza a tomármela con calma. A finales de abril apenas refrescaba por las noches en Paterna y se estaba bien. Me tumbé en una hamaca y abrí mi WhatsApp. Como todas las noches, miré su perfil. Hacía como media hora que se había conectado por última vez. No se me ocurrió qué ponerle. Estaba un poco cansada de contarle siempre lo mismo. También puede que se me hubieran acabado las palabras. Repasé todo lo que le había escrito y me di cuenta de que me hacía parecer como una desquiciada y bastante obsesionada con él. Lo mejor para él y para mí era borrarlo todo, aunque no sé qué tecla toqué, porque le envié el texto en vez de cerrar la aplicación.

—¡No! ¡Mierda, mierda, mierda! Joder —repetí varias veces.

Se me cayó el móvil al suelo de lo nerviosa que me había puesto. No quería que él leyera

nada de lo que le había escrito.

Cuando agarré de nuevo mi teléfono, me di prisa en borrar el mensaje. Aun así, Jaime sabría que le había enviado algo. Tardó menos de cinco segundos en conectarse, pero con las mismas volvió a desconectarse.

Apreté los dientes con rabia. Al menos podía haber preguntado cómo me iba. Le había enviado un mensaje sin querer, pero no quitaba para que fuera educado.

—¿En serio? Tú eres imbécil. Podrías haberme dicho algo —grité—. No muerdo.

—¿Cómo dices? —escuché una voz al otro lado de la terraza.

Me sobresalté y se me volvió a caer el móvil, pero esta vez encima de la hamaca. Se me había olvidado de que tenía un nuevo vecino y parecía que le gustaba salir a la terraza tanto como a mí.

—¡Ehhh…! —exclamé.

—¿Estás bien?

La cabeza de Hugo asomó por el muro que separaba su terraza de la mía.

—Sí, claro.

—Me había parecido que estabas en un apuro.

—No es nada. Es que se me ha caído el móvil al suelo y pensaba que me lo había cargado.

Me levanté de la hamaca y me acerqué hasta el muro.

De pronto olí a marihuana. Me fijé que llevaba un cigarrillo liado colgado de sus labios. Lo señalé con el dedo.

—Pensaba que los polis no fumaban hierba.

—Pensaste mal. ¿A cuántos policías has conocido?

—No llevo la cuenta.

—¿Conoces a muchos? —Advertí la sorpresa en su cara.

—No, en realidad eres el primero. Solo te estaba vacilando.

Le dio una calada y dejó escapar el humo haciendo varias oes.

—Algunos días me fumo un cigarrillo antes de dormir. Me ayuda contra el insomnio.

—¿Y te funciona?

—Sí.

Recordé que se había ofrecido a ser un buen vecino.

—¿Me darías una calada? Yo también necesito dormir bien esta noche.

—¿Esta noche en concreto o todas?

Pensé en su pregunta.

—Es algo pasajero. Llevo unos días que no duermo bien.

Se marchó unos segundos.

—¿Hugo? No me dejes tú también colgada. —No podía ver lo que hacía al otro lado porque no era tan alta—. ¿Dónde te has ido? Hace un rato te has ofrecido a ser un buen vecino. Solo es una calada y te prometo que me voy a dormir.

Acerqué una silla al muro y me subí para ver dónde se había metido y para hablar con más comodidad. Enseguida regresó con un cigarrillo sin encender.

—Te invitaría a pasar…

—Puedes hacerlo, me puedes invitar a pasar. No te voy a decir que no. Te juro que no soy una asesina en serie. A no ser que el asesino en serie seas tú y uses lo de ser policía como coartada. ¿Tienes a alguien debajo de la cama?

—Sí, pero prefiero que de momento siga siendo un secreto. Tengo una reputación de chico bueno que mantener.

Ambos sonreímos.

—¿Y si fuera yo quien tuviera a alguien debajo de mi cama? ¿Qué harías?

—En primer lugar, eso no sería un problema para mí. Si lo fueras, te tendría que detener.

Abrí los ojos como platos. La conversación se estaba poniendo de lo más interesante. No me importaría que Hugo me pusiera las esposas un rato.

—Claro, entendería que me pusieras las esposas.

—Pero no tienes pinta de asesina.

Fruncí el ceño y arrugué los labios.

—Eso no lo sabes. Los asesinos en serie no llevan un cartel en la frente que lo ponga. Igual guardo un cuchillo o una pistola en mi mesilla de noche.

—Eso no significa que lo seas. Te recomiendo que lo pongas debajo de tu almohada. Es mucho más efectivo.

—Buena observación. Entonces, ¿me invitas a esa calada?

—¿En tu casa o en la mía?

No lo pensé mucho.

—En tu casa.

Tenía curiosidad por ver cómo le había quedado el piso. El mío aún conservaba muchos muebles de mi abuela. No era mi estilo, pero no quería cambiar nada hasta que no supiera hacia dónde iba lo mío con Jaime.

Capítulo 4



Penélope

Agarré la llave y salí de mi piso con una sonrisa. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que llevaba un pijama bastante viejo de Minie Mouse y unas zapatillas de la Sirenita.

También me había desmaquillado y llevaba el pelo recogido en un moño mal hecho con un palillo chino. Siempre usaba lo que tenía a mano. A veces era un lápiz, otras veces era una pajilla rígida e incluso había usado un destornillador, todo por no utilizar uno de los tantos palos de pelo que guardaba en algún cajón del mueble del baño.

En el fondo me daba igual ir vestida de cualquier manera, porque aquello no era una cita, solo una invitación a un par de caladas y después me iría a la cama. La verdadera cita la tenía con mi *Satisfyer*. Al menos siempre cumplía y nunca me había decepcionado.

La puerta de Hugo estaba abierta. Casi todas las luces de la casa estaban apagadas, salvo una lámpara que había al final del pasillo.

—Estoy en la terraza. Supongo que ya sabes el camino.

La disposición de su casa no era diferente a la mía y, por lo que pude apreciar, estaba poco amueblada. No sabía si porque la prefería así y le gustaba un estilo más austero o porque no había tenido tiempo de comprar más muebles, solo los necesarios. Pasé por el comedor, en el que solo había un sofá grande con una *chaiselongue*, una mesa para comer y seis sillas y una tele de

bastantes pulgadas que ocupaba gran parte de la pared.

Al pasar a la terraza, encontré que Hugo estaba tumbado en una hamaca y a su lado había otra que estaba vacía. De pared a pared había una guirnalda de bombillas que le daba un aspecto muy acogedor. Además, la había adornado con varias plantas.

—Me gusta mucho cómo quedan las luces.

—Ya estaban en el piso cuando entré.

—Es una terraza muy acogedora.

Le dio una calada profunda a su cigarrillo.

—No me gusta que la casa huela a tabaco. Por eso salgo a fumar fuera.

—No tienes que darme explicaciones. Es tu casa.

—Lo sé.

—Y de paso borras todas las huellas del delito. Porque fumar maría es un delito, ¿no?

— F umar en casa no es ningún delito. Otra cosa es que tu vivienda se convierta en un punto de venta ilegal de drogas. Sin embargo, tomar drogas en la vía pública es ilegal, así como la tenencia, pero no es delito.

Su voz sonó grave. Se había puesto serio, muy en su papel de policía. Creo que podría acostumbrarme a que me hablara así.

Enseguida agité la cabeza para no seguir pensando en esa posibilidad. Yo aún tenía algo parecido a un novio.

—Ya sé a quién tendría que llamar si me metiera en un lío.

—Mejor que no te metas en uno. Lo que he dicho antes iba completamente en serio.

—¿Qué has dicho antes?

—Lo de detenerte.

—Quizá no sepas cómo suena eso en boca de un policía.

Se marcó una sonrisa torcida y después negó con la cabeza.

—Mi trabajo no tiene nada de romántico, te lo aseguro. Veo mucha mierda todos los días.

Me quedé callada, porque no sabía muy bien qué decir. Entendí que no quisiera frivolizar sobre el tema de las esposas, pero reflexioné qué se podría hacer con ellas, como también me di cuenta de que no deseaba meterse en un terreno pantanoso si seguíamos con el coqueteo. Me puse a pensar en que llevaba sin acostarme más tiempo con Jaime del que recordaba. Conté mentalmente en que a los cuatro meses que llevábamos separados tenía que sumar otros tres. Eso significaba siete en total. ¿Cómo era que no hubiera echado de menos el sexo con él? Siempre ponía la excusa perfecta para dejarlo para otro día y ese momento nunca llegaba.

Hugo me ofreció el cigarrillo que aún no había encendido. En cuanto lo prendí, le di una calada. Tosí un poco, aunque enseguida se me pasó. Hacía años que no fumaba, pero no se me había olvidado.

—Lo que me enamoró de este piso fue la terraza. —Cambió de tema—. ¿No crees?

Muy sutil por parte de él que no quisiera seguir tonteando. En el ascensor me pareció que no le importaba.

—En realidad, yo solo estoy de paso por este piso —dije.

—¿Y eso por qué? ¿No te gusta vivir aquí?

—Pues no, no me gusta vivir aquí. No me veo viviendo en un pueblo. Me he criado aquí y sé de lo que hablo. Me gusta mucho más Valencia. Allí hay vida.

Se tomó un rato para saborear la calada que le había dado a su cigarrillo.

—Pensé que echaría de menos vivir en Madrid, pero aquí he vuelto a encontrar parte de la tranquilidad que estaba buscando.

—Tampoco me importaría vivir en Madrid. Soy una urbanita. Es más, si tuviera mucho dinero, me compraría un piso en la Gran Vía, frente a Callao. Mi sueño sería poder viajar a Nueva York. Tiene que ser impresionante.

—Lo es. Aun así, no la cambio por esta tranquilidad.

—No dirás lo mismo cuando se haga la *cordà*[2]. Esto es una locura.

—Solo son unos días. Para mí lo compensa.

Nos volvimos a quedar en silencio; aun así, no resultaba incómodo.

Noté enseguida los efectos de la maría. No pensaba que fuera a subirme tan deprisa. La cabeza empezó a darme vueltas.

—Solo quería una calada y me he fumado más de la mitad. —Me eché a reír—. Te lo tendré que recompensar con algunos de mis dulces.

Sentí también que el cuerpo se me quedaba laxo, como si estuviera flotando en una balsa de aceite.

No quería alargar mucho más la velada, así que apagué el cigarrillo e hice amago de levantarme.

—¿Quién te dejó colgada? —Quiso saber.

La cabeza no dejaba de darme vueltas.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo has dicho antes.

Pensé en cuándo lo había dicho.

—¡Ah! ¿Sí? No lo recuerdo. —Volví a reír—. ¿Te puedes creer que el imbécil de mi novio…? —Me quedé pensando—. Bueno, en realidad no sé si aún es mi novio. Jaime me pidió un respiro de lo nuestro y llevamos más de cuatro meses separados.

Y no sé por qué, aun estando jodida, me entró un ataque de risa.

—Vaya, te ha hecho lo mismo que hizo Rachel. ¿Has visto la serie *Friends*?

No podía dejar de reír.

—Sí, eso mismo le dije yo. —Me llevé una mano a la cabeza—. ¿Tú qué crees?

—¿Sobre qué? —preguntó.

Hugo tenía la mirada perdida en el cielo. Alcé los ojos para ver qué era lo que lo tenía tan absorto. La luna estaba en cuarto menguante y había nubes que ocultaban las pocas estrellas que podríamos haber visto desde la terraza.

—Gabi piensa que está con alguien.

—¿Quién es Gabi?

—Mi mejor amiga —comenté.

—¿Y tú que crees?

—Yo confío en él. Me aseguró que no estaba con nadie.

—Llámalo y sal de dudas.

—Me pidió que le diera espacio.

—Ya. Hasta el momento has respetado su decisión. Pregúntate qué es lo que deseas tú. A veces el amor no es para siempre.

Pensé en lo que me había dicho. Yo había creído durante años que Jaime era el amor de mi vida, pero puede que eso se hubiera terminado y solo lo fuera por el tiempo que estuve con él. Lo había querido mucho. Sin embargo, en esos instantes no sabía muy bien qué pensar de ello. Lo echaba mucho de menos, aunque creo que era más por la rutina en la que nos habíamos instalado que una necesidad real. Sabía cómo tenía que tocarme para que me excitara con él, como también sabía qué posturas me satisfacían más. Me gustaba no tener que pensar en qué le agradaría a la otra persona. Ir a veces a lo seguro te ahorraba tiempo y disgustos.

Lo observé. Él seguía mirando hacia el cielo.

—¿Estás seguro de que eres policía? Das unos consejos estupendos. Podrías ser psicólogo.

—No es lo único bueno que se me da bien.

Contuve el aliento. Un calor se instaló en mi entrepierna y subió hacia mi estómago. Si seguía en la terraza volvería a encender el cigarrillo y me lo fumaría entero, y entonces sí era posible que cometiera alguna locura. Si dejé de consumir maría fue porque me desinhibía y me costaba controlarme.

—No pido mucho. Solo que se decida y me diga qué es lo que quiere hacer con lo nuestro. —Seguí insistiendo.

—¿Tú quieres volver con él?

—Creo que sí.

—Pero no estás segura.

Negué con la cabeza.

—El hecho de que no quiera hablar contigo se puede deber a otras causas. He visto tantas cosas extrañas que ya nada me sorprende. Puede estar enfermo, puede que Gabi tenga razón o también puede que tenga las mismas dudas que tú.

—Claro, o también puede ser un asesino en serie y tú lo estés buscando y por eso te has venido a vivir al lado de mi casa.

—Tienes bastante imaginación. Estás obsesionada con los asesinos en serie.

—Lo sé. Debería haberme dedicado a escribir novela negra. Siempre sé quién es el asesino en las películas.

—Aunque siempre se dice que es el mayordomo, yo siempre me inclino por que es el jardinero.

—¿Nunca fallas en tus predicciones?

—No.

Me llevé una mano a la cabeza. Temía que se me cayera al suelo.

—¡Dios! ¡Qué colocón llevo!

Hugo se incorporó en la hamaca y se me quedó mirando.

—No me digas que no has fumado nunca.

—Sí, pero hace más de seis años que no la pruebo.

—Iba bastante cargado de maría.

Miré la hora y pasaba de las doce y media.

—No quiero entretenerte más. Supongo que mañana te levantarás pronto. Yo también. A las siete tengo que estar en pie —le dije intentando levantarme de la hamaca, pero perdí el equilibrio y me senté de nuevo—. ¡Ay, dios! Creo que tengo un problema.

—¿Qué problema tienes?

Quise volver a levantarme, pero mi cuerpo había decidido que no quería colaborar.

No lo podía asegurar, pero casi podía apostar una mano a que se lo estaba pasando bien viéndome cómo trataba de mantener el equilibrio, porque sonreía.

—No puedo levantarme. —Y volvió a entrarme la risa tonta—. Igual me tengo que quedar a dormir en esta hamaca. Solo necesito una manta. Te juro que mañana no sabrás que he pasado la noche aquí. Tengo un reloj interno que nunca falla.

—Siempre te puedo acompañar a tu casa.

—¿Tienes miedo de que por la noche me presente en tu habitación con un cuchillo?

—No. —Se levantó y se acercó hasta mí—. Ya hemos quedado en que no eres una asesina en serie.

—Creo que esta noche voy a dormir como un bebé. —Bostecé—. Sí que funciona tu método.

Me pasó la mano por la cintura y me ayudó a ponerme en pie. Mi cabeza quedó enterrada en su pecho. El olor de su colonia me mareó más de lo que ya estaba.

—¿Sabes que hueles muy bien? —Levanté la cabeza para buscar su mirada—. No creas que estoy tratando de ligar contigo, solo estoy constatando un hecho.

—Yo no creo nada. ¿Dónde tienes la llave? —Su voz sonó como un gruñido.

Estaba bastante colocada, pero no tanto como para no comprender que tenía un tono muy seductor. Si seguía hablándome al oído, tendría un serio problema. Y ya me había dejado claro que no estaba interesado en coquetear conmigo.

Hugo me separó un poco por los hombros. Mi cabeza se dejó caer de nuevo en su pecho y aspiré con ganas.

—Es que hueles muy bien.

—Tendré que buscar la llave de tu casa y tú no ayudas.

—¿Qué llave? —Alcé el mentón para mirarlo a los ojos.

—La de tu casa.

Eché un vistazo a la hamaca.

—Creo que la he dejado por ahí, aunque no la veo. Pero no te preocupes, ya te he dicho que me puedo quedar en tu hamaca a dormir. Es muy cómoda, más que la mía.

Hugo volvió a sentarme y buscó la llave por el suelo por si se me había caído.

—¿Qué buscas? —Quise saber.

—La llave de tu casa.

—¿Para qué la quieres?

—Para acostarte en tu cama.

Me miré la muñeca, donde tenía mi *smartwatch*. En ocasiones, solía ponerme la llave entre la correa y la piel para no perderla.

—¡La he encontrado! —Se la mostré—. Siempre me la pongo aquí. ¿Qué me das si te la doy?

—Venga, te acompaño a casa. Dormirás mejor en tu cama.

Dejé que me llevara. Abrió la puerta de su casa y luego la mía.

—Estoy muy colocada. No me lo tengas en cuenta.

—¿Dónde está tu habitación?

Se la señalé con un dedo.

—Señor policía, he sido una buena chica y no me vas a esposar, ¿verdad? Aunque yo me dejaría si fuera un ratito. Esta cama tiene barrotes. Te lo he puesto muy fácil. No me tienes ni que cambiar de ropa. Ya llevo el pijama.

Retiró las sábanas y la colcha de la cama y me tapó.

—Buenas noches, Penélope.

Lo agarré de la mano.

—¿Te puedes quedar un ratito hasta que me duerma? Es que todo me da vueltas.

—Está bien.

—Eres un buen policía… Podríamos repetir algún día.

Estuve esperando una respuesta por su parte. No sé si me contestó o no. En cualquier caso, yo no lo escuché. Eso quería decir que no volveríamos a compartir un cigarrillo.

Bueno, tampoco me importaba tanto.

No me acuerdo de lo que ocurrió a continuación, porque me quedé dormida enseguida. Hacía mucho tiempo que no dormía así de bien.

Cuando abrí los ojos, traté de recordar lo que había pasado la noche anterior. A la mente me vinieron como fogonazos de momentos y de algunas cosas de las que había dicho. Parpadeé cuando recordé que le había dicho que olía muy bien. Quise darme un cabezazo contra la pared, más que nada porque no quería que creyera que estaba interesada en él.

Enseguida sonó la alarma del despertador de mi móvil. Eran las siete y media de la mañana. Lo bueno es que me había levantado sin resaca. Me fui directa al lavabo y después me preparé el desayuno. Aún me quedaban unas galletas con formas de pingüino y decoradas con glaseado, que había hecho para un bautizo, y cuatro magdalenas de arándanos que había preparado en la pastelería.

Antes de desayunar, pensé en dejarle dos magdalenas a Hugo para que desayunara. También le dejé una galleta. Eran muy infantiles, pero estaban deliciosas. No quería deberle nada por haber fumado de su maría. Se las envolví en un papel de aluminio, después las metí en una bolsa de papel y se las dejé en el pomo de la puerta. Solo esperaba que las viera cuando saliera de su casa.

Volví a mi piso y me preparé un café bien cargado. Mientras me lo tomaba, miré el móvil. Jaime seguía sin responderme.

No quería dejar pasar mucho más tiempo. Necesitaba saber qué había decidido. Yo quería seguir con mi vida.

Capítulo 5



Penélope

Era viernes y no había vuelto a coincidir con Hugo. Ni siquiera me comentó si le habían gustado las magdalenas y la galleta que le había dejado en su puerta y si se las había comido. Yo sabía que salía todas las noches a fumar, porque olía a maría desde mi terraza. Creo que intuía que yo estaba al otro lado del muro, ya que me tuvo que oír alguna vez hablar por teléfono con mis padres. Por mi parte, no quise forzar una situación en la que él pudiera sentirse incómodo.

Después de tomarme mi infusión de todas las noches, solía tumbarme en el sofá y veía alguna serie. No era raro el día en que me quedaba dormida. Aunque era un sofá tan incómodo que cuando me levantaba me dolía todo el cuerpo.

El silencio de Hugo no me molestó tanto como el de Jaime. A fin de cuentas, solo era mi vecino con el que había compartido un cigarrillo de maría.

En esos últimos días, tuve tiempo para pensar.

Jaime sabía dónde podía encontrarme, pero yo no tenía muy claro qué quería y si me había perdido por atender a sus necesidades. Con su actitud me estaba diciendo que quería seguir como estaba, aunque por mi parte cada vez dudaba más sobre si lo nuestro tenía algún sentido. Ya no notaba mariposas en el estómago cuando pensaba en lo que teníamos, ni veía nuestro futuro con los mismos ojos que hacía un año.

Habíamos cambiado tanto que no sabía si lo nuestro tenía futuro.

Mientras iba en el autobús a Valencia, le escribí varios mensajes a Jaime que no me animé a enviar. No sabía por qué me costaba pedirle que nos viésemos. Siempre nos lo habíamos contado todo y no había secretos entre nosotros. Al menos no los había por mi parte. Pensé también en las palabras que me había dicho Hugo. ¿Qué era lo que quería yo? ¿Me veía casada con Jaime? Entonces noté un pellizco incómodo en el estómago, aunque no sabía muy bien a qué se debía. Ya había dado la señal para el vestido de novia y habíamos reservado el restaurante. Se suponía que solo quedaban dos meses para que fuésemos a París y ocho para que nos casásemos.

Dejé el mensaje para otro momento en el que me encontrara un poco más inspirada y saqué un libro de mi bolso. Estaba leyendo una novela negra que sucedía en Valencia y me tenía bastante enganchada. La autora me lo había firmado en la feria del libro hacía unos días. Se titulaba *Cuervo negro*.

Estaba tan absorta leyendo, que por poco no me pasé de parada. De camino a la pastelería me encontré a Helena, la primera camarera que contraté cuando abrí la pastelería. Estuvimos hablando de una serie que le había recomendado. La había introducido en los *kdramas* y estaba tan viciada como yo.

—No me puede gustar más *Secret garden*. ¡Qué bueno está Hyun Bin! —me dijo con una sonrisita—. Qué guapos son los coreanos.

—No todos —respondí—. Pero sabía que esta te iba a gustar.

—¿De verdad ese tipo de hombres existen?

Pensé en mi vecino y en lo atractivo que era. También me acordé de ese lunar que invitaba a darle un lametazo en toda regla.

—Para nuestra desgracia, sí —respondí.

—¿Por qué dices eso? A mí me encanta verlos.

—Y a mí también, pero está claro que están fuera de nuestro alcance. Además, tú no te quejes. Diego está loco por ti.

Ella sonrió al mismo tiempo que asentía.

—Me tienes que pasar el tono de tu móvil al mío —dijo. El tono pertenecía a la serie que le había recomendado y empecé a usarlo cuando lo oí en *Secret Garden*—. Me meo cada vez que suena el tono de llamada de ella y él le hace burla.

—Es muy divertido.

Pensé en que ojalá la vida fuera tan fácil como una comedia romántica y no nos la complicásemos tanto.

Helena entró un momento a un supermercado a comprar algo que necesitaba. Yo me adelanté para abrir la pastelería.

Al ir a cruzar un paso de peatones, una moto me adelantó por la izquierda, agarró mi bolso y tiró de él, y también de mí porque no lo quise soltar. La moto intentó acelerar, pero como yo seguía aferrada a mi bolso, al chico que conducía le costó mantenerla estable.

—¡Joder! Llévate el dinero y dame el bolso. No me quites las llaves de mi pastelería. —Di un tirón tan fuerte que me quedé con la correa en la mano.

Del mismo esfuerzo que hice, el chico perdió el equilibrio y se cayó al suelo de culo, mientras que su compañero lo dejó atrás.

Sin pensarlo dos veces, grité que me había robado el bolso, por si alguien me ayudaba, y me encaré a él. Todavía estaba en el suelo y trataba de protegerse con mi bolso cuando le pegué con la correa. Y de la misma rabia, también le di varios golpes en la cabeza con los puños.

Me pregunté dónde demonios estaba la policía cuando se la necesitaba. Observé que había gente que miraba la escena, aunque nadie se atrevió a ayudarme.

—Estoy *mu* loco.

Me sacaba una cabeza, aunque yo no me amilané.

—Y yo también estoy muy loca. —Seguí dándole con la correa de mi bolso—. No me das miedo.

Se levantó como pudo y de un bolsillo de su pantalón sacó una pequeña navaja, el filo no tendría más de cinco centímetros, con la que me apuntó. Parecía más el filo de un cortaúñas. Tiró a pincharme, aunque yo fui rápida y di un salto hacia atrás. No quise saber hasta dónde era capaz

de llegar.

—¿Ahora qué? Ya no eres tan chulita.

—Vale, cálmate. —Coloqué las manos por delante y solté la correa para que viera que iba con buenas intenciones—. Te propongo un trato. Si me das ese bolso, yo te doy cincuenta euros y no te denuncio. Te aseguro que saldrás ganando.

—No.

—Te doy cien.

—¿Cien pavos? Tú flipas, tía.

—Solo llevo veinte euros en la cartera —mascullé.

El chico miró a varias personas que nos observaban.

—Es mi tía, que es *mu agarrá.* —Soltó él con descaro y exagerando un acento entre andaluz o murciano, pero sabía que todo era un truco—. Me mata de hambre y no me da dinero para el almuerzo.

—Pero ¿qué coño dices? Tú y yo no nos conocemos de nada.

—Tita, por favor, no me sigas pegando. Te juro que te daré el bolso en casa.

—¿Por qué todos os quedáis mirando en vez de ayudarme? —Me giré buscando la complicidad de los que me rodeaban—. Que alguien llame a la policía. Me ha robado el bolso.

El chico, que no tendría más de dieciocho años, miró a su alrededor y entonces salió corriendo. Habría jurado que tenía ganas de llorar. Vi el miedo en la mirada de este chaval y también que estaba asustado. Había gente que observaba lo que pasaba, pero nadie se atrevió a intervenir. Yo traté de alcanzarlo, pero él parecía una gacela de lo rápido que iba.

Aun así, había apuntado la matricula mentalmente cuando me di cuenta de que me había quedado sin bolso.

—¿Estás bien? —quiso saber Helena cuando llegó a mi lado.

—En ese bolso llevo media vida. ¿Qué hago ahora?

Lo único que no se habían llevado era mi móvil. Lo llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Abrí el WhatsApp y apunté en mi grupo propio la matrícula de la moto por si servía para pillar a

los dos ladrones.

—Tendrás que llamar a la policía y poner una denuncia —me comentó Helena—. Si llego a estar yo, ese tío se va caliente a casa. Yo llevo otras llaves de la pastelería.

—Si se ha ido calentito. Yo también le he dado lo suyo. Con el trabajo que tengo. Aún no están terminadas las tartas que tengo que entregar esta tarde.

—Ya abro yo —me dijo Helena—. Tú haz las llamadas que tengas que hacer. Sacaré las tartas frías que preparaste ayer y meteré los croissants y las palmeras en el horno.

Al tiempo que Helena se adelantaba, yo llamé en primer lugar a Jaime. Siempre lo hacía cuando tenía un problema. No es que esperara que me solucionara ese contratiempo, aunque me habría venido bien un poco de apoyo moral. No me contestó. Solté un suspiro de exasperación. Sabía que a esa hora no tenía clase. Había empezado mal el día y estaba claro que siempre podía ir a peor. Luego llamé a la policía y di parte de lo que me había pasado. Me preguntaron la dirección de mi pastelería y quedaron en enviar una patrulla. Por último, llamé a mis padres.

—¿Estás bien? —Fue lo primero que me dijo mi madre cuando le conté lo que me había pasado.

—Sí, no te preocupes. Solo ha sido un susto.

—¿No te habrás encarado con él?

Me quedé quieta por un instante. Era como si mi madre me hubiera estado viendo por un agujero y supiera lo que había pasado.

—No, qué va —titubeé.

—¿Sí o no? Que te conozco y tú te lías cuando se pasan contigo.

—Se iba a llevar mi bolso. ¿Qué querías que hiciera?

—Dejar que se lo llevara. Podría haber ocurrido una desgracia. A saber si ahora no tendríamos que lamentar una desgracia.

—Pero no ha pasado nada».

—Hay que llamar al seguro para dar parte.

—¿Al seguro?

—Sí, y también a un cerrajero para que cambien la cerradura de tu casa. A ver lo que cubre el seguro.

Cuando llegué a la pastelería, ya había un coche de policía en la puerta. Al menos habían sido muy rápidos.

—Te tengo que dejar, mamá. Luego hablamos. La policía ya ha llegado.

—Yo me encargo de todo lo del seguro.

Lo bueno de que mis padres vivieran cerca de mi casa era que siempre estaban a mano para solucionarme ese tipo de problemas. Yo trabajaba más de doce horas en la pastelería y apenas tenía tiempo de hacer según qué tipo de gestiones. Cuando contratara a las dos personas que me hacían falta, podría relajarme un poco.

Al entrar, un policía estaba hablando con Helena y había tres mesas ocupadas por mujeres mayores que no dejaban de observar al agente.

—Ya ha llegado mi jefa. Ella sabrá responderte mejor que yo.

El policía se giró y se encaminó hacia mí.

—Perdona un momento. —Lo detuve con una mano—. Tengo que tomarles nota.

—¿Quiere recuperar su bolso? —me preguntó el agente. Asentí con la cabeza—. Pues deje que su empleada se encargue de ello. Mi compañero y yo no tenemos todo el día. Le aseguro que no es único robo con el que nos hemos encontrado hoy.

Me crucé de brazos.

—Acabamos de abrir y no puedo dejar que mis clientes esperen mucho tiempo. Helena no se puede encargar de todo. Solo serán cinco minutos.

—Señora…

Entrecerré los párpados y le eché un vistazo de arriba abajo.

—¿Me estás llamando señora a mí? Si tenemos la misma edad.

—Es el procedimiento.

—Pues tutéame. Me siento mucho más cómoda. Es que me haces parecer mi madre.

—Señora —observé que una vena del cuello se le hinchaba—, dígame qué es lo que ha

ocurrido.

—Sergio, deja que los atienda. Solo serán unos minutos. Nos lo podemos permitir.

Oí una voz ronca detrás de mí. Abrí los ojos al mismo tiempo que la mandíbula me llegaba al suelo. Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta y la boca se me quedó seca. Me giré poco a poco. Si Hugo ya me había parecido guapo sin uniforme, con él puesto los ojos me hicieron chiribitas. Era el policía que menos esperaba ver en mi pastelería.

Di por hecho que patrullaba en Paterna, pero claro, no se lo pregunté.

Capítulo 6



Hugo

Nos llegó una alerta a la patrulla de un robo con violencia y posible intimidación. El día había empezado en la comisaría con tres robos y ese era el cuarto. En los cuatro actuaban de la misma manera: Dos chicos en moto y uno de ellos daba un tirón. Llevábamos unos días buscando a esos dos chavales. Como estábamos por la zona donde había sucedido el último suceso, nos tocó acudir al lugar de los hechos.

Cuando entré en la pastelería, la última persona que esperaba encontrarme esa mañana era a ella. No sé por qué imaginaba que tenía su negocio en Paterna. Lo había dado por hecho. Y si no se lo pregunté fue para no tener que encontrármela más allá de las zonas comunes de nuestro edificio.

Durante unos segundos estuve observando cómo Penélope discutía con Sergio. Noté un tirón en la entrepierna. Tenía cada vez más claro que era el tipo de chica que me gustaba y que me podría traer más de un problema. Aunque con Penélope había algo más que con las mujeres con las que había estado. Me pareció que estaba mucho más atractiva con el pelo revuelto. Hacía unos días que no había coincidido con ella, pero sabía perfectamente que estaba al otro lado del muro. Si decidí no volver a invitarla, fue porque ella aún tenía algo pendiente con su novio y no

quería meterme donde no me llamaban. No deseaba tirarme a la piscina sin agua. Me gustaban las cosas claras y Penélope estaba bastante confusa. Ambos estábamos en dos momentos muy diferentes.

—¿Penélope? —dije antes de que Sergio le respondiera alguna burrada.

Ella se sobresaltó y después se giró de golpe. Parpadeó y abrió la boca al mismo tiempo.

Me quedé mirando esos labios que se había pintado de rojo. De buena gana se los habría chupado y saboreado con gusto. Estaba seguro de que no había nada en su pastelería que fuera tan dulce.

—¿Hugo?

—Veo que os conocéis —dijo Sergio.

—Solo un poco. Somos vecinos —respondí caminando hacia ellos.

No podía decirle a Sergio que la había visto en ropa interior y bailando un baile de lo más sensual.

—Si me disculpáis un momento, no tardaré mucho —dijo ella—. No quiero que se enfríen las tostadas francesas, porque si se pasan ya no tienen tanta gracia. Os podéis sentar allí.

Penélope caminaba como si fuera dando saltitos. Mientras iba a la barra a por los desayunos que le había preparado la camarera, nosotros ocupamos la mesa que nos había ofrecido ella.

—¡Vaya, cómo está la vecinita rubia!

Sergio le dio un repaso mientras se alejaba.

—No me había fijado.

Sergio alzó una ceja y volvió la cabeza hacia mí sin terminar de creerse mis palabras.

—¿No? ¿A ti qué te pasa? Pensaba que con la edad se te habría quitado la tontería esa que tienes de pasar de las tías. Si tiene un culo que quita el hipo.

—¿Hay alguno que no te guste?

A la vez que Penélope atendía, también montaba el mostrador con tartas variadas que iba sacando del obrador. Se movía rápido detrás de la barra y sirviendo a los clientes.

—Sí, alguno hay… —carraspeó—. ¿Tienes algo con ella?

—No, solo somos vecinos y tiene novio.

—¿Y cuándo ha sido eso un inconveniente? —Sonrió—. ¿La has invitado a la fiesta del sábado?

—Tiene planes.

—¡Qué pena!

Sergio no dejaba de observar a Penélope. No despegó la mirada de su trasero. Y sí, tenía razón, aunque no lo reconocería delante de él. Yo tampoco podía dejar de mirarle el culo. La mañana en que la conocí cuando la vi bailar y la otra noche cuando la observé con su ridículo pantalón de pijama ya me lo pareció. Pero estaba claro, los pantalones vaqueros le sentaban muy bien.

En una de las veces que regresó a la barra, su camarera y ella se pusieron a cuchichear y miraron hacia donde nos encontrábamos. La otra chica no hacía más que asentir con la cabeza, mientras que Penélope hacía gestos con la mano, como negando lo que decía la otra.

Recordé la pregunta que ella me había hecho antes de que se durmiera y que no había querido responderle. No me habría importado repetir todas las noches el fumar algo con ella y lo que se terciara, aunque sabía que eso era mala idea.

Cuando Yang Mi rompió nuestro compromiso, mi abuela había decidido dejarme tranquilo y no insistió más en concertarme otro matrimonio. No volvió a sacar el tema de buscarme una buena esposa coreana. Yo me bastaba y me sobraba para encontrar a alguien.

Desde luego, liarme con una vecina podría traerme algún que otro quebradero de cabeza. ¿Estaba preparado para ello? Solo el tiempo lo diría.

En cuanto Penélope atendió las mesas, regresó a nuestro lado y se sentó junto a mí.

—¿Queréis tomar algo? —Nos ofreció.

—Estamos de servicio —respondió Sergio.

—Bueno, pero un café y un trozo de tarta podréis tomar. Eso no es un delito, ¿no? No os estoy diciendo de tomar un *whisky* o un canuto. —Me miró y se marcó una sonrisa inocente—.

Supongo que a largo de la mañana pararéis para tomar un almuerzo. Da igual si es ahora como si es dentro de un rato. Tenéis que probar algunas de mis tartas. Mi favorita es la de chocolate rellena de dulce de leche. Aunque también la tenéis de queso, de lima, de fresa…

—La verdad es que tiene razón —comentó Sergio, interrumpiéndola—. Yo tomaré lo de siempre.

Penélope alzó una ceja esperando a que le dijera qué era lo de siempre.

—Dos cafés solos sin sacarina —contesté por mi compañero.

—Y un *croissant*, si puede ser —comentó Sergio.

—Claro que puede ser —respondió ella mostrando una sonrisa—. Son de mantequilla y están de muerte. No es por nada, pero apuesto a que son los mejores de Valencia.

Mi vecina se levantó.

—Enseguida os los pongo.

—Y una magdalena de arándanos.

Penélope se giró un segundo y se mordió el labio inferior. Me sonrió.

—¿Te gustaron?

—Sí.

—No me dijiste nada.

—Te lo estoy diciendo ahora.

A la vez que preparaba nuestro pedido, sacó una bandeja de croissants de dentro del obrador y otra de magdalenas de varios sabores. No tardó ni dos minutos en regresar. La pastelería empezó a llenarse de gente, pero su compañera parecía que lo tenía controlado.

Ella se había preparado un té. Saqué una libreta para apuntar todos los datos que ella recordara. Cuando llegó al momento en el que se encaró con el chaval, Sergio la interrumpió.

—¿Nos estás diciendo que te enfrentaste con él y que luego sacó una navaja?

—Sí, pero no sabía que la iba a sacar. Tampoco era muy grande. Creo que era un cortaúñas. —Hizo un gesto con los dedos para hacer constar el tamaño de la hoja.

—¿Tan importante era lo que llevabas en ese bolso?

—Para mí sí lo era. Le ofrecí cien euros por él. Es que llevo toda la documentación, mi agenda, varias libretas con recetas que voy anotando de YouTube, las llaves de mi negocio, de casa, de la casa de mis padres, de casa de… ¡Ay, dios!

Dejó de hablar un momento. Supuse que se refería a las llaves de su novio o lo que fuera.

—¿De tu novio? —pregunté.

—Sí, las llaves de Jaime. —Volteó un poco la cabeza y jugueteó con su cabello—. Tengo que llamarlo de nuevo. En el llavero pone su dirección. ¿Y si le entran a robar? —Se mordió una uña—. Lo único bueno es que anoté la matricula.

Abrió su móvil y nos la mostró para que tomásemos nota.

—Y ya no tengo nada más que contar. Bueno, sí, que se parecía a ti. Tenía los ojos rasgados como tú, y hablaba muy bien el español, aunque falseaba un acento andaluz.

—¿No llevaba casco? —inquirió Sergio.

—No, solo lo llevaba su otro compañero.

—Aunque parezca que somos todos iguales… —le dije.

—Sé que no sois iguales. Lo decía porque tenía el mismo lunar que tienes en el labio superior. —Me señaló con el dedo.

Se me quedó mirando. No sabía si al lunar o la boca. Al mismo tiempo que lo hacía, se pasó la lengua por los labios. Puede que fuera un gesto de lo más inocente y que no fuera consciente de qué hacía, pero me pareció de lo más seductor. Lo que estaba claro es que ella no sabía el efecto que provocaba en los hombres.

Me revolví inquieto en la silla. Podía ser una casualidad, pero me estaba describiendo a Dylan y podía apostar una mano a que se trataba de él. Ambos habíamos tenido problemas con mi viejo. Era un mierda como persona, como marido y como padre. Cuando Dylan tenía ocho años y yo dieciocho le prometí que me lo llevaría. Mi casa era un infierno. Durante años pude proteger como pude a mi madre y a mis hermanos de las palizas de mi padre, hasta que cumplí la mayoría de edad y él me echó de su casa. Quise que mi madre, Coral y Dylan se vinieran a vivir a Madrid conmigo, pero mi viejo la amenazó con denunciarla por abandono de hogar y con pedir

la custodia de mis hermanos. Se quedaron a vivir en Paterna con el miedo en el cuerpo. Coral se marchó a vivir conmigo cuando cumplió los dieciocho y más tarde fuimos a vivir con mi abuela. Mi madre nunca quiso denunciarlo porque no quería que fuera a la cárcel. Pero al final lo trincaron por estafar a varias familias. Fue una suerte que mi padre pasara un tiempo en el trullo y muriera unos años después de cáncer de colon. No lloré su pérdida, ni Dylan ni Coral tampoco lo hicieron. Por esa parte, le llegó la paz a mi madre, aunque Dylan no me perdonó que no me lo llevara conmigo. En cambio, Coral, tras ahorrar dinero trabajando en unos grandes almacenes, se fue a Corea a estudiar cocina tradicional y se estaba convirtiendo en una gran cocinera. Mi madre quería ocuparse de Dylan y me había pedido que se quedara con ella.

Hacía poco tiempo que Dylan había cumplido los dieciocho años y se largó de casa ya que decía que necesitaba su espacio. Antes de cumplir los diecisiete, ya había pasado por un centro de menores y mi madre estaba bastante desesperada con él. Tanto ella, mi hermana como yo temíamos que acabara como nuestro padre.

—Necesito ir un momento al lavabo —repliqué.

Me levanté con los hombros rígidos. Penélope me siguió con la mirada. Supongo que notó cómo había tensado los hombros y mi gesto se endureció. No fue la única que advirtió que estaba algo inquieto. Sergio también se había dado cuenta.

—Es esa puerta de ahí.

Agité la cabeza.

Saqué el móvil cuando eché el pestillo y lo llamé.

—¿Qué quieres? —preguntó cuando descolgó.

—¿Dónde has estado esta mañana?

—No tengo que darte explicaciones. Ya soy mayor de edad.

—Sí, lo eres, y también un idiota que va a terminar en la cárcel como sigas por ese camino.

—Tú me sacarás. Me lo debes.

—No me toques los cojones, Dylan. No te debo nada. Si estás fuera es porque moví

algunos hilos. ¿Qué es lo que quieres demostrar? Esta mañana le has robado el bolso a una chica y le has sacado una navaja.

—Joder, era un cortaúñas.

—Me da igual lo que fuera. Se considera un arma. Y ¿sabes qué? En una rueda de reconocimiento te señalaría. Tienes que devolver ese bolso. Esta es la última vez que te saco de un apuro. No me vuelvas a poner a prueba.

—¿Cómo sabes que he sido yo? Es su palabra contra la mía.

—¿En qué mundo vives? Despierta, joder y déjate de gilipolleces. Tienes antecedentes.

—Yo no he sido.

—Ha señalado el lunar e ibas sin casco. Hay que ser idiota para no ponértelo. ¿A cuántos chicos de tu edad conoces que lo tengan? Es lo único que sacamos de él. Y acabas de reconocer que le sacaste un cortaúñas.

—Yo no me parezco a él.

—Demuéstralo y vente a vivir conmigo o vuelve con mamá, me da igual. También ha señalado lo de los rasgos. No lo puedes negar.

—Esa maldita…

—Cuida esa boca. —Chasqueé los labios—. Con lo mucho que lo odiabas, al final has terminado pareciéndote a él.

—Ya no te necesito. Deja de meterte en mi vida.

Me colgó y me dejó con la palabra en la boca. Volví a llamarlo. Me respondió al tercer tono.

—Si sabes lo que te conviene, no vuelvas a colgarme. Dime dónde estás y, si es lo que deseas, no te daré más la brasa. Ahora, tú decides qué quieres hacer con tu vida. Si vuelves a meterte en un lío no vuelvas a llamarme. Da gracias que soy yo quien se encargue de este delito. No sabes lo que es una cárcel. Te aseguro que no tiene nada que ver con un centro de menores. ¿Es ahí donde quieres terminar? ¿Como el viejo?

Si jugaba esa baza era para hacerle entrar en razón. Le estaba ofreciendo una salida para

que no terminara en la cárcel.

Tras unos segundos callados, al final me respondió:

—Me podrás encontrar en La Malvarrosa, frente a La Pepica.

—Está bien. En un rato nos vemos.

Salí del lavabo con los dientes apretados. En la mesa estaba la camarera, que retiraba lo que nos habíamos tomado.

—Tienes pinta de ser libra.

—Perdónala —dijo Penélope a Sergio—. A Helena le gusta la astrología y tiene buen ojo para eso.

—Sí, soy libra.

—Lo sabía. —Se me quedó mirando—. Y tú tienes que ser tauro.

—Yo no gasto de eso —respondí con brusquedad, pero no estaba de humor.

Era la segunda vez en pocos días que una chica me salía con esa idiotez.

—¿Sabes lo que dice hoy tu horóscopo? —preguntó la camarera—. Que un familiar te va a meter en un buen lío.

Arqueé la ceja. ¿Había escuchado la conversación o lo decía totalmente en serio? No quise responderle.

—Ya tenemos todos los datos. Nos vamos, Sergio. —Antes de salir, di media vuelta—. Espero que recuperes tu bolso muy pronto.

Capítulo 7



Hugo

Le di las llaves del coche a Sergio para que condujera él. Estaba muy cabreado, hasta el punto de que sabía que podía írseme de las manos. No deseaba pagar mi furia ni con Sergio ni con mi hermano. Eso siempre me recordaba que no quería parecerme a él, que siempre había otro camino para no dejarme llevar por la ira. Si hubiera tenido a Dylan delante de mí en esos instantes, lo habría zarandeado hasta que se diera cuenta de que estaba echando a perder su vida. Tenía que calmarme.

En realidad, me jodía mucho más por nuestra madre. Ella no se merecía seguir sufriendo.

Acabar con monstruos como mi padre siempre se convirtió en una de mis obsesiones desde que era pequeño. Por eso me metí a policía. Quería proteger a mujeres como mi madre, mujeres que no eran capaces de alzar la voz por miedo y porque estaban anuladas por completo.

Si había un infierno, solo deseaba que mi padre se pudriera en él y que sufriera todo lo que nos había hecho padecer a nosotros y a mi madre.

—Necesito un favor y no quiero que preguntes. —Le pedí cuando nos montamos en el coche.

Mi compañero no había dejado de observarme desde que había salido del baño. Sabía que

me pasaba algo, porque estaba tenso y porque había sido borde con la camarera de Penélope. No estaba para aguantar tonterías de horóscopos. Solo podía pensar en Dylan y en que la había cagado de nuevo.

—¿Qué clase de favor? —preguntó poniendo en marcha el motor.

—Te he dicho que no quiero que preguntes. Es mejor que te mantengas al margen.

—Sé lo que has dicho, pero sabes que me gusta ir hasta el fondo de los problemas. Intuyo que tiene algo que ver…

—Prefiero no meterte en esta mierda. Te estaría implicando.

—¿Qué ocurre? Es Dylan, ¿verdad? El chaval del que hablaba Penélope es tu hermano.

Apreté el puño. A él no podía engañarlo. De una u otra manera se iba a enterar.

—Sí, se ha vuelto a meter en otro lío.

—Lo sabía. ¿Hasta cuándo lo vas a seguir protegiendo?

Lo miré de soslayo. Quería convencerme de que esa iba a ser la última vez que lo iba a ayudar.

—Esta es la última vez que le saco las castañas del fuego.

—Ese crío te tiene pillado por los huevos.

—Ese chico es mi hermano. No lo olvides. Merece una oportunidad.

—¿Cuántas ha tenido ya? Y no me vengas con que tuvo una infancia dura. Tú y yo la tuvimos y no hemos acabado como él. Que nos conocemos desde hace más de quince años. Hemos tragado mucha basura aquí dentro.

—No necesito que me vengas en plan moralista. ¿Crees que no lo sé? Solo quiero que deje toda la mierda en la que está metido.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Lo vas a encerrar en tu casa?

—Si tengo que atarlo, lo haré. También le voy a ofrecer pagarle unos estudios. Siempre se le dio bien cantar. Tiene mucho talento para componer. Necesita una oportunidad.

—Igual él no quiere que lo ayudes.

—No lo puedo dejar en la estacada. Solo me tiene a mí.

—No eres su padre. Hasta ahora no te ha agradecido todo lo que has hecho por él.

—¿Y qué propones? ¿Cuál es tu idea? ¿Que le llegue la mierda al cuello y acabe como nuestros viejos? Sabes lo que significa entrar en el talego. No es esa la vida que quiero para él.

—Deja que se equivoque. A veces es la única manera de que aprendan.

—No me voy a dar por vencido.

Llegamos a la Malvarrosa en unos veinte minutos. Había mucho tráfico esa mañana.

—Puedes dejarme aquí. Regreso en un rato.

—Dale duro.

Encontré a Dylan en la orilla del mar, fumando un *piti*. Ni siquiera levantó la cabeza cuando me senté a su lado. Me ofreció una calada, que rechacé con un gesto de cabeza. Solo fumaba por las noches y necesitaba estar despejado. Me pregunté si todos esos robos se debían a que fumaba costo o había algo más.

—Ahí tienes el bolso. —Chasqueó la lengua un tanto incómodo—. Debería haber aceptado los cien euros que me ofrecía. Tenía razón en lo de que solo llevaba un billete de veinte pavos. Joder, es la primera vez que lo hacía. Te juro que no lo había hecho antes. Mi colega me dijo que era muy fácil.

—Y será la última.

Agarré el bolso sin mirar lo que contenía. Suponía que Dylan no había cogido ni un euro de la cartera, ni tampoco había usado las tarjetas. Me puse de nuevo en pie.

—Levanta. —Le ordené agarrándole del brazo.

—¿Se puede saber qué cojones haces?

—Te vienes conmigo. Vas a recoger tus cosas y te vienes a vivir conmigo. Vas a estudiar lo que quieras, yo te lo pago.

—¿Y tú quién te crees que eres para darme órdenes? Solo eres mi hermano, que me dejó tirado con ocho años.

No respondí a su provocación. Le subí la manga de su sudadera para ver si tenía marcas de pinchazos. No deseaba que Dylan se estuviera metiendo caballo. Esa sí habría sido una batalla

casi perdida. Solté un suspiro de alivio cuando no le encontré ninguna señal.

—¿Quieres que te enseñe el otro? ¿Quieres que te enseñe también las piernas? —Se arremangó la otra manga para mostrarme el brazo y se levantó las perneras del pantalón—. No me estoy metiendo nada de eso. Estoy limpio.

—Es lo más inteligente que puedes hacer. De ahora en adelante voy a ser tu sombra.

—Ya tienes lo que estabas buscando. Me piro.

—¿Quieres que les diga a tus colegas que eres un maldito soplón y que por eso no les puedes llevar el bolso? Ya sabes lo que les hacen a los que se van de la lengua. No me pongas a prueba. Sabes que soy capaz de hacerlo. También puedo hacer que haya un policía delante de tu casa día y noche si no te vienes conmigo.

—Yo no te he pedido nada. No te metas en mi vida.

—Va a ser imposible. No admito discusión.

Soltó un bufido de exasperación. Apretó los puños y los dientes. Pensó durante unos segundos.

—Entonces me voy a vivir con la *mama*.

—Parece que ese canuto te ha dejado un poco sordo. Te vienes a vivir conmigo.

Se me quedó mirando y echó a correr. Agité la cabeza. No me lo estaba poniendo fácil, pero esta vez no iba a darle la espalda.

—Joder, Dylan, no me hagas correr. Cuando te alcance, te voy a patear el culo.

Él no se detuvo. Corría bastante, aunque yo era mucho más rápido que él. Cuando lo alcancé, le di una colleja.

—Eres un idiota. ¿Pensabas que no te iba a pillar?

—Me escaparé.

—Dylan —gruñí—, deja de ponérmelo tan difícil. Con ocho años no pude hacer nada por ti porque el viejo tenía amenazada a la mamá. Ahora sí que voy a estar a tu lado.

—No me debes nada. Ya te lo he dicho.

Se deshizo de mi agarre y se metió las manos en los bolsillos.

—Sé que no te debo nada, pero ¿qué planes de futuro tienes?

Soltó una carcajada. No sabía muy bien qué le había hecho gracia.

—Sexo, drogas y *rock and roll*. Quiero pertenecer al club de los veintisiete, como Jimmy Hendrix o Kurt Cobain.

Él se lo estaba tomando a broma, mientras que yo trataba de que entrara en razón.

—Para eso tendrás que hacer algo memorable —mascullé entre dientes—. Lo más destacable que has hecho hasta ahora es entrar en un centro de menores por el robo de varios vehículos. Dime, ¿piensas pasarte la vida robando bolsos? ¿Cuánto tiempo crees que puedes pasar sin que te pillen?

—Lo próximo será un banco y a vivir como un rey. Quiero vivir como si fuera a morir mañana.

Negué con la cabeza.

—La vida no es como en *La casa de papel*. Hasta en las series muere gente. Vivir como si fueras a morir mañana es una estupidez. Confórmate con vivir.

—Tú no lo entiendes. Los problemas me encuentran.

—La única manera de evitarlos es no buscarlos —repliqué.

Agachó la cabeza y después la agitó.

—Con una condición. Si vuelvo a Paterna, me iré a casa de la *mama*.

Tenía que ceder en algo. Ya era un paso que quisiera regresar al pueblo con nuestra madre.

—Si le vuelves a dar una mala noche, te vienes a vivir conmigo. Y hablo muy en serio sobre lo de que te pongas a estudiar.

—No me agobies. A mí no se me dan bien esos rollos.

—Joder, se te da de lujo cantar. Podrías probar. Tienes presencia, una buena voz y tus letras son cojonudas.

—¿Quién va a querer darme una oportunidad?

Volví a darle una colleja.

—Con esa actitud, nadie.

Me miró desde abajo con los párpados entrecerrados.

—Estaba muerto de miedo cuando le quité el bolso.

—No me extraña. No es fácil robar.

Le vi en el gesto que iba a usar el truco de cuando era pequeño y se ponía a llorar o a gritar y a decirle a todo el mundo que lo maltrataba para que lo dejara en paz.

—No hagas lo que estás pensando. Si lo haces, te juro que te esposo y te llevo a comisaría. Vas a pasar tres días dentro a pan y agua. Verás lo que es bueno.

Se quedó parado.

—Joder, qué asco de hermano.

—Es lo que nos ha tocado. Los hermanos mayores cuidan de los pequeños. —Le pasé el brazo por el cuello—. Venga, vamos a recoger tus cosas.

Caminamos en silencio hasta donde había aparcado Sergio. Estaba apoyado en el coche con las piernas y los brazos cruzados. Él le dio un repaso de arriba abajo a Dylan y le hizo un gesto con la cabeza para que se sentara detrás.

—¿No pretenderás que me monte con vosotros? ¿Qué van a pensar mis colegas?

—Nos importa tres mierdas lo que piensen. Solo tienes dos opciones: O te esposo o nos llevas hasta tu casa —respondí abriéndole la puerta—. Tú decides. Y le vas a decir a tu colega que va a tener que devolver los bolsos que ha robado.

Le dio una patada a la rueda de un coche que había aparcado al lado del nuestro.

—Podías haberte quedado en Madrid.

En casa de mi abuela me estaba asfixiando.

—Sí, pero entonces puede que tú ya estuvieras en el talego.

Dio un puñetazo en el aire.

—¿Hacia dónde vamos? —Quiso saber Sergio.

—A casa de la *mama*.

Sergio me miró al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Tú qué dices? —me dijo mi compañero—. Tenemos una dirección. La moto está a nombre de un tal Manuel Campos…

Dylan chasqueó la lengua.

—Está bien.

Se cruzó de brazos y terminó por darnos una dirección. Estaba al final de la Malvarrosa, en un conjunto de casas rosas. Cuando lo dejamos en una esquina, miró hacia atrás. Se marcó una sonrisa y volvió a salir corriendo.

—Pon la sirena —le pedí a Sergio—. Este va a pasar la noche en el calabozo.

Bajé del coche y salí disparado hacia él. Me hizo sudar, aunque al final lo alcancé.

—No creas que eres más rápido que yo. He dejado que me alcanzaras —murmuró casi sin aire por la carrera que se había metido.

Le vi las intenciones, pero no tenía ganas de aguantar sus gilipolleces. Lo agarré del cuello de su sudadera y lo zarandeé.

—¡Eh! —grité para que me escuchara la gente que estaba en la calle y nos miraba sin saber qué hacer—. Quiero que quede muy claro que este chico de aquí es mi hermano. Si alguien le ofrece un hueco en su casa, desde ya os digo que es una mala idea. Os haré la vida imposible.

—¿Se puede saber qué cojones haces?

—Te estoy haciendo un favor. Recoge tus cosas. Aquí ya no tienes nada que hacer. Olvídate de tus colegas.

Capítulo 8



Penélope

Tras un día bastante largo, di por terminada mi jornada laboral.

Ese viernes por la noche dejé que Vicky, la camarera de la tarde, cerrara la pastelería, y no solo porque estuviera agotada, sino porque también quería acercarme a ver a Jaime para decirle que me habían robado el bolso, donde estaban las llaves de su casa. Me daba igual el acuerdo al que hubiéramos llegado. Si me hubiera respondido al teléfono, no habría ido a verlo.

No estaba rompiendo ningún acuerdo.

Pulsé el botón del telefonillo de su edificio y esperé a que me respondiera. Desde la calle podía observar que las luces del comedor y de su habitación estaban apagadas. Cuando vivíamos juntos, los viernes regresaba pronto a casa, ya que terminaba antes del mediodía en el instituto, y después se iba al gimnasio. Llegaba sobre las ocho de la tarde y preparaba la cena con calma.

Supuse que no había cambiado de hábitos, pero me había equivocado, ya que no me respondió al telefonillo. Podía haberle enviado un WhatsApp para contarle lo que había pasado. Si no lo hice fue porque me apetecía saber de él, comprobar cómo estaba y de paso ver en qué punto estaba lo nuestro.

Me senté en el portal y esperé durante una media hora. Estuve mirando recetas de pasteles. Me relajaba ver *reels* de dulces.

Cuando ya pensaba marcharme, lo vi aparecer cargado con dos pizzas y una bolsa con bebidas. A su lado iba un compañero de instituto que había cenado alguna vez con nosotros. Se me encogió el estómago cuando advertí cómo lo miraba Julio y cómo le susurraba algo al oído. Había ese tipo de complicidad entre ellos que me recordó a cuando nosotros empezamos a salir juntos.

Y me sorprendió que Jaime estuviera tan relajado. Hacía tiempo que no lo veía así de despreocupado.

Esperé a que llegara. Cuando se percató de que estaba sentada en su portal, se puso tenso y se separó un poco de Julio. Le pasó las pizzas y la bolsa. Intentó forzar una sonrisa.

—Pen… ¿qué haces aquí? —titubeó y después tragó saliva.

—Hola, Penélope. Yo te espero arriba —repuso Julio rehuyendo mi mirada.

Aunque antes de cruzar la puerta del portal, Julio me lanzó una mirada de arriba abajo que me incomodó, como si yo hubiera cometido un crimen.

A Jaime le tembló el labio y me di cuenta de que se sentía igual de molesto que yo.

—Me dijiste que no había nadie más —espeté.

—Y en aquel momento no lo había.

—Pero ahora sí, ¿no es cierto?

—Solo hemos quedado tres veces. Quiero aclarar mis ideas. Solo nos estamos conociendo.

Me mojé los labios.

—¿Y por qué no eres sincero conmigo de una vez por todas y me dices qué pasa con lo nuestro? Si estás con alguien me gustaría saberlo.

—No vengas a pedirme explicaciones. Te pedí un descanso.

Como si con eso estuviera todo arreglado.

Cerré los ojos y respiré con calma. Entonces me di cuenta de lo idiota que había sido por no haberlo visto venir y porque había estado esperando algo que no era real. En esos meses,

había tenido tiempo de ver las cosas con perspectiva, desde otro ángulo. Me había creído que era un descanso, pero el *stand by* no era más que una gran mentira. Me daba igual si en el momento en el que me pidió un descanso estaba con alguien o no. Lo importante es que yo ya no quería nada con él.

Quizá él no se atrevía a dar el paso y romper todo lo que habíamos construido juntos. Y más cuando estábamos a punto de casarnos. Me imaginaba que tampoco se atrevía a salir del armario y decirles a sus padres que se había enamorado de un chico.

Abrí los ojos y busqué su mirada. Él la retiró enseguida.

—Quería devolverte las llaves de tu casa… —Mastiqué una respuesta. No deseaba que viera lo jodida que estaba—. Pero esta mañana me han robado el bolso y no las tengo. Tendrás que cambiar la cerradura. Dime cuándo puedo venir a recoger mis cosas.

—No quiero que las recojas. Yo te sigo queriendo.

—¿De verdad me estás diciendo esto? Ya no es suficiente que me quieras. Tienes una manera un poco extraña de demostrarlo. Pero te equivocas. Crees que me sigues queriendo, pero estás prolongando algo que ya no da más de sí. En cierta manera tú has sido más valiente que yo en dar el paso. Además, yo no sé si te quiero como antes.

—No es cierto. Ahora estás despechada.

—¡Qué sabrás tú cómo me encuentro yo! Yo quiero que me amen bien y no conformarme con algo parecido a la felicidad. Ahora estamos en dos momentos diferentes. Lo quiero todo, no me conformo con medias tintas y tú ahora mismo no vas a darme lo que necesito.

Estaba agotada y no me apetecía pedirle más explicaciones. Ya estaba todo dicho. Él quería experimentar y que yo esperara a que se le aclararan las ideas, pero había un problema: me había cansado de haber pausado mi vida y de no seguir con ella. No quería estar a expensas de lo que decidiera.

—Dime día y hora... —propuse.

—No puedes hacerme esto, Pen —dijo Jaime.

—No te estoy haciendo nada. Tú has sido el que dio un paso adelante. En realidad, nos estamos haciendo un favor.

—Pero ¿vas a ser feliz sin mí? —preguntó con altivez.

Elevé los ojos al cielo. ¡Qué desfachatez tenía!

Me costaba respirar. El pecho me subía y me bajaba a toda velocidad y empecé a notar un picor detrás de mis ojos. Y conocía muy bien esa sensación.

Ay, no. No podía permitírmelo.

No iba a llorar delante de él.

—Pues claro que sí. Voy a ser feliz conmigo misma —comenté segura—. No te necesito para seguir con mi vida.

Alguien me agarró de la cintura y me dio un beso en la corinilla. Alcé la cabeza y me encontré con la mirada de Hugo. Noté un cosquilleo en la parte baja del estómago cuando lo olí.

—Te dije que no vinieras a buscarme, que podríamos haber quedado en el restaurante.

El sonido de su voz grave me puso la piel de gallina. Durante unos segundos, no supe qué decir. Me había quedado sin palabras. Intenté que mi cara recuperara una sonrisa, pero no me salió. Tenía que practicar más lo de poner un gesto algo más normal.

—Lo sé, pero quería darte una sorpresa —respondí dándole un golpecito en el pecho.

Lo había visto hacer tantas veces en las series coreanas que me sentí la protagonista de una de ellas.

Jaime alternó la mirada entre Hugo y yo.

—¿Estáis juntos? —quiso saber.

—Nos estamos conociendo —respondió Hugo ofreciéndome una sonrisa—. Aún es pronto para saberlo. Ahora estamos bien.

—Nos estábamos tomando un descanso —dijo Jaime marcando su territorio.

Me molestó que me soltara aquellas palabras. ¿Por qué nunca me había dado cuenta de lo capullo que era Jaime?

—Y en ese descanso nos hemos conocido. Somos dos personas solteras con ganas de pasárselo bien. No hay ningún problema. Estamos haciendo planes.

Se me encogió el estómago al oír a Hugo decir todas aquellas mentiras. Por una parte, no me habría importado que todo aquello fuera cierto, pero por otra, antes tenía que aclararme del todo para saber qué quería hacer con mi vida.

—¿Y tenías que quedar en mi portal?

—En realidad trabajo un poco más arriba, en la comisaría de policía —respondió Hugo —. Tu casa queda de camino a mi trabajo.

—Al pasar por tu portal, pensé en esperarte —repliqué—. Solo llevaba un minuto aquí esperándote.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Hugo.

—Soy Jaime, su prome... —Alzó el mentón.

Hugo no dejó que terminara la frase.

—¿Jaime? No recuerdo que me hayas hablado de él. —Taladró a Jaime con la mirada y después se giró buscando mis ojos. Aunque Jaime le tendió la mano, Hugo hizo como si no hubiera visto el gesto—. Seguro que no eres alguien importante para ella. Me habría contado algo de ti.

Hugo me tomó por la cintura. Estaba tan cerca que podía oler su colonia.

Jaime apretó los dientes.

—¿Y tú quién eres? —espetó Jaime.

—Yo soy Hugo, su vecino. Si nos perdonas, tenemos una reserva en un restaurante para las nueve —respondió tirando de mí—. Ya llegamos tarde.

—¿Me vas a dejar con la palabra en la boca? —Jaime alargó el brazo, pero no me alcanzó —. Tenemos asuntos de los que hablar.

—Ya pasaré a por mis cosas. Si no te das prisa, te comerás la pizza fría. Julio está en tu casa. No está bien que hagas esperar a tu cita.

A medida que nos alejábamos, notaba los ojos de Jaime fijos en mi espalda. Y toda la

tensión que había sentido mientras hablaba con él se fue diluyendo.

Hugo no dejaba de mirarme de reojo.

—¿Cómo estás?

Me encogí de hombros. Me apetecía llorar, pero sola. No quería que Hugo se compadeciera de mí. Me daba esa noche de plazo para hacerme a la idea de que lo mío con Jaime no tenía vuelta atrás. Pero no pensaba derramar ni una lágrima de más. Y aunque sabía que Jaime ya no nos veía, Hugo no apartó su mano de mi cintura. Esa sensación de tenerlo a mi lado, de que estaba en un momento tan delicado, me reconfortó.

—No lo tengo muy claro, pero es como haberme quitado una losa de encima —carraspeé.

—¿Eso es bueno o es malo? —me preguntó.

—Supongo que es bueno. —Me detuve—. ¿Cuánto has escuchado?

—Me temo que todo. En realidad, pensaba que me habías visto, pero entonces es cuando me he dado cuenta de que estabas esperando a Jaime. Te he visto tan perdida y pequeña que he pensado que no te iría mal que te echara una mano. No me gustaba cómo te estaba haciendo sentir Jaime. Espero que no te haya molestado.

—No, en absoluto. Gracias. Ha sido menos duro de lo que esperaba. —Miré a mi alrededor—. ¿Hacia dónde vamos?

—Vamos a cenar. Conozco un restaurante coreano donde hacen el mejor *kimchi* de casi toda Valencia. ¿Lo has probado alguna vez?

—Sí. ¿Cuál es el mejor *kimchi* según tú? —inquirí.

—El de mi madre, aunque no es apto para todo el mundo. Nos gusta muy picante.

—Tendré que creerte, pero como no lo he probado, hasta la fecha el mejor *kimchi* es el de mi amiga Gabi.

—¿Por qué dices que el de tu amiga es el mejor? No es fácil hacer un buen *kimchi*.

—Estuvo varios años viviendo en Corea y trabajando en una empresa de cosméticos. Desarrollaba fórmulas para Innisfree. La fui a ver tres veces y me enamoré del país. Le iba bastante bien, pero la pobre no se comía un rosco, así que regresó a casa y ahora tiene su propia

marca de cosméticos veganos. Allí aprendió a cocinar un montón de platillos.

Seguimos caminando.

—No hace falta que sigamos con esta farsa de que tenemos algo —le dije.

Hugo retiró su mano de mi cintura como si mis pantalones vaqueros quemaran. Quise decirle que no me molestaba, pero tenía claro por qué lo había hecho. Solo habíamos representado un papel delante de Jaime.

—*Mianhamnida*[3], no me había dado cuenta. —Hizo una breve inclinación de cabeza como había visto en muchos *kdramas*.

Creo que me podría acostumbrar al timbre de su voz. No sabía coreano, pero sí que lo había entendido. Me tuve que morder los labios para no terminar riendo. Hugo igual era lanzado y sin prejuicios que igual se mostraba tímido. Tenía lo mejor de la cultura española y la coreana.

—Tampoco tenemos que ir a cenar por ahí —repliqué—. Supongo que tienes planes.

—Sí, contigo. Me vas a invitar a cenar por haber recuperado tu bolso.

Abrí la boca, la cerré y lo agarré del brazo para que se detuviera.

—¿Tienes mi bolso? ¿Has conseguido detener al ladrón?

—En realidad alguien lo ha entregado en mi comisaría. Al ver tus datos, he pensado que mejor te lo entregaba en mano.

Se descolgó la mochila que llevaba a la espalda y la abrió. Sacó mi bolso y me lo entregó.

—Espero que no te falte nada.

Miré todas mis llaves, las dos libretitas que siempre llevaba, el libro y las tarjetas. Seguía conservando lo más valioso para mí. No es que no le diera importancia al dinero, pero tampoco es que llevara mucho en la cartera.

—¿Lo tienes todo?

—Sí, no se han llevado nada. Es extraño que te lo hayan devuelto tal cual. Y el caso es que le ofrecí un billete de cien euros al chaval. Habría salido ganando. Le aticé a base de bien en la cabeza.

—Igual se lo pensó mejor y se dio cuenta de que robar no está bien.

—¿Tú crees que la gente cambia así como así? —pregunté.

—Hay quienes se merecen una segunda oportunidad. He visto chicos muy jóvenes echar sus vidas por la borda por las drogas. Vienen de familias desestructuradas y cuando alguien les tiende una mano dan un giro de 180 grados. ¿No crees en la reinserción?

Reflexioné sobre lo que me había dicho.

—Bien mirado, igual este chaval se merece esa segunda oportunidad de la que hablas. Es muy joven para meterse en drogas. Me dio la impresión de que estaba cagado de miedo.

Asintió con la cabeza y seguimos caminando en silencio durante unos metros.

—¿Sabes? El otro día me gustó que me dejaras una galleta de pingüino. Fue todo un detalle.

—Es un detalle un poco infantil, pero están tan ricas.

—Sin saberlo, me regalaste mi animal favorito.

—¿Te gustan los pingüinos? No lo hubiera dicho.

—¿Y eso por qué?

—No sé, habría jurado que te gustaban más los leones, quizá los tigres, los elefantes o incluso los tiburones.

—¿Qué tienen de malo los pingüinos?

—No tienen nada de malo, pero me imaginaba un animal más acorde contigo.

Hugo agitó la cabeza.

—Aunque no lo creas, tengo mucho que ver con estos animales. No tienes ni idea de lo estupendos que son. El pingüino emperador es monógamo por naturaleza. Tienen una forma muy característica de demostrar el amor y la devoción por su pareja.

—Ah, ¿sí? Sorpréndeme.

—Te voy a dar una razón para que cambies de opinión. Cuando un macho se enamora de una hembra, busca la piedra más bonita en toda la playa para regalársela y, a modo de ofrenda, se la deja a los pies. Si ella la recoge, entonces están unidos para el resto de sus vidas.

—¡Ay! ¡Qué romántico! Bien pensado, a mí me gustaría encontrar a ese pingüino. —Lo miré con otros ojos—. No te imaginaba tan romántico.

—Las apariencias engañan.

—¿Tú también buscas a esa pingüina?

—¿Tú qué crees?

—Que sí. Es lo que todos buscamos.

Hugo esbozó una sonrisa y seguimos caminando.

Capítulo 9



Hugo

No sé qué me impulsó a meterme entre medias de Jaime y de Penélope, pero era cierto que no se merecía que él la hiciera sentir como un cero a la izquierda.

Y aunque me había lanzado a cenar con ella, no tenía claro si estaba preparado para ello. Pero lo que ella provocaba en mí era nuevo. Me hacía sonreír sin motivo aparente. Algo había brotado en mí desde que la vi discutir con su ex. Aún no podía ponerle nombre, solo sabía que me gustaba esa sensación en el pecho. Solo iba a dejar que echara raíces y ver dónde me llevaba todo aquello.

Mientras íbamos de camino, comenzó a llover de repente. Las gotas de agua caían con fuerza. Empezamos a mojarnos. Agarré la mano a Penélope y tiré de ella para correr por debajo de las cornisas y balcones de los edificios. No sé en qué momento nos entró la risa, pero me gustaron esas cosquillas en el estómago al compartir algo tan íntimo con ella.

Nos metimos por el túnel de Germanías para ir hacia Ruzafa.

—¡Qué manera de llover! Menos mal que no nos hemos mojado mucho —replicó Penélope.

Antes de llegar a mitad del pasaje, me percaté de que un chico joven tocaba una guitarra

acústica. Tragué saliva y detuve un momento mis pasos. Me entró el pánico y miré a Penélope. Él estaba sentado en una silla. Llevaba un sombrero de ala ancha calado hasta los ojos. Aunque no le vi la cara, sabía que era Dylan quien cantaba. Al menos se había cambiado de ropa. Creo que él reconoció a Penélope a medida que nos acercábamos, ya que agachó la cabeza y no la levantó de las partituras que había en el suelo. Estaba cantando una versión de *I love you always forever*, de Donna Lewis.

…I love you, always forever

Near and far, closer together

Everywhere, I will be with you

Everything, I will do for you

I love you, always forever

Near and far, closer together

Everywhere, I will be with you

Everything, I will do for you…[4]

Aunque quise continuar caminando, nos paramos delante de mi hermano hasta que terminó la canción. Penélope aplaudió con ganas y luego sacó una moneda de dos euros.

—Tienes mucho talento. No dejes de cantar nunca. Si sacaras un disco, sería fan tuya.

En eso tenía que darle la razón a ella. A mi hermano se le daba muy bien cantar, pero él se lo tomaba un poco como un *hobby*. Alguna vez nuestra madre le había comentado lo de presentarse a algún concurso televisivo, pero Dylan siempre decía que estaban comprados y que él no tenía ninguna oportunidad.

Aún recuerdo la última conversación que habían tenido.

—¿Crees que van a elegir a alguien como yo?

—¿Por qué no? Eso no lo sabrás si no te arriesgas —respondió mi madre con orgullo—. Eres guapo y sabes cantar. ¿Qué más necesitas?

—Eso no es suficiente. Suerte es lo que necesito. En esta vida no eres nadie si no tienes

un padrino o si has nacido con estrella. La suerte me esquiva. No estamos en Corea, aquí soy un maldito chino.

La conversación terminó cuando mi hermano se levantó de la mesa y se fue al balcón de la casa de mi madre a fumar un cigarrillo.

Dylan se limitó a hacer un gesto con la mano y empezó a tocar una nueva canción. Siguió con la cabeza gacha y con los hombros encogidos. Me pareció advertir un gesto para que nos marchásemos. Volví a tirar de ella. No tenía muy claro que, si nos quedábamos un poco más, ella no lo reconociera.

Empezamos a subir las escaleras. Ella se adelantó, se detuvo un instante y se giró. Estaba un escalón por encima de mí. Nuestros ojos se quedaron a la misma altura. Posé mi mirada en la suya y advertí un gesto que no sabía muy bien cómo definir. Noté que el cuerpo de Penélope temblaba. Un mechón de pelo se le desparramó por la mejilla. Ella se lo retiró con un movimiento que me resultó de lo más sensual. Y no quise mirarla, pero su camisa empapada dejaba entrever sus pechos. Le pasé una chaqueta que llevaba al ver que temblaba un poco. Ella la necesitaba más que yo.

Bajó dos escalones.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

Sus labios estaban muy cerca de los míos. Aprecié su aroma. Olía a una mezcla de canela y limón. Me habría gustado acercarme un poco más y saborear su boca con ganas.

Penélope apartó la vista.

—Me suena ese chico. Creo que lo he visto en algún sitio.

Agarré su mano.

—Venga, vamos a cenar. No sé tú, pero ahora mismo me comería hasta un costillar entero.

Ella dudó unos segundos y después siguió mis pasos. Solté el aire que había estado conteniendo en los pulmones. Si volvíamos, era muy probable que Penélope supiera quién era. Lo que no imaginaba es que nos fuéramos a encontrar con Dylan.

Cuando llegamos al restaurante, todas las mesas del comedor estaban ocupadas.

—Vaya, con el hambre que tengo —dijo Penélope mordiéndose un labio. Echó un vistazo —. Creo que se lo están tomando con calma. Puede que no cenemos hasta las diez.

—Deja que haga un poco de magia. —Chasqué los dedos—. Siempre hay una mesa disponible para mí.

Se acercó Min Joon, uno de los hijos de los dueños.

—¡Hugo Yi I! *¡Bulgeum!* —Inclinó la cabeza al mismo tiempo que yo lo hacía. Aunque llevaba muchos años en España, aún se le seguía notando el acento.

—¿Qué ha dicho? —Quiso saber Penélope tirando de mí para que me agachara.

—Al fin es viernes. Es una exclamación de alegría. Es su manera de alegrarse por verme —respondí—. Desde que llegué a Valencia, vengo todos los viernes que puedo a cenar.

—Esta noche vienes acompañado. —Siguió hablando Min Joon—. Hay una mesa en el patio. ¿Cómo se llama tu acompañante?

Se giró hacia Penélope e inclinó la cabeza.

—Soy Penélope. —Ella también lo imitó.

—Él está comprometido con mi hermana Coral —repliqué.

—Ah, encantada.

—¿Me acompañáis? —Hizo un gesto con la mano.

Antes de seguir a Min Joon, ella posó su mano en mi brazo y se puso de puntillas.

—¡Esto es tener un enchufe trifásico! —murmuró ella muy cerca de mi oído.

—Sí. Es el restaurante de la mejor amiga de mi madre. Ahora somos familia. Me trata como a un hijo. Espera a conocerla. Casi siempre ceno en la cocina con ella y su marido.

En el patio interior todas las mesas también estaban ocupadas. Una carpa transparente cubría el espacio para que la lluvia no nos mojara. Había varias estufas que calentaban el ambiente. Por suerte, había dejado de llover. Min Joon nos llevó hasta una fuente que había en una esquina y nos hizo esperar unos segundos mientras sacaba una mesa baja. Enseguida llegó

con dos cojines planos.

—Mientras esperáis a que os traiga la carta, os pongo de beber una botella de *soju*.

—¿Te va bien o prefieres otra cosa? —le pregunté a Penélope.

—Sí, *soju* va bien. En casa siempre suelo tener. Me gusta mucho más que la cerveza.

Penélope se quedó mirando el patio. Creí ver en su mirada un brillo de emoción. Estaba decorado con muchas plantas aromáticas y una variedad de flores que lo hacían acogedor.

Las estufas nos hicieron entrar en calor enseguida.

—Me recuerda a los restaurantes a los que fui en Corea con Gabi —comentó sentándose en uno de los cojines.

Min Joon regresó con dos vasitos pequeños de vidrio transparente y el *soju*.

—Mamá ha preparado unos platos para ti. El *tteokbokki* lleva hecho desde ayer. Pensaba que te ibas a pasar este mediodía.

—Mil perdones. —Incliné de nuevo la cabeza—. Me ha surgido un contratiempo. Dale las gracias a Mi Suk.

—¿Sabes que Coral Hyun adelanta su regreso y vendrá en diez días? —comentó Min Joo con la mirada deslumbrante.

—Sí, eso me dijo la última vez que hablé con ella —respondí—. También me comentó que le habían ofrecido un contrato para trabajar en una de las cocinas del hotel Signiel Seoul, pero lo había rechazado.

—Está deseando volver a casa. Vendrá a mejorar el negocio familiar —le dijo a Penélope —. Mis padres se jubilarán dentro de un año y el restaurante lo llevaremos nosotros.

—Será todo un éxito —comenté esbozando una sonrisa.

Min Joon contaba los días para casarse con mi hermana.

Cuando se marchó, busqué su mirada.

—¿Sabes que hay un ritual para beber?

Ella abrió los ojos. Parecía divertida.

—¿Qué tengo que hacer?

—En primer lugar, no te puedes servir a ti misma, debe servirte alguien de la mesa. —Ella no perdía detalle a mi explicación—. Si te toca servir a alguien, se empieza con la persona de más edad. Si la persona con la que bebes es tu jefe o alguien mayor que tú, debes evitar el contacto visual. Se suele ladear la cara. Y muy importante, no debes brindar hasta que la persona que sirvió no brinde. Aunque no te apetezca, siempre se bebe un poco porque, si no lo haces, se puede considerar una falta de respeto.

—Entonces, ¿sirves tú?

—Por respeto, no te preguntaré la edad.

—No tiene que suponer un misterio para ti. Estoy segura de que la sabes. Has mirado mi DNI.

—Dejémoslo en que yo soy el mayor.

Primero la serví a ella con la mano derecha.

—Entonces, ¿te sirvo yo a ti?

—No, en este caso soy yo quien sirve la bebida.

Levanté mi vaso.

—¿Hay alguna palabra para brindar?

Asentí.

—¡*Konbe*! ¿Por qué brindamos? —le pregunté.

—Porque has encontrado mi bolso.

Chocamos los vasitos al tiempo que exclamábamos.

—¡*Konbe*!

Como le había comentado, Penélope ladeó un poco la cara y bebió de un trago el *soju*. Yo sorbí un poco de la bebida y me mojé los labios.

—¿Cómo es que te ha llamado Hugo Yi I?

—Porque ese es mi otro nombre. Mi madre quiso ponerme solo un nombre coreano, pero mi padre se opuso. Solo me llama Yi I mi familia. Él deseaba que tuviera un nombre más occidental. Así que me pusieron dos.

Volvió a darle un trago a su bebida cuando le llené su vaso de nuevo.

—El caso es que me suena ese nombre —comentó ella.

—Mi padre quería ponerme el nombre de algún rey de Corea, porque decía que yo había nacido para ser alguien importante, pero mi madre es bastante supersticiosa y dice que eso me traería problemas.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza antes de responder.

—Es en serio que sea supersticiosa, no que traiga mala suerte llevar el nombre de un antiguo rey.

Min Joon llegó con un plato de *kimchi*, otro de *tteokbokki*, una bandeja de pollo frito, una de *haemulpajeon*, uno de *pajeon* y dos cuencos de *galbitang* y otros dos de arroz. También trajo unos platillos de verduras con guarnición.

Penélope abrió los ojos como platos.

—¿Todo esto es para nosotros? Hay comida para cuatro.

—Nos lo tenemos que comer todo si no quieres que Mi Suk se enfade con nosotros.

Penélope tomó aire y luego asintió. Lo primero que hizo fue atacar el *kimchi*. Durante unos segundos cerró los ojos y dejó escapar un gruñido de placer. No sé por qué me la imaginé gruñendo en otro lugar, en mi cama. Luego tomó un poco de *tteokbokki*. Se le quedó un poco de salsa en la comisura de la boca. Le hice un gesto con el dedo y ella se pasó la lengua por sus labios para limpiarse. Contuve un suspiro al notar un latigazo en mi entrepierna.

—Nos habíamos quedado con tu nombre. ¿Qué significa?

—Puede que te suene, porque es uno de los poetas más famosos de Corea. Fue un erudito de la dinastía Joseon. Su madre fue Shin Saimdang.

De pronto, Penélope recordó algo.

—¡Ah, sí! Ya sé de qué me sonaba ese nombre. Vi una serie en Netflix que hablaba de esta mujer. Me gustó mucho, aunque el final me dejó con un sabor agridulce. Creo recordar que el rostro de Yi I circula en los billetes de 5000 wones, ¿no es cierto?

Asentí mientras no dejaba de comer. Le puse un trozo de *haemulpajeon* y un poco de *kimchi* en su cuenco de arroz. Ella levantó la cabeza y me sonrió.

—¿Qué te parece este *kimchi*?

—Lo negaré delante de mi amiga, pero es el mejor que he comido. Aunque pica bastante. —Bebió un poco más de *soju*—. Cuanto más pica, más dulce me parece el soju. Y tu nombre, ¿significa algo?

Asentí con la cabeza y esperé a tragar el trozo de pollo que llevaba en la boca.

—Yi significa justicia y también adecuado.

—Te viene como anillo al dedo.

—En realidad mi madre siempre soñó con que me dedicara a la abogacía o fuera juez. No entraba en sus planes que me jugara la vida todos los días. Lo de meterme a policía lo decidí en mi segundo año de carrera.

—En cualquier caso, tiene que ver con hacer justicia —replicó ella tomando el trozo de *haemulpajeon* que le había puesto en su plato—. Esta tortilla está buena, pero como la de patatas no hay nada que se le pueda comparar.

—No se lo digas a Mi Suk. La ofenderías.

—Si todo está exquisito, pero vuestra tortilla no tiene nada que hacer frente a la nuestra.

—Negaré estas palabras si Mi Suk me pregunta, pero tienes razón.

Pedí otra botella de *soju*, aunque a Penélope le apetecía una cerveza sin alcohol.

—Suelo beber muy poco alcohol. Con dos vasitos de estos ya tengo más que suficiente. Aunque entra muy bien, se te sube enseguida a la cabeza.

—Entonces no bebo más. Tengo que conducir.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —me susurró.

—Sí, claro. ¿Por qué susurras?

—Es porque no quiero que se entere Min Joon. Es algo personal. ¿A Min Joon y a tu hermana les concertaron su compromiso?

—Sí, pero ellos ya estaban enamorados desde el instituto. Min Joon y Coral llevan años

esperando a poder estar juntos. Cuando se vino a vivir a Madrid conmigo, se escribía todas las semanas con Min Joon y se llamaban a todas horas. En ese aspecto no han cambiado. Están locos el uno por el otro.

—¿No estarás comprometido? —me preguntó con algo de timidez.

—Si lo estuviera, no estaría aquí cenando contigo.

Esbozó una sonrisa que le iluminó la cara.

Antes de que nos trajeran el postre, Penélope buscó mi mirada y se marcó un gesto travieso en su cara.

—A partir de ahora serás mi *oppa*.

Abrí los ojos y me quedé sin palabras unos segundos.

—¿A qué viene esto? —Mi voz sonó un poco más aguda de lo normal.

—Bueno, te has comportado como si fueras mi hermano mayor con Jaime. Me has protegido, me has dejado tu chaqueta y me has dado un poco de tu comida. ¿No es eso lo que hacen los *oppas*?

Por un instante pensé que me estaba nombrando como novio. Ese era otro de los significados de aquella palabra.

—¿Tú también eres una enamorada de las series coreanas?

—Sí. Hace años que empecé a verlas. Me enamoré de *Secret Garden* y de Hyun Bin y ya no he dejado de verlas.

—Entonces, ¿conocías el ritual del *soju*?

Asintió.

—Pero estabas tan mono en tu papel de coreano, que no he querido interrumpirte. No quería ser una desconsiderada.

Nos habíamos quedado solos en el patio. Eran casi las once y media, hora de cerrar. Me levanté para presentarle a la familia de Min Joon.

—*Naega ssolge.* —Le ofrecí mi mano para que se levantara.

—¿Cómo dices?

—Invito yo.

—No, te invitaba yo. Has recuperado mi bolso.

—No, pagaré yo. Para eso soy tu *oppa*. —Le guiñé un ojo.

Capítulo 10



Penélope

Antes de despedirnos de la familia Chang, Hugo me agarró del codo.

—Aunque llevan muchos años viviendo en Valencia, el choque cultural sigue existiendo entre ellos y vosotros.

—¿Por qué lo comentas? —le pregunté extrañada.

—Nosotros no nos damos dos besos cuando conocemos a alguien. —A la vez que hablaba, asentí—. No pienses que es algo contra ti.

Contuve un suspiro. Hugo poco a poco fue alargando los labios hasta que la sonrisa le llegó a la mirada. Me quedé unos segundos sin poder decir nada. Tenía una sonrisa preciosa.

—Gracias por recordármelo. Aunque he estado tres veces en Corea, creía que ellos estaban algo más occidentalizados. Menos mal que tú no sigues esa norma —comenté con algo de retintín.

Se encogió de hombros y bajó la mirada un instante.

—Yo nací aquí. Para mí es más fácil. Ellos respetan mucho más el espacio personal y se reservan los besos y los abrazos para la intimidad.

—De todos los países del mundo, habéis venido a parar a uno donde nos gusta mucho abrazar, besar y tocar. Tiene que ser extraño que seamos tan sobones. —Alargué el brazo con la

intención de tocarlo, pero al final metí mi mano en el bolsillo de su chaqueta que aún seguía llevando.

—Voy a pagar —dijo él.

Fui un momento al aseo, mientras Hugo iba a la cocina. Acabé enseguida. Sin embargo, me quedé al otro lado de la puerta. Me pareció que estaban hablando de un tema privado y no quise interrumpir. Aun así, me extrañó que hablaran en castellano en vez de en coreano. No tenía claro si esperaban que de alguna manera, yo escuchara la conversación.

—Ya era hora de que nos presentaras a una amiga. —Se rio por lo bajo un hombre de voz algo más aguda que la de Hugo—. Es la primera mujer que traes a comer.

—Tu abuela ya estaba preocupada después de lo que ocurrió con Yang Mi —repuso una mujer—. ¡Qué disgusto para la familia! Se alegrará de la buena noticia. Tu madre no me había dicho nada. Mañana, sin falta, hablaré con ella.

—Mi abuela se preocupa sin motivos. Yang Mi y yo no nos queríamos y nuestro matrimonio, de haberse producido, estaría abocado al fracaso. Nos habríamos divorciado a los dos años. Además, no llevo ni un mes en Valencia —respondió Hugo—. Me va muy bien tal y como estoy.

—¿Cuándo ha sido importante el amor? —preguntó de nuevo el hombre.

—¿Sabías que tu abuela estaba a punto de concertar otra cita a ciegas? —dijo la mujer—. Yu Ri es una chica de buena familia que tiene una asesoría fiscal. Y el caso es que tu madre me comentó que tu abuela no volvería a arreglar un matrimonio concertado.

—Esta mujer es como es. Las manías no las cura la edad. Eso ya quedó claro hace unos meses. —Percibí incomodidad en las palabras de Hugo—. Solo acepté a casarme con Yang Mi por mi madre. Ahora las cosas están bien con la familia.

—Entonces, ¿invitarás a tu amiga a la boda de Min Joon y Coral Hyun? —Quiso saber la mujer soltando una risita—. Podrás presentarla a toda la familia. Tenemos ganas de ver a un pequeño Yi I corriendo por el patio. Si es tan revoltoso como tú, no vas a poder quitarle el ojo hasta que no se vaya de casa.

—Ya sabes que de una boda sale otra. —Terminó por decir el hombre—. A nosotros solo nos quedará por casar a nuestra pequeña Suni. El día en que eso pase, seremos muy felices y podremos decir que lo hemos hecho bien.

Abrí la boca y solté un gemido. Tenía que cortar aquello antes de que pensaran lo que no era. Esta familia estaba como loca por las bodas y ya me veían casada con Hugo.

¡Menudo disparate! Si acababa de cortar con Jaime. Hugo solo era mi vecino que se había portado bien conmigo.

Para que no hubiera ninguna confusión, entré en la cocina y saludé con un hola que apenas me salió de la garganta. La familia Chang estaba sentada en una mesa redonda. Hugo también estaba sentado y tomaba una taza de té.

Todas las cabezas se giraron hacia mí y me sonrieron. Luego miraron a Hugo, que dio un respingo.

—¡Penélope…! —exclamó Hugo blanco como la cal y se levantó de inmediato. Agachó la cabeza.

—De ti estábamos hablando precisamente —dijo la mujer levantándose de la mesa e inclinando la cabeza—. Yo soy Mi Suk.

Yo la imité. No la levanté hasta que ella no lo hizo.

—Encantada.

Al igual que había hecho Mi Suk, su marido y Mi Joon se levantaron también y me saludaron.

—Yo soy Tae Sun —comentó mostrando sus dientes, y un gesto amable en su rostro me sugirió que era un hombre sin dobleces.

Después alargó la mano para tomar una silla y me indicó que me sentara. Para no parecer una maleducada, lo hice.

—¿Un té? —Me ofreció Mi Suk—. Tienes que probar estos *dasik* y estos *gyeongdan*. Hugo Yi I me los pide cada vez que viene a comer. A él no le puedo negar nada. —Le llenó de nuevo una taza de té y le sirvió a Hugo unos pastelitos que había en sendos platos en el centro de

la mesa.

—Nosotros ya nos… —comenté.

Hugo no me dejó terminar.

—Sí, claro, un poco más de té —repuso Hugo.

Me lo quedé mirando.

—La cena estaba exquisita —repliqué—. El *kimchi* es el mejor que he probado.

—Nos alegra que hayas disfrutado. Prueba estos dulces —insistió de nuevo Mi Suk.

—*Kamsamnida*[5] —dije en coreano.

Era de las pocas palabras que sabía decir.

Yo no podía negarme, aunque estuviera llena. En cuanto probé el sabor de los *dasik*, cerré los ojos y lo saboreé con calma. Dejé escapar un suspiro de placer. El frijol le daba un sabor exquisito. En las tres veces que había estado en Corea, aún no había probado estos dulces. ¿Cómo es posible que no los conociera?

—Tengo que hacer esta receta para la pastelería. —Tomé un sorbo de té—. Está exquisita.

—Penélope tiene una pastelería. Sus galletas están casi tan ricas como estas —comentó Hugo.

Mi Suk y su marido cruzaron sus miradas. En sus ojos vi mucho amor y respeto. No tenía claro si a ellos les habían concertado el matrimonio, pero en este caso les había salido bien.

—¡Esto sí que es casualidad! —exclamó Tae Sun—. Habíamos encargado una tarta a un maestro pastelero para la boda de Mi Joon y hace dos días nos llamó la mujer para decirnos que no podría hacerla. Ha tenido un accidente y se va a pasar varios meses de reposo. Es una desgracia.

Mi Suk posó su mano un instante en el brazo de su marido.

—Menuda contrariedad —repliqué.

Tras unos segundos de silencio incómodo, Tae Sun se animó a hablar.

—¿Nos harías el honor de hacerle la tarta a nuestro Mi Joon? Es un poco precipitado. Si Hugo Yi I nos dice que tus galletas están casi tan ricas como las de Mi Suk, entonces deberías ser tú quien la hiciera.

—Pásanos presupuesto —comentó Mi Suk. No me dejó ni responder. Sacó una libreta de una carpeta que había sobre otra mesita pequeña y me mostró una foto de lo que querían. Me recordó a la libreta que tenía Monica, en Friends, donde había ido anotando todo lo que deseaba para su boda. Era una tarta de diez pisos, adornada con una cascada de flores de *buttercream* y cubierta de merengue suizo—. ¿Crees que podrías hacerla?

Asentí con la cabeza. Casi nunca me entraban pedidos tan especiales y yo adoraba hacer tartas así de grandes.

—¿Para cuándo sería? —Saqué mi móvil y le hice una fotografía.

—La boda es el veinte de mayo —contestó Mi Joon.

Conté los días que quedaban. Tenía por delante más de dos semanas.

—¿Qué relleno queréis? Podéis dejar que os sorprenda o bien iros a los sabores clásicos, como la crema, el chocolate, la nata y la fresa.

—Lo dejamos a tu elección —dijo Mi Suk dejándome su tarjeta—. Confiamos en tu criterio.

—*Kamsamnida*. —Me tomé lo que quedaba del té y miré a Hugo para que nos marchásemos—. Es todo un honor que hayáis pensado en mí para que haga la tarta de la boda de vuestro hijo.

—Os estamos entreteniendo, ¿verdad? Vosotros tendréis cosas que hacer —soltó Mi Joon bajando la mirada a su taza de té—. Nosotros aún tenemos que recoger y hacer caja.

Hugo fue el primero en levantarse y yo lo seguí.

—Nos ha encantado conocerte, Penélope —repuso Mi Suk—. Vuelve cuando quieras por aquí. Serás nuestra invitada.

Traté de sonreír.

—Bienvenida a la familia. —Terminó por decir Tae Sun mostrando sus dientes blancos.

—Hugo y yo…

—Solo somos amigos. —Hugo acabó la frase por mí, cosa que le agradecí asintiendo con la cabeza.

—Sí, muy amigos. —Tae Sun se frotó las manos y su sonrisa escondió sus ojos rasgados —. Así empezamos Mi Suk y yo. Nos encantará verte en la boda.

Salimos del restaurante. Miré la hora en el reloj. Eran las doce pasadas.

—Son imposibles —dijo Hugo—. Por más que les diga que eres una amiga, ellos hacen sus propias suposiciones.

—Son encantadores. —Le resté importancia.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Te lo agradecería. Vamos casi al mismo sitio y ahora no hay autobuses.

—Tengo el coche en un garaje muy cerca de aquí. —Me pidió que lo acompañara.

Nos montamos en su coche cuando llegamos al garaje e hicimos el camino hasta Paterna en silencio, escuchando la música que había puesto Hugo.

—Me lo he pasado muy bien —dije cuando él aparcó el coche a dos calles de nuestro edificio.

—Yo también.

Quizás esperaba que dijera que repetiríamos, pero como no lo dijo, yo tampoco me animé a hacerlo.

Entonces recordé una cuestión que se había quedado pendiente al salir del restaurante.

—Supongo que no dirían en serio lo de que fuera a la boda.

—Me temo que sí. Te han invitado.

—Pero si apenas nos conocemos. No puedo ir a una boda contigo como si fuésemos pareja.

—Puedes venir como una amiga. Ahora soy tu *oppa*. —Giró la cabeza para mirarme—. No he sido yo quien ha sugerido este apelativo.

Me llevé una mano a la cara y negué con la cabeza. Menos mal que en esos instantes no

había mucha luz en la calle, ya que tenía las mejillas sonrojadas.

—¡En qué momento se me ocurriría hacer la gracia!

—Nosotros nos tomamos en serio este tipo de cuestiones, aunque si deseas que lo retiremos, lo dices —comentó algo serio.

—¡Ah! —dudé unos segundos. Si ahora me desdecía de lo que le había dicho en el restaurante, era muy probable que no se lo tomara nada bien—. Perdona si te he ofendido.

—No lo has hecho.

—Iré a la boda, pero solo seré tu amiga.

—Eso ha quedado más que claro —replicó algo seco.

Al entrar en el portal, me di cuenta de que llevaba aún su chaqueta puesta. Mi camiseta ya estaba seca y no tenía frío.

Fue Hugo quien apretó el botón del ascensor y quien abrió la puerta cuando llegamos a nuestro rellano. No sé por qué de repente me puse a temblar, y lo peor de todo es que no sabía qué decirle.

¿Ya nos lo habíamos dicho todo esa noche? Y no sé si tenía ganas de que terminásemos así.

Hugo abrió la puerta de su casa y me lo quedé mirando. Contuve el aliento cuando atravesó el umbral de su puerta, aunque antes de cerrarla, giró medio cuerpo hacia mí. Nos quedamos mirando. Noté una ligera presión en el pecho al observar que él titubeaba unos momentos.

Saqué las llaves del bolso y tragué saliva. Me di media vuelta.

—Penélope…

Mi cuerpo tembló solo al oír su voz. Se tensó y no entendía muy bien por qué había reaccionado así si solo había dicho mi nombre y solo habíamos compartido una cena. Ya no era una adolescente que se enfrentaba a un chico mono.

—¿Sí? —pregunté con la respiración desbocada.

Lo noté detrás de mí, a tan solo unos centímetros de mi piel. Si me daba la vuelta, tenía

claro cómo acabaría aquello.

—Buenas noches —susurró en mi oído.

Cerré los ojos. Nadie me lo había dicho de esa manera tan delicada, con tanto cariño.

Me di media vuelta, despacio. Su mano buscó la mía y nuestros dedos se entrelazaron. Su pulgar acarició mi muñeca. Suspiré y él hizo lo mismo. Su mirada recorrió mi rostro, y con la otra mano me retiró un mechón de pelo de la cara.

Podía notar el deseo en su mirada, que era igual que el mío. Un cosquilleo subió desde mi estómago hasta mis labios ardientes. Hugo abrió la boca para decir algo, aunque antes soltó mi mano y tragó saliva.

—Ya es tarde y mañana madrugas.

Asentí con la cabeza.

—Gracias por la cena. Es el mejor *kimchi* que he probado.

Dio dos pasos, luego otro, pero volvió y tiró de mí cuando nuestros cuerpos chocaron. Sus manos tomaron mi rostro. Me puse de puntillas y nuestros labios se encontraron. Sentí sus labios suaves y cálidos. Lo besé con decisión, porque eso era lo que en realidad deseaba. Nos demoramos en un beso largo y profundo.

Me besó tal y como se mostraba ante el mundo. Seguro de sí mismo, pero a la vez con timidez, un aspecto que lo hacía más adorable si acaso. Sabía cómo tenía que besarme. Transformó ese calor que me subía por la entrepierna en puro fuego.

Me rodeó con un brazo la cintura y mis pies se elevaron unos centímetros del suelo. Me sentí, por unos instantes, que perdía la cabeza. Mi corazón bombeaba tan rápido y tan fuerte que temí que Hugo oyera mis latidos. Nuestras bocas se separaron un momento, pero solo fue para coger aire y volver con más ganas. Jadeé en sus labios. Tenía que reconocer que me encantaba su olor, su sabor, entre dulce y picante, la manera en la que me abrazaba, la forma en la que nuestras respiraciones se acompasaban. Pero sobre todo me volvía loca cómo me besaba con ganas.

Era la primera vez que besaba a otro hombre que no fuera Jaime, y también la primera vez que sentía que deseaba más, que aquel beso no acabara así. Quería perderme en Hugo.

Tiré de su pelo y él gruñó. Sufrí un escalofrío. Me gustó que lo hiciera. Me miró a los ojos cuando volvimos a tomar aire. En esos momentos supe que podría acostumbrarme a que me mirara así, como si fuera única. Y esa sensación me gustó.

Y antes de volver a besarme, la puerta de mi casa se abrió.

—Penélope, hija. Ya has llegado —exclamó mi padre con la voz cansada—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Era evidente lo que estábamos haciendo Hugo y yo. No había que echarle mucha imaginación.

Di un paso hacia atrás y Hugo y yo nos separamos. Creo que, si yo estaba apurada, Hugo lo estaba más. En mi vida me habían pillado mis padres en una situación comprometida, y eso que Jaime y yo habíamos dormido muchas noches en mi casa mientras ellos estaban en su habitación.

—¿Papá? Pero ¿qué haces aquí? Menudo susto me has dado. Si es casi la una menos cuarto. ¿Ha pasado algo? ¿Mamá está bien?

—No sé si recuerdas que hemos cambiado la llave de tu cerradura. —Me mostró el juego nuevo que tenía—. No me podía ir a casa hasta que no llegaras. ¿Cómo ibas a entrar si no?

—¡Ah! No hacía falta, he recuperado mi bolso.

—Esas llaves ya no te sirven. —Me dio un llavero con la nueva llave.

No se me ocurría qué más decir, así que dije lo primero que se me ocurrió.

—¿No es genial que Hugo haya encontrado mi bolso? Es policía.

—¿Y te ha acompañado hasta casa? ¡Qué serviciales son ahora! —respondió mi padre.

Él no apartaba sus ojos de él.

—En realidad también es mi vecino.

Mi padre se lo quedó mirando y le ofreció una mano.

—Entonces, ¿puedo decir que está en buenas manos?

—Sí, señor, lo está. —Hugo se la estrechó.

Mi padre no dejaba de agitar el brazo.

—Papá, no hace falta que se la estreches media hora ni que te quedes con su mano —dije entre dientes.

—Buenas noches, señor. Penélope —repuso Hugo cuando mi padre se dignó a retirarle la mano.

A continuación, inclinó la cabeza.

—Buenas noches, Hugo. Gracias por todo. Venga, papá, pasa un momento.

Mi padre se quedó en la puerta y no se movió hasta que Hugo no entró en su casa.

—Papá, por favor, que no es un delincuente, es policía, y ya no tengo quince años. —Tiré de él para que entrara en casa.

—No, si yo ya me iba. Cierra la puerta con llave.

Mi padre no pasó al ascensor hasta que no hice lo que me pidió. No me quedó otra que cerrar la puerta. Dejé el bolso en la entrada y fui directa a la ducha. Necesitaba destensar mis músculos.

¡Qué día más largo había tenido!

Capítulo 11



Penélope

Me desperté a medianoche con un fuego entre las piernas y con la respiración entrecortada. Mi cuerpo estaba ardiendo y no era porque tuviera fiebre. Era mucho más sencillo: estaba cachonda.

Sin saber por qué, había soñado con la boca de Hugo y saboreado de nuevo sus labios. Me mojé los míos pasándome la lengua y recordando cómo sabían. En mi sueño eran igual de dulces. Agité la cabeza para alejar esos pensamientos. Decían que el picante era un afrodisíaco y ahora estaba notando los efectos. Mi sexo palpitaba tanto como mis labios y llevé una mano al clítoris. Cerré los ojos y pensé en cómo sería estar en sus brazos. El vello se me erizó y sufrí un escalofrío placentero. Froté con suavidad y luego mis dedos se movieron más rápido hasta que me sacudió un orgasmo tan fuerte que me dejó sin aliento.

En realidad, sí que sabía por qué había soñado con él. Hice memoria y me di cuenta de que llevaba más de siete meses sin sexo. No podía creer que hubiera pasado tanto tiempo. Desde luego, no contaba todas las veces que me había desfogado con los consoladores que tenía. La noche tendría que haber acabado de otra manera y no durmiendo cada uno en una cama y separados por una pared.

Me pregunté si él estaba soñando también conmigo. Y anhelé que fuera así, que yo me colara en sus noches y me deseara tanto como yo lo deseaba a él.

Le tenía que agradecer que mi noche no se fuera por el desagüe del baño. Por unas horas no me acordé de Jaime ni tampoco lo había echado de menos.

Miré la hora en el despertador cuando mi respiración se tranquilizó. Eran las seis de la mañana y sabía que por mucho que lo intentara, no volvería a dormirme. Me hice el ánimo, me levanté de la cama y fui a la cocina a preparar un poco de café. Desde que me había separado de Jaime, el insomnio era un compañero habitual.

Mientras se hacía el café en la cafetera, miré algunas recetas de *dasik*, el dulce que había probado en el restaurante de Min Joon. Apunté todos los ingredientes en una libreta para comprarlos más tarde. Ese sería el dulce que promocionaría la siguiente semana. Estaba segura de que sería un éxito.

Lo que sí tenía era mantequilla para hacer un *plumcake*, un tipo de bizcocho inglés, bastante contundente, que me gustaba desayunar con mermelada de fresa. El secreto para que saliera bien era usar mantequilla y no margarina. El sabor no tenía ni punto de comparación. Hacía tiempo que no hacía uno y me apetecía. Así que me puse manos a la obra. Haría un *reel* para mi cuenta de la pastelería y compartiría la receta.

Estar metida entre fogones siempre me relajaba y me despejaba. Mientras sacaba todos los ingredientes para hacer dos *plumcakes*, precalenté el horno. Aprovecharía para llevar lo que me sobrara a la pastelería. Pesé la harina y el azúcar, saqué los huevos, preparé las nueces y un sobre de levadura. En esa ocasión no le pondría ni pasas ni un toque de ron. Una vez que lo tuve todo mezclado, los metí al horno y esperé unos 50 minutos a que estuvieran listos. Me dio tiempo a ponerme una mascarilla facial y a pintarme las uñas. En mi obrador solía usar guantes para hacer todas las masas.

Una vez que estuvieron listos los *plumcakes*, los saqué del horno, los llevé a la terraza para que se enfriaran un poco y esperé unos minutos para desmoldarlos. Me corté dos trozos generosos y me preparé un té *matcha* con leche. Salí a la terraza a desayunar. Eran las siete y cuarto y la mañana había amanecido soleada. Parecía que iba a hacer buen día. Me tomé con calma el desayuno. Respondí los comentarios que me habían dejado en el *reel* y, cuando terminé

de desayunar, me vestí. Preparé también una bolsa con ropa para salir esa noche con Gabi y una camiseta larga para dormir en su casa. Después de pensarlo, me decanté por un vestido azul que me quedaba bastante bien y se pegaba a mis caderas como una segunda piel.

Antes de salir de casa, corté un trozo de bizcocho para Hugo y se lo dejé en la puerta. Habría llamado al timbre, pero eran las ocho de la mañana y puede que aún estuviera en la cama. Lo que sobró, me lo llevé a la pastelería y lo pondría para probar con los primeros cafés de la mañana.

Cuando llegué a la pastelería, encontré que Jaime me esperaba apoyado en una pared. Tenía los brazos cruzados en el pecho y miraba hacia arriba, hacia un balcón en el que se habían posado dos palomas.

Nuestras miradas se cruzaron cuando las palomas echaron a volar.

En otro momento puede que mi corazón hubiera saltado de alegría al verlo, pero en esos instantes no me hizo vibrar como hacía años. Y no sé si sentí algo de pena por lo que tuvimos en un pasado, porque fue muy bonito y se había acabado. Pero ya no había vuelta atrás en nuestra relación. Ya nos lo habíamos dado todo y no quedaba nada de la magia que tuvimos un día.

Él se acercó a darme dos besos en la mejilla, pero me aparté. Aún estaba muy dolida por cómo se había comportado la noche anterior y por qué no decirlo, por su cobardía en los últimos meses.

—¿Qué haces aquí? —le dije con aspereza.

—He venido a disculparme contigo.

Observé que tenía ojeras. Era probable que no hubiera dormido mucho esa noche.

—¿Algo más? —Crucé mis brazos.

—Sí, quiero hablar contigo. —Sonó a súplica.

Me lo pensé dos segundos y le hice un gesto con la cabeza. Me puse nerviosa. Nos esperaba una conversación de las que no eran agradables. No pensaba dejar que me hiciera sentir otra vez como un cero a la izquierda.

Abrí la pastelería y quité la alarma.

—Pasa. No me puedo entretener mucho. Antes de nada, tengo que poner a cocer unos dulces.

Encendí el horno. Esperé unos minutos antes de meter algo. Mientras, saqué de la nevera los *croissants,* las palmeras, las tartaletas de crema y manzana y las galletas que había dejado preparados la tarde anterior.

—No quiero robarte mucho tiempo. —Me dijo cuando salí un momento para encender la cafetera.

Se esforzó por sonreír, pero le costó.

—Siéntate donde quieras.

Me metí en el obrador y saqué los huevos y la mantequilla para seguir haciendo dulces cuando Jaime se marchara.

Enseguida llegó Helena y le dije que fuera atendiendo ella.

Lo bueno de los sábados era que la gente se lo solía tomar con más calma que entre semana y hasta las diez pasadas no empezarían a llegar. El olor de los *croissants* inundó el local.

Eso siempre animaba a los clientes a consumir un poco más.

—¿Quieres algo? —le pregunté—. Esta mañana he preparado un *plumcake*. ¿Te apetece probarlo? Me ha quedado bueno.

A pesar de que por dentro estaba nerviosa, quería mostrarme tranquila.

—Sí, y un café.

Regresé a la mesa cuando preparé la bandeja. Aunque yo ya había desayunado, me puse otro trozo y una infusión de manzanilla. Si tomaba otro café, era muy probable que me alterara más de lo que ya estaba.

—Tú dirás —comenté cuando me senté—. Supongo que tienes mucho que contarme, además de disculparte por lo de anoche.

Cruzó los dedos por encima de la mesa.

—Anoche fui un estúpido y hasta ahora no he sido nada justo contigo.

—Yo diría que fuiste algo más que un estúpido.

Chasqueó los labios y apretó la mandíbula.

—Sí, fui un capullo. Te lo reconozco. No tenía derecho a pedirte explicaciones. —Bajó los ojos a la taza de café—. No cuando te pedí que nos tomásemos un descanso.

Me sorprendió esa sinceridad por su parte. Me lo quedé mirando, recordando todas esas veces que me había enamorado de él. ¿Cuándo dejamos de sentirnos atraídos el uno por el otro? Ahora que lo tenía frente a mí, me daba cuenta de que hacía mucho tiempo que había sucedido, que nos habíamos desenamorado y yo no me había querido dar cuenta.

Tenía que agradecerle que esos meses me habían venido bien para constatar que lo mío con Jaime no daba más de sí.

—No lo tenías.

—Me he estado resistiendo a lo que llevo tiempo sintiendo —me reconoció con un hilo de voz.

Ahora, escuchándolo hablar con calma, lo vi pequeño, porque lo noté algo perdido, pero también advertí que se estaba quitando una losa que le pesaba y los pasos que estaba dando lo hacían más maduro.

—¿A qué te refieres?

Tragó saliva y removió el café después de echarle un sobrecito de sacarina.

—A que hace un tiempo que me gusta Julio y no quería verlo. —Soltó al fin un suspiro —. Pensaba que eso no me podía pasar a mí. Siempre me han gustado las chicas, tú lo sabes. Hemos disfrutado mucho en la cama y tú me volvías loco. Me encantaban tus tetas, tu pelo, tu olor, tu sabor. Joder, si es que no había nadie como tú y aún sigo pensando que lo nuestro era especial. —En eso tenía que darle la razón. En la cama, nos lo pasábamos bien, sobre todo al principio. Hasta que llegó un momento en el que nos venció la monotonía—. Quería tener hijos contigo. Lo tenía muy claro… hasta que Julio un día me invitó a un café y terminamos en su casa. Esa tarde no ocurrió nada. Estaba hecho un lío. Te juro que me moría por besarlo, pero estabas tú. Creí que lo teníamos todo, que éramos felices con nuestra vida. Y cada día que me

levantaba, me pesaba la piedra que sentía sobre mis hombros. Nos íbamos a casar, teníamos una vida ya programada y no podía hacerte esta putada.

Me mordí los labios y asentí.

—La putada habría sido si nos hubiésemos casado. Y está claro que la vida no se puede planear. Que todo puede cambiar en un segundo. ¿Qué hubiéramos durado?

—Me daba miedo tomar esta decisión y que mis compañeros de instituto me señalaran. Muchos no lo van a entender, pero casi me da igual.

—O sea, ¿estás saliendo con Julio?

—Sí, desde hace un mes.

Su mirada brilló y casi me alegré de que fuera así. Lo vi feliz, mucho más que en nuestros dos últimos años. Quise felicitarlo, pero no me salieron las palabras. Bajé las manos a mi regazo y las apreté. Dejé que siguiera hablando.

—Lo que me preocupa son mis padres. No sé si entenderán que lo que siento por Julio es profundo y que quiero estar con él. —A medida que hablaba, me invadió una sensación de ligereza—. Fui tan capullo, que quería forzar la situación y que fueras tú quien dejara lo nuestro. No me atrevía a salir del armario y exponerme a todo lo que se me viene encima.

—Tus padres lo entenderán. Solo tienes que hablar con ellos. Aceptarán a Julio como tu pareja. —Tomé aire con calma—. ¿Tienes miedo?

—Mucho. Era mucho más fácil si seguía contigo, pero…

Dejó de hablar unos momentos. Observé que las palabras se le habían quedado atascadas en la garganta. Dejó escapar un suspiro y se tomó el café de dos tragos.

—Pero no podías seguir mintiéndote más. ¿No es eso? —terminé por decir yo.

Jaime asintió con la cabeza.

—Yo no quería que pasara esto. Sin embargo, no lo he podido evitar. El miedo me hacía poner excusas idiotas para no afrontar mis sentimientos. Y no quería que pasaran los años sin haber dado un paso adelante. No quería arrepentirme por no querer a otra persona que no fueras tú.

—El amor no se evita. Uno no elige de quién se enamora. Si hubiésemos seguido juntos, seríamos unos desgraciados. Y no nos lo merecemos. Yo lo sé ahora y tú también lo sabes. Nos enamoramos, y llega un día en que todo desaparece. A veces el amor no dura siempre. No podías anteponer tu felicidad a la mía, Jaime. Todos somos responsables de nuestra felicidad. Hacía tiempo que no queríamos estar juntos, pero ninguno de los dos nos atrevíamos a dar el paso

Entonces me di cuenta de que el amor no era perfecto, ni siquiera el de las novelas. Aun así, no cambiaba la sensación de ser amada hasta el último de mis átomos por nada del mundo.

—También tenía miedo por ti. No sabía cómo enfrentarme a esto yo solo. Y lo que más lamento es no haber sido claro hace meses contigo.

—Porque sí que había alguien.

Tardó en responder.

—Pensaba que era una tontería y que se me pasaría. Pero lo que sentía por Julio no se pasaba. No hacía más que soñar con él.

—El amor es así. Es como si quisieras detener un huracán con las manos. No puedes, es imposible. ¿Cuándo te diste cuenta de que sentías algo por Julio?

Rehuyó mi mirada y apretó los labios. Tragó saliva. Intuí que no me iba a gustar la respuesta.

—Hace casi dos años.

Abrí los ojos y noté que el corazón se había saltado un latido.

—¿Por eso me pediste que me casara contigo?

—Pensaba que si me casaba contigo no pensaría en él. Me equivoqué.

Me encogí de hombros. Mentiría si dijera que no me dolieron sus palabras, pero no fue así. Aunque ya no nos unía nada, había estado dos años mintiéndome.

—La boda me daba igual. Yo solo quería ser feliz, que me quisieras —comenté.

—Yo también quería lo mismo, quererte y hacerte feliz, pero no supe hacerlo mejor. Lo siento mucho.

—Lo que yo siento es que hayas estado mintiéndome.

Nos quedamos callados unos segundos, hasta que él volvió a hablar.

—Me había imaginado esta conversación muchas veces —dijo Jaime—. En casi todas, tú y yo terminábamos gritando y echándonos en cara todo lo que ya no seremos juntos. Necesitaba que me gritaras para no sentirme tan mal.

Me tembló el labio. Tuve que tomar aire para no terminar llorando. Ya no nos queríamos, era un hecho, pero por suerte no habíamos tenido que llegar a lo que comentaba Jaime.

Me levanté y recogí las tazas del desayuno. Ya estaba todo claro. No quería seguir dándole vueltas a lo que ya no teníamos.

—Tendremos que anular la boda y hablar con el restaurante —dije antes de marcharme a la barra.

Se tomó unos segundos antes de que me contestara:

—Me ha pedido que me case con él.

Parpadeé varias veces y me quedé sin aliento. Abrí la boca y la volví a cerrar. Se me ocurrieron varias respuestas, pero no deseaba terminar mal con Jaime. No nos lo merecíamos por todo el amor que nos habíamos tenido.

—¿Cómo dices?

—Le he dicho que sí.

Y entonces solté una carcajada. No porque me pareciera gracioso, sino porque tenía tanta tensión acumulada que la risa fue una vía de escape.

—Lo tuyo no es salir del armario, lo tuyo es entrar por la puerta grande en plan estrella de Hollywood.

Y en un alarde de estupidez, le comenté:

—Me alegro mucho por ti, me alegro de que te vayas a casar, pero yo me quedo con el viaje de novios.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Para qué lo quieres tú?

—¿Cómo que para qué? —No quería que supiera que lo de la noche anterior había sido todo una farsa y que no tenía nada con Hugo—. Para irme con Hugo a Nueva York.

Vi la duda en su mirada, pero al final terminó asintiendo.

—En parte, no me importa que te quedes con el viaje. Tú deseabas ir a Nueva York desde hace años. Te deseo que te vaya tan bien como a mí. Parece un buen tipo.

—Lo es. Hugo es genial. Me hace feliz.

—Me alegro de que te haga feliz. —Se quedó pensando unos segundos—. ¿Y el viaje a París?

—Haz con tu billete lo que quieras. Yo pienso aprovechar para tomarme unos días de descanso.

No pensaba darle un billete que me había costado casi todos mis ahorros.

Durante unos segundos se quedó pensando.

—Ese viaje a París también te hacía más ilusión a ti que a mí. Haz tú ese viaje con Hugo. Así no me siento tan capullo por no haber sido sincero contigo.

—Gracias por tu oferta.

Se levantó despacio, sin arrastrar la silla. Nos miramos a los ojos. Se acercó hasta mí y me dio dos besos en la mejilla. No me aparté, pero me quedé parada. Olí su colonia y pensé en la que usaba Hugo y en cómo me hacía sentir. No se parecían en nada.

—Cuídate.

Lo vi marcharse con las manos en los bolsillos.

Yo me metí en el obrador a despejar mi mente. Aunque le había mentido a Jaime sobre lo de irme a Nueva York acompañada, pensaba disfrutar de ese viaje, aunque me tuviera que ir sola. Me merecía unas vacaciones para celebrar que había una nueva Penélope en mí, una más segura y más intrépida que volvería a amar a bocados y sin miedo. No me daba miedo el amor.

Y por supuesto, volvería a París.

Capítulo 12



Hugo

La había besado. No lo había podido evitar y tampoco había querido esquivar lo que ella provocaba en mí desde que la había conocido. Intenté convencerme de que lo que había pasado entre nosotros dos fue porque ambos lo deseábamos y no me había aprovechado de su vulnerabilidad. Desde luego, no fue un acto irreflexivo por mi parte.

Durante los pocos días que llevaba viviendo en mi piso, intenté no coincidir con ella, pero sabía que estaba al otro lado de la pared. Podía oír su música cuando regresaba a casa, nada más abrir el ascensor. Le gustaban *Queen*, *The Beatles*, Taylor Swift y la música española de los ochenta, pero también escuchaba a *BTS*, uno de los grupos coreanos más de moda en la actualidad. Teníamos mucho más en común de lo que imaginaba. Yo también escuchaba la misma música que ella.

Saber que estaba al otro lado me hacía sentir menos solo.

El miércoles anterior, uno de los días en los que entraba algo más tarde, me asomé a su terraza porque se me había volado una toalla de mano. Hacía bastante viento y la había colgado en unas cuerdas sin pinzas. La toalla fue a parar a su terraza y cayó sobre una de sus hamacas. Entonces me fijé en un tendedero que tenía pegado a la ventana que daba a su habitación. Entre

todas las prendas que había colgadas, observé su ropa interior: unas braguitas rojas y un sujetador a juego de encaje. Era mi color preferido, pero eso no lo podía saber ella. No era mi intención ser un cotilla, fue la casualidad la que me hizo mirar. Y me la imaginé entre mis brazos y qué haría si la tuviera en mi cama.

En ese momento, noté un tirón en mi entrepierna y un escalofrío me sacudió a lo largo de mi columna vertebral. Hacía más de seis meses que no me acostaba con nadie. Fue con una compañera de trabajo y ambos teníamos claro que no iba a pasar de esa noche. Con Yank Mi nunca hubo sexo, ni besos, ni caricias, aunque mientras estuvimos comprometidos, jamás la engañé.

Nuestra relación se basaba en el respeto y en seguir los deseos de nuestras familias. Nos veíamos en alguna reunión familiar y manteníamos las distancias. La conversación más larga que habíamos tenido había sido cuando ella decidió romper nuestro acuerdo matrimonial.

En ese momento, me prometí no volver a comprometerme con nadie que yo no eligiera.

No tenía dudas de lo que haría si tenía la oportunidad de hacer con Penélope lo que llevaba tiempo deseando y por eso la besé. Porque era la primera vez que me sentía así de bien con una mujer y porque ambos lo deseábamos.

Cuando llegué a la cama, recordé cómo me había divertido esa noche. Durante la cena, nuestra conversación fluyó muy bien. Nos reímos juntos y a ambos nos gustaba el picante. No podía dejar de observar cómo se retiraba el pelo de la cara y se colocaba un mechón detrás de su oreja. Creo que no era consciente de lo sexi que era ni de la sensualidad que desprendía. O cómo brillaban sus ojos azules cuando algo le apasionaba o cómo gemía de placer si lo que comía la entusiasmaba. Me podría acostumbrar a ver todos los días esos pequeños detalles.

Y esa noche, me acosté con una sonrisa idiota en los labios. No éramos nada ni nos habíamos jurado que volveríamos a quedar. Tampoco le pedí una cita, y podía haberlo hecho, pero no quería precipitarme. Si volvía a surgir, la volvería a besar y entonces puede que me decidiera a pedirle una cita.

Por unas horas, mientras cenábamos, me olvidé de Dylan, de su regreso a casa de mi

madre y de lo contenta que se había puesto por tener a su hijo pequeño otra vez a su lado. Tampoco quería pensar en dónde podría haber acabado Dylan de seguir robando bolsos montado en una moto con su colega. Intuí que él no nos lo iba a poner fácil, pero esta vez conseguiría que Dylan luchara por un sueño y que mirara al futuro sin miedo.

Eso me recordaba que tenía que hablar con Penélope sobre mi hermano y de lo que había pasado. Le había devuelto el bolso y no faltaba ni un céntimo. Y si volvía a las andadas, yo mismo iría a por él y lo encerraría.

Puede que al fin me fueran bien las cosas.

Me hacía falta una noche así y creo que ella también lo agradeció.

La mañana del sábado, me levanté temprano para correr. Después prepararía la fiesta y llenaría la nevera para toda la semana. Esa noche había invitado a doce personas para cenar en casa e inaugurar que al fin me habían concedido el traslado a mi ciudad. No me quería complicar mucho la vida, así que pediría unas pizzas, haría una tortilla de patatas, que era mi plato estrella y pondría unos pocos aperitivos y unas cervezas. Nada de comida coreana ni *soju*. A mis compañeros no les gustaba nada el picante.

Al salir de casa, me encontré con una bolsita de tela con un trozo de bizcocho. El rellano aún olía a bizcocho recién hecho. Había una nota que ponía: «Gracias por lo de anoche». En realidad, nos había venido bien a los dos. Y aquel detalle me convenció aún más de que lo que había pasado la noche anterior no fue un error. Me pregunté por qué me las daba, si por el beso, por la cena, por la compañía o tal vez por meterme en medio de ella y su ex. En cualquier caso, esbocé una sonrisa.

Me lo comería cuando regresara de correr. Tras hacer doce kilómetros, hice unos estiramientos, unos ejercicios de calistenia y volví a casa. Antes de almorzar, me metí en la ducha y dejé que el agua caliente destensara mis músculos.

Al salir del baño, recibí una llamada de mi madre. Quería que comiésemos los tres juntos. La oí contenta y feliz. Hacía mucho tiempo que no escuchaba su risa y eso me alegró. No me

pude negar, así que iría sobre la una y media.

Tras hacer una compra y recoger un poco, me marché a casa de mi madre. A la entrada, me quité los zapatos, los dejé en un mueble y me puse unas zapatillas. La encontré en la cocina, preparando unas croquetas de pollo, que metió en varios táperes, y un arroz al horno. Había preparado los dos platos que más le gustaban a Dylan. Mi madre llevaba años trabajando en la cocina de un servicio de catering que luego se repartía en muchos colegios. Se desenvolvía muy bien con la comida española.

Le di un beso en la mejilla y ella me acarició la cabeza. Su mirada al fin reflejaba lo feliz que se sentía. A ella no le molestaba que le diera dos besos, siempre y cuando estuviésemos solos.

—Hugo Yi I, al fin tengo a mis dos hijos en casa. —Su sonrisa me reconfortó.

—¿Dónde está?

—En su cuarto. Lleva tocando la guitarra desde que se ha levantado. Me ha dicho que ayer sacó 41 euros tocando en la calle. ¿Cuándo has visto tú que se levantara tan temprano para hacer algo?

Me callé. No podía decirle a qué se dedicaba hasta ayer mismo. Dylan había estado a punto de dar con sus huesos en chirona. Ya tuvo bastante con aguantar a mi padre. Se moriría de pena si lo sospechara.

—Voy a saludarlo.

—Por favor, sé paciente con él. Lo ha pasado mal.

Asentí, aunque antes de salir de la cocina abrí la nevera, saqué el táper del *kimchi* y lo probé.

—¡Ay, qué cabeza la mía! —exclamó mi madre—. Hace un rato ha llamado la abuela para pasar unos días con nosotros. Viene en AVE. Estará al llegar.

Abrí los ojos y asentí.

—¿Y por qué ha decidido venir? Con lo que le gustan sus rutinas. Ella dice que nadie la mueve de su casa si no es por una boda o un entierro. Y Coral no se casa hasta dentro de unos

días. No se quedará todo este tiempo, ¿no?

Mi abuela quedaba todas las tardes a jugar al *Mahjong* con sus amigas y beber *soju*. Se apostaban diez céntimos la jugada. Cada día quedaban en casa de una de las amigas y se pasaban las horas charlando y recordando su adorada Corea. Y a pesar de lo mucho que añoraban el país, no volverían a Busan ni locas, de donde venían todas ellas.

—Tiene ganas de ver a sus nietos.

Me sonó un poco rara la excusa. Hacía menos de tres semanas que la había visto. Le gustaba tenerme y cuidar de mí. De los cuatro hijos que tuvo, mi madre fue la única hija que sobrevivió. Durante años estuvieron sin hablarse. Mi madre desobedeció a mi abuela y se casó con mi padre, a pesar de que estaba comprometida con otro hombre. La boda se celebró enseguida ya que estaba embarazada de mí. Si yo me presté a que arreglaran mi matrimonio fue para que volvieran a hablarse.

—El arroz se está terminando de hacer en el horno. Tengo que ir a por ella a la estación. En la nevera hay *sundubu jjigae* y *bulgogi*. Lo preparé anoche para que te lleves a casa. Las croquetas también están listas.

—No tienes que prepararme la comida. Sé cocinar. No solo como *ramyeon*

—Si no me cuesta nada. —Se rio por lo bajo—. Me distrae y me gusta alimentar bien a mis hijos.

Buscó en su bolso las llaves de su coche.

—¿Quieres que vaya yo? —Me ofrecí.

—No, tranquilo. Quiero que le eches un ojo a tu hermano. Además, la abuela me ha pedido que vaya yo. Tiene cosas que hablar conmigo.

—Estáis de lo más misteriosas las dos.

—¿Cómo está el *kimchi*? —Cambió el tema de la conversación.

—Te sale mejor que a la abuela, pero lo negaré delante de ella.

Mi madre soltó una carcajada.

—Ese será nuestro secreto. No tiene por qué saberlo.

—No, claro que no. Le subiría la tensión.

Antes de que se marchara mi madre, miré el cronómetro para calcular cuánto le faltaba al arroz. Aún quedaban nueve minutos para sacarlo del horno.

—Recuerda, no te pases con Dylan.

Puse los ojos en blanco y reprimí un bufido. Me hice el ánimo de tener paciencia.

Toqué con los nudillos la puerta de la habitación de Dylan. En otro tiempo ese también había sido mi cuarto. Lo compartimos hasta que mi viejo me tiró de casa.

Dylan llevaba unos cascos puestos y tenía enchufada su guitarra eléctrica a un amplificador. Estaba escuchando la música que tocaba a través de sus cascos. Tocaba una versión de *Smells Like Teen Spirit* de Nirvana.

Colgada de la pared, estaba la guitarra que le había regalado cuando él tenía siete años. Se la compré como regalo de Papa Noel con el primer sueldo que había ganado trabajando en el Burger King. Llevaba tiempo pidiendo una y sabía que mi padre no se la compraría. Cuando era pequeño, Dylan se pasaba horas ensayando con una guitarra que le hice de cartón. Había dibujado la forma, la recorté y le puse unas cuerdas de lana como las que tenía una guitarra de verdad. Aprendió a colocar los dedos en los trastes y a hacer las escalas. Lo suyo era verdadera pasión.

Unas noches antes de Nochebuena escuché una discusión. Mi madre le reprochaba a mi padre que se hubiera gastado toda la paga extraordinaria en putas y alcohol. No quedaba dinero para comprar los regalos de Navidad. A mí me daba igual, pero no podía dejar a Dylan sin ese regalo que llevaba dos años pidiendo. Él aún mantenía que Papá Noel era real y puede que ese fuera su último año de creer en la magia de la Navidad.

Aún tengo grabada en mi memoria su sonrisa al abrir su regalo de Navidad y la alegría que desbordaba ese día no se podía pagar con dinero.

—Es una buena versión —le dije sin dejar de mirar la guitarra—. ¿La has hecho tú?

Él alzó la cabeza y dejó de tocar un instante. Tenía el ceño fruncido.

—Sí.

—¿Sabes? Cantas como una gallina desafinada. —Me burlé de él y me apoyé en el marco de la puerta.

—No es cierto. Al menos no es lo que dijo la rubia de ayer. Le gustó mi música.

—Ayer lo hiciste bien.

—No necesito tu aprobación.

—Lo sé. Solo era una broma. —Respiré con calma y me senté en el borde de la cama—. No he venido a discutir contigo.

Lo decía en serio. No quería malos rollos con mi hermano. Sin embargo, desde que había llegado, notaba una tensión extraña. Creo que él estaba buscando una excusa para enfadarse conmigo y marcharse. Solo necesitaba un pretexto y se largaría. No iba a darle esa satisfacción. Solo debía tener un poco de paciencia, como me había pedido mi madre.

—Es un alivio saber que vienes en son de paz —me dijo entre dientes.

—Dylan, no empecemos. No creas que no sé lo que estás haciendo.

Por primera vez desde que había llegado, Dylan se marcó una sonrisa que pretendía ser inocente.

—Eres tú el que ha venido a mi habitación a tocarme los cojones.

—¿Vuelves a tener cinco años? Porque si es así, te trato como a un crío. Te puedo comprar unas cartas de Pokemon u otra guitarra. ¿Qué es lo que quieres? No te vas a salir con la tuya y largarte de nuevo. No quiero que lo hagas por mí, ni por mamá, hazlo por ti. Te mereces algo mejor que pasarte unos años en la trena. Sé lo que hay dentro, no lo quieras saber tú.

Se me quedó mirando y después giró la cabeza hacia la guitarra que estaba colgada.

—Entonces, ¿fuiste tú el que me compró la guitarra?

—Sí.

—Nunca me lo dijiste.

—¿Y eso qué más da? Tenías siete años y aún creías en Papá Noel. —Le quité importancia—. Fue el mejor regalo que he hecho nunca. Volvería a hacer casi cualquier cosa por volver a ver esa sonrisa que tenías ese día.

Relajó sus hombros por unos instantes y se marcó una sonrisa canalla.

—Entonces, ¿te gusta esta versión?

—Sí. Y eso que el tema de Nirvana es insuperable. Esa voz de *crooner* que tienes podría hacerte ganar mucho dinero. Te lo digo en serio, no para regalarte los oídos.

—Si estuviera en Corea sería más fácil para mí.

—O no. Eso no lo sabes. Y estás aquí, tienes que pelear aquí, con las herramientas que tienes. Allí las discográficas son duras con los grupos y tu vida personal no te pertenecería. ¿Es eso lo que quieres? Tienes que estar preparado para entender que no todos alcanzan el éxito. Y, además, estarías a merced de las fans. Un paso en falso, como salir con una chica, y tu carrera musical se puede ir a la mierda. ¿Podrías soportar esa presión? Tú eres un alma libre.

—Pero yo no dejo de pensar que podría tener una oportunidad allí.

—Si pidieras la nacionalidad, sabes que tendrías que pasar casi dos años por el servicio militar. Puedes empezar a grabar vídeos y subirlos a YouTube y Tiktok. No pierdes nada por probar.

—Necesito un micro. —Se me quedó mirando—. No lo digo para que me lo compres tú. Tengo quinientos pavos ahorrados. Los voy a invertir.

Asentí con la cabeza.

—Si me necesitas, sabes que puedes contar conmigo.

El cronómetro empezó a sonar y fui a la cocina para apagar el horno. El arroz estaba casi en su punto. Lo tapé con una hoja de papel de periódico para que se terminara de hacer, como solía hacer mi madre.

Antes de que vinieran mi madre y mi abuela, preparé la mesa del comedor. También saqué algunos táperes que tenía mi madre con verduras y puse unos platillos. Calenté el *sundubu jjigae* y *bulgogi* en el microondas. Mi abuela no era muy fan de la comida española. Decía que le faltaba sabor.

—No funcionará lo vuestro —me dijo Dylan cuando entró al comedor.

—¿Cómo dices? —Miré a Dylan.

Ahí estaba otra vez mi hermano poniéndome a prueba.

—Lo tuyo con la rubia. No funcionará.

—No te he pedido opinión. Además, solo es una amiga.

—¿De qué está hablando Dylan? —dijo mi madre, que acababa de llegar con mi abuela —. ¿Cómo se llama ella?

Entonces entendí por qué Dylan había sacado la conversación. Había oído llegar a mi madre y a mi abuela.

Mi madre dejó la bolsa de viaje de mi abuela en mitad del comedor, mientras esta iba un momento al lavabo. Cuando salió, tanto Dylan como yo inclinamos la cabeza.

—¡*Halmeoni*![6] —exclamamos Dylan y yo a la vez cruzando nuestras manos por delante de las piernas.

Empezamos a hablar en coreano.

—Has crecido desde la última vez que te vi, Yi I.

Así como mi madre permitía que le diera dos besos, mi abuela era más reacia.

—No es posible, hace veinte días que no me ves.

—Y tú, Min-Ki, también estás muy cambiado.

—No nos desviemos del tema, qué pasó anoche con Hugo Yi I. —Se interesó mi madre.

—Ya te he dicho que anoche lo vieron con una chica —confirmó mi abuela—. Esta mañana me ha llamado Mi Suk para comentármelo. Y yo que pensaba arreglarle otra cita a ciegas. La nieta de la señora Park es una chica preciosa. Son de buena familia.

Contuve un bufido. Entendí esas repentinas ganas de vernos de mi abuela.

—Ayer lo vi con una rubia. —Dylan volvió a sacar el tema—. Dile que no va a funcionar. —Se giró hacia mi madre y buscó la complicidad de mi abuela.

Mi madre se calló y cruzó sus manos en su regazo. El silencio que se produjo fue incómodo.

—No te he pedido opinión, Dylan. Lo que yo haga o deje de hacer con mi vida no te

incumbe.

—Pero lo que yo haga con la mía sí que te incumbe, ¿no? —repuso.

—Exacto. No sabes de lo que estás hablando, así que cierra el pico.

Nos sentamos a la mesa. Mi madre trajo el arroz al horno y esperó a que mi abuela sirviera los platos.

—No me quiero meter, pero tu hermano tiene razón. Estas relaciones no suelen funcionar. —Mi abuela miró a mi madre.

Sabía que estaba pensando en mi padre, pero no tenía que pasar lo mismo. Penélope no tenía nada que ver con mi viejo.

—Pero el amor es como el hipo, no se puede disimular —dijo mi madre cruzando su mirada con la mía y ofreciéndome un gesto de apoyo.

Agradecí que ella me apoyara.

—Entonces, ¿vendrá a la boda de Hyun? —Se interesó mi abuela.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Había invitado a la nieta de la señora Park. ¿Qué hacemos ahora con ella?

Me giré hacia Dylan.

—Mi hermano estará encantado de seguir las tradiciones, ¿no es así? Él cree que este tipo de citas funcionan.

—Cierra el pico —replicó mi hermano.

Si las miradas mataran, yo habría caído fulminado en mitad del comedor.

—¡Ah! No había pensado en Min Ki. —Mi abuela observó a mi hermano.

Pero yo sabía que no eran ciertas sus palabras. Me podía apostar los diez céntimos que jugaba todos los días al *Mahjong* a que no había dejado de darle vueltas en el viaje de AVE, pero claro, eso no lo reconocería.

—Yo no tengo edad de casarme —replicó Dylan.

—A tu edad, yo estaba embarazada de mi primer hijo —repuso mi abuela—. Y tu madre ya tenía a Yi I. Ahora sois mucho más exigentes.

—Pero yo… —Quiso responder mi hermano.

—El caso es que ella es mayor que tú. —Siguió hablando mi abuela sin hacer caso a las objeciones de Dylan.

—¿Y esa chica solo es una amiga o es algo más? —me preguntó.

—Abuela, es solo una amiga —comenté—. Es mi vecina.

Mi abuela esbozó una sonrisa.

—Ya está aclarado. Tendrás una cita a ciegas con la nieta de la señora Park —dijo al fin mi abuela.

— ¡ *Halmeoni*! —exclamé—. Pero no puedo quedar con ella.

—Tú harás lo que tienes que hacer. No te has comprometido con esa otra mujer.

Se me quitaron las ganas de comer y cerré los ojos. Dylan me miró y encogió los hombros. En su mirada observé un gesto de disculpa. Pero ya no había vuelta atrás a las palabras de mi abuela.

Capítulo 13



Penélope

Me pasé media mañana metida en el obrador haciendo masas para tartas y rellenos, preparando *croissants*, palmeras, galletas, magdalenas y panes de brioches. Además, se me había acabado la mermelada de albaricoque. Uno de los éxitos de la pastelería eran los *croissants* rellenos con esta mermelada. Había decorado la pastelería dándole un aire inglés, y eso la hacía muy acogedora y los clientes fijos podían pasarse horas tomando té y *croissants*. Me quedaba aún fruta congelada para volver hacer mermelada. También hice bastantes sándwiches fríos y bocadillos para la hora de comer y empanadillas de diversos sabores.

Sobre las doce, Helena me comentó que los *croissants* se habían terminado y que el *plumcake* había sido todo un éxito. Carolina, la camarera de apoyo de los fines de semana, no había dado abasto desde que había llegado. Así que añadiría a la carta este bizcocho inglés. Tenía cinco encargos para recoger por la tarde, con los que todavía no me había puesto.

Era cierto que las dos Thermomix y las dos batidoras me facilitaban las tareas, pero el volumen de trabajo subía cada día y pensé en alguien que también me echara una mano en el obrador. Los pedidos eran cada vez más grandes. El éxito de mi pastelería se debía a que mis dulces no eran ultracongelados. Yo misma hacía la masa y la gente lo apreciaba. Eran algo más caros, pero yo ofrecía calidad y sabor.

Sobre las doce y media vino Gabi. Muchos sábados se pasaba por la pastelería y me ayudaba con las masas y nos poníamos al día. Se quitó la chaqueta, colgó su bolso y se recogió la melena para ponerse un gorrito. Aunque yo no le dijera nada, Gabi sabía desenvolverse muy bien en el obrador y no tenía que estar pendiente de lo que tenía que hacer. Después, ella me invitaba a comer y yo siempre me encargaba del postre. Ese sábado le apetecía comer unas natillas con galletas y ya reposaban en una de las baldas.

—He traído lasaña congelada. No me ha dado tiempo a preparar nada. Anoche me acosté tarde preparando unos pedidos del último *sérum* que he añadido al catálogo. Eran urgentes y han salido esta mañana.

—Ya sabes que siempre puedo hacer algo rápido. No me quita mucho tiempo.

—Pero tú siempre vas de culo y no quiero darte más trabajo. Yo vengo a quitártelo.

Dejó la bolsa en la nevera y le indiqué con la cabeza que sacara del horno los dos bizcochos que estaban en la bandeja de arriba. Mientras, yo metía tres bandejas de *croissants* rellenos de chocolate, de crema, más dos de palmeras. Un tercio de las palmeras las rellenaría con dulce de leche, el otro con chocolate blanco y las que quedaban con crema inglesa. A las de la tercera bandeja que metí, les pondría cobertura de chocolate negro y de fresa.

—Ha venido Jaime y hemos estado hablando —le dije metiendo la cuchara en la olla para rectificar de azúcar la mermelada de albaricoque.

Gabi se calló, aunque estaba segura de que se estaba mordiendo la lengua para no soltar una burrada.

—Está con alguien —seguí hablando—. Y sí, ya sé que me lo dijiste. Así que ya puedes soltar por tu boca lo que sea que estés pensando.

—¿Cómo estás tú? —Se me quedó mirando.

Gabi podía ser un poco bruta, pero también sabía cuándo tenía que animarme.

—Siento que he estado con una venda en los ojos desde hace tiempo. Y no me refiero a estos últimos cuatro meses. No sé cómo no me di cuenta de que ya no había pasión entre nosotros. Me pesaban como un mantra las palabras que siempre nos decían: «¡qué buena pareja

hacéis!», o «sois perfectos el uno para el otro». También estaba la de «formáis la pareja más guapa que he visto nunca». ¿Cómo no creerme que quería a Jaime? No podíamos estar más equivocados. —Agité la cabeza.

—Era difícil verlo desde dentro.

—Pero tú siempre lo supiste. —Le di a probar un poco de mermelada.

—Está en su punto. Solo hay que dejarla cocer un poco más. ¿Qué le has puesto? No está como siempre.

Gabi me dio un repaso de arriba abajo.

—Un toque de vainilla. Le da un toque más exótico. Lo vi en un vídeo de una inglesa y me he animado a hacerlo.

Saqué las palmeras y dejé que los *croissants* se terminaran de cocer.

—Te van a quitar de las manos estos *croissants*. Ya es hora de que contrates a alguien más.

—Lo sé. Lo he estado pensando esta semana. ¿Conoces a alguien que busque trabajo y sea de confianza?

—Ahora no me viene nadie a la cabeza. —Sacó las bandejas que había en el horno y metió las que quedaban en el carro bandejero—. Hoy te noto algo distinto. Eres como esa mermelada.

Me mordí el labio y recordé el beso de la noche anterior.

—Nos hemos besado —murmuré soltando una risita.

—¿Que te has besado con Jaime? No lo entiendo, si me acabas de decir que está con alguien.

—Con Jaime no. Con Hugo, mi vecino.

—Espera, me he perdido. Tienes mucho que contarme.

—Anoche llegué tarde a casa. Estuvimos cenando en un coreano.

Le conté cómo había ido la cita y cómo fue el encuentro con Jaime. De vez en cuando, Gabi soltaba sapos por su boquita. Lo que no le había dicho yo a Jaime a la cara, se lo decía ella.

Y cuando eso pasaba, nos echábamos unas risas.

—Al fin deja de marear la perdiz y se centra un poco más en él. Tú lo disimulabas mejor, pero a Jaime lo veía siempre agobiado. Intuí que había alguien porque un día le cambió la mirada. Brillaba con luz propia y sabía que no era por ti. Esas cosas se notan.

—Yo lo veía más guapo y pensé que era porque nos íbamos a casar.

—¿Cómo besa?

Volví a pensar en el beso.

—No sé si es porque llevo mucho tiempo sin sexo, pero le tendrían que poner un monumento a esa boca y a ese lunar que tiene sobre el labio. Me hizo sentir deseada. Para qué negarlo, besa muy bien. Mejor que bien.

—O sea, que se te mojaron hasta las bragas. —Soltó una carcajada—. Me dan ganas de besarlo hasta yo.

—Sí. Me puso a cien. Además, a ti no te gustan los hombres. No duras ni una semana con los que has salido.

—A veces desearía que sí. Sería más fácil para mí. Me gustan demasiado las mujeres y cuanto más femeninas sean, mejor.

Gabi era una mujer de bandera y con unas tetas que ya las habría deseado para mí. Yo me tenía que conformar con una 80 B, mientras que ella tenía una 95 C. Lo mejor es que las seguía teniendo en su sitio. Tenía una melena negra preciosa que le llegaba por encima de la cintura. Le gustaba vestir con vestidos ajustados y zapatos de tacón de unos quince centímetros. Iba siempre bastante arreglada y cuidaba su cuerpo. Todos los días se metía en el gimnasio una hora y media para mantener sus músculos a tono. Sabía sacarse partido. En ese sentido, yo era más descuidada, aunque ella se encargaba de hacerme limpiezas de cara y de regalarme productos. Además de tener su propia línea de cosmética, era una excelente maquilladora.

Los días que salíamos juntas, ella solía ligar mucho más que yo. Solo le hacía falta pestañear para que un hombre o una mujer se le acercaran. Lo malo de Gabi es que solía

enamorarse siempre del mismo tipo de mujer, casadas, con hijos y con miedo a salir del armario. Había probado varias *apps* de citas para lesbianas y siempre le pasaba lo mismo.

—¿Y qué pasó después? —me preguntó ella—. Porque intuyo que no hubo sexo.

—Pues no lo hubo. Nos pilló mi padre y nos cortó el rollo. Me sentí como una adolescente.

—¿Cómo que te pilló tu padre?

—Sí, como me robaron el bolso, mi padre cambió la cerradura de casa y me estaba esperando para abrirme la puerta. Es que ni pensé que pudiera estar. Menos mal que no montamos el número en el rellano.

—Y si no hubiera sido por tu padre puede que hubieseis terminado en la cama.

—No lo sé. No lo tengo tan claro. Creo que es un poco pudoroso para ciertas cosas. Tengo la sensación de que le gusta ir despacio.

Gabi hizo un gesto con la cabeza.

—Me había olvidado de que tiene raíces coreanas —me dijo ella.

—Estuvo comprometido con una chica coreana. Fue un matrimonio concertado. Fue ella la que rompió el compromiso porque se había enamorado de otro hombre.

Apretó los labios.

—¿Qué piensas? Él no es tan cerrado como su familia. —Recordé que me habían invitado a la boda—. Además, voy a ir a la boda de su hermana. Se casa en unos días y me han encargado la tarta.

—No sé cómo tomarme esto. Si estuvo comprometido, puede que su familia lo vuelva a intentar. Nunca entendí, en todo el tiempo que estuve allí, ciertas costumbres. Es un país muy modernizado en tecnología, pero anclado en el siglo XIX con respecto a las tradiciones. —Reflexionó un momento—. Aunque si te han invitado, eso es porque te ven como algo más que a una amiga. La excusa puede que fuera la tarta, pero esta gente no da una puntada sin hilo. Están obsesionados con las bodas. Les encantan y luego te dan la tabarra con los hijos.

Tuve que darle la razón.

Seguimos trabajando al mismo tiempo que no dejamos de hablar. Las palabras de Gabi me habían hecho reflexionar. Y me autoconvencí de que Hugo no era tan tradicional. Él había dejado claro que no iba a pasar otra vez por el aro.

Sobre las tres de la tarde, cuando el trabajo bajó bastante, metí la lasaña en el horno y saqué dos colas de la nevera. Abrí una bolsa de patatas que siempre tenía en la despensa.

En cuanto Gabi metió su tenedor en la boca, soltó:

—Joder, qué buena está.

—Pero si es una lasaña precocinada.

—Pues la he calentado a la temperatura justa en el horno.

—¡Qué exagerada que eres! Si la he metido yo.

Ambas nos reíamos.

—Está buena, que es lo que importa.

Antes de terminar de comer, recibió una llamada. Miró el número.

—¡Mierda! —exclamó.

Vi que en la pantalla ponía el nombre de Mar. Se avecinaban problemas. Yo lo sabía y ella también.

—Hola —respondió Gabi.

Le tembló la voz. Le agarré una mano y ella me lo agradeció con la mirada, aunque enseguida se levantó para tener algo de intimidad. Salió del obrador y fue a la calle. Esperé a que ella terminara de hablar para comernos el postre juntas. Al cabo de diez minutos, entró en el obrador. En su gesto había una mezcla de miedo y alegría.

—Mar ha dejado a su marido. —No esperó a que le preguntara—. No es feliz con él. Siempre me lo decía y no terminaba de creérmelo.

Dejé que ella siguiera hablando. Se sentó en la silla y colocó la cabeza entre las piernas. Estaba muy nerviosa. Le acaricié la espalda.

—Me ha pedido una oportunidad y no sé qué hacer.

—Intentarlo. Llevas enamorada de Mar desde hace mucho tiempo. No has encontrado a

nadie como ella.

—¿Y si no funciona? No sé si estoy preparada para que me rompa el corazón otra vez.

—¿Y si funciona? Tienes que darte una oportunidad. Ella ya ha dado un paso. No es fácil dejar atrás una vida como la de ella y con hijos de por medio. Mar está loca por ti y no era feliz. Ya es hora de que lo intentéis.

—Estoy muerta de miedo.

—Es normal. Pero esta vez creo que va a funcionar.

—Hemos quedado esta tarde. ¿No te importa?

Negué con la cabeza. La abracé y le di un beso en la cabeza. Gabi siempre usaba un perfume con aromas a cítricos que iba con su personalidad.

—Esta noche tengo una cita con Hyun Bin. Aún no he podido ver el último capítulo de *Crash Landing On You.*

—¿Cuántas veces la has visto?

—Nunca son suficientes. —Solté una risa.

Me quedé sola en cuanto nos comimos el postre. Yo terminé de hacer los encargos y las masas de bollería para el día siguiente. Preparé una bandeja de *croissants* rellenos de crema para Hugo. Creo que lo agradecería.

Salí sobre las nueve y, en el autobús, antes de llegar a casa, pedí una pizza para cenar. Al llegar al portal, Samuel, el repartidor estaba llegando con un cargamento de pizzas. Con suerte, la mía también estaría.

—¿Hay alguna para la puerta doce? —Quise saber.

—Sí. Las demás son para la once.

Abrí el portal y lo dejé entrar.

—¿Quieres que las lleve yo? No me importa hacerlo.

Samuel me mostró una sonrisa y al final cedió. Las pizzas estaban ya pagadas.

—Es que hoy vamos de culo. Hay partido y la gente se ha vuelto loca con los pedidos.

—¿Quiénes juegan?

—El Valencia y el Sevilla.

Se oyó un grito lejano y el chico murmuró entre dientes un gol que le salió del alma.

Cuando llegué a mi rellano, dejé mi pizza en la entrada de mi casa y toqué al timbre de Hugo. Se oía la música desde el rellano. Se me había olvidado de que celebraba una fiesta. Me abrió alguien que no era Hugo.

—Os traigo las pizzas.

—¡Eh, Busan! Ya están aquí las pizzas.

—¿Busan?

—Sí, se parece al actor de la película, ya sabes el de *Tren a Busan*.

—¿Dices a Gong Yoo? Se parece tanto como un huevo y una patata —respondí.

A ver, que el actor estaba muy bien, pero Hugo era más guapo. Yo le encontraba más parecido con Ji Chang-wook.

—Pero qué dices, si son idénticos.

—¿Tú eres de los que piensa que todos los orientales son iguales?

Se rascó la cabeza y arqueó las cejas. Lo había pillado.

Hugo salió y nos miramos a los ojos, aunque enseguida apartó la mirada.

—¡Eh…! Gracias.

—Me he encontrado al chico en el portal y lo he convencido para que me las diera.

Se limitó a asentir con la cabeza.

Recogió las pizzas y cerró la puerta.

Me quedé plantada en mitad del relleno sintiéndome como una idiota y con la bolsa de la bandeja de *croissants* colgada de mi brazo. No me dio tiempo a dársela. No entendía muy bien qué había pasado. No esperaba que me invitara, ni que me presentara a sus amigos, pero al menos podría haber sido algo más efusivo. Solo nos habíamos besado.

Entonces me pregunté si tan mal lo había hecho que ni siquiera podía mirarme a la cara. ¿Dónde había quedado el Hugo atento y dulce de la noche anterior o es que acaso tenía doble personalidad, como el doctor Jekyll y el señor Hyde?

No quise comerme la cabeza. Ya tenía bastante con lo mío. Si él se arrepentía de lo que había pasado la noche anterior yo no. Pasé a mi casa, me di una ducha y me senté en el sofá a cenar. Preparé un paquete de pañuelos para llorar a gusto y me puse el último capítulo de mi serie favorita.

Ellos nunca me defraudaban.

Capítulo 14



Hugo

¡Gilipollas! Eso es lo que era. Un tremendo gilipollas. No había otra palabra que mejor me definiera.

Me apoyé en la puerta cuando la cerré. Tuve el impulso de volver a abrirla e invitarla, aunque no esperaba verla y no supe cómo reaccionar. Igual era lo que esperaba ella. Lo que tenía claro es que no se merecía que le cerrara la puerta en las narices, pero no quería complicarme más la vida de lo que ya me la había liado mi abuela.

Durante toda la tarde no había dejado de darle vueltas a la cabeza sobre la conversación con mi abuela. No me dio opción a réplica. Era una mujer de ideas tradicionales y rígida en según qué aspectos. Ella pensaba que lo hacía por mi bien, cuando cada vez menos gente arreglaba los matrimonios. Me la había vuelto a colar y no me había podido negar a su deseo. Ni mi madre, ni mi hermano ni yo hablamos durante la comida, a pesar de que mi abuela sacó algún que otro tema de conversación. Nos limitamos a contestar con monosílabos.

Después de marcharme, recibí una llamada de Dylan.

—Lo siento, tío. No tenía que haber sacado el tema. —Fue lo primero que me dijo cuando descolgué el móvil.

—No le des más vueltas. Si ha venido de Madrid es para darme la noticia. El que tú hayas hablado de Penélope no ha tenido nada que ver. No quiere quedar mal con Yu Ri y con la señora Park.

—Soy un bocazas.

—Sí que lo eres. Para qué vamos a engañarnos.

—Pero no puedes dejar que vuelva a decirte con quién tienes que casarte. No estamos en Corea, aquí somos más modernos.

En realidad, no le preocupaba que yo no le parara los pies. Mi hermano sabía que, si yo cedía, el siguiente en la lista sería él. Esa llamada no era solo para disculparse, también la hacía para que no me dejara manipular. En cierta manera quería que fuera yo quien hiciera de muro para que luego él tuviera una excusa por si mi abuela le concertaba una cita a ciegas.

—¿Tienes miedo de que también te arregle un matrimonio? Eres tú el que decía que lo que fuera que tuviera con Penélope no iba a funcionar.

—¿Y desde cuándo haces caso de lo que yo digo? Ya te lo he dicho, no lo decía en serio, soy un bocazas. Solo lo hacía para meterme contigo. Yo no voy a pasar por ahí. Tiene que haber alguna solución.

—¿Alguna idea? —pregunté—. ¿Te ofreces a casarte tú por mí?

Oí que Dylan chasqueaba la lengua.

—Joder, no. Yo no voy a dejar que me mangonee. Antes me voy de casa y *la mama* no me vuelve a ver el pelo.

—Ni se te ocurra pensar eso. Ya lo arreglaremos. Pero deja que lo haga a mi manera.

Soltó un bufido de impaciencia.

—¿Y cómo lo vas a hacer con la rubia para que no vaya a la boda?

—No lo sé.

—¿Y si yo le doy conversación?

—¿A Penélope?

—No, a la nieta de la señora Park. Así que no tienes que dejar a la rubia colgada.

—¿No habías dicho que no ibas a dejar que te mangoneara? No puedes hacerte pasar por mí.

No sabía si esa solución me convencía. Aún no había hablado con Penélope sobre Dylan. Lo mejor que podía hacer era inventarme una excusa para que no fuera a la boda. Iba a quedar como un capullo, pero si iba, tendría que ignorarla para no ofender a mi abuela ni a mi futura cita. Lo bueno de esta conversación es que Dylan se estaba implicando en la familia y quería encontrar una solución al problema que tenía encima.

—Tú dirás qué hacemos.

—Mejor no hagas nada. Ya has hecho bastante por hoy. Y lo de hacerte pasar por mí tampoco me convence. No sé qué pensará la abuela. Cree que nos puede pasar lo que ocurrió con mamá.

—No somos como él —dijo entre dientes.

—Lo sé, somos mejores que el viejo. —Terminé por decirle.

—Está claro que no puedo hacerme pasar por ti. De los dos, yo soy el más guapo. Notaría la diferencia.

Ese comentario me hizo sonreír. Quería quitarle hierro al asunto, que por un rato me olvidara de lo que me venía encima.

—¿No te cansas nunca de escucharte? —me burlé de él.

—No si lo que digo es cierto.

—Tiene que ser agotador ser tan perfecto.

—No creas, al final uno termina por acostumbrarse —comentó.

—Si yo voy a la cita, me tienes que prometer que no harás ninguna estupidez. Te lo digo en serio.

—Tú siempre lo arreglas todo. —Noté en su voz un tono de pánico—. Esta vez no será diferente.

—Sí, esta vez también lo arreglaré —le aseguré cuando colgué la llamada.

Sin embargo, lo había jodido con Penélope. En cualquier caso, iba a terminar mal con una

de las dos.

La música de mi casa me trajo al presente.

—¡Eh, tío! —exclamó Sergio poniendo una mano sobre mi hombro—. ¿Estás bien?

Me encogí de hombros y asentí con la cabeza. En el comedor y en la terraza me esperaban mis compañeros.

—¡Busan! —me llamó alguien desde el comedor—. Venga esas pizzas. Que ya hay hambre.

Dejé las nueve pizzas encima de la mesa del comedor. Fui abriendo las cajas y las corté en doce trozos. Saqué la tortilla de patatas, las croquetas que había hecho mi madre y más botes de cerveza. Los aperitivos que había puesto cuando empezaron a llegar ya se los habían terminado.

Mis compañeros atacaron las croquetas en primer lugar, después, cuando se las acabaron, comieron trozos de tortilla que había en dos platos.

—Para ser coreano, te sale mejor que a mi madre —repuso Carlos con la boca llena.

Sergio le dio un capón en la cabeza.

—Tú eres idiota, cacahuete. —Mi amigo respondió por mí.

—Soy español —le recordé de nuevo a Carlos—. Nací en la antigua Fe.

—A ver si te entra ya en esa cabeza hueca de cacahuete que tienes —comentó Sergio volviéndole a dar un capón—. Que no te lo tenga que repetir de nuevo.

Sergio no llevaba muy bien que me llamara Busan, pero a mí me daba un poco igual. Sin embargo, a Carlos todo el mundo lo llamaba cacahuete. Sergio decía que era por el tamaño de su polla, pero Carlos decía que era porque le chiflaban los sándwiches de crema de cacahuete y mermelada de fresa.

Lo cierto era que no se duchaba en las duchas de la oficina, así que puede que el chisme fuera cierto. Y entre que me llamaran Busan o cacahuete, prefería lo primero.

Raspa, uno de los compañeros al que también habían desplazado de Madrid, puso música de nuevo una vez que terminamos de cenar y salimos a la terraza. Estuvimos un rato bailando.

Sergio había traído una botella de Jägermeister. A mis compañeros les gustaba este licor que parecía alcohol puro, pero yo prefería beber *soju*. No era tan fuerte y no quería emborracharme.

Adela y Lydia se acercaron a mí. Sergio decía que Adela me hacía ojitos, aunque yo no lo pensaba. Habíamos coincidido preparando las oposiciones y, desde que me habían desplazado a Valencia, me había invitado dos veces a tomar algo después del curro. Sergio se apuntó, pero si algo tenía claro es que no volvería a cometer el mismo error que en Madrid. Para eso tenía mis citas en Tinder. De eso hacía seis meses, poco después de que Yang Mi rompiera el compromiso.

Eva trabajaba en la misma oficina que yo. Un día, después de salir del trabajo, varios compañeros fuimos a tomar algo. Ella también se apuntó. Empezó a tontear conmigo y yo le seguí el juego. Tenía ganas de sexo y ambos estábamos dispuestos. Así que cuando me invitó a su casa, no me lo pensé dos veces. Me fui con ella. Con lo que no contaba es que ella quisiera más. El sexo había estado bien, pero Eva no me atraía como para empezar algo serio.

Eva no se lo tomó muy bien y me hizo el vacío durante unos meses. Así que ni loco volvería a enrollarme con una compañera.

—Tienes un piso muy cuco, pero le hace falta una mano femenina —me dijo Adela.

Arrastraba un poco las palabras. Durante la cena se había tomado más de tres botes de cerveza y ya llevaba unos cuantos chupitos de *Jägermeister* encima.

Sergio se metió por medio. Llevaba colgado de ella desde que nos sacamos la plaza, y de eso hacía ya ocho años. Ella siempre había pasado de él, pero Sergio no perdía la esperanza.

—Y según tú, ¿qué crees que le hace falta? —Le gustaba meterse con ella—. ¿Unos tapetes de ganchillo, una mantita de lana, unas toallas a juego con las sábanas de la cama?

—¡Qué hortera que eres! Tu abuela puede que amueblara su casa así, pero no me refería a eso.

—Ah, ya. Tú eres más de poner botecitos de olores raros, figuritas de Lladró y cuadros de flores por todas las paredes.

—Se llaman mikados. Y prefiero poner estanterías con libros. Y no pondría una de esas figuritas ni aunque me las regalaran.

Los dejé en la terraza que se apañaran ellos. Saqué varios botellines de *soju* y los dejé en la mesa de la terraza. Alguien había liado un cigarrillo de maría. Cuando me lo pasaron, lo rechacé. Solo tomaba maría antes de dormir y no todos los días. Sin embargo, entre Adela y Sergio se lo terminaron. A ambos les entró la risa. Y entonces se besaron. Durante unos segundos nos quedamos en silencio. Solo se oía la música que había puesto Raspa. Cacahuete empezó a animarlos haciendo palmas. Como supuse que querían algo más de intimidad, fueron los primeros en marcharse de la fiesta. No sé dónde acabaría todo aquello, pero Sergio estaba feliz.

Casi sentí un poco de envidia por ellos. Con lo fácil que parecía el amor y lo difícil que la vida se empañaba en ponérmelo.

Los demás no tardaron en marcharse. Se había acabado todo el alcohol y eran cerca de las doce, la hora que les había dado de tope para terminar la fiesta. No quería follones con los vecinos.

Cuando me quedé solo, recogí todas las cajas vacías y los botes, y los metí en una bolsa de basura. La bajé a la calle. Antes de regresar a mi piso, me quedé mirando la puerta de Penélope. Aún seguía despierta, porque oí la tele puesta. Tenía que hablar con ella, pero no sabía cómo decirle que no podría venir a la boda. Me di media vuelta. Ya hablaría con ella en otro momento.

Entonces escuché un gemido que retumbó hasta en el rellano. Sabía que estaba llorando. Conocía muy bien ese sonido por todas las veces que había oído a mi madre ahogar sus sollozos en su habitación. Pensé en si debía meterme, pero igual le apetecía estar sola. Sin embargo, antes de entrar en mi piso, alguien gritó:

—¡Fuego!

Me pareció que venía del cuarto, del piso de abajo al mío. Tenía que ser Paquita, una mujer que vivía sola y tenía algunas lagunas de memoria. No olía a quemado, así que el fuego tenía que ser pequeño.

No me lo pensé dos veces y quise avisar a Penélope. Cuando fui a tocar su timbre, ella

abrió antes la puerta de su casa. Tenía los ojos rojos y un pañuelo en la mano. No podía dejar de llorar. Pero no fue eso lo que llamó mi atención. Llevaba una camiseta tan corta que apenas le tapaba el pecho. Leí *Queen*. En algo tenía que darle la razón. Ella era una reina. Y sus pantalones cortos dejaban poco a la imaginación. No podía apartar mis ojos de ella. Llevaba las braguitas rojas de encaje.

—¿Qué está pasando? —preguntó con la voz tomada—. ¿Alguien ha gritado fuego?

Me obligué a decir algo para no parecer un idiota. Bajé la mirada para no terminar babeando a sus pies.

—Sí, voy a ver. —Aparté mis ojos de esa camiseta que parecía más un sujetador—. Será mejor que entres en casa… no, espera, no sé lo que digo —me rasqué la cabeza con un gesto nervioso—, mejor baja ya a la calle.

No sé qué tenía ella que me ponía tan nervioso.

—¡Fuego! —repitió Paquita.

Saqué mi móvil y bajé los escalones de tres en tres o puede que fuera de cuatro en cuatro. Necesitaba alejarme de ella. Penélope era puro fuego, y si había que apagar algo era el deseo que se despertó en mi entrepierna.

Paquita estaba sentada en un escalón y señalaba hacia su casa. Enseguida salió otro vecino.

—¿Qué pasa, Paquita? —le preguntó Penélope cuando llegó hasta ella.

—Fuego.

—¡Hay que llamar a los bomberos! —gritó Luis, el vecino que había salido al rellano.

Luis le dio un repaso a Penélope de arriba abajo como había hecho yo. Sospechaba que ella no era muy consciente de lo que llevaba puesto encima.

—Lo que hay que hacer es evacuar el edificio cuanto antes —les ordené yo—. Y tú… —señalé a Penélope con la cabeza.

Quería decirle que se tapara un poco.

Paquita se había abrazado a Penélope y la mujer empezó a llorar en su hombro.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó con aspereza.

Dejé que Penélope la consolara.

—¿Puedes hacerte cargo de ella mientras echo un vistazo a su casa?

Entré en casa de Paquita buscando dónde se había originado el fuego. Seguía sin ver humo. Fui hasta la cocina y encontré que se había dejado un quemador de su cocina de gas encendido. Por suerte, no había nada sobre los quemadores. Apagué también la espita del gas.

Salí de la casa. Nadie se había movido del rellano. Luis no apartaba la mirada de Penélope, mientras que Paquita se había aferrado al brazo de esta. Mi vecina le estaba hablando al oído con cariño e intentaba tranquilizarla. Le acariciaba la mano con suavidad. Me enterneció esa imagen. Penélope se sorbía la nariz mientras trataba de calmar a Paquita.

—Los bomberos están a punto de llegar —comentó Nadia, la vecina del tercero.

—Falsa alarma —dije—. Se había dejado un quemador encendido. ¿Alguien sabe si Paquita tiene familia? No soy médico, pero me parece que esté un poco desorientada. Voy a volver a llamar a los bomberos para explicarles qué ha pasado.

Tras hacer una llamada rápida, me giré, porque alguien tocó mi hombro. Nadia iba en bata de estar por casa y llevaba la cabeza llena de rulos.

—Tiene una hija que viene a verla todos los días —me dijo—. La pobre quiere que se vaya a vivir con ella, pero Paquita dice que de su casa no la mueve nadie.

—¿Sabes su número de teléfono? Esta mujer no se puede quedar sola.

—Ya me quedo yo con ella hasta que venga su hija. —Se ofreció Penélope—. Parece que ahora está un poco más calmada.

Metió a Paquita en la casa mientras Nadia buscaba el teléfono de la hija en la agenda de su móvil.

—Se llama Irene —dijo marcando su número.

La hija le comentó que tardaría como una media hora en llegar. Vivía en Valencia.

—Ya me quedo yo con Paquita —repliqué cuando Luis hizo el ademán de entrar en la casa—. No te preocupes.

—Pues nos dejas mucho más tranquilos, ¿verdad, Luis? —repuso Nadia—. ¡Qué suerte tenemos de tener un policía en el edificio! —Siempre que me veía, me decía lo mismo.

Entré en casa de Paquita y la encontré sentada en un sillón. Penélope le estaba preparando una infusión en la cocina. Evitó mirarme a los ojos. Aún los tenía rojos.

—¿Estás bien? —quise saber.

Apretó los labios y asintió.

—Estaba viendo el último capítulo de una serie y siempre me emociono —se excusó ella —. Da igual las veces que la vea, siempre termino llorando a moco tendido.

Nos quedamos callados. El agua empezó a hervir en el cazo y Penélope apagó el fuego.

—Le he preparado una tila. Le vendrá bien.

—¿Dónde está mi mamá? —preguntó Paquita buscando algo de consuelo en nuestras miradas.

—Paquita, no te preocupes —respondió Penélope—. Ha salido a comprarte algo. Ahora vendrá Irene.

Penélope fue pasando la infusión de una taza a otra para enfriarla un poco.

—Paquita, te la tienes que beber —dijo Penélope cuando encontró que el líquido se había enfriado un poco—. Ya verás qué bien te sienta.

Por suerte, su hija llegó cuando Paquita le dio el último trago a la infusión. Irene nos dio las gracias y Penélope y yo subimos las escaleras en silencio. Ella abrió la puerta de su casa, aunque antes de cerrarla, metí el pie.

—¿Qué haces? —me espetó.

—Quería pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Siento si antes me he comportado como un gilipollas.

—Pues sí, te tengo que dar la razón. Mejor enterarme ahora que no dentro de tres meses o un año. No sabes la de disgustos que se ahorra una.

Y lo mismo que había hecho yo, hizo ella, cerrarme la puerta en las narices.

No tardó ni dos segundos en volver a abrirla.

—No creas que lo de anoche fue algo extraordinario. He corrido un tupido velo.

Y con las mismas, cerró de nuevo y esta vez de un portazo. Apreté los dientes con rabia y quise pegar un grito de pura frustración.

Inspiré con calma y volví a mi piso. Me lo merecía por ser un estúpido. Eso sí, nadie llevaba una camiseta tan corta y con tanto estilo como ella. Menuda *Queen*. Yo no me quería conformar con menos.

Marqué el teléfono de mi abuela para decirle que se olvidara de la cita con Yu Ri, pero lo tenía apagado. No volvería a dejar que se inmiscuyera en mis asuntos.

Con suerte, me llamaría nada más levantarse y podría solucionar todo el tema de esta nueva cita.

Capítulo 15



Penélope

Algo había sacado en claro. Hugo era un imbécil y yo no me liaba con imbéciles. Había elegido mal el día para cerrarme la puerta en las narices cuando yo solo quise ser amable. Con lo mono que me había parecido la noche anterior. Si hasta me dejó su chaqueta cuando me vio tiritar de frío.

Al pasar por el espejo de la entrada, vi mi reflejo y me sobresalté. Y no fue porque llevara un moño mal hecho y sujeto con un palillo chino. Era por la ropa.

—¡Joder! Pero ¿qué llevo puesto?

¿Cómo se me había ocurrido salir con esas pintas? Se me había olvidado de que llevaba un pantalón tan corto que se me veían las braguitas de encaje rojo. Y la camiseta era tan mínima, que si levantaba un poco el brazo se me podían ver las tetas. Lo peor es que era tan vieja, que de los lavados que tenía, se transparentaba la tela. Menudo espectáculo había dado. Con razón Luis no podía apartar la mirada de mi camiseta.

Me reí y al mismo tiempo me sonrojé. No por Luis, más bien por Hugo. Él tampoco había podido quitarme los ojos de encima, aunque lo disimuló mucho mejor que Luis.

Aunque pensándolo con calma, me gustó cómo me miraba Hugo y lo nervioso que se había puesto cuando le abrí la puerta. Hasta advertí cómo se sonrojaba.

Pensé en quitármela, pero estaba en mi casa y podía ponerme lo que me saliera de las narices. En ese instante, me sentí como una auténtica *queen*, que era uno de mis grupos favoritos.

Salí a la terraza para refrescarme un poco y busqué en Spotify mi lista de *Mamma mia*. Había perdido la cuenta de las veces que había visto la película. De las dos que había, me gustaba más la primera, aunque la segunda también la adoraba. Podía decir que, junto con *La la land*, eran mis tres películas favoritas. Adoraba a Meryl Streep. Pensaba que podía hacer cualquier papel que le ofrecieran; aunque hiciera de vaca, estaría estupenda. Ella sí que era una auténtica *queen*, de las que brillaban con luz propia.

Me gustaba oír las canciones de las dos películas cuando estaba de bajón. Y en esos momentos necesitaba unos mimos y ponerme a bailar para subir la moral. El final de *Crash landing on you* siempre me dejaba con resaca emocional. Y, además, ese último capítulo me hacía llorar como si no hubiera un mañana.

Entonces empezaron a sonar los primeros acordes de *Take a chance on me* en el ático de al lado. Recordaba a la perfección esa escena. Era casi el final de la película de *Mamma mia*. La actriz Julie Walters, aunque para mí sería siempre la madre de los Weasley en la saga de Harry Potter en el cine, se le declaraba con esta canción a Stellan Skarsgård. Ambos tenían una vis cómica tremenda. Cómo me hacía reír la película, aunque también solía llorar un poco.

Era como si Hugo me hubiera leído el pensamiento. Lo maldije entre dientes. No podía poner esa canción. Si es que encima me lo ponía difícil. No esperaba que a él también le gustara *ABBA*. Ya era casualidad que escuchara lo mismo que yo pensaba oír. No sé por qué pensaba que a él le pegaban grupos más roqueros, como AC/DC, The Rolling Stones, Led Zeppelin o The Doors.

If you change your mind, I'm the first in line

Honey I'm still free

Take a chance on me

If you need me, let me know, gonna be around…[7]

No sabía si la primera estrofa de esa canción era un mensaje para mí o era el azar, pero la llevaba clara si pensaba que iba a volver a llamar a su puerta.

Entonces busqué la canción de Rocío Jurado: *Ese hombre*. Me la sabía de memoria. Durante un tiempo, mi madre la escuchaba en bucle. En alguna ocasión me pregunté si la ponía por mi padre, pero si había una pareja enamorada en el mundo, esos eran mis padres. Se pasaban el día mandándose mensajes de amor y eso que llevaban casi 35 años casados. Al final llegué a la conclusión de que la escuchaba porque le gustaba la artista.

Ese hombre que tú ves ahí
que parece tan galante
tan atento y arrogante
lo conozco como a mí.
Ese hombre que tú ves ahí
que aparenta ser divino
tan afable y efusivo
solo sabe hacer sufrir
Es un gran necio,
un estúpido engreído…

Me estaba pasando un poco con la letra de la canción, pero si se daba por aludido era culpa suya. Yo solo la ponía para desquitarme un poco y reírme a gusto.

Entonces él atacó con una canción de *La Guardia*: *Mil calles llevan hacia ti*. Era como si supiera la música que más me gustaba. Estaba jugando muy sucio:

Mil calles llevan hacia ti
Y no sé cuál he de seguir
No tengo tiempo que perder
Y ya se va el último tren

Quizás mostrándote una flor

O hacer que pierdas el timón

Poner tu nombre en la pared…

Durante unos segundos, mientras terminaba de sonar la suya, estuve pensando en qué canción podía oír. Nos comportábamos como dos niñatos, pero me daba igual. Me lo estaba pasando muy bien. Me vino a la cabeza el estribillo de una canción de Julieta Venegas: *Me voy*.

…¡Qué lástima, pero adiós!

Me despido de ti y me voy

¡Qué lástima, pero adiós!

Me despido de ti

Porque sé que me espera algo mejor

Alguien que sepa darme amor

De ese que endulza la sal y hace que salga el sol…

Y con esta canción me fui a la cama. El domingo también trabajaba y me tenía que levantar en seis horas.

Sin embargo, la cosa no terminó ahí. Él puso una última canción, *But it's Destiny*, la primera de la banda sonora de *Crash landing on you*. Estaba en coreano, aunque me sabía la letra en español.

Si vienes y te apoyas en mí

Sentiré tu todo

Todo

Llenaste mis ojos

Todo se vuelve más claro y

Poco a poco crece en mí

¿Se irá en una noche fría?

Aun cuando trate de esconderme

Envolviste mi corazón cansando

Cuando te miro a los ojos…

Se me llenaron los ojos de lágrimas, no por Hugo, ni siquiera por Jaime, sino porque la banda de esta serie me removía siempre por dentro. Había tanta química entre los actores que el amor traspasó la pantalla y al final se habían casado en la vida real.

Me puse unos tapones para los oídos, un antifaz, me coloqué la almohada por encima y me dormí enseguida. Estaba demasiado cansada para pensar en Hugo, y aunque no lo quisiera, esa noche volvió a colarse en mis sueños. Tenía un serio problema con él y es que no podía controlar lo que soñaba y no podía alejar a ese hombre de mi cabeza mientras dormía.

Nunca había tenido un orgasmo tan fuerte en mis sueños, ni siquiera cuando soñaba con Jaime.

Me levanté cuando sonó el despertador y, como todos los días, puse una cafetera en el fuego. Después me vestí. Al regresar a la cocina, me di cuenta de que el piso de mi abuela no decía nada de mí. Ni siquiera tenía una foto mía colgada y todas las cajas que me traje de la casa de Jaime seguían apiladas en una habitación.

Tanto tiempo soñando con tener un espacio propio y cuando lo tenía lo descuidaba. De ahora en adelante, esa sería mi casa y quería hacerla más mía. Me gustaba la distribución del piso de mi abuela, los vecinos, pero sobre todo adoraba el barrio en el que me había criado. Era tranquilo. Vivir en Paterna no estaba nada mal. Tampoco echaba de menos Valencia. Tenía a mis padres cerca y siempre estaban ahí cuando los necesitaba. Me cuidaban y todas las semanas me traían una tortilla de patatas. ¿Qué más podía pedir en esos momentos? Era todo cuanto le había pedido a la vida.

Empezaría por comprar un sofá, unas estanterías para todos los libros que tenía y pintaría algunos muebles de mi abuela con pintura a la tiza. También cambiaría las lámparas y las puertas de los muebles de la cocina. No podía gastarme mucho dinero, pero me daría para los pequeños cambios que quería hacer. También pintaría las paredes de blanco para darle más luminosidad.

Nunca me gustó el gris perla de las paredes. Se había acabado ese color en mi vida.

Tras tomarme el desayuno, salí de casa con prisas. El autobús pasaba en siete minutos y yo tardaba unos cinco en llegar a la parada. En ese mismo instante, también salió Hugo. Iba preparado para hacer ejercicio. Olí su colonia y quise enterrar mi cabeza en el hueco de su cuello. ¿Por qué me ponía tanto? Tendría que estar penado por ley y con una multa de mil euros ser tan sexy y oler tan bien a las ocho de la mañana. ¡Joder! Si solo llevaba un pantalón de deporte y una camiseta de manga corta. Pero ¡madre del amor hermoso! Cómo le quedaban los pantalones y la camiseta. Si es que esa camiseta se le ceñía al cuerpo como una segunda piel y mostraba lo perfecto que eran los músculos de sus brazos.

Hugo era guapo, eso era algo que él tenía que saber. Sus pómulos eran perfectos, sus labios también lo eran, incluso esos ojos almendrados maravillosos. Y era objetiva, no lo decía porque me atrajeran los hombres de ojos rasgados. Me pregunté por qué en vez de ser policía no se dedicaba a ser modelo y salir en las portadas de las mejores revistas de moda.

—Hola —me saludó.

Su sonrisa era cálida.

Me miró a los labios mientras se mojaba los suyos.

No esperé ni a que llegara el ascensor. Ni loca me metía con él en la cabina. Podía cometer una locura, como colgarme de su cuello. Y me había prometido que no saldría con un gilipollas.

—Hola —dije bajando las escaleras de dos en dos.

No quería ser una maleducada.

Con suerte iba a llegar a la parada en cuatro minutos.

Hugo también bajó por las escaleras. Me pareció que se detenía detrás de mí por un segundo a olerme el pelo, aunque puede que fueran imaginaciones mías. Pasó por mi lado y volví a aspirar esa maldita colonia que olía francamente bien. Cuando llegué al portal, Hugo se alejaba en dirección contraria a la que yo iba a tomar. Al menos no tenía que oler su aroma mientras

caminaba por la calle ni verle su trasero. Todo había que decirlo, era espléndido. No había nada en él que estuviera fuera de lugar.

Una vez en el autobús, empecé a mirar en el móvil el catálogo de Ikea. Apunté las referencias de los todos los muebles que me gustaban. Le pediría a mi padre o a Gabi que me llevara un día de esta misma semana. No quería retrasar mucho la decoración de mi piso.

Antes de llegar a la pastelería, recibí una llamada de Gabi.

—Hola, guapa —la saludé—. ¿Qué tal la cita con Mar?

—No te lo vas a creer. Nos vamos a vivir juntas. —Me soltó de sopetón.

Me quedé sin aliento y me obligué a decir algo.

—Pero ¿ya mismo? ¿Con sus hijos también?

—Sí, aunque pedirá la custodia compartida. La mitad del mes sus hijos estarán con su padre y la otra, con nosotras. Mar dice que es lo mejor para los niños. Y sé que es una locura, pero si dejo que entre en mi vida es con toda la mochila. ¿Tú crees que estoy loca?

La oía tan contenta que por unos segundos deseé tener a alguien como ella. Aun así, me alegraba por Gabi. Se merecía que la amaran y que la hicieran feliz. En esta ocasión, estaba convencida de que le iba a salir bien.

—Me alegro de que vayas con todo. Y sí, estás loca. El amor es una locura maravillosa.

Porque el amor es así, hay que ir a por todas y no quedarse con las ganas.

—Soy feliz —me dijo.

Aunque no podía verla, sabía que su sonrisa le llenaba toda la cara e incluso le iluminaría la mirada.

—Te tengo que pedir un favor. —Dejé que me contara—. ¿Buscabas a alguien para que te ayudara en el obrador? Pues conozco a la persona. Mar es perfecta.

Gabi no me sugería algo así si no estuviera convencida. Confiaba en su criterio. Podíamos ser las mejores amigas, pero también sabíamos que nuestros negocios eran sagrados. No me lo pensé.

—Venid a comer hoy y hablo con ella. Si llegamos a un acuerdo, podría empezar a

trabajar mañana mismo.

—Eres la mejor.

—Lo sé, por eso te encargarás de traer la comida. Me apetece una fideuá.

—Eso está hecho. Nos pasaremos sobre las dos y media. Sé que Mar y tú vais a hacer buenas migas.

Me pasé toda la mañana adelantando las masas de *croissants* y palmeras para toda la semana. También preparé cuatro tartas de cumpleaños que tendría que entregar antes de la hora de la comida.

Sobre las dos y media llegaron Gabi y Mar. La conocía solo por las fotos que me había enseñado Gabi. Era mucho más guapa al natural. Tenía una melena corta rubia que suavizaba sus rasgos delicados. Sus ojos eran del color del cielo y en cuanto la oí hablar, supe que Mar y yo nos íbamos a llevar muy bien. Su voz era tan dulce que entendía el porqué Gabi se había enamorado de ella.

Traía un bol con arroz con leche para el postre.

—Gabi me ha dicho que es tu postre favorito.

—Sí, aunque aún no he encontrado una receta que se le parezca a la de mi abuela. A mí me sale bueno, pero no es como el de ella.

—Las abuelas siempre tienen sus secretos.

Como ya había bajado bastante el trabajo, Gabi se encargó de poner una mesa para tres mientras yo hablaba con Mar. Le dije en qué consistiría su trabajo y cuál sería su horario.

—Mi sueño siempre fue montar una pastelería, pero mi padre se empeñó en que estudiara ADE y que pensara en mi futuro. Hace dos semanas, cuando le dije a mi marido que quería separarme, también tomé la decisión de dejar mi trabajo en la empresa familiar. Yo me encargaba del tema administrativo. No puedo seguir trabajando con él. Quiero ser honesta contigo. Le he vendido mi parte y quería montar mi propio negocio. Entonces Gabi me ha comentado esta mañana que estabas buscando a alguien. Antes de lanzarme, me gustaría seguir aprendiendo. Me gusta la repostería, pero solo la hacía para mi familia y mis amigos y me queda

mucho camino por recorrer.

—La repostería es como la alquimia, pesas todos los ingredientes y los mezclas, aunque hay que añadirles siempre a todas las recetas amor y paciencia para que se produzca la magia.

Le mostré las materias con las que trabajaba y todos los utensilios de los que me valía para hacer los dulces.

—Entonces, ¿te convence trabajar conmigo?

—Sí, estoy deseando que llegue mañana.

—Bienvenida a Fresa y Canela. —Le di la mano—. Hablaré con mi gestora para que prepare todos los papeles.

Gabi me dio un abrazo.

—Gracias por darle esta oportunidad. No te vas a arrepentir. Tiene muy buena mano. Ya lo verás.

Comimos en el obrador. De vez en cuando, Mar miraba a Gabi con tanto amor, que alguna que otra vez solté un suspiro. Qué bonito era el amor cuando te querían bien. Lo único que yo deseaba es que alguien me mirara como Mar miraba a Gabi. Y apostaba por que esa relación iba a funcionar. Sabía que no iba a ser fácil, pero si Mar había dado el paso, era porque deseaba ser feliz.

Cuando probé el arroz con leche, me vino a la memoria las tardes que pasaba en casa de mi abuela, ese hogar que ahora era mío. Se me saltaron las lágrimas, porque era como si lo hubiera hecho mi abuela.

Tanto Gabi como Mar no podían dejar de mirarme. Gabi se levantó para darme un vaso de agua.

—¿He hecho algo mal? —quiso saber Mar—. ¡Ay, dios! Igual le he puesto sal en vez de azúcar. —Enseguida negó con la cabeza—. No, eso no puede ser. Lo he probado y estaba meloso, tal y como a mí me gusta.

—No, no me pasa nada, al contrario. Es la receta perfecta. ¿Qué lleva?

—Lo hago como lo hacía mi abuela de Asturias. Siempre le pongo leche fresca, azúcar,

una ramita de canela, nata, mantequilla sin sal, una cáscara de limón, otra de naranja y… —Se mojó los labios—, un poco de anís. Ese era el secreto de mi abuela.

—Y de la mía también. ¡Claro! Eso era. —Solté una carcajada. Gabi y Mar se unieron—. El anís le da este toque especial. Además de tomarse su copita después de comer, también se lo echaba al arroz con leche. ¡Cómo no lo pensé nunca!

—Me alegro de que te haya gustado.

Me puse el arroz que había quedado. Era como volver a mi infancia.

A pesar de que Mar no empezaba hasta el día siguiente, quiso quedarse conmigo toda la tarde para echarme una mano. Cuando llegó la hora de cerrar, a las nueve, Gabi me propuso ir a tomar una cerveza por Ruzafa.

—Me voy a casa. Estoy muy cansada y quiero meterme en la cama temprano.

—¿No será que quieres ver a Hugo?

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—Uy, uy, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Gabi—. ¿Te ha salido rana? No me has contado nada.

—Vale, acepto esa cerveza. Y os cuento qué pasó anoche.

—Luego te acercamos a casa —dijo Mar.

Tras desahogarme con Gabi y con Mar, me llevaron a Paterna. Me dejaron en la esquina de mi calle, ya que era de un solo sentido. Total, solo había ciento cincuenta metros.

No había ni caminado ni veinte metros, cuando dos chicos en patinete eléctrico pasaron tan cerca de mí, que choqué con la reja de una ventana. La manga de mi camisa se enganchó con un borde de la reja y sufrió un desgarrón. Después perdí el equilibrio y me caí al suelo de culo. Los dos chicos ni siquiera se pararon.

—¡Eh! —Oí la voz de Hugo a mis espaldas—. ¿De qué vais?

Echó a correr, aunque no los alcanzó. Hugo volvió sobre sus pasos y me ayudó a levantarme. El desgarrón era más grande de lo que pensaba, ya que dejaba un pecho al aire. Se me veía el sujetador.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Se esforzó por no mirarme el sujetador, pero se le fueron los ojos. Me tapé como pude con el bolso.

—Ya puedo levantarme yo. —Rechacé su ayuda.

—Lo sé, pero no puedo dejarte en el suelo. Aún soy tu *oppa*.

Me mordí el labio. En algo tenía razón. Los coreanos se tomaban muy en serio lo de los títulos.

Se quitó la camisa y me la ofreció. Parpadeé para no mirarle los pectorales, pero era imposible no resistirse.

—No hace falta. —Se la quise dar.

No hizo caso a mis palabras. Sus ojos me miraron de una manera que me conmovió. Porque había muchas maneras de mirar y la suya me hacía sentir bien.

—Ya me la darás cuando te venga bien. —Y echó a andar.

Rechiné los dientes al oler su camisa. ¿Cómo podía ignorarlo si su aroma se me había colado por todas las células de mi cuerpo?

Porque podía decir que no sentía nada por él, pero no era cierto. No sabía si era amor, lo único que tenía claro es que había una química brutal entre nosotros. Por eso no entendía que me hubiera cerrado la puerta en las narices. Ambos éramos como dos polillas que se sentían atraídos por la misma luz. No sabía qué podía significar eso, pero por mucho que me resistiera, algo tiraba de mí. Me pregunté si podríamos llegar a más.

Capítulo 16



Hugo

En vista de que mi abuela aún no me había devuelto la llamada a las once de la mañana, me decidí a llamarla por tercera vez. No me respondió, a pesar de que su teléfono daba señal. Tenía la sensación de que me estaba evitando y que no era un simple despiste, como me querría hacer ver cuando nos viésemos. Pero yo no quería dejar pasar más tiempo la conversación que teníamos pendiente. Decidí ir a casa de mi madre y hablar con ella cara a cara.

Me tendría que oír lo quisiera o no.

Sin embargo, cuando llegué a casa de mi madre, mi abuela ya se había marchado de nuevo a Madrid. Volvería a Valencia tres días antes de la boda para ayudar con los preparativos.

Cada vez tenía más claro el porqué había venido a vernos. Su única preocupación era no quedar mal con la familia Park. No se podía permitir deshonrar a la familia otra vez cuando ella había dado su palabra. Apreté los dientes, con rabia.

—No he podido detenerla en todo esto. Se ha marchado esta mañana temprano —me dijo mi madre—. Esta tarde tenía una partida con sus amigas. —Se acercó a mí y alzó la cabeza para buscar mis ojos—. Ella hace lo que cree que debe hacer. Tienes que entenderla. He intentado hablar con ella esta mañana, pero no me ha querido escuchar. Decía que perdería el tren. Yo no

quería nada de esto. Pero ella es mi madre.

En la mirada de mi madre vi pesar. Se sentó en la esquina del sofá y se encogió sobre sí misma. Y si había algo que no soportaba es que ella sufriera. La vi más pequeña de lo que era. Era mi debilidad. Era una mujer que había tenido poco poder de decisión en su vida. Había estado marcada, en primer lugar, por las decisiones de mis abuelos, y más tarde por las de mi padre.

—No te preocupes. Me escuchará a mí. —Me senté a su lado después de dar unas vueltas por el comedor—. Los tiempos han cambiado.

Mi madre apretó los labios tratando de disimular el temblor que le recorría por todo el cuerpo.

—Ella sigue viviendo en el pasado —me dijo.

—Y, sin embargo, prefiere vivir aquí, en su pequeña comunidad en Madrid, que regresar a Busan —observé—. ¿No te resulta paradójico?

—Son muchos años fuera, pero…

—Pero nada.

—Tiene sus costumbres y eso la hace sentirse más a gusto.

—No le busques una justificación. Tú opinas lo mismo que yo. Pretende que pasemos por el aro de unas tradiciones que no tienen lugar aquí. Tragué con Yang Mi por el bien de esta familia, pero me aseguró que sería la última vez cuando ella rompió el compromiso. ¿Por qué no cumple la promesa que me hizo? Y no me vengas con el respeto a los mayores. Soy un buen hijo, sois muy importantes para mí. Te respeto a ti, a ella, aunque necesito vivir mi vida. ¿Qué mal hago? Dime. Tú misma rompiste las reglas.

Ella bajó la cabeza.

—Y bien caro que lo pagué. No solo fue que ellos no quisieran saber de mí. —Se miró la palma de sus manos—. Era muy joven y cometí un error.

—Mis hermanos y yo no somos un error —repuse conteniendo un suspiro.

—No he querido decir eso —replicó alzando de nuevo la cabeza. Sus ojos se

humedecieron—. Tu padre sí que lo fue. Me vi obligada porque él lo quiso así… —Se le trabó la voz.

Trataba de hallar unas palabras que se le habían quedado atascadas en el fondo de su garganta. Se frotaba los dedos, quizá buscando un consuelo que no encontraba.

La agarré de su mano y se la apreté con cariño. La atraje hacia mí para darle un beso en el dorso. Esas eran de las pocas caricias que se permitía darnos y que le diésemos.

De seguir en Corea, no lo habría hecho. Mostrar este tipo de afecto abiertamente no estaba en nuestra cultura. No nos decíamos «te quiero», ni nos abrazábamos. Mi familia materna mostraba su amor y su cariño de otra manera. Mi madre se deslomó y trabajó duro durante años para que a nosotros no nos faltara de nada. Preparaba platos ricos cuando caíamos enfermos. En casa de mi madre siempre tenía algún táper preparado para que me lo llevara. Mis hermanos y yo nos criamos sin abrazos y sin besos. Sin embargo, mi madre se las apañó para ahorrar dinero a escondidas de mi padre y pagar mis estudios y los de mi hermana. Aun así, yo la apoyaba con mi trabajo.

Pero hacía mucho tiempo que me di cuenta de que no me había criado en Corea, que en España se vivía de otra manera y yo me sentía mucho más de aquí que de allí, aunque mis ojos fueran almendrados y mis rasgos fueran orientales. Me costó entender esto cuando vivía en casa de mis padres.

—Sé lo que has querido decir —murmuré con cariño—. Perdona.

—No lo sabes. No sabes nada de lo que pasó.

No entendía qué quería decirme. Repasé sus últimas palabras. Quise tragar saliva, pero tenía la boca tan seca que no pude.

—¿Por qué te viste obligada? —Al mismo tiempo que le hacía la pregunta, un nudo me aprisionó el estómago.

Creía saber la respuesta. Recordé una conversación de cuando era pequeño con mis padres, pero la había olvidado. En esos momentos, algo se despertó en mí. Por una parte, quería saber la respuesta, pero por otra me daba miedo.

—Me quedé embarazada —murmuró soltando un sollozo.

La abracé más fuerte. No iba a dejar que cayera como tantas veces la había visto cuando vivía mi padre. Me tenía a mí para que se apoyara.

Sabía que se había casado embarazada por las fechas. Yo había nacido cuatro meses después de la boda.

La pregunta me quemaba en los labios, pero no podía dejar que siguiera consumiéndome. Quería saber qué pasó.

—¿Él te obligó a algo?

Me faltó el aliento después de preguntarle.

—Yo era joven y era bonita. —Dejó vagar la mirada por el comedor.

—Lo sigues siendo. —Le mostré una sonrisa cansada.

Se calló unos instantes. Buscaba el valor para seguir hablando.

—Acepté tomar un café con él. Íbamos a ver una película en su casa. Eso fue lo que me dijo y yo lo creí, como otras tantas mentiras que me contó. Nos conocíamos desde el instituto y era muy simpático. Tu padre era guapo y me gustó su sonrisa desde que lo había conocido. Puede que fuera mi culpa.

No hacía más que retorcerse los dedos.

Cerré los ojos y apreté los puños.

—¿La culpa de qué?

—De ir a su casa. —Le falló la voz—. Yo no tenía que haber ido. Yo solo quería tomar un café. No quería hacer nada más que hablar con él y ver una película. Él me hacía reír mucho al principio.

Podía entender cómo mi madre se sentía en casa de mis abuelos y las normas que tenían. Me imaginaba que ella estuviera cohibida, como me había sentido yo mismo cuando mi abuela me concertó mi matrimonio. Mi padre podía ser encantador cuando quería y eso la tuvo que volver loca. Era una bestia con una capa de seda.

—¿Qué pasó? —pregunté con la voz ahogada.

—Yo no sabía nada de lo que pasaba entre un hombre y una mujer. En mi casa nunca se hablaban de esos temas y mis amigas tampoco sabían mucho. Era un tema tabú para nosotras.

La miré. Aún no tenía cuarenta y seis años y tenía la impresión de que sostenía el mundo sobre sus hombros. Qué sola se había tenido que haber sentido en todos los años que estuvo casada.

—Solo tenías diecisiete años —mascullé entre dientes.

—No me hagas hablar más, Yi I. Te lo pido por favor. —Giró la cabeza y terminó llorando en silencio—. Ya sabes más de lo que deberías saber. Deshonré a mi familia yendo a esa casa.

Me cubrí la cara con las manos. Percibí la vergüenza que sentía en esos momentos mi madre.

—No fue tu culpa, no lo fue. —Alcé un poco la voz, por mí, por ella—. Él te obligó a hacer algo que tú no querías.

Se había metido un puño en la boca para ahogar sus gemidos.

—Pero yo siempre te quise, desde el mismo momento en el que supe que estaba embarazada. Eras mío. Ni de él ni de nadie más, solo mío.

—Lo sé. Y a pesar de lo que ocurrió, te obligaron a hacerlo, te tuviste que casar con él y después te dieron la espalda.

—La abuela solo mira por el bien de la familia. —Giró la cabeza. En su mirada vi orgullo —. No eres como él. Eso no me lo pudo quitar. Tú siempre fuiste solo mío. Y me lo recordaba cada noche cuando llegaba a la cama. Tú me diste las fuerzas para seguir. —Se obligó a mostrar una sonrisa—. A veces la vida es así. Luchas por unos sueños y renuncias a otros. Y aunque creas que perdí mucho, gané más de lo que imaginas. Os tengo a vosotros tres. Es más de lo que podría soñar. Si crees que no debes ir a esa cita a ciegas, no lo hagas. Cualquier cosa que hagas, yo seguiré estando a tu lado. Soy tu madre por encima de esas tradiciones. Yo ya pagué por lo que hice. Si vuelven a darme la espalda, me dolerá, pero estaré bien. Me las he apañado todos estos años sin ellos. Sé lo que es estar sola. —Giró su cara hacia mí—. No voy a estar peor ahora

que cuando vivía con tu padre. Ahora os tengo a vosotros.

—Lo único que has hecho en esta vida es querernos —repliqué con orgullo—. No hay nada de malo en ello.

—Nunca vas a decepcionarme. Lo que sí te pido es que no te olvides nunca de vivir. Sí, vive a lo grande, no con miedo como he pasado yo la mitad de mi vida. Eres mi mayor orgullo. El sol no deja de salir todos los días por mucho que vivamos en una cueva.

Un nudo se instaló en mi garganta. No podía hablar en esos momentos. Si lo hacía, me pondría a llorar. Y como me había dicho unos segundos antes, en ese momento fue ella la que no me dejó caer. Apretó mi mano con fuerza.

—Siempre fuiste un punto de apoyo para Dylan Min Ki. Eras como un padre para él, su tabla de salvación. Cuidaste de él mientras yo trabajaba y cuando a mí me fallaban las fuerzas. Tú eras la persona a la que acudía cuando tenía un problema. Te adora, aunque no sepa cómo demostrarlo. Solo está buscando su sitio en este mundo que no entiende.

—Pero le fallé —farfullé.

—Tu padre no te lo puso fácil. No te atormentes por lo que pasó. Sé que tu hermano cumplirá también su sueño. Lo he visto reflejado en su mirada. En estos dos días observo algo nuevo en él, algo por lo que luchar. No quiere decepcionarte. Estoy segura de ello.

En ese momento, entró mi hermano en el comedor. Estaba pendiente de una conversación por WhatsApp y se sentó a mi lado. No sabía si había oído nuestra charla, pero por la despreocupación que mostraba, tenía la cabeza en otro sitio. Mi madre se secó las lágrimas con la palma de una mano. Se levantó y fue hasta la ventana.

—Necesito que me dejes el coche —dijo mi hermano sin levantar la mirada del móvil.

—No tienes carné —le recordé.

—Pero sé conducir. Lo he hecho muchas veces.

Aun diciéndome que había cometido una ilegalidad, se enorgullecía de ello. Ojalá sacara ese orgullo para enfrentarse a la vida.

—¿Qué parte de no tener carné no entiendes? No puedes conducir. Haré como que no he

oído lo de que conduces sin carné.

—Entonces necesito que me dejes cien euros. —Se mojó los labios y enseguida me aseguró—. Te prometo que te los voy a devolver. Me he gastado todos los ahorros que tenía en un micro y en un trípode para grabar.

—¿Para qué quieres tú cien euros? —inquirí—. ¿No estarás metido en un lío?

Levantó la vista del móvil y me miró a la cara.

—Te juro que no estoy metido en nada chungo. Pero ahora mismo no te puedo decir de qué se trata. —Se quedó callado esperando mi respuesta—. ¿Qué pasa? ¿No te fías de mí? ¿Crees que me los voy a gastar en *costo*? Te hice una promesa y he dejado esa mierda atrás.

Quería creer sus palabras, aunque había visto a muchos chavales como él asegurarme que no se metían nada, cuando en realidad acababan de meterse un pico. Algo en su mirada me confirmaron las palabras de mi madre.

Mi madre se dio la vuelta y se marchó unos momentos del comedor. Venía con el monedero en la mano.

Negué con la cabeza, la detuve y saqué de la cartera los cien euros que me había pedido mi hermano.

—Sí me fío de ti. Creo en tus palabras. Aquí tienes el dinero.

—Te los voy a devolver. Te juro que es por una buena causa. —Le dio un beso en la mejilla a mi madre, me palmeó el hombro y después se dio media vuelta.

—No quiero que me los devuelvas —le comenté—. Solo quiero que los inviertas bien.

—Tenlo por seguro. Todo esto lo estoy haciendo por nosotros.

Mi madre sonrió cuando mi hermano se marchó, aunque su sonrisa no iluminaba su mirada. En su gesto vi el cansancio acumulado de todos los años que pasé en Madrid.

Me quedé a comer con mi madre y después vimos dos películas con palomitas. En esas horas, el gesto de su cara se suavizó. Advertí que se había quitado un peso de encima. Yo sabía lo que había pasado, aunque no me lo dijera con todas las palabras. Las arrugas de su ceño se desdibujaron y me pareció que recuperaba los años que en realidad tenía. Se había quitado de

golpe más de diez.

Y algo en mi pecho estalló.

Cuando me marché de casa de mi madre, estuve dando vueltas por el pueblo. Necesitaba reflexionar sobre las palabras que me había dicho ella. Yo era mucho más de ella que de mi padre. Y siempre quise creer eso. Oírlo de sus labios me reconfortó. Ya no importaba cómo fue, ella me adoraba por encima de todo.

Sobre las diez de la noche, al regresar a casa, vi dos chicos que iban en patinete eléctrico y pasaron tan cerca de Penélope, que esta chocó con la reja de una casa.

Aunque rechazó mi ayuda, le ofrecí mi camisa para que no se le viera el sujetador. Debajo llevaba una camiseta, por lo que no me importó dejarle mi prenda. De la manera en la que ella me miraba, podría cometer muchas locuras. Y el caso es que no me importaba si era con Penélope.

La dejé atrás. Quería darle su espacio como me había pedido.

No la esperé y me marché a casa. Necesitaba darme una ducha y ponerme algo en la tele que me hiciera reír. Al salir del baño, escuché unos gritos que venían de casa de Penélope. Presté atención y no me lo pensé dos veces. Ni siquiera me terminé de secar el cuerpo ni el pelo. Me puse el primer pantalón que encontré en el armario y una camiseta. Fui hasta la terraza y salté hasta la suya. Por suerte, la puerta que comunicaba el comedor con la terraza estaba abierta.

Penélope seguía chillando. La llamé, pero no me respondió. Inspeccioné el comedor, las dos habitaciones que había en el pasillo, miré en el cuarto de baño y no encontré a nadie.

Los gritos seguían llegando desde el otro lado de la casa.

—¿Estás bien? —le pregunté.

La encontré en la cocina con la zapatilla en la mano y un bote de Cucal en la otra. En el suelo había una cucaracha que tenía que estar más que muerta.

—Muere, muérete ya, cabrona. —Con una mano le daba zapatillazos y con la otra vaciaba el insecticida sobre la cucaracha.

Seguía chillando sin control.

—Para. —Alcé mi voz por encima de la suya—. Ya está muerta.

Penélope pegó un brinco y lanzó la zapatilla hacia mí. La esquivé como pude.

—Pero ¿qué haces?

—¡Joder, Hugo! ¡Qué susto me has dado! Pensaba que era un ladrón. No te esperaba. ¿Qué haces en mi casa?

—¿Cómo que qué hago? Pensaba que estabas en peligro. Soy policía y siempre estoy alerta. El susto me lo has dado tú a mí, que te has puesto a chillar. ¿Crees que podía quedarme de brazos cruzados? Pensaba que era algo grave.

Otra vez llevaba esos pantaloncitos que dejaban ver su ropa interior. Esta vez sus braguitas eran de color verde. Estaba seguro de que le quedaban genial. Pero lo que realmente me gustó fue que llevara mi camisa puesta. Como le iba grande, se la había atado con un nudo a la cintura. No quise fijarme, pero se le marcaban los pezones a través de ella.

—Pues ya ves que sí. A saber qué me habría hecho esa cucaracha.

—Puede que ella tuviera más miedo que tú.

—No lo creo. ¿Tú has visto lo grande que es?

—Sí, pero las cucarachas no muerden ni pican —le comenté esbozando una sonrisa.

—Lo sé, pero es ver una y pensar que me van a hacer algo. Es superior a mí. No las soporto.

Recogí la cucaracha con un trozo de papel y la tiré a la basura. Abrí la ventana de la cocina para que se disipara un poco el olor a insecticida.

—¿Y si sale del cubo? —Me pasó una bolsa de plástico—. Será mejor que la metas ahí y le hagas varios nudos a la bolsa.

No quería ponerme a discutir con ella, así que hice lo que me pidió.

—¿Estarás bien? —le pregunté antes de marcharme—. Esa cucaracha no va a salir de la basura.

—Sí.

Antes de salir por la puerta, ella me llamó por mi nombre completo. Alargó la I y sonreí.

—Me iba a preparar un chocolate caliente. No sé si te apetecerá uno ahora.

—¿Ahora?

Eran casi las once de la noche.

—¿No te gusta?

—Sí, claro que me gusta. Pero no suelo tomarlos en mayo.

—No hay una época ideal para tomar un chocolate caliente. Te aseguro que me sale muy rico.

Asentí con la cabeza.

Encendió la vitrocerámica. En un cazo había echado la leche, unas cucharadas de chocolate y unas de azúcar. Después lo puso en el fuego.

—Sí. Me encantará tomar ese chocolate contigo.

—No creas que no sigo enfadada. Esto es una tregua.

Sobre la encimera de la cocina había un trapo blanco.

—Sí, es un alto el fuego. —Agité aquel trapo—. Aunque sigues enfadada.

—Más bien estoy sorprendida por tu reacción de anoche. —Mientras hablaba, no dejaba de darle vueltas al chocolate—. Que me besaras y luego pasaras de mí como si nada hubiera ocurrido me sorprendió.

—Está bien. No estás enfadada, solo sorprendida.

—Coge dos tazas de ese armario. La mía es la de *Slytherin*.

—¿Cómo dices?

—Me refiero a la taza. Lleva el escudo de *Slytherin*, de *Harry Potter*. Habrás escuchado hablar de esta saga, ¿no?

—Sí, claro. No te había entendido. Leí los libros cuando era pequeño.

—Tienes pinta de ser de *Hufflepuff*.

Negué con la cabeza.

—No, podría haber sido como Cedric, aunque siempre me consideré de *Gryffindor*. Somos capaces de todo por defender en lo que creemos y nunca nos damos por vencidos.

—Vaya, qué interesante. —Soltó una carcajada.

Una vez que terminó de hacer el chocolate, le añadió unas nubecitas pequeñas y estrellitas azucaradas.

—Te lo he preparado como me gusta a mí. Cuanto más dulce, mucho mejor está. ¿Nos lo tomamos en la terraza?

La seguí.

—No me mires el culo.

—Te juro que no lo hacía. En realidad, pensaba en lo bien que te queda mi camisa.

Ella se giró y levanté la vista de su trasero.

—Eres un mentiroso. Te has puesto rojo. Reconoce que me lo mirabas.

Solo me quedó asentir con la cabeza.

Dejamos la taza en una mesa y nos sentamos cada uno en una hamaca.

—¿Has escuchado un ruido? —pregunté cuando llegamos a su terraza.

—¿Qué ruido? —Ella se puso alerta—. No he escuchado nada.

—Espera... Es tu corazón que late por mí.

—Eres un idiota.

Agarró su zapatilla y me la volvió a tirar, aunque esta vez me dio en la pierna.

—¿Lo soy? Sí, ¿y qué?

—Anda, cállate.

—Cállame tú... —le sugerí.

Capítulo 17



Penélope

Me lo quedé mirando. No entendía muy bien a Hugo. No tenía muy claro si era un gilipollas integral que me estaba vacilando o es que ocultaba algo y por eso a veces me parecía que se iba a comer el mundo y otras se retraía y me daba la sensación de que era un cervatillo. Y yo no quería líos en mi vida con tipos así. Aunque si era la segunda opción, casi que podía sobrellevar ese secreto. Tenía la impresión de que había algo muy gordo que le pesaba en sus hombros como una piedra. Igual era cálido y extrovertido conmigo que se mostraba frío, y eso me desconcertaba. Como le había dicho, no estaba enfadada con él, estaba más bien sorprendida.

No entendía muy bien a qué venían esos cambios en él.

Y era cierto que me moría por morder esos labios y besar ese lunar que tenía sobre su boca. Aunque sabía que no me conformaría con un simple beso. Yo quería llegar hasta el final y acabar en la cama, en el suelo, en la ducha o en el sofá, casi me daba igual el lugar. Lo que deseaba era terminar lo que mi padre nos había interrumpido el viernes por la noche. Durante dos noches había soñado con él. El sábado por la mañana me desperté bañada en sudor y esa misma mañana había amanecido con un orgasmo apoteósico.

Los meses sin sexo me estaban afectando más de lo que creía. Y no ayudaba nada tener a Hugo delante. Unas gotas de agua le goteaban de su cabello oscuro. Estaba recién duchado, olía

a algo que me volvía loca y para colmo de males, su camiseta húmeda se pegaba a su torso como una segunda piel. Era como si no llevara nada. Y no quise fijarme, pero ahí estaba una tableta de chocolate de lo más apetitosa. Tampoco quise contar cuántos abdominales marcaba, pero cuando llegué a cuatro busqué su mirada y forcé una sonrisa. No quería parecer una acosadora.

Tenía muchas ganas de él, de sus besos que prometían llevarme hasta la locura y me hicieran olvidar hasta de mi nombre. Ese era el sexo que necesitaba y estaba segura de que Hugo podría dármelo.

Pero tomé aire con calma antes de hacer una locura.

—¿Qué es lo que buscas, Hugo? —Me crucé de brazos—. ¿A qué juegas? ¿Qué es lo que quieres de mí? No me apetece jugar al gato y al ratón en estos momentos. Me desconciertas con tu actitud. Y no sé si tú y yo estamos en el mismo punto.

Hugo reflexionó unos segundos antes de hablar.

—Vamos a tomarnos el chocolate. Se va a enfriar.

Estaba eludiendo la respuesta.

—Es que no lo entiendo. Te he hecho varias preguntas y no has respondido a ninguna. Tan pronto te manifiestas accesible como que te muestras tímido. No sé muy bien por qué. Explícamelo.

Él tomó un trago de su chocolate.

—Es un poco complicado de entender.

—Puedes empezar por confiar un poco en mí —le pedí—. Soy una mujer razonable, pero si no me explicas qué pasa, no puedo entender nada. Tengo muchas virtudes, pero la adivinación no está entre ellas. Me habría gustado tener una bola de cristal para adivinar el futuro o ser mentalista, pero mis especialidades son los dulces. Durante años esperé la carta de *Hogwarts* y no llegó. Ya ves, soy una maldita *muggle* —bromeé.

—Mi vida se ha complicado un poco desde ayer por la tarde y a veces se me olvida que no puedo dar según qué pasos. No quiero que te veas envuelta en este lío.

—¿De qué se trata? ¿Es algo del trabajo? ¿Estás siguiendo a una banda de

narcotraficantes y no quieres que te relacionen conmigo? ¿Estoy en peligro?

Hugo abrió los ojos y después soltó una carcajada. Su risa se coló dentro de mí y llenó todos mis rincones. Era un sonido áspero, pero a la vez también era suave. Contenía multitud de matices que me provocaron cierto calor en el estómago.

—¿Qué clase de películas ves tú? No es nada de eso.

—Me gustan sobre todo las románticas, las que acaban bien.

—Como *Mamma mia*, ¿no? —me preguntó.

—Sí, esa es una de mis favoritas. ¿Cómo sabes que me gusta esta película? —Abrí la boca—. Espera, ¿no te habrás colado en mi casa más veces y has visto los DVD's? Me compré el CD hace años. Es uno de mis tesoros.

—No he entrado en tu casa a escondidas, pero sí que he escuchado tu música al llegar del trabajo. Sé lo que te gusta escuchar.

Eso me dejó algo más tranquila. Aun así, no me explicó por qué se comportaba como lo hacía.

Hizo un mohín con la boca.

—Además —siguió hablando—, todos los días te oigo cantar en la ducha después de que te levantes. Siempre cantas las mismas canciones.

Me llevé las manos a las mejillas al notar cómo se me sonrojaban.

—¡Dios mío! Con lo mal que canto.

—Tampoco cantas tan mal.

—Qué mal mientes.

—Lo sé, pero perdería un montón de puntos si dijera que desafinas un poco.

—Aunque sea cierto lo que dices, podrías haber seguido mintiendo un poco más.

—Creo que no lo haces nada mal, pero hay otras cosas que se te dan mejor.

—¿Sabes? Durante un mes me estuve ganando la vida cantando, pero una se viene arriba en la ducha y cree que canta mejor de lo que hace.

—Sigue dedicándote a los pasteles —terminó por decir él—. Se te dan infinitamente

mejor.

A pesar de esta broma, yo seguía dándole vueltas a la cabeza.

—Entonces, ¿te persigue una banda criminal rusa y tienes líos con la *Bratva*? ¿O es la *Camorra* napolitana?

—No. No es nada de eso. —Puso los ojos en blanco.

—Y una pregunta, ¿cómo pensabas protegerme en el caso de que hubiera habido un ladrón en casa si no llevas tu pistola encima?

Esbozó una sonrisa tan tímida que me pareció adorable.

—Estoy de paisano. No puedo sacar mi arma, así como así. Me podrían expedientar y en el peor de los casos expulsar del cuerpo —me explicó—. Tengo otras maneras para incapacitar a alguien. El arma se saca como último recurso. Y para que te quedes más tranquila, en Valencia se cometen pocos delitos de ese tipo. Esto no es ni Marbella ni Barcelona —me aseguró.

Con la cucharilla tomó una nube y se la metió en la boca. Dejó escapar un gruñido de placer.

Lo que habría dado por escuchar ese sonido cerca de mi oído. Para colmo llevaba su camisa y podía oler su aroma personal mezclado con su colonia. Olía muy bien, tanto que se me hizo agua la boca.

—Sigues sin responder a mis preguntas.

—Dame unos días para explicártelo todo. —Me pidió.

Me vino como un flash a la cabeza. Acababa de pasarlo con Jaime y no deseaba que me ocurriera lo mismo.

—Hay otra —afirmé más que pregunté—. Es eso, ¿verdad?

Noté un regusto amargo en la boca. Y no era por el chocolate. A mí me gustaba tomarlo muy dulce.

—Sí, pero no. No es lo que crees. Te lo aseguro.

—Entonces explícamelo para que lo entienda. O estás con alguien o no lo estás. No hay medias tintas.

Se tomó lo que le quedaba de chocolate. Estaba masticando la respuesta.

—Mi abuela me ha concertado otra cita a ciegas. Sé que te puede parecer absurdo y ridículo viviendo aquí, pero son sus tradiciones.

—Y las tuyas también, por lo que veo.

Bajó la mirada a su taza.

—Por eso te pido unos días.

Hice memoria y recordé las palabras que había oído en el restaurante. Su abuela estaba a punto de concertarle otra cita a ciegas con una mujer. Por suerte, me acordaba de la conversación.

—Esto no tendrá nada que ver con la nieta de la señora Park, ¿no?

Aunque había poca luz en mi terraza, advertí que Hugo se había quedado pálido. Carraspeó.

—¿Cómo sabes lo de Yu Ri? —Su gesto se endureció.

—No creas que soy una chismosa. Escuché parte de la conversación el otro día. Estabais hablando en castellano. ¿Tiene que ver con ella?

—Sí.

—¿Qué sientes por esa tal Yu Ri?

—No la conozco. No puedo estar enamorado de alguien a la que no he visto en mi vida. Pero todo esto no tiene nada que ver con el amor, tiene que ver con honrar a la familia y que todo siga estando en el orden establecido por los mayores. Les hace sentir seguros. Supongo que será una buena chica.

—Como tú, ¿no? —Mis palabras sonaron duras.

—Solo quiero hacer las cosas bien. No quiero meterte en esto ni tampoco tengo ningún interés en Yu Ri. Puede que si me caso con ella, llegue a enamorarme algún día, aunque podría apostarme una mano a que no pasaría, pero ella no es lo que quiero. Antes quiero hablar con mi abuela.

Miré el poco chocolate que me quedaba en la taza. Me lo tomé saboreando cada trago.

—Pero el caso es que ya estamos metidos —dije buscando su mirada—. Nos hemos besado y antes te has insinuado. No sé qué te parece a ti todo esto. Es evidente que hay algo entre nosotros. Si quieres lo dejamos aquí.

Él tragó saliva. Yo me quedé mirando cómo subía y bajaba la nuez de su garganta.

—Deja que haga las cosas a mi manera.

Pensé en esa respuesta. Con Jaime no lo vi venir, así que me adelanté a lo que podría pasar y él no se atrevía a decirme.

—Entonces, ¿ya no estoy invitada a la boda?

—Deja que lo arregle. —Volvió a pedirme esbozando una sonrisa incómoda.

Sus pupilas oscuras eran del tipo que te seducían y te absorbían sin que te dieras cuenta. Y el caso es que yo ya estaba dentro.

—Solo tienes que contestarme sí o no. Creo que no es tan difícil. No te estoy pidiendo que te comprometas conmigo. No es eso lo que he querido decir, por si estás pensando lo contrario.

—Soy un hombre de palabra. Vendrás a la boda, pero antes tengo que solucionar este tema. A veces es difícil romper con según qué tradiciones. Yo no me comprometí con Yu Ri. Aunque tenga que ir a Madrid y presentarme en casa de mi abuela, voy a solucionar este problema.

Y creí sus palabras. No quise insistir más en el tema. Me gustaba que fuera de esa clase de hombres que no rompía sus promesas y quería hacer lo correcto. Era recto en sus convicciones y no cambiaba de parecer, así como así.

Era una realidad que me gustaban los *kdramas* y puede que tuviera muy idealizada la cultura de allí. Me daba cuenta de que estaba viviendo mi propia historia coreana, aunque no sabía muy bien en qué punto estábamos. Aún estaba a tiempo de parar lo que fuera que empezaba a sentir por Hugo. Sin embargo, una cosa era lo que me decía la cabeza y otra muy diferente era lo que me decía el corazón. Me apetecía arriesgarme con él.

No tenía que ser nada fácil nadar entre dos culturas tan diferentes. Y por mucho que

intentara ponerme en la piel de Hugo, no podía ni imaginarme lo que era vivir bajo esa presión. Mis padres jamás se habían metido en mi vida y siempre habían estado a mi lado cuando los había necesitado.

—No te quiero entretener mucho más. —Se levantó de la hamaca con desgana—. Supongo que mañana madrugarás.

—Sí.

Nos quedamos en silencio. Nuestros gestos expresaban lo que nos quemaba en la boca. Vi el deseo en su mirada y cómo quería hacer las cosas bien y no dejarse arrastrar por la pasión de la que me hablaban sus ojos. Y yo habría dado cualquier cosa por ese mundo que se escondía tras sus pupilas oscuras.

—Llámame si encuentras otra cucaracha en casa.

—Sé desenvolverme muy bien. Tengo Cucal y una zapatilla.

Antes de que saltara a su terraza, lo detuve.

—Espera, te tengo que devolver la camisa. —Me la fui a desabotonar, pero recordé que no llevaba nada debajo. Él abrió los ojos y evitó mirarme—. Ahora te la llevo.

—No me corre prisa. Ya me la devolverás.

Desapareció al otro lado de la tapia.

Recordé que tenía una toalla que podía ser suya.

—¿Hugo? ¿Sigues ahí?

Su cabeza asomó y arqueó una ceja.

—Creo que el otro día llegó una toalla tuya a mi terraza —le dije.

Me metí un momento en casa y busqué la toalla.

—¿Es tuya?

—Sí. Pensaba que la había perdido —me dijo con la voz ronca.

—Ya ves que no —respondí.

Cuando se marchó, me llevé el cuello de su camisa a la nariz y la olí. Cerré los ojos.

—¡Por qué huele tan bien! —exclamé más que pregunté.

—¿Decías algo? —me preguntó Hugo desde el otro lado.

—Me refería a unos geranios que acaban de florecer. Buenas noches, Hugo Yi I.

—Buenas noches, Penélope.

Recogí las tazas y me metí en casa. Cerré la puerta de la terraza.

Me fui a la cama con una sonrisa en los labios. Hugo y yo no teníamos nada, y sin embargo tenía la impresión de que estábamos haciendo las cosas bien, de que podíamos tenerlo todo. No me importaba ir despacio.

Y como me había pedido él, dejaría que hiciera las cosas a su modo.

Capítulo 18



Hugo

Penélope se había quedado con mi camisa. Se podía haber puesto otra prenda cuando había llegado a su casa, pero prefirió llevar mi ropa. Y podía parecer una tontería, pero para mí no lo era. De alguna manera me estaba diciendo que yo le importaba y que pensaba esperar a que yo solucionara el tema que no dejaba de darme vueltas en mi cabeza.

Para mí era importante que creyera en mis palabras. Yo no tenía nada que ver con Yu Ri. Era consciente de que le estaba pidiendo confianza ciega después de lo que había pasado con su ex. Y eso hizo que tuviera mis ideas más claras con respecto a la nieta de la señora Park.

Después llegué a la conclusión de que estaba cansado de vivir como me había marcado mi abuela en vez de vivir como en realidad quería. Hasta esa tarde había tratado de convencerme de que todo lo que hice con Yang Mi era por el bien de mi madre, aunque desde que había hablado con ella, se instaló una nueva idea en mí, la de contentarme mucho más a mí que a mi abuela.

En cierta manera, mi madre había terminado por abrirme los ojos. Ella deseaba por encima de todo que viviera, no que viera la vida pasar como si esperara el tren apropiado para subirme. Y trenes pasaban todos los días, a todas horas, no una vez en la vida, como me habían

hecho creer desde que era pequeño. Y ahora tenía una oportunidad que no deseaba dejar escapar.

Había estado tan centrado en mi carrera profesional, que me había olvidado de mi yo personal. Iba a cumplir veintinueve años en unos días. Había tratado de hacer felices a los demás. Nunca me había enamorado. Creía que este tipo de cosas estaban bien para las novelas románticas, para las series, pero no para mí. Ni siquiera me atrevía a llamarlo amor ¡Qué equivocado había estado! Ya era hora de que me ocupara mucho más de mí.

Porque en realidad, sabía que mi abuela no pararía con su idea de una cita a ciegas. Llegaría hasta el final. Una vez que consiguiera casarme, insistiría en que tuviésemos hijos para que el ciclo se cerrara de una vez. Y es posible que se metiera también para que Yu Ri dejara de trabajar y cuidara de la casa y los hijos que se suponía que debíamos tener.

La endogamia en la que vivía instalada mi abuela y toda la comunidad que vino de Busan cada vez más me parecía absurda.

Si por algo me gustaba la cultura occidental era porque sabían poner límites a quienes nos ponían barreras. Eso no significaba que les faltara el respeto a mis ancestros. Respetaba a mi abuela, pero me quería mucho más a mí mismo. Además, ellos fueron los que tomaron la decisión de venir a este país y yo no podía cerrar los párpados a la realidad que me había tocado y vivir a través de sus ojos.

No tenía muy claro cómo estaba llevando todo esto Penélope, sabía cómo lo llevaba yo. En el mismo momento en el que ella me deseó buenas noches no hacía ni tres minutos, un fuego se extendió por mi vientre. Quizá fuera mi sequía sexual, pero pensar en que ahora mismo ella podía estar entre mis brazos, me encendió de arriba abajo. En mi imaginación hacíamos de todo menos dormir.

Lo peor de todo es que mi cerebro me boicoteaba y no dejaba de lanzarme imágenes de Penélope desnuda. Me moría por acariciar sus piernas largas y firmes, sus pechos pequeños y sus pezones oscuros que cabían en mi boca. Me la imaginaba en todas las posturas posibles. Y no sé si era un consuelo o una tortura saber que estaba al otro lado de la pared, a menos de un metro de mí.

A pesar de la distancia tan corta que había entre nuestras camas, un muro de apenas quince centímetros, tenía la impresión de que nos separaba un océano. Vivir deseando lo que está al alcance de tu mano y no agarrarlo era inútil.

Esa semana, nos encontramos todos los días en el rellano a punto de coger el ascensor. Yo salía a correr antes de entrar a trabajar y ella iba directa a la parada del autobús. Nuestros encuentros eran más cordiales. Nos comíamos con la mirada y nuestros cuerpos buscaban una excusa para terminar pegados en el ascensor. Yo acariciaba su mano y ella entrelazaba sus dedos a los míos. Percibía la suavidad de su piel, cómo se estremecía cuando nos tocábamos. Apenas eran unos segundos, pero para mí significaban la vida misma.

Todos los días le decía que me gustaba la canción que había elegido esa mañana. Siempre me dejaba un rollo de canela en la puerta. Lo hacía antes de que se marchara a trabajar, me tocaba al timbre y, cuando yo abría la puerta, ella ya se había metido en su casa. No tenía por qué dejármelo y, sin embargo, era atenta conmigo.

También coincidíamos cuando yo regresaba. No sé si ella lo hacía a propósito o es que nuestros horarios estaban muy sincronizados. El caso, es que yo sí que hacía por verla en esos pocos minutos. No quería parecer un chalado al coincidir con Penélope, aunque tenía la impresión de que no solo lo hacía yo, ella también sabía mis horarios.

El jueves por la noche, después de cenar, me llamó mi madre. Necesitaba un favor.

—Necesito que me lleves a Ikea uno de estos días, cuando tengas libre. Quiero comprar unos muebles para Dylan Min Ki y arreglar un poco su habitación. Se me acaba de estropear el coche y el mecánico me ha dicho que debería ir pensando en comprarme otro.

—¿A Ikea? Mañana podría llevarte. Tengo libre. ¿A qué hora?

—A primera hora de la tarde, cuando salga del trabajo podrías venir a recogerme y ya nos vamos.

—Te puedo acercar sobre las cinco y media. Antes he quedado a comer con Sergio. No sabe poner una lámpara en el techo.

Mi madre se rio. En casa siempre me había ocupado yo de estos temas. Mi padre tenía

suficiente con hacer pesas con su jarra de cerveza en el bar. En eso era un experto, además de llegar borracho a casa y montar una bronca. Si había que cambiar una lámpara, lo hacía yo o si un grifo empezaba a gotear, lo arreglaba. Aprendí por pura necesidad y porque el dinero escaseaba.

—Entonces nos vemos mañana —comentó ella—. También necesito que le eches un vistazo a la lavadora. No sé qué le pasa que no me centrifuga bien. Y después te invito a cenar. ¿Qué te parece?

—No hace falta. No quiero que te molestes. Podrías aplicar un poco más las palabras que me dijiste el otro día, vivir un poco más, en vez de pasarte las horas en la cocina preparando comidas para tus hijos.

—No es molestia. Tengo la nevera a rebosar de comida. La cocina me relaja, ya lo sabes. ¿Dejarías a tu madre sola?

Algo dentro de mí se activó. No sabía nada de Dylan desde el domingo y ¿ya la dejaba sola? Ni dos días había aguantado en su casa. Si había vuelto a las andadas, le iba a dar patadas en el culo hasta que le dolieran a mi madre.

—¿Dónde está mi hermano? —quise saber.

—Se marchó el domingo por la tarde a Madrid a casa de la abuela. No me lo dijo hasta que estuvo instalado allí.

No esperaba ese cambio tan repentino en él.

—¿Y qué demonios se le ha perdido en Madrid?

—No lo sé. Está de lo más misterioso. Dice que está sacando mucho más dinero tocando en la calle que aquí. Todos los días vuelve a casa de la abuela con más de ciento cincuenta euros. Quiere probar suerte en la capital. La abuela está contenta con él — carraspeó—. ¿Has podido hablar con ella?

—No me devuelve las llamadas. Y sé por qué lo hace. Está evitándome. Luego me pondrá cualquier excusa. Si esta semana no lo hace, me presentaré el miércoles en Madrid para hablar con ella.

—¿Has probado a llamarla desde otro teléfono?

A veces me daría de cabezazos contra la pared por ser tan idiota.

—Esa es una buena idea. Puede que pille a la abuela desprevenida. ¿Por qué no se me ocurriría antes?

—Para eso estamos las madres. Entonces, ¿cenarás conmigo mañana por la noche? ¿O es que tienes una cita con esa mujer de la que nos habló el otro día tu hermano?

Me reí por lo bajo. Creo que mi madre intuía que Penélope era algo más que una amiga y que me importaba mucho más que Yang Mi o Yu Ri.

—No, no tengo una cita con Penélope. Antes quiero arreglar lo de Yu Ri. Y sí, mañana cenaré contigo. Sabes que no puedo resistirme a tu *kimchi*.

—Te he preparado dos táperes para que te lleves a casa. Esta vez me ha salido muy rico. —Se quedó callada antes de decir—: ¡Qué nombre tan bonito tiene esa mujer!

—Sí que lo tiene.

No solo era el nombre lo que tenía bonito, era todo ella.

—Hasta mañana, hijo.

—Hasta mañana, mamá.

Muy pocas veces hablaba con mi madre en coreano. Cuando vivía mi viejo, él no quería que sonara ni una palabra de coreano en casa. Solo lo hablábamos fuera de casa y a escondidas de él.

Colgué. Me quedé un rato en la terraza. Tuve el impulso de asomarme a la terraza de Penélope para ver si ella había salido, pero al final me tumbé en una de mis hamacas y me quedé dormido con un libro en las manos.

Puede que volviera a leer las mismas páginas en otro momento. No tenía la cabeza en la lectura. En mis pensamientos solo estaba Penélope.

Me desperté a medianoche. Tenía frío y no había dejado ninguna manta en la terraza con la que taparme. Miré la hora en el móvil. Eran las cuatro y veinte. Me fui a la cama. Cuando apagué la luz, escuché un gemido largo y profundo que venía del otro lado de la pared. Y ese

gemido me encendió como nunca ninguna mujer había conseguido calentarme. Tuve que levantarme e ir directo a mi baño, donde me di una ducha muy fría. También fue muy larga, pero es que no lograba calmar la excitación que tenía. La idea de que Penélope estuviera haciendo lo mismo que yo se quedó grabada en mi mente. Tampoco surtió efecto que me masturbara, porque mi orgasmo me dejó un sabor agridulce.

Me costó volver a dormirme. Me había resignado a no volver a pillar el sueño. Estaba mucho más pendiente de los sonidos de la habitación de Penélope y de todas las escenas sexuales que se mezclaban en mi mente. ¡Cómo conciliar el sueño sabiendo que cada día que pasaba era un día que me estaba perdiendo a su lado!

Me despertaron sus alaridos al otro lado de la pared. Gritaba a pleno pulmón. Y menos mal, porque se me había olvidado poner el despertador. Ni siquiera había escuchado el timbre. Estaba seguro de que me había dejado un rollo de canela en el pomo de la puerta.

Me gustaba que le diera igual que todo el mundo la oyera. Ella cantaba con seguridad *My Love, My Life*, de *ABBA*.

Like an image passing by, my love, my life

In the mirror of your eyes, my love, my life

I can see it all so clearly

(See it all so clearly)

Answer me sincerely

(Answer me sincerely)

Was it a dream, a lie…?[8]

Me habría gustado contestarle con una canción, pero miré la hora y Penélope estaba a punto de salir. Me vestí deprisa para coincidir con ella en el ascensor y llegué justo a tiempo, cuando ella abría la puerta. En el pomo de la mía había una bolsita con un rollo de canela. La dejé encima del mueble de la entrada.

—No, no es una mentira. Lo nuestro no es un sueño —murmuré al entrar en el ascensor.

—¿Me has escuchado?

—¿Tú que crees? Y es posible que en Valencia también. Sigues dándolo todo por las mañanas.

—Me gusta cantar.

—Lo que sí que es verdad es que le pones todas las ganas.

—Eso por supuesto. —Se me quedó mirando—. ¿No te habré despertado? He intentado cantar bajito. —Esbozó una sonrisa—. Tienes pinta de no haber dormido mucho.

Me miré en el espejo del ascensor y observé que aún tenía las marcas de las sábanas pegadas a mi cara. No me había dado tiempo ni a lavarme la cara. Pero había valido la pena encontrármela en la puerta.

—No, tranquila, no me has despertado. Me puse el despertador a las ocho menos cuarto. Estuve leyendo hasta muy tarde. Me acosté sobre las cinco de la mañana.

Nuestros dedos se buscaron y permanecieron unidos hasta que llegamos al portal. Como no había nadie, salimos a la calle cogidos de la mano. Antes de despedirnos, Penélope se giró hacia mí.

—¿Hugo?

—¿Qué? —Arquée una ceja.

—La mano.

—¿Cómo dices? —le pregunté sin entender qué quería decirme.

—No me puedo marchar si no me sueltas de la mano. —Me indicó ella.

Ambos nos reímos después de separarnos.

La vi cómo se marchaba hacia la parada del autobús. Cuando giró la esquina, comencé a correr como todos los días.

Sobre las doce y media llegué a casa de Sergio. Estaba haciendo espaguetis para un regimiento.

—¿Quién viene a comer, además de nosotros?

—Nadie más.

—¿Y has preparado un kilo para dos?

—Es que no calculo bien las medidas. Y lo que sobre, me lo guardo en la nevera.

—Vas a tener para varios días.

Le pedí que me prestara el móvil. Él no hizo preguntas.

Mientras terminaba de cocerse la pasta, llamé a mi abuela. Respondió al segundo tono. Habló en coreano y yo le contesté en el mismo idioma.

—Yi I, ¿has cambiado de número?

—No, sigo teniendo el mismo. He llamado desde otro móvil. Quería saber si tenías algún problema con tu teléfono. Ya veo que no.

—¿Cuándo me has llamado?

Esta mujer era imposible. Se quiso hacer la tonta conmigo, pero sus tretas ya no le servían conmigo.

—Todos los días.

—No sé qué le pasa a este teléfono que funciona cuando quiere. ¿Te lo puedes creer?

—Sí, es un teléfono muy selectivo. Lo tienes bien enseñado.

Mi abuela se rio por lo bajo.

—¿Necesitas algo? Va a venir a comer la señora Park.

—De eso te quería hablar. Voy a ir a la boda con Penélope.

—Yi I…

—Abuela. —La corté antes de que siguiera hablando—. Me prometiste que no lo volverías a hacer. Me disculparé con la señora Park si es necesario. Ya le había dado mi palabra a otra mujer.

—Pero ya he invitado a Yu Ri. Es una buena chica.

—No lo dudo. Os haréis compañía mutuamente.

—¿Cómo puedes faltarme de esta manera al respeto?

—Abuela, no has escuchado nada de lo que te he dicho. Yo no me comprometí con ella.

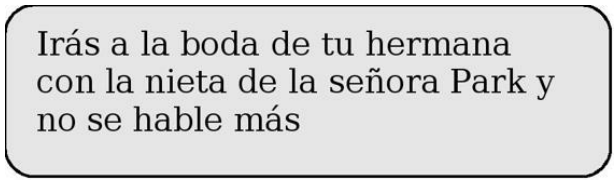
—No hagas que me avergüence de ti. Deberías seguir los pasos de tu hermana. ¿Te

importa mucho más esa mujer, que ni siquiera es coreana, que la vergüenza de deshonrar a tu abuela?

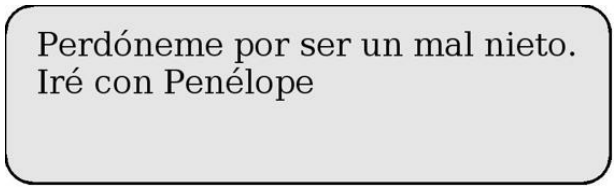
—Se llama Penélope. Lo siento mucho, abuela, siento no ser un buen nieto, siento ser una vergüenza para ti, pero no iré con la nieta de la señora Park…

Me dejó con la palabra en la boca y me colgó antes de que pudiera terminar la frase. Sin embargo, por primera vez no me sentí culpable.

Enseguida me llegó un mensaje a mi móvil en *hangul*.



Le respondí enseguida y usé una fórmula de respeto.



Y después guardé el móvil en el fondo de mi mochila.

—Lo siento, tío. —Debió ver cómo apretaba la mandíbula. Me colocó una mano en el hombro—. Se me han quemado los espaguetis.

Su comentario me hizo sonreír.

—No pasa nada. Que todo lo malo sea que tengamos que pedir unas pizzas para comer.

Le pregunté a Sergio qué lámparas tenía que cambiar y estuve una hora liado hasta que se decidió a pedir comida a domicilio.

Después le arreglé dos enchufes y antes de las cinco me acerqué a casa de mi madre. Me esperaba en el portal. Ella no me dijo nada, pero por cómo apretaba su bolso y mantenía el ceño fruncido, sabía que mi abuela la había llamado. No me dijo nada. Se limitó a posar su mano sobre la mía en un cambio de marchas que hice. Agradecí ese pequeño gesto.

Cuando llegamos a Ikea, necesitaba cafeína en vena.

—¿Quieres que te pida algo? —le pregunté—. Necesito un café.

—Otro para mí bien cargado.

Mientras yo pedía dos cafés y un rollo de canela, mi madre fue un momento al lavabo.

Tras darle un primer bocado observé que estaba bueno, aunque no tenía ni punto de comparación con el que me dejaba todos los días Penélope en mi puerta. Quizá fuera porque los hacía Penélope, aunque objetivamente los suyos estaban de muerte.

Me senté en uno de los sofás a esperar a mi madre, que aún no había vuelto del lavabo.

Una melena rubia y rizada llamó mi atención. Penélope acababa de llegar con una chica morena. Esta última se acercó al mostrador del café, mientras Penélope se dirigía hacia la primera zona de muebles.

—¿Y ese café? —preguntó mi madre.

Al pasarle el vaso, lo dejé caer de las manos y se me cayó en el pantalón. Me aparté un segundo antes.

—¿Te has quemado?

—No, tranquila. Será mejor que me limpie la mancha en el lavabo.

—¿Quieres que te espere mientras pido otro café?

—No, es igual. Voy a tardar un rato.

—Está bien, voy viendo muebles. Estaré por la zona de los dormitorios. A tu hermano se le ha quedado pequeña la cama. Se le salen los pies.

Aunque era un poco más bajo que yo, Dylan medía casi el metro noventa.

Me limpié enseguida. Por suerte no me costó mucho secar los pantalones. Salí de los lavabos más pendiente de hallar una melena rubia que de mi madre. La encontré sentada en un

sofá.

—La cena estará lista en unos minutos —le dije cuando llegué a su lado.

Ella dio un bote en el sofá. Sentí el calor de la mirada de Penélope en mi piel.

—Hugo. No esperaba encontrarte aquí.

—He venido con mi madre.

Ella asintió.

—¿Te gusta este color?

Me senté a su lado y dejé caer la cabeza en el respaldo.

—Es cómodo. Apuesto por este sofá.

—No has respondido a mi pregunta.

—Ni tú a la mía.

—¿Qué me has preguntado? —inquirió ella.

—Que si esta noche cenas conmigo. Y sí, me gusta este color verde.

Alargó los labios y me mostró una sonrisa radiante.

—¿En tu casa o en la mía?

—En la mía —dije yo.

Capítulo 19



Penélope

No me lo pensé dos veces cuando llamé a Gabi para que me llevara a Ikea. Era así de impulsiva y muchas veces no pensaba en las consecuencias de según qué actos.

Había escuchado la conversación de Hugo y quise hacerme la encontradiza. Puede que fuera una temeridad, ya que iba a ir con su madre. Lo cierto era que hacía unos días que quería ir y oírlo me había animado. Sabía más o menos a la hora que iba a estar por allí, así que invité a Gabi para que comiera con Mar y conmigo.

—No te lo pediría si no fuera importante —le dije minutos después de que colgara Hugo.

Si ella no podía, siempre podía llamar a mi padre para que me acompañara, pero la primera y última vez que habíamos ido se había perdido cuando fue al servicio. Me juró que no volvería a pisar esa tienda del demonio. Decía que era una trampa para que no pudieras salir y compraras toda la tienda. Por mucho que le dije que solo tenía que seguir las flechas, él no vio las indicaciones en el suelo.

—¿Y esas prisas tan repentinas por ir a Ikea? —me preguntó Gabi.

—Ya te lo he dicho. Necesito un sofá. El de mi abuela es muy incómodo y está roto. No me puedo tumbar a gusto.

—Está bien. Ahora dime el verdadero motivo por el que quieres ir. Que nos conocemos

desde hace años y sé que hay otro motivo.

¡Cómo odiaba que Gabi me conociera casi mejor que yo misma!

—Acabo de oír que va a ir Hugo —dije por fin en un murmullo.

Para evitar que él me escuchara, me había metido en la cocina y había cerrado la puerta.

—Joder, vas a parecer una acosadora.

—Ni que para ir a Ikea necesite un pase especial. ¿Quién no ha ido alguna vez? Llevo varios días apuntando muebles en una libreta. Eso es cierto.

—Y tiene que ser mañana, ¿no? —Se aclaró la voz—. «¡Ay, Hugo! Pero ¿qué haces tú aquí? ¡Qué casualidad! ¡El mundo es un pañuelo!».

Trató de imitar mi voz poniéndola más aguda.

Nos dio por reírnos.

—Yo no hablo así. —Aunque no me viera, le estaba sacando la lengua.

—Y no me saques la lengua.

—¿Sabes que te odio? ¿Cómo sabes que te la he sacado?

—Porque soy una bruja.

—Sí que lo eres. Y a ver, que todos los días hacemos por encontrarnos en el portal cuando me voy a trabajar o cuando viene él. —Me justifiqué—. Eso tiene que significar algo, ¿no?

—Sí, que os lo estáis tomando con calma. ¡Ay! Yo me lo habría tirado ya en vez de hacer el *canelo*. Qué capacidad de aguante tienen estos coreanos. Esa es la razón por la que me vine de allí. Solo me acosté con una mujer, y porque era sueca.

—Si te soy sincera, tiene su punto ir paso a paso.

—¡Y una mierda! —exclamó Gabi—. Eso no te lo crees ni tú. Si te tienes que subir por las paredes.

—Sí, si pudiera me lo tiraba. ¿Estás contenta?

—No hasta que te acuestes con él.

—Si tienes razón, pero antes quiere hablar con su abuela. Para él es importante.

Sabía qué pasaba con Yu Ri y el lío en el que lo había metido su abuela.

—Solo espero que valga la pena. Aunque ya me dijiste que besaba muy bien.

—Sí.

—Mañana paso a por ti. Tienes suerte de tener una amiga como yo.

Sí que la tenía, sí.

Cuando colgué, pensé en Hugo. Por su cultura, él parecía tener la cabeza más fría, aunque en las distancias cortas advertía que era todo pura fachada. Y en algo tenía razón Gabi, de no ser Hugo, ya me habría lanzado, pero me apetecía ir a su ritmo.

Gabi y yo llegamos a Ikea sobre las seis. Subimos por las escaleras de madera. Gabi tenía miedo de montar en las escaleras mecánicas. Una vez, mientras vivía en Corea, estuvo a punto de perder su vestido. El bajo se le quedó pillado en el lateral y por más que tiró de la tela, no pudo hacer nada para sacarla. Menos mal que alguien accionó el botón de parada y pudieron ayudarla. Eso sí, perdió medio vestido y fue por la calle enseñando el culo.

Antes de llegar al piso de arriba, me pareció verlo sentado en uno de los sofás. Era difícil no fijarse en él siendo tan alto. Tenía la mirada perdida en uno de los ventanales. Estaba tomando un rollo de canela, aunque por la cara que ponía, se lo comía con desgana.

Bajé varios escalones y me agaché.

—¿Se puede saber qué haces? —me preguntó Gabi girándose hacia mí.

—No mires, pero está sentado en ese sofá del fondo.

—¿Estás hablando de Hugo?

—¿De quién si no? —le respondí—. Si hemos venido por él… bueno, por mi sofá.

Gabi pasó de mi sugerencia, estiró el cuello y le dio un repaso desde donde nos encontrábamos.

—Se va a dar cuenta de que lo estás mirando. —La agarré del brazo para tirar de ella.

—No me conoce, así que no seas tan paranoica. —Asintió con la cabeza—. Es muy guapo. —Abrió la boca—. ¿Me dijiste que se parecía a Ji Chang-wook?

La gente que pasaba por nuestro lado se nos quedaba mirando. Ambas seguíamos

agachadas.

—No lo recuerdo, pero a mí también me lo parece. —Le di la razón a Gabi—. Y tiene un lunar encima del labio con el que sueño todas las noches.

—Me voy a pedir un café para chafardear mejor. —Se irguió.

—Pero si a ti no te gustan los tíos. —La detuve otra vez.

Ella se giró.

—¿Y qué tiene que ver que no me gusten los hombres? Le tengo que dar mi visto bueno.

—Me has dicho que es guapo. ¿Qué más tienes que mirar? —Agité la cabeza y la dejé por imposible—. Eres insoportable.

—No, soy la mejor amiga que tienes, que ha dejado cosas pendientes de su trabajo para traerte a Ikea. Lo tengo que ver de cerca para ver si es humano. No es posible que sea tan guapo. Y encima tiene esa piel tan perfecta. Si no lleva maquillaje. —Se burló de mí—. Tiene que tener algo que lo haga menos apetecible.

Elevé los ojos al techo.

—Voy a estar en la zona de sofás. Hay varios modelos que me gustan y los quiero probar.

—Yo sé lo que tú quieres probar —me dijo subiendo los escalones—. De arriba abajo te lo comerías con dulce de leche o merengue.

Me separé cuando ella se dirigió al mostrador de los cafés. Estuve sentándome en algunos sofás y de pronto me enamoré de uno. Era de color verde con *chaiselongue*. Me gustó el verde botella, pero lo que me había terminado de convencer fue lo cómodo que me parecía y, además, estaba dentro de mi presupuesto. También me tumbé. Era de cuatro plazas y podía hasta servir de cama.

Desde luego, nada que ver con el de mi abuela. Siempre que me tumbaba tenía que encoger un poco las piernas.

Me levanté y me volví a sentar. De pronto, la voz grave de Hugo me sobresaltó. C reía conocer todos los matices de su voz, pero estaba muy equivocada, porque ese tono hizo que

perdiera la cabeza y que cerrara los ojos por unos segundos. No sabía muy bien qué me había dicho, solo me quedé con que estaba frente a mí.

Abrí la boca para responderle. Me costó articular palabra. El repaso que le di no hizo más que confirmar lo bien que le sentaban los pantalones vaqueros que llevaba.

Me habría gustado no estar rodeada de tanta gente y que ese sofá estuviera en mi casa.

Se sentó a mi lado, lo suficientemente cerca como para oler su colonia y lo suficientemente lejos para no poder apoyar mi cabeza en su hombro. Nuestros dedos se encontraron.

—¿Has hablado con tu abuela? —le dije cuando me invitó a cenar.

Sabía que me estaba metiendo en un lío que no podía acabar bien, aunque me apetecía dar ese paso con él. Nunca me consideré una mujer miedosa y me gustaba ir hasta el final con todas las consecuencias.

Aunque por fuera pareciera tranquila, por dentro daba botes de alegría. El corazón me bombeaba en el pecho tan rápido que pensé que tenía un caballo desbocado dentro de mí.

—Sí.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—¿Y eso qué más da? —Torció un momento los labios, aunque luego cambió el gesto de su rostro y forzó una sonrisa—. No voy a ir a la boda con Yu Ri.

Esa respuesta solo podía significar que no se lo había tomado nada bien. No quise insistir. Hugo había dado un paso adelante.

—¿Quieres que lleve algo para cenar? Podría hacer una masa de coca con pisto. Se me dan muy bien.

—Como quieras. Tengo comida en casa. Yo pondré el *kimchi*.

Sonaba de lo más tentador que él pusiera el picante. Me retiré un mechón de pelo y luego jugué con mis labios.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—¿Te parece que es una cita? —dijo él.

Apoyó un codo en el respaldo del sofá y se inclinó un poco hacia mí.

—Sí. Me estás invitando a cenar.

—Entonces sí que lo es.

—Nuestra primera cita. —Sonreí.

—Técnicamente es la segunda.

En ese momento llegó Gabi.

—Llevo buscándote más de media hora. ¿Dónde te habías metido?

¿Tanto tiempo llevaba hablando con Hugo? Se me habían pasado los minutos volando.

—No sé por dónde me has buscado. No me he movido de esta zona.

Hugo se puso de pie y yo también.

Gabi lo miró de arriba abajo con descaro. Ni que no lo hubiera observado con ganas unos minutos antes. Si hasta tenía que saber qué pie calzaba. Me dieron ganas de estrangularla por esa inspección que le estaba haciendo. No es que fuera celosa, es que noté cierta incomodidad en Hugo.

—Yo soy Gabi, y ¿tú eres? Espera, no me lo digas. ¡Ah! Claro, tú eres Hugo Yi I, el vecino de Pen. —Al decir su otro nombre, ella lo dijo con acento—. ¡Qué casualidad encontrarte aquí! —dijo con una sonrisa socarrona—. Creo que me ha hablado alguna vez de ti.

Él giró la cabeza hacia mí y esbozó una mueca divertida, que terminó en carcajada. Definitivamente la estrangularía cuando nos quedásemos a solas.

—Sí, soy Hugo Yi I. Para haber hablado poco de mí sabes mi segundo nombre —respondió con un tono de burla. En vez de darle dos besos como me los dio a mí cuando nos conocimos, inclinó la cabeza. Gabi le correspondió con el mismo gesto. Después miró la hora en su reloj y ladeó la cabeza hacia mí—. Había venido con mi madre a ver unos muebles. Se estará preguntando dónde estoy.

—¿A qué hora quieres que me pase por tu casa? —le pregunté.

—Sobre las nueve y media.

Hugo se marchó y me giré hacia mi amiga. Le di un codazo de broma en el costado.

—¡Uy! Eso ha dolido.

—Si apenas te he rozado. Te lo mereces por ser una descarada —le comenté.

Gabi se dejó caer en el sofá.

—Cómpratelo. Es muy cómodo. Estoy deseando estrenarlo en tu casa. Podríamos volver a ver *Mamma mia*. Hace tiempo que no bailamos las canciones.

Si a mí me gustaba esa película, a Gabi le apasionaba. Llevaba enamorada de Meryl Streep desde que era pequeña y vio *Kramer contra Kramer*. Me hizo ver *Mamma mia* en el cine más de cinco veces. Ambas teníamos 13 años. Ahora entendía por qué se había enamorado de Mar. Tenía cierto parecido con la actriz.

—¿Qué te parece él?

—Está colado por ti —me dijo sin vacilar—. Es tan mono. Me alegro mucho.

El corazón se me desbocó una vez más.

—¿Tú crees? —pregunté con voz trémula.

—Hay que estar ciego para no verlo. Hacéis buena pareja.

—¿Crees que es una locura? No va a ser fácil.

—¿Y qué si estamos locas? Jaime nunca te miró así. No niego que te quisiera, pero sé que Hugo cruzaría el desierto antártico por ti. Has encontrado a tu pingüino.

Me reí. Hugo también me había hablado de pingüinos.

—¿Sabes que son monógamos? —inquirí.

—Sí.

—A Hugo le encantan.

—¿Qué más pruebas quieres para ver lo loco que está por ti?

Apoyé la cabeza en el hombro de Gabi. Tenía ganas de llorar de felicidad. Ella fue la primera en levantarse.

—¿Quieres ver algo más o nos vamos ya a casa?

—Sí, unas lámparas para el techo. Las de mi abuela son horribles.

Mientras paseábamos por Ikea, no dejaba de notar mariposas en el estómago. Me pasé

toda la tarde nerviosa, pensando en esa segunda cita. Menos mal que había quedado con Helena para que cerrara la pastelería. Así yo podría despreocuparme.

Llegué a casa con el tiempo justo de hacer la masa de coca. Tenía congelado pisto y lo saqué para meterlo en el microondas. Desde que puse a cocer la masa en el horno, pensé en qué ponerme. Saqué un pantalón vaquero, después uno de tela, luego una falda vaquera y una blusa blanca y, al final, después de amontonar medio armario encima de mi cama, me decanté por un vestido de flores.

La coca estuvo lista para antes de las nueve y media. Esperé a que se hiciera la hora mirando vídeos en Tik Tok. No quería parecer ansiosa y desesperada si me presentaba cinco minutos antes. Por último, hice tiempo regando las macetas de la terraza.

Me presenté en su casa minutos después de la hora en la que habíamos quedado. Desde el pasillo olí lo que había cocinado.

—¿Has hecho también tortilla de patatas?

—Sí. Es mi especialidad.

Entramos en su comedor. La mesa ya estaba puesta. Además de la tortilla y el *kimchi*, había preparado algunos platos más coreanos.

—No tenías que haberte molestado. Yo traía una coca. ¿No habrás invitado a alguien más?

—No. Solo nosotros dos.

Fui a contestarle, pero al dejar la bandeja que llevaba, me fijé en una foto que tenía en el mueble del comedor. Me acerqué para verla mejor.

Se me paró un segundo el corazón y me giré hacia él. Ahogué un lamento. Hugo abrió los ojos.

—¿Conoces a este chico? —Lo apunté con un dedo.

—Sí, es mi hermano menor.

Parpadeé varias veces al tiempo que él tragaba saliva.

—O sea, que tu hermano me robó el bolso y aún no has sido capaz de decírmelo. Aquel

viernes, cuando viniste a la pastelería, sabías que había sido él.

—Sí, lo supe por la descripción que nos diste. Pensaba decírtelo.

—¿Cuándo?

—Te lo estoy diciendo ahora. —Se tomó unos segundos para seguir hablando—. Lo ha estado pasando mal.

—Robar no es pasar un mal momento. Tu hermano es un delincuente y tú lo disculpas. —Me crucé de brazos.

—No lo disculpo. Sé lo que es mi hermano. Es un chaval de 18 años perdido. Te aseguro que ha dejado esa vida atrás. Merece una segunda oportunidad y si tú lo denuncias no volverá a ser el chico risueño que era de pequeño. —Mientras hablaba, sentí el mismo peso que soportaba él sobre sus hombros—. Me siento responsable de él. No lo hice bien con Dylan.

Nuestras miradas se encontraron.

—Tú no eres responsable de tu hermano. No puedes echarte a los hombros sus cagadas porque él no sea capaz de aguantar el peso. No eres su padre.

Apretó los labios.

—Aunque no lo creas, siento que soy un padre para él.

Empezó a dolerme la cabeza. No sabía qué hacer.

—Necesito pensar un poco.

¿Era una tonta por seguir confiando en él? Creo que, si estuviera en la situación de su hermano, yo también querría una segunda oportunidad. Siendo sincera, no quería más dramas en mi vida. A veces éramos nosotros quienes nos lo complicamos todo. Por eso quise apostar por Dylan. Si él no hubiera querido cambiar, no le habría devuelto el bolso a Hugo. Eso no quería decir que no fuera grave lo que había hecho, aunque más grave para mí habría sido perder mis libretas con todas mis recetas y toda mi documentación.

—Está bien —dijo él.

Se acercó a mí, levanté el mentón. Su cuerpo estaba tan cerca del mío que su aliento me quedó en mis mejillas.

—Es que no sé qué pensar. Me invitaste a cenar sabiendo que tu hermano me había robado el bolso.

—Que te lo robara no tuvo nada que ver. Me dejé llevar. Me gustas mucho, creo que eso ya lo sabes, pero si ahora mismo me pides que elija entre él y tú…

Lo corté. Sabía lo importante que era para él la familia.

—No te estoy dando a elegir. No quiero que tengas que elegir entre nosotros dos. Solo quiero que seas sincero conmigo.

—¿Temes que te haga daño? —Me encogí de hombros ante su pregunta—. Yo no quiero que mis ganas por ti se pasen nunca.

Aquella revelación me dejó sin palabras.

Hugo sacó su móvil y me enseñó un vídeo. Su hermano era un poco más pequeño de lo que era en ese momento. Cantaba una versión de *I want to break free* de *Queen*. Me di cuenta de que era el mismo chico que habíamos visto tocando en el túnel de Germanías. Tenía una voz de barítono que se te colaba dentro. Yo lo había animado para que siguiera tocando.

—Esto es lo que es Dylan —me dijo—. Solo necesita que alguien crea en él.

Entonces se me ocurrió una idea. Me dejé llevar, ser como las olas que se dejan arrastrar hasta la orilla de la playa.

—Me olvido de que se llevó mi bolso si toca la guitarra y canta en mi pastelería este sábado por la tarde.

Hugo no se lo pensó dos veces.

—Dalo por hecho. Trabajará gratis para ti un mes entero. —Esperó mi respuesta, aunque yo me limité a asentir con la cabeza—. Entonces, ¿te quedas a cenar? Hay mucha comida y yo no la voy a poder comer solo.

—Estoy deseando probar ese *kimchi* —respondí salivando—. Dile que puede pasar la gorra. Lo voy a grabar tocando y luego subiré el vídeo a mis redes.

Me acarició los pómulos con los pulgares.

Capítulo 20



Hugo

Significaba mucho que Penélope le diera la oportunidad a mi hermano que le estaba pidiendo.

Antes de que nos sentásemos a cenar, llamé a Dylan. Puse el manos libres para que Penélope oyera la conversación. Tenía que darle la noticia para que se viniera de Madrid. Me respondió al tercer tono. Una vez que descolgó, oí unos ruidos extraños. No podía asegurarlo, pero creo que le pidió a alguien que no hablara.

—¿Dónde estás?

—En casa de la abuela. Me salgo al balcón para hablar contigo —susurró Dylan en español—. Si la abuela se entera de que me has llamado me corta el cuello.

—¿Con quién estabas hablando?

Tardó unos segundos en responder.

—Con nadie. Era la música. La tenía un poco alta.

No sé por qué, pero creo que me estaba mintiendo.

—¿Sabes? La abuela se ha acostado de la misma impresión y no ha querido ni comer ni cenar. ¡Qué huevos le has echado!

—No te llamo por la abuela. No voy a dar mi brazo a torcer.

—¿Y no ha insistido? Muy raro me parece viniendo de ella. Con el empeño que ha puesto en esta cita. Se ha pasado media hora diciendo que tú habías deshonrado a la familia.

—Sé cómo es la abuela.

—No olvides que yo estoy de tu parte. Yo te apoyo.

Le dije que por primera vez en mucho tiempo no me sentía culpable por anteponer lo que yo deseaba. Antes de seguir hablando, miré a Penélope. En su gesto advertí palidez, aunque al mismo tiempo su mirada era radiante. Y si Penélope hubiera decidido marcharse, no le habría dado la oportunidad a Yu Ri. No iba a hipotecar mi futuro por el bien de la tradición.

—Desde esta tarde, me ha estado enviando WhatsApps cada pocos minutos. No le he respondido a ninguno. No tengo nada más que añadir.

—Si no llamas por la abuela, ¿qué quieres?

—Quiero que mañana te pilles un AVE y vengas a Valencia.

—Mañana he quedado. No puedo ir.

—Pues *desquedas*. Es tan simple como eso. Es importante.

Oí cómo chasqueaba la lengua.

—Ya te he dicho que no puedo. Esto que hago en Madrid también es importante.

Gruñí.

—¿Sabes a quién tengo delante? —No dejé que él siguiera hablando—. A Penélope.

—¡Eh…! ¿A la rubia?

—Exacto.

—No has perdido el tiempo. Menos mal que has espabilado un poco. Entonces te dejo. Seguro que tienes cosas mejor que hacer.

—No digas tonterías. No me cuelgues. —Quise ir al grano. —¿Recuerdas qué pasó el viernes pasado?

—Eso ya ha quedado atrás. Si digo que no va a pasar, es que no va a pasar más. Te lo he prometido y voy a cumplir mi promesa. —Dylan dejó atrás ese tono chulesco—. No hace falta que me lo recuerdes cada poco tiempo.

—Te creo —le dije mientras miraba a Penélope. Se mordía una uña— . Pero hay un problema. Ella acaba de enterarse de que tú le robaste el bolso.

Nos quedamos callados. Él carraspeó.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —titubeó—. ¿La hemos cagado? ¿Puedo hacer algo?

—Sí. También te oyó tocar en el túnel y por eso necesito que estés aquí mañana. Quiere que toques en su pastelería mañana por la tarde. Y lo harás gratis durante un mes.

—¿No será una trampa para luego denunciarme?

—Tú eres idiota. Ni se te ocurra pensar eso. Es legal y no va a ir a por ti.

—Está bien. ¿Qué quiere a cambio? —preguntó él.

—Ya te lo he dicho.

—¿Y ya está?

Penélope me apartó para hablar y yo la observé de soslayo. No me atrevía a enfrentarme a su mirada.

—No, no quiero denunciarte. He escuchado la conversación. Tu hermano ha puesto el manos libres. Él cree en ti y yo también pienso que tienes talento —dijo con seguridad—. Quiero que toques mañana en mi pastelería y puedes pasar la gorra. ¿Qué me dices?

—¿Así sin más vas a olvidar lo que pasó la semana pasada?

—Sí, pero mañana quiero que lo des todo.

—Eso no lo dudes. ¿A qué hora quieres que me pase?

—¿Te parece bien a las siete de la tarde? A esa hora viene mucha gente a tomar algo antes de la cena.

—A esa hora estaré allí… ¿Te puedo llamar ya cuñada?

Penélope se quedó sin habla y sus mejillas enrojecieron. Dylan era mucho más atrevido que yo.

—Eres un poco descarado —le respondió.

—Es parte de mi encanto y a ti no te importa, ¿verdad?

—Me parece que tú corres mucho para tener solo 18 años. Menuda prenda estás hecho.

—Es que nací tarde. Debería haber nacido un poco antes que Hugo. Así no lo tendría detrás de mí como una mosca cojonera. Bueno, cuñada, nos vemos mañana.

—Deja que llamarme así.

—Pero ¿lo eres o no? A mí me gusta la pareja que hacéis. —Dejó de hablar un instante. Antes de colgar, quiero darte las gracias. No tendrías que hacerlo y me estás dando una oportunidad. Te importa mucho mi hermano, ¿verdad?

Penélope me miró a los ojos, luego a la boca y se mordió el labio inferior.

—Sí, me importa mucho y, por si no lo sabes, te está escuchando.

—Es el mejor y lo diría aunque no me estuviera oyendo.

—Necesito que me pases algún vídeo tuyo tocando la guitarra. Tengo que hacer publicidad.

—Ok. Te lo envío en un rato.

Penélope me pasó el móvil.

—¿Qué burrada le has dicho? —inquirí, aunque había oído toda la conversación.

—Nada, que eres un pelma. Además, has oído toda la conversación. —Quité el manos libres y pegué el móvil a la oreja—. ¿Qué haces perdiendo el tiempo conmigo en vez de estar con tu novia? Tiene buen gusto, no porque esté contigo, es porque le gusta mi música —comentó con un tono socarrón—. La abuela se acaba de levantar. Te dejo. Mañana nos vemos —me dijo con prisas.

Me colgó.

—Acabas de conocer a Dylan Min Ki. Es muy expresivo. Espero que no te haya molestado que te haya llamado cuñada. Es un torbellino y un bocazas. Sé que mañana lo va a hacer muy bien.

—Si canta como el otro día, va a enamorar a más de una. Creo que me va a caer bien.

Las tripas de Penélope rugieron.

—Vamos a cenar ya. —Le hice un gesto con la cabeza.

Le indiqué que se sentara primero y le serví un poco de *soju*.

—¿Por qué brindamos? —me preguntó.

—Por lo que quieras.

—Por los pingüinos. —Arqueó una ceja cuando lo dijo.

Aquel comentario me hizo sonreír.

—Por los pingüinos. —Choqué mi vaso con el suyo.

Se tomó de un sorbo el vasito que le había puesto. Le volví a servir, aunque ella prefirió tomar un poco de agua.

—Con un vasito tengo suficiente.

Después coloqué en su plato un poco de *kimchi*, un trozo de tortilla y corté la coca en varios pedazos.

Esperó a que yo terminara de servir para empezar a comer. Lo primero que probó fue el *kimchi*. Dejó los palillos en el plato, abrió la boca y enseguida se la cubrió con una mano.

—¿Pica mucho? —pregunté.

Negó con la cabeza y luego asintió.

—Está de muerte.

—No lo he hecho yo. Es de mi madre. Te dije que no había nadie que lo hiciera como ella.

Comió un poco más.

—Acabo de tener un orgasmo. Quiero más.

Creo que no fue consciente de lo que dijo en ese momento.

—¿Más qué? —Coloqué mis manos bajo la barbilla—. ¿Más *kimchi* o más orgasmo?

—¿No pueden ser las dos cosas? Ambas cosas no son incompatibles.

Me atraganté con sus últimas palabras. Esperó a que le sirviera un poco más. Noté un tirón en mi entrepierna. Recordé el gemido que había oído la otra noche. El deseo por ella me recorrió de arriba abajo como un latigazo.

—Entonces un paso detrás de otro.

No comimos casi nada. No dejamos de mirarnos y de sonreír, de devorarnos con los ojos.

De postre saqué unas natillas de chocolate. A mi madre le salían muy buenas. Era una buena combinación, picante para empezar la velada y terminar con algo dulce.

Cuando terminamos de cenar, me ayudó a recoger la mesa. En la cocina, tomé el plato que llevaba en las manos y lo dejé sobre la encimera. Ya me ocuparía en otro momento de la vajilla. En esos instantes tenía algo más urgente que hacer.

Posé mis dedos en su mentón y alcé su cabeza.

—¿Me recuerdas qué has dicho antes? —pregunté.

—Me debes unos cuantos besos.

—Te doy los que quieras.

Le acaricié la mejilla y mis labios fueron al encuentro de los suyos. El sabor de su boca era una mezcla de picante, pero también sabía a chocolate. Me resultó deliciosa.

—Quiero más —dijo ella en un susurro sugerente.

—Eso te lo puedo dar.

Cerró los ojos.

—Ábrelos, quiero que nos miremos. No quiero perderme nada de ti.

Hizo lo que le pedí.

Nos besamos, primero reconociéndonos y después dejándonos llevar. Ese aroma era lo que siempre había ansiado, aunque, por otra parte, era como si ese olor que desprendía ella siempre hubiera estado ahí, esperando a que lo reconociera. La alcé a la encimera y Penélope pasó sus piernas por mi cintura. El calor de mi cuerpo subió un grado o puede que dos. Nuestras pieles ardían y palpitaban de puro ardor.

Echó la cabeza hacia atrás cuando besé su oreja y me demoré en el lóbulo. La sensación de que ella se derretía en mis brazos era indescriptible. Ella soltó un gemido y arqueó la espalda. Recorrí la línea de su cuello con la lengua hasta llegar a sus labios de nuevo. Penélope gimió.

—Sabes tan bien.

Yo sabía que había caído en las redes de Penélope y no había posibilidad de ir hacia atrás.

La tomé por debajo de sus piernas y la llevé hasta mi dormitorio. No dejamos de besarnos

en ningún momento mientras íbamos por el pasillo. La tumbé sobre mi cama. Empezó a desabrocharse los botones de su vestido y lo hacía sin dejar de mirarme. Me estaba poniendo a mil.

Dejé que se desvistiera con calma. Era parte del juego. Se quedó en ropa interior. Le iba a arrancar esas braguitas rojas a bocados. Me coloqué de rodillas en la cama y me incliné sobre ella. Antes de acariciar la piel de sus piernas, olí su sexo. Ese olor era mejor de lo que había imaginado.

Lamí sus pies desnudos, llegué hasta su entrepierna y acaricié con mis dientes su vientre. Bajé de nuevo hasta su pubis. Rocé con la punta de mi nariz su clítoris y deslicé la lengua unos centímetros hasta llegar a su sexo. Estaba mojada, muy mojada, tanto que había traspasado la tela de su ropa interior. Estaba deseando enterrarme en ella hasta el fondo. A través de la tela, mordisqueé con delicadeza sus labios.

Penélope no dejaba de observar todo lo que yo le hacía con los ojos encendidos de pasión. Estaba apoyada sobre sus codos y tenía los labios húmedos y entreabiertos.

—No sabes las ganas que tenía de ti —me dijo con la voz ronca por el deseo.

Subí con la lengua hasta su sujetador. Le retiré la tela de la parte izquierda con suavidad. Me metí su pezón en la boca al tiempo que acariciaba el otro con la mano.

Después me entretuve con el otro pezón con mis labios.

—Aún no he empezado contigo y ya sé que eres mi sabor favorito —le dije.

Ella tragó saliva.

—Quítate la camiseta —me pidió.

Penélope me acarició con lamidos mis dos pezones. Me tembló el cuerpo.

—Tú también sabes bien.

Me desabrochó el botón de mi pantalón y bajó la cremallera. Contuve el aliento cuando ella coló su mano en mis calzoncillos. Rozó con sus dedos mi vello y después deslizó su mano hacia la base de mi miembro.

Antes de que ella lo liberara, la tumbé de nuevo en la cama. Tenía muchas ganas de ella y

quería saborear con calma cada centímetro de su cuerpo. Le quité las braguitas con la boca. Me gustaba todo lo que veía. Ella no dejó de moverse debajo de mi cuerpo.

Al posar mi boca en su sexo, soltó un jadeo largo.

—No quiero que te muevas —le ordené.

—¿O qué? ¿Qué me harás si no dejo de moverme?

La miré con una sonrisa socarrona en los labios.

—Te tendré que atar a la cama. ¿Eso es lo que quieres?

Ella asintió con la cabeza.

Busqué en el primer cajón de mi mesilla dos esposas forradas de tela y le até las muñecas al cabecero.

—Estás haciendo mis sueños realidad. —Miró las esposas.

—Si no te mueves, prometo portarme bien.

—¿Te gusta jugar?

—Sí. Nos lo vamos a pasar bien.

Volví a su sexo, que palpitó cuando posé mi lengua sobre él. Penélope arqueó la espalda. Yo me retiré.

—No te muevas.

—No seas malo.

—Entonces quédate quieta. Deja que te provoque el mejor orgasmo de tu vida.

—¿Tú qué sabes los orgasmos que he tenido yo en mi vida? Ya te puedes aplicar bien. —Me retó también con la mirada.

—¿Me estás poniendo a prueba? Cuando terminemos, me lo dices.

Ella se rio.

—Muy seguro te veo de ti mismo. No sé si me gustas más cuando sacas a relucir tu carácter español.

Abrí los ojos ante esa afirmación. Lo que estaba viviendo con ella era totalmente nuevo. Solo dejaba entrever mis emociones muy pocas veces. Era cierto lo que me había dicho. Tenía

esta parte bien escondida. Puede que Penélope no fuera muy consciente de lo que estaba haciendo conmigo. Me había echado una caña de pescar para sacarme a la superficie. En sus manos era como un pececillo.

Rocé con la punta de mi lengua su clítoris. Cada vez que ella se movía, yo me alejaba un poco, aunque estábamos lo suficientemente cerca como para que ella pudiera notar mi aliento. La estaba llevando al límite. Lo sabía por sus jadeos y, aunque trataba de no moverse, el movimiento involuntario de su pelvis se acopló al de mi lengua.

—No pares.

Estaba a punto de llegar al clímax. Ella subió sus caderas cuando yo me separé. Gritó de pura frustración. Pero me gustaba jugar con ella.

—Deja de moverte.

Estaba temblando y su cuerpo vibraba bajo mis manos.

—No me dejes así. —Me pidió con la voz temblorosa.

Tracé círculos cada vez más frenéticos en su sexo al tiempo que acariciaba su clítoris con dos dedos.

—Córrete para mí.

Abrió la boca y dejó escapar y gemido tras otro hasta que su cuerpo se tensó y después un latigazo de placer recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies. No dejó de tener pequeños orgasmos mientras yo seguía castigando su sexo con mis labios.

Su cuerpo explotó en miles de estrellas doradas y después quedó laxo unos segundos.

—¿No vas a dejar que te acaricie? —me preguntó.

—Esta noche eres mía. Quiero darte tanto placer hasta que se te olvide tu nombre.

Me quité los pantalones y los calzoncillos. Estaba duro. Penélope se pasó su lengua por los labios. Ese gesto me la puso aún más dura.

Agarré un condón de la mesilla, lo rasgué con mis dientes y me lo enfundé en mi miembro.

—No sabes lo que te deseo —me dijo jadeando.

Me coloqué entre sus piernas. Nos besamos en los labios antes de que yo me abriera paso en su sexo. Era como estar en el paraíso. Jugué a meterla y a sacarla con calma. Quería que nunca se terminara esa sensación.

—Hasta el fondo, Hugo —me suplicó gimiendo.

Y como ella me había suplicado, de una sola embestida, me colé dentro de ella. Nuestros cuerpos se acoplaban muy bien. Subió sus piernas alrededor de mis caderas. Le desaté las manos.

—Ha sido una pasada.

—Voy a empezar a pensar que te gusto de verdad.

—Creo que es evidente. Cuando alguien me gusta se me nota, y se me nota aún más cuando no me gusta.

Me puse de rodillas y coloqué una mano en la base de su espalda para levantar sus caderas. Quería que ella disfrutara de nuevo. Acaricié con unos dedos su clítoris mientras mis movimientos eran cada vez más intensos. Su pelvis y la mía se acompasaron y bailaron al mismo ritmo.

Un latigazo me recorrió la columna vertebral, me quedé sin aliento un segundo y después dejé escapar un gemido. Ella llegó un momento después.

Su cuerpo me había recibido ansioso, dispuesto y con ganas de más.

Abandoné mi cabeza en el hueco de su cuello.

—¡Dios mío…! —murmuró.

Sentí un cosquilleo. Estar con Pen era como tirarse de cabeza hacia un cráter en plena erupción y nadar de pura felicidad. No me importaba quemarme.

Por cómo me había criado, el sexo me resultaba fácil. Dar placer a una persona no tenía mayor misterio para mí, no así expresar los sentimientos y revelárselos a alguien que me importara lo suficiente como para que bucera en mí. Había una mezcla de expectación y locura cuando supe que quería a Penélope en mi vida. Querer a alguien era un camino de no retorno. No podía darle a ella solo una parte de mí. Me había lanzado del trapecio sin red e iba con todo el equipo.

Y esa chispa que veía en su mirada era la misma chispa que había prendido en mí el fuego que me hacía arder de deseo por ella.

—Esto no ha hecho más empezar —le dije cuando me retiré de ella.

—Ahora quiero jugar yo contigo.

—No, ya te lo he dicho, esta noche dejarás que te haga el amor hasta que nos quedemos sin aliento.

—Me gusta cómo suena eso. Pero Gabi siempre me dice que hay que probar algo cien veces para que salga perfecto.

—Entonces estamos perdiendo el tiempo hablando.

Me contagié de la risa de Penélope.

Pasamos gran parte de la noche cumpliendo la promesa que le había hecho hasta que nos venció el cansancio y nos dormimos abrazados.

Capítulo 21



Penélope

Me desperté abrazada a él. Olí ese aroma a masculino y a sexo, un olor que deseé que se convirtiera en habitual en mi vida.

De algo estaba segura. El sexo con Hugo era brutal. Siempre me había considerado afortunada de disfrutar follando, pero hacerlo con Hugo había conseguido que el corazón me estallara en mil pedazos y luego volviera a recomponerse.

Se ofreció a hacerme el desayuno mientras yo me duchaba en su baño. Me había dejado una toalla limpia sobre el lavabo. Me habría gustado que lo hiciésemos juntos, pero yo iba bastante pillada de tiempo y esa mañana tenía mucho trabajo por delante.

Me propuso hacer unas tostadas con mantequilla y mermelada, un zumo de naranja y un café con leche, que era lo que tenía en su casa. Por mi parte, no pedía mucho más.

Cuando salí del cuarto del baño, la mesa estaba preparada. Mientras yo me vestía, él se dio una ducha rápida con agua fría y salió con una toalla envuelta en la cadera. Se secaba la cabeza con otra toalla más pequeña. Gruñí de puro placer.

Miré la hora. La culpa de que tuviera tantas ganas de sexo la tenía Hugo. Nos habíamos pasado más de media noche follando como locos. Hasta habíamos probado la ducha en una de las veces que nos duchamos.

Me dolían ciertas partes del cuerpo que no sabía ni que existían. Pero después de mirarme al espejo esa mañana, habían valido la pena todas las horas que no pasamos durmiendo.

—No llevo ropa interior —le sugerí levantando poco a poco mi vestido hasta dejarlo por debajo de mi entrepierna.

Hugo se mordió el labio.

Volvió a empalmarse.

—Aún nos quedan 95 veces para que nos salga bien —comentó.

—Yo diría que son 94.

—La primera vez no cuenta. Era solo un ensayo. Pero como soy buen alumno, me estoy aplicando muy bien.

Pum… pum… pum… el corazón se me iba a salir por la boca y bailaba de alegría en mi pecho. Era una suerte que él no pudiera oír los latidos.

—Te tendrían que detener por estar tan bueno —le comenté mientras se acercaba a mí.

Se rio. Fue una risa tímida y a la vez me pareció canalla. ¡Qué peligro tenía Hugo y qué poco tiempo tenía para entretenerme con él!

—Esta noche no te escapas Hugo Yi I.

—Es una oferta de lo más tentadora, aunque la tengo que rechazar.

Hice un mohín. Dejé caer el bajo de mi vestido.

—Y yo que pensaba estrenar un conjunto de encaje rojo.

Sus ojos brillaron. Eso me hizo sospechar que le gustaba ese color.

—Esta noche tengo que trabajar. —Se apresuró en responderme—. Pero si quieres, te puedo hacer una visita a la pastelería. ¿Qué te parece? Quiero estar al lado de mi hermano y siempre te puedo echar una mano.

—O las dos —le sugerí.

—Solo me lo tienes que pedir.

—¿Me estás diciendo que hasta mañana no tendremos sexo? —Bajé los hombros desilusionada.

—Siempre te puedo acercar a Valencia en mi coche. —Tal y como me lo dijo supe que estaba perdida, que a mí me apetecía tanto como a él.

No me lo pensé dos veces y me acerqué para quitarle la toalla.

—Habrá que esforzarse para que valga la pen… —le dije.

Antes de que terminara de decir la última palabra, me subió la falda del vestido y luego me alzó sobre la encimera. Nuestros labios se encontraron en un beso furioso y apasionado. Después, Hugo se agachó, abrió con suavidad los pliegues de mi sexo y me empezó a devorar como si no conociera mi olor, como si estuviera sediento. Se me nublaron los sentidos cuando pasó su lengua por mi clítoris. Yo me retorcía al mismo tiempo que gemía. Se irguió, me subió a peso y me llevó hasta el sofá. Siguió lamiendo mi clítoris hasta que mi cuerpo se convulsionó y después solté un grito que llenó todos los rincones de su casa. Antes de que pudiera recomponerme, él se había puesto un condón, se había colado entre mis piernas y lo tenía dentro.

No sabía qué me gustaba más, si el Hugo que olía a sexo o el Hugo que olía a limpio. Me gustaba de todas las formas posibles. Me penetraba con tanto ímpetu que puse los ojos en blanco. Me subió una pierna por encima de un hombro para sentirlo mucho más adentro. No quería que parara. Nos miramos a los ojos y supe que él estaba a punto de correrse. Cuando noté que su cuerpo se tensaba, me dejé llevar y ambos llegamos juntos al clímax. Nos abrazamos fuerte.

De vez en cuando, apetecía un polvo rápido, de los de aquí te pillo y aquí te mato. En realidad, me gustaba todo el sexo que Hugo me estaba ofreciendo.

Me levanté con prisas y me lavé corriendo. Cuando salí del baño, Hugo me estaba preparando una rebanada de pan. La mordí y al mismo tiempo me tomé de cuatro tragos el café con leche. Le había pedido que no me pusiera azúcar. Ya estaba un poco frío, pero cuando llegara a la pastelería me haría otro.

El autobús hacía ya cinco minutos que había salido, así que apremié a Hugo para no llegar tarde a la pastelería.

Le di un beso en los labios antes de marcharme.

—Tengo que pasar un momento por casa para cambiarme de ropa.

—No te pongas nada debajo —me pidió.

Era insaciable. No recordaba follar tanto con Jaime ni cuando empezamos a salir juntos. Y en esa época ya me parecía que nos pasábamos el día en la cama. Pero lo de Hugo era impresionante. Y a mí me venía genial que él no tuviera nunca suficiente.

—Entonces tendremos que encontrar un hueco para nosotros dos. —Le acaricié su pecho desnudo con una mano.

Mientras Hugo se vestía, yo me cambié de ropa en mi casa. Me puse otro vestido largo y no me olvidé de llevar braguitas. Aun así, metí una muda en el bolso por si acaso.

Desde que me subí en el coche de Hugo, no había podido quitarme de la cabeza la noche que habíamos pasado en su cama. Fue atento y me provocó tantos orgasmos que había valido casi la pena esperar tantos meses de sequía sexual.

Cuando me puse el cinturón de seguridad, posó su mano en mi rodilla. La coló por debajo la tela del vestido y subió la palma por mi muslo hasta alcanzar mi sexo. Acarició mi vello.

Rechinó los dientes y ahogó un gemido. Me miró de reojo al tiempo que apretaba con mimo mi sexo.

—¿Qué? —Giré la cabeza hacia él—. ¿Aún te quedan ganas de más?

—No, solo te estoy acariciando.

—Pues tu mirada miente y tus gestos también.

Sonrió como si lo hubiera pillado.

—Está bien. ¿Y qué si me apetece más de ti? No es nada malo.

—Lo sé. Pero mejor que te concentres en la carretera.

Yo solo podía pensar en lo mucho que me ponía en la cama y fuera de ella.

Mientras íbamos de camino, le tuve que apartar varias veces la mano de mis muslos.

—Me tienes que dejar que suba unas publicaciones a mis redes.

—No puedo dejar de tocarte.

—¿Dónde has metido al otro Hugo?

Me seguía sorprendiendo esa dualidad en él.

Apretó el volante con fuerza. Sospeché que estaba pensando las palabras que estaban atascadas en su boca. Aspiró aire antes de hablar.

—Todo esto es nuevo para mí y odio sentirme así —me confesó—. Tú has visto más de mí que casi nadie que conozca. En cuestión de sentimientos me siento un adolescente inexperto. —Tenía la vista puesta en la carretera—. No estoy acostumbrado a expresar lo que siento. Hasta no hace mucho no sabía muy bien lo que quería. He visto la vida pasar. Soy un hombre, sé lo que me gusta y ahora sé lo que quiero. No voy a avergonzarme por desearte a todas horas, por mantener sexo contigo.

No sabía cómo tomarme esas palabras. Tenía que ser difícil no mostrar los sentimientos, no poder tocarse en público y no expresar apenas las emociones. Hugo se estaba quitando capas y capas de inhibiciones de encima para que yo pudiera llegar hasta él. Porque el amor es un carril de dos direcciones y él se había lanzado cuesta abajo y sin frenos.

—¿Tienes miedo? —le pregunté.

—No, si es contigo.

Pum… pum… pum… El corazón se me aceleró a cien kilómetros por hora. Y no deseaba cambiar esa sensación de lo más placentera por nada del mundo.

—No te estoy dejando trabajar —se disculpó—. Lo siento.

—No te disculpes nunca por mostrarte como eres.

Me apretó el muslo y no retiraba la mano si no era para cambiar de marchas.

—Tengo que anunciar a tu hermano y tengo que enviar unos WhatsApps a varios grupos de chicas a las que les gusta la música coreana.

Me grabé en el coche y después hice un Dúo en Tik Tok con mi grabación y la que me había enviado Dylan la noche anterior. Quería que lo llamásemos Dy.

Antes de entrar en Valencia, me dediqué a compartir en mis otras redes el vídeo que había grabado. Anuncié el concierto de una joven promesa para esa misma tarde, asegurando que iba a romper muchos corazones.

Mis tres grupos de WhatsApp echaban humo. Aunque muchas chicas se disculpaban por no poder ir, otras comentaban lo guapo que era, lo bien que cantaba y que no se lo pensaban perder.

Estaba tan segura de que iba a ir bien, que por la tarde trabajaríamos toda la plantilla y, aun así, nos faltarían manos. Envié un WhatsApp a todas mis camareras.

Hugo me dejó al principio de la calle.

—No hace falta que des la vuelta a la manzana. Llegaré antes andando. Nos vemos esta tarde. —Sacudí un poco el bajo de mi falda y le guiñé el ojo.

—No voy a poder quitarme esa imagen en todo el día. —Me sonrió.

Al salir del coche, llamé a Gabi para comentarle cómo me había ido la noche con él. Antes de que dijera yo algo, ella se adelantó:

—Espera, no me digas nada. Esta noche ha habido sexo.

—¡Síííí! —exclamé dando un salto en mitad de la calle—. Y del bueno. Pero ¿sabes qué es lo peor?

—Si hay sexo, no puede haber nada malo, así que no me lo puedo ni imaginar.

—Que esta noche no podremos quedar. Trabaja, aunque me ha comentado que vendrá esta tarde a la pastelería a ver tocar a su hermano.

Recordé que esa parte aún no se la había contado.

—¿Qué me he perdido? Mar me ha comentado algo de que esta tarde iba a tocar un chico en la pastelería.

Le conté quién era y el acuerdo al que había llegado Hugo con su hermano.

—Esto no me lo pierdo yo.

—Mar y yo te esperamos esta tarde.

—Me pasaré sobre las seis.

—Si quieres pasarte antes, siempre puedes comer con nosotras. Puedo preparar algo rápido.

—Me gustaría mucho, pero tengo trabajo atrasado.

—Que trabajes mucho y te hagas rica antes que yo —le dije antes de colgar.

Desde que llegué a la pastelería hasta que se hizo la hora de comer, no paré ni un segundo. Los desayunos habían ido muy bien y los aperitivos también estaban empezando a funcionar bastante bien desde hacía un mes.

Comí en unos minutos un bocadillo mientras contestaba a las preguntas que me habían hecho en las redes. El concierto era gratis y no había que reservar sitio. Puse otra publicación para aclarar el tema y volví a subir otro vídeo de Dylan que me había enviado. Conté por encima la gente que decía que se pasaría. Al menos había cuarenta personas que querían venir, aunque esperaba que se animara mucha más gente.

Puse un taburete en una esquina y dejé espacio para que pusiera su amplificador y tocara la guitarra con comodidad.

Tras un pequeño descanso, me metí de nuevo en el obrador. Estaba un poco nerviosa porque era la primera vez que me atrevía con algo así en la cafetería. Pero creía que podría funcionar bien y siempre atraería a gente nueva.

Saqué de la nevera los ingredientes que me hacían falta para las cinco tartas de cumpleaños para el día siguiente y los *croissants* y palmeras. Tenía que terminar de hacer los encargos de la tarde y algunas masas para el día siguiente. En una semana, Mar se había puesto las pilas y se desenvolvía muy bien en el obrador. Era casi tan rápida como yo. Mientras yo hacía las masas, ella elaboraba las bases de las tartas.

Sobre las seis de la tarde, llegó Gabi.

—Están casi todas las mesas ocupadas —me dijo—. Menuda expectación. Ya veo que estás histérica.

—No me lo recuerdes.

A medida que se acercaba la hora me iba poniendo más nerviosa. Por suerte, Gabi me conocía muy bien y me dio un abrazo.

Oímos unos gritos desde el obrador. No sabía a qué se debía. Me asomé para echar un vistazo. El aforo estaba al completo y había gente que permanecía de pie.

Los gritos que habíamos escuchado eran porque ya habían llegado Hugo y su hermano. El corazón empezó a latirme con fuerza cuando la mirada de Hugo se encontró con la mía. Algunas chicas se habían levantado y le estaban pidiendo un autógrafo a Dylan. Y eso que aún no había empezado.

Se parecían mucho, aunque Hugo era más hombre y algo más alto. Hugo pasó al obrador un poco apurado.

—Esas chicas se han vuelto locas —dijo—. Me estaban pidiendo autógrafos como si fuera alguien importante.

Me acerqué a él.

—Para mí lo eres.

—Y solo quiero seguir siéndolo para ti, no para todas esas locas.

Gabi le echó un vistazo sacando la cabeza por la cortina y se giró hacia mí agitando la cabeza.

—El otro hermano también tiene un buen culo —murmuró Gabi en mi oído.

Le di un codazo y me la llevé a un rincón.

—¡Gabi! Si solo es un crío.

—A ver, que ya tiene 18 años y es mayor de edad.

—Vale, pero un poco de respeto a Mar —le pedí.

—Si ella también piensa lo mismo que yo. Aunque seamos lesbianas, tenemos ojos en la cara.

Tanto Mar, como Hugo nos observaban en silencio. No sabían muy bien de qué estábamos hablando.

—O sea, ¿que tú también piensas que Hugo tiene un buen culo? —le murmuré a Gabi girándome para que no me vieran.

—¿A ti qué te parece?

—Que sí.

—Ahí tienes la respuesta.

—Ya estoy aquí —dijo el hermano de Hugo cuando pasó dentro.

Me acerqué a Hugo y Dylan dio unos pasos hacia mí. Llevaba unas gafas de sol y la deslizó con chulería por el puente de la nariz.

—¿Tú eres la estrella? —le preguntó Gabi riendo por esa entrada triunfal.

—¿Estás hablando de mí? —preguntó Dylan arqueando una ceja.

Esa pose de estar de vuelta de todo le sentaba bien.

—Sí, está hablando de ti —dije—. Tu hermano lo sabe, yo también lo sé. Ahora solo falta que lo sepa ese público que ha venido a verte.

Dylan se acercó a darme dos besos.

—No pensaba que fuera a venir tanta gente, cuñada.

—¿Estás nervioso?

Se acercó a mi oído.

—Estoy un poco *cagao*. Aunque no lo creas, me tiemblan las rodillas.

—Te guardaré el secreto —solté—. Vamos a aplaudirte tan fuerte que es como si estuvieras cantando en el WiZink Center.

—Será mejor. Voy a darlo todo. He decidido intentarlo de verdad.

Hugo le dio un pescozón.

—¿No tenías que preparar el sonido? Son las seis y media.

Lo acompañé hasta el rincón donde quería que actuara.

—¿Necesitas algo más? —le pregunté.

—Una botella de agua que no esté fría. Hay que cuidar la voz.

Por la manera como me sonrió supe que iba a robar muchos corazones esa tarde.

Y llegó el momento de presentarlo. Me acerqué al micro de Dylan.

—*The Beatles* empezaron a tocar en The Cavern Club. Hoy tenemos el placer y el gusto de presentar a Dy en Fresa y Canela. Porque estoy segura de que va a llegar lejos. Solo hay que oír la voz que tiene. ¿Estáis preparados para el nacimiento de una estrella?

Con esa sencilla presentación, Dy se sentó en el taburete. Desde que empezó a cantar, se

metió al público en el bolsillo.

Como le prometí, cada vez que terminaba una canción, aplaudimos tan fuerte que la gente que pasaba por la calle se quedaba mirando a través de la cristalera.

Yo sabía que ese era un momento único para Dylan. Su mirada brillaba y me alegraba de haber confiado en él.

Y por si fuera poco, la caja de esa tarde fue magnífica.

Capítulo 22



Hugo

Penélope había lanzado un hilo y yo me había dejado enredar en su madeja.

En realidad, no me importaba que hubiera sucedido. Este sentimiento nuevo en mí había brotado rápido, como si fuera el nacimiento de una fuente de agua limpia y cristalina. Si de algo estaba seguro es de que lo que sentía era auténtico.

Hacía años, me había jurado una vida en la que no necesitara a nadie para no echarla de menos, una vida en la que el gris lo dominara todo, pero Penélope había sacudido mis cimientos y había llegado a mi corazón haciendo que soñara con un futuro lleno de colores. Junto a ella, me atrevía a vivir todas esas historias que aún no había contado.

En parte, agradecía a las personas que me habían frenado ser yo mismo, porque de alguna manera, me habían mostrado el camino al que no quería volver.

Desde que la había conocido, sabía que llegaría el momento en el que todas esas emociones que había contenido durante años explotarían en forma de palabras. Había llegado ese instante. Porque como una hilera de migas de pan, habían trazado despacio el camino por el que discurrió ese sueño nuevo en mí.

Lo que más me maravillaba de Penélope es que pudiera ver dentro de mí. Parecía tener un catalejo mágico que apuntaba a mi corazón y viera lo que había en mi pecho.

Me había arriesgado y ella era mi recompensa.

Penélope había estado sirviendo mesas, entrando y saliendo del obrador sacando sándwiches fríos y bandejas de *croissants*. Yo me ofrecí a ayudarla a servir mesas cuando todo el público comenzó a pedir a la vez. Durante unos minutos, todo el mundo pareció volverse loco. Ella aceptó que le echara una mano cuando observó que sabía llevar una bandeja sin que se me cayera ni una sola gota de los cafés que se pedían. Lo mejor de todo era que gran parte de las mesas no dejaron de consumir todo lo que se había preparado para esa tarde.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —me preguntó Penélope arqueando una ceja.

—Ya que lo preguntas, sí. Se me da fatal cantar. El artista en la familia es Dylan.

—Dejaremos que lo siga haciendo él. Lo hace de lujo. Tú tienes otras virtudes.

Dylan las animaba, y a pesar de que llevaba casi una hora tocando, el público no había perdido ni un ápice de su entusiasmo. En ese corto espacio de tiempo, se oyeron suspiros. Pero lo mejor era que las chicas grabaron todas las canciones y las iban subiendo a sus redes sociales.

—Las tiene a todas en el bote. Los grupos de WhatsApp echan humo y muchas chicas me han confirmado que la semana que viene no se lo van a perder. Está triunfando y sé que esto no ha hecho más que empezar —me dijo Penélope en una de las veces que se colocó a mi lado—. Aunque hay algunas de esas chicas que no dejan de mirarte.

Busqué sus ojos. En su mirada había un revoltijo de emociones. Encontré esperanza, pero también diversión y confianza. Se acurrucó contra mí de tal manera que algo dentro de mí explotó como unos fuegos artificiales.

La felicidad era ella. Había que ser un idiota para no verlo.

—¿Sí? No me había dado cuenta —solté, divertido.

Mis labios se deslizaron por su melena y aspiraron el olor de su pelo. Mi boca llegó hasta su oreja y la acaricié con la punta de la nariz. Me recreé en la sensación de que mi cuerpo se acoplara tan bien al suyo.

—Anda ya. Si tienes que saber que gustas a muchas mujeres.

Le acaricié la mejilla con la yema de un dedo.

—Todo eso que dices me da igual. ¿Y a ti?

—¿Que si me gustas? —Me miró de arriba abajo, cerró los ojos y me dio un beso corto en los labios—. Sí, creo que sí.

—¿Solo lo crees o estás segura? —Al tiempo que yo le preguntaba ella elevó durante un segundo sus ojos al techo—. ¿Estás dudando?

—No, estoy segura. Pero si quieres te lo recuerdo otra vez.

Me metió la mano por un bolsillo trasero de mi pantalón vaquero y me dio un pellizco en la nalga.

—Ellas llegaron en un mal momento a mi vida. —Le indiqué con la cabeza.

—¿Entonces yo…?

—Entonces tú todo —murmuré en su oído—. Pero si quieres te lo digo todas las veces que quieras. Llegaste en el momento justo. —Su lengua tentó mis labios, pidiendo paso. Accedí a que me besara, porque no había nada en el mundo que me gustara más que su sabor—. No quiero que queden besos por dar, caricias por recibir. Lo deseo todo de ti. ¿No te gustaban tanto los *kdramas*? Pues aquí tienes el tuyo.

—Este es mejor, este es el nuestro, Hugo.

Cómo hacía para que se me erizara la piel con solo decir mi nombre, que fueran la caricia que encendía la chispa y hormigueara entre mis muslos y me provocara un intenso cosquilleo. No me habría importado que esa sensación no se acabara nunca.

—Aún tenemos mucho que decirnos —le dije acercándome a su boca.

Nos miramos y notamos que aquello era real, que el tiempo era nuestro, y que, en ese espacio entre nuestros labios, no tenían sentido ni los relojes, ni las prisas. Solo éramos ella y yo.

La última canción que tocó mi hermano se la dedicó a Penélope. La abracé por detrás y apoyé mi barbilla en su cabeza. Solté el aire que había estado reteniendo en mis pulmones y cerré los ojos. La pegué todavía más a mi pecho. No era yo la que la arropaba a ella, en realidad era

Penélope quien me había acogido con los brazos abiertos con toda la generosidad del mundo. Ella había despertado en mí un calor que había crecido día a día. Notaba una mezcla de deseo, ilusión, de saber que nos pertenecíamos, de hogar y de felicidad, algo que me había negado durante años.

Se apartó un momento de mí. Buscó mi mirada. Le retiré el pelo de la mejilla y me envolvió con sus brazos. No había nada que deseara más que besarla. Ella fue al encuentro de mis labios. Su boca era cálida y acogedora, aunque también encontré que había hambre y anhelo por ese instante que duró un segundo eterno.

Me resistía a soltar sus labios. El aplauso del público me llevó de nuevo a la cafetería.

Cuando Dylan dejó de tocar, casi todas las chicas se levantaron y lo rodearon. Volvieron a pedirle autógrafos y se hicieron cientos de fotos que luego colgaron en redes sociales.

—¡Esto es emocionante! —exclamó Penélope con los ojos húmedos sin dejar de mirar a mi hermano—. Esta tarde ha sido mágica. Creo que nunca voy a olvidar lo que ha sucedido aquí.

—Gracias por creer en Dylan.

—Estás orgulloso de él.

No fue una pregunta. Asentí con la cabeza. Todo lo que había dicho era cierto, en mí había orgullo y satisfacción. Mi hermano había encontrado su camino.

Quise acercarme a Dylan, aunque enseguida me di cuenta de que mi hermano necesitaba ese baño de admiradoras. Todas y cada una de esas chicas le dieron razones para que no tirara la toalla, para que creyera en su talento.

—¡Eh, cuñada! —gritó Dylan levantando un brazo—. Ha estado bien, ¿verdad?

—Has estado fabuloso. Ha sido increíble lo de esta tarde. Esto no ha hecho más que empezar —le aseguré.

Cuando el público se marchó, y Dylan recogió el amplificador y el micro, se acercó con el móvil en la mano.

—Esto es alucinante. Mirad, las redes sociales echan humo. Me han etiquetado en un montón de *reels*. Me siento hasta un poco famoso.

—Lo serás, aunque tienes que darlo todo todos los días. Tienes que alimentar a la bestia que acabas de despertar. —Posé mi mano en el hombro de Dylan. No deseaba que se relajara. Tenía que seguir trabajando duro para ir adonde quería llegar, mantener los pies en el suelo—. Y yo me encargaré de que te esfuerces todos los días.

—Deja que saboree este momento. —Penélope me dio un toque en el brazo—. No tiene por qué ser ahora mismo. Esta tarde lo ha dado todo.

—Eso, déjame respirar un poco. —Dylan puso ojitos como el gato de *Shrek* y cruzó su brazo al de Penélope—. Voy a trabajar duro. Para la semana que viene voy a estrenar una canción que he compuesto. Es la primera. Llevo días que no me la puedo sacar de la cabeza.

Se tocó con un dedo la sien y tarareó una melodía.

—Acabamos de asistir al nacimiento de una estrella —replicó Gabi cuando llegó hasta nosotros.

—Ahora a subir como la espuma y llegar a lo más alto —comentó Penélope.

—¿Y si la semana que viene no se presenta nadie? —dijo con temor.

—Eso no pasará —aseguró Penélope—. Para la semana que viene ya hay más de cincuenta chicas apuntadas. La voz se ha corrido.

Dylan estaba temblando y no cabía en sí de gozo. Contenía la emoción y, a la vez, se le desbordaba la alegría por todos los poros de su piel.

—Soy bueno en esto —me dijo con orgullo en la mirada.

—Lo eres —afirmé.

Noté que el móvil me vibraba en el bolsillo. Miré el número antes de responder. Era mi hermana. En Corea era ya de madrugada, por lo que la llamada tenía que ser por algo que la preocupaba.

—Es Coral —le dije a Dylan.

—Deja que la salude. —Le pasé le móvil a Dylan—. Hola, hermanita. Acabas de perderte mi primer concierto. Ha sido fantástico. Luego te pasaré algunos vídeos para que presumas de hermano. Ven pronto, te echamos de menos.

—En cuatro días me tendrás allí. —Oí que decía mi hermana.

Durante unos minutos, ellos estuvieron hablando. Dylan no dejaba de dar vueltas por entre las mesas de la pastelería. Los ojos de mi hermano brillaban como nunca y le contaba a Coral cómo había ido el concierto y las canciones que no dejaban de sonar en su mente.

Dylan me pasó el teléfono.

—Quiere hablar contigo. Dice que es personal y muy urgente. No sé por qué no me lo quiere decir a mí.

—Querrá hablar de la boda. Tiene que estar de los nervios.

Agarré el móvil

—¿Nerviosa por la boda? Ya tengo preparado el traje de padrino, así que por ese tema no te tienes que preocupar. Me sienta como un guante.

—Sé que te sienta como una segunda piel. Tienes buena percha, pero no te llamaba por eso. ¿Estás solo? Es privado y no quiero que nadie pueda oír lo que te tengo que decir.

—Dame un segundo.

Salí a la calle para hablar con tranquilidad.

—¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar a que regreses?

—Creo que pasa algo con mamá. Hace una semana sacó mil euros de su cuenta y hace dos días volvió a sacar otros dos mil euros.

No se anduvo por las ramas.

—Será por la boda. Ella está decidida a pagar todos tus gastos.

—Pero estos gastos no tienen nada que ver con la boda. Sé en qué ha gastado cada céntimo de la boda. Créeme, este dinero es un imprevisto.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron y apreté la mandíbula.

—¿Cómo sabes esto? Explícate.

—Hace un tiempo, cuando estuvo ingresada por la operación de rodilla, me autorizó en su cartilla del banco para que sacara dinero por ella. Tú estabas en Madrid y no se fiaba de Dylan. Aún vivía con mamá. Como ella y yo tenemos nuestras cuentas en el mismo banco, de

vez en cuando me equivoco y me meto en su cuenta. Ambas acaban con el mismo número. Todos los gastos de la boda están pagados desde hace dos meses. Así que sé que este gasto inesperado es por otro motivo. Te paso por mensaje el nombre del tipo al que le está pagando a ver si a ti te parece igual de sospechoso que a mí. ¿Crees que tiene algo que ver con Dylan?

—No sabría decirte.

Apreté los dientes. Miré el mensaje que me acababa de enviar mi hermana. Mi madre había pagado tres mil euros a un tal Ramón Muñoz García. Puede que tuviera algo que ver con Dylan. Hacía una semana que se había mudado a casa de mi madre. ¿Y si había dejado alguna deuda y se la estaba pagando?

—No sé quién es este tipo. No me suena de nada.

—Puede que sea una tontería, pero ¿y si no lo es?

—Deja que lo investigue y te diga algo. Será un gasto de última hora. No te preocupes y déjalo en mis manos.

—Sé que vas a llegar hasta el final.

Esta información no la podría obtener yo solo. Iba a necesitar ayuda. Si alguien podía averiguar quién era ese tal Ramón era Sergio. Sabía moverse por las redes mucho mejor que yo y sacar información.

—Min Joon y yo iremos a buscarte al aeropuerto. Dylan también se apunta. Dice que te va a recibir con una canción —le dije antes de despedirme.

—¡Qué vergüenza si aparece así en el aeropuerto! Dile que no lo haga.

—Creo que no lo vas a poder impedir.

—Estoy deseando regresar. Estoy muy nerviosa.

—Vas a ser la novia más guapa de todas.

Coral soltó una risa.

—No sé si la más guapa, pero sí la más feliz.

Faltaban ocho días para que se casara.

—Te aseguro que serás la más guapa. Confía en tu hermano mayor.

—No me has hablado de ella, de la mujer rubia. Min Joon me ha dicho que es muy guapa. ¿Cómo es? ¿Eres feliz?

—Lo soy. No creí que esto pudiera pasarme a mí.

—Si hay alguien que se lo merece esto mismo eres tú. Ahora es tu momento. Es tu primera historia de amor y eso siempre es bonito. Siempre la vas a llevar contigo.

—Esto que siento en el pecho es lo más maravilloso que me ha pasado en mucho tiempo y necesito que siga estando aquí, que no se vaya nunca.

Necesitaba decírselo a alguien para hacerlo más real, para recordarme que no era un sueño.

—La quiero conocer ya. Tiene que ser alguien especial para que te hayas fijado en ella.

—Seréis amigas. Penélope le ha dado su primera oportunidad a Dylan. Tenéis mucho en común. A las dos os gusta la cocina. Tiene unas manos de oro, como tú. Lo que tú haces con la comida es magia.

—¡Qué cosas dices! Soy una privilegiada por poder dedicarme a lo que más me gusta. Sé que estás en buenas manos.

Miré la hora cuando nos despedimos. Eran las ocho y media y en media hora entraba a trabajar.

—Te dejo descansar. Allí serán las tres y media.

—No te preocupes. Mis compañeras me habían preparado una fiesta sorpresa. No me podía dormir.

Colgamos.

Cerré los ojos un momento. Olí su perfume antes de que ella tocara con sus nudillos mi pecho.

—¿Quién es? —Esbocé una sonrisa pícara cuando Penélope posó su mano en mi pecho.

—Yo —murmuró en mis labios.

—No puedes pasar.

—Y eso por qué.

Aunque seguía manteniendo los párpados cerrados, me la podía imaginar con un mohín de indignación mal disimulado.

—Porque ya estás dentro.

Se tiró a mi cuello al mismo tiempo que yo abría los ojos.

—Eso se merece un beso —me dijo.

—Tengo miles guardados. Coge el que quieras.

—Puede que suene un poco cursi, pero no me importa ahogarme en tu sabor.

Nos besamos como si fuera la primera vez, con las mismas ganas, descubriéndonos.

Penélope miró al cielo durante unos segundos.

—Una estrella fugaz. Tenemos que pedir un deseo.

Me reí por su comentario.

—¿Cómo la has visto?

Ella señaló la estela que había dejado un avión.

—Siempre que veo un rastro me imagino que es una estrella fugaz, cierro los ojos y pido un deseo.

—En estos momentos, no lo pediría —repuse cuando nuestros labios se alejaron unos centímetros—. No quiero tentar a la suerte.

—¿No deseas nada? —Abrió los ojos de par en par—. Serías la primera persona que no quiere nada.

—Eso es porque tú eres todo cuanto deseo en este momento.

Me abrazó con fuerza y soltó una carcajada que inundó la calle. Si no estuviera ya enamorado de ella, me enamoraría de nuevo por su risa.

—¿Hay un abrazo para mí, cuñada? —Mi hermano rompió nuestro momento.

Penélope abrió sus brazos y lo atrajo hacia nosotros. Le acarició la cabeza en un gesto cariñoso.

—Claro que sí.

Aunque no quisiera irme, me esperaba una noche de patrulla con Sergio. Los sábados solían ser complicados, sobre todo por las zonas de marcha.

Me despedí de Penélope y Dylan me acompañó una parte del camino. Llevaba el amplificador, el micro y el pie en un carrito. Se había colgado la guitarra a la espalda.

—¿Conoces a un tal Ramón Muñoz García?

Dylan se quedó pensando unos segundos.

—No, ¿por qué?

—¿Seguro?

—Sí, claro que estoy seguro —me contestó parándose en mitad de la calle.

—Si fuera alguien que te está jodiendo, ¿me lo dirías?

—Te lo diría, claro. No sé quién es ese Ramón. ¿Qué pasa con él?

—Aún no lo sé, pero creo que no es nada bueno.

—¿Por eso has dudado de mí?

—Barajo todas las posibilidades. Pero si me aseguras que no lo conoces, creo en tu palabra.

—No te quiero defraudar de nuevo, Hugo. Esta vez es verdad. Quiero ser suficiente para ti.

—Siempre lo has sido. No te preocupes. Déjame que averigüe quién es.

Dylan se marcó una sonrisa. En su mirada observé que me decía la verdad.

Lo vi bajar las escaleras del metro, y cuando se perdió, llamé a Sergio para darle los datos que me había pasado mi hermana para que me dijera quién era ese tipo.

Capítulo 23



Penélope

Habían pasado cuatro días desde el concierto de Dylan y los tres grupos de WhatsApp en los que compartía grupos de música coreana y *kdramas* seguían echando humo. Me alegraba que la respuesta de todas esas chicas fuera tan buena y quisieran apoyarlo desde el principio. En parte esperaba algo así desde que colgué el vídeo de Dylan en mis redes sociales. Todas ellas eran fantásticas.

Si había un público fiel y entregado eran esas chicas. Tenían un nuevo *idol* al que adorar y lo mejor de todo es que podían tocarlo. Podían vivir de primera mano lo que era el nacimiento de una estrella. Dylan se iba a convertir en su niño mimado, en su *crush* y él se iba a dejar querer. Solo tenía que confiar en que todas esas chicas lo iban a aupar y no lo iban a dejar caer.

Por lo pronto, ya habían confirmado la asistencia del próximo concierto más de sesenta chicas y otras cuarenta harían todo lo posible por asistir. El aforo estaba al completo, aunque aún quedaban mesas en la calle. No se oiría igual de bien, pero abriría las puertas y podrían ver a Dylan a través de las cristaleras grandes.

En esos días había tratado de mantenerme ocupada, porque conforme se acercaba la fecha de la boda de la hermana de Hugo, mis nervios aumentaban. Aún no tenía claro qué me iba a poner ese día. Quería causar buena impresión a la familia. Además, en unas horas iba a conocer a

Coral.

Lo único que me consolaba era que ya tenía claro el sabor de la tarta de boda. A Gabi, a Helena y a Mar les había gustado mucho la pequeña cata que había hecho. El bizcocho iba a ser de vainilla, doble relleno de dulce de leche y fresas en almíbar y cubierta de una cascada de flores de merengue suizo. Solo me quedaba que Coral y Min Joon probaran la tarta de la prueba.

La noche anterior de la llegada de Coral, Hugo pasó a recogerme a la pastelería en coche, preparó la cena en su cocina, cenamos en su terraza y se quedó a dormir en mi casa. Era la primera noche que pasaba en mi cama. Todas las demás veces, nos habíamos quedado en su piso.

Esa misma mañana, el amanecer nos pilló enredados el uno en brazos del otro. Me besó en los labios sin dejar de sonreír. Hugo me estaba entreteniendo más de la cuenta en la cama.

—Hugo, por favor, no me pongas esos ojitos y no sigas bajando. —Se estaba demorando en besar mi ombligo. Unas cosquillas recorrieron mi espalda—. Tengo mil cosas pendientes hoy.

Y con Hugo yo era débil. Me lo comería todo de él. Empezaría por esos ojos rasgados, después seguiría con su boca y por último me perdería en ese lunar que tenía en la comisura de sus labios.

—Yo también tengo algo muy importante que hacer. Aún me quedan unas 80 veces antes de que puedas decir que te he dado el mejor orgasmo de tu vida. No puedo perder el tiempo.

Me quedé pensando. Yo no llevaba la cuenta de todas las veces que nos habíamos acostado. Eso significaba que en menos de una semana lo habíamos hecho 20 veces. ¡Qué barbaridad! Pero no me iba a quejar. En mi vida me habían brillado tanto los ojos.

—¿Las estás contando?

—Por supuesto. Quiero oírtelo decir el día en que lleguemos a las cien.

—Vas a ser mi perdición. Hoy quería llegar antes de tiempo a la pastelería…

No pude terminar la frase. Hugo tenía otros planes para nosotros. Poseía el poder de hacerme perder la cordura. En el momento en el que sus labios rozaban mi sexo ya no recordaba ni mi nombre. Él lo ocupaba todo. Me veía sin filtros, tal cual yo era.

—Llegaremos con tiempo, pero lo primero es lo primero.

Me dejé llevar. No había nada mejor de perderme entre sus labios o en su entrepierna con mi boca o en su sentir su erección dentro de mí. Al fin y al cabo, no pasaba nada por quince minutos más en la cama. En eso consistía la felicidad, en paladear unos segundos que lo eran todo. Valía la pena ir a trabajar recién follada, aunque el día fuera largo. La jornada laboral se veía de diferente manera.

—Me gusta mucho que no intentes fingir lo que no eres —le dije cuando nos estábamos vistiendo—. Podrías tener a cientos de mujeres a tus pies y hacerte pasar por un devorador, y, sin embargo, te muestras como eres.

—Bastante es que soporto estar en mi piel. No ha sido fácil llegar hasta aquí.

Se puso serio y esquivó mi mirada. Percibí dolor en sus palabras, así que no quise ahondar. Me bastaba que él se estuviera abriendo a mí. Eso lo valoraba por encima de todo.

Después de que Hugo me dejara en la pastelería y dejara el coche en un garaje, regresó y se ofreció a ayudarme un rato en el obrador. Preparó dos cafés bien cargados cuando el agua de la cafetera estuvo caliente, al tiempo que yo sacaba unos *croissants* que había metido en el horno nada más llegar. Les había pillado el punto y nunca los dejaba cocer más de once minutos y medio.

Lo bueno de llegar antes de abrir al público era que podía saborear con calma la mezcla de olores y sabores que se producía todas las mañanas. Era uno de esos placeres que me reservaba algunos días de la semana, aunque eso significara madrugar un poco más. Más que adicta al trabajo me consideraba una amante. Hacer dulces era una pasión.

Desayunamos en una mesa. Además de los *croissants*, había puesto un poco de mermelada de albaricoque, mantequilla, unas mini magdalenas de arándanos y unas tostadas de pan brioche. Encendí una vela para darle más romanticismo al momento. Las prefería sin perfume, ya que así el aroma de la vela no se mezclaba con los olores de los dulces.

—Aún no he probado unos *croissants* como los tuyos. —Y lo dijo soltando un gruñido que me pareció tan delicioso como él.

Se comió el que había cogido del plato en dos bocados.

—No puedes hacer eso que haces.

—¿El qué? —preguntó él con ingenuidad.

—Lo que haces con los labios. —Me incliné un poco y lo besé—. No sabes cómo me pones.

Hugo arqueó una ceja y acercó mi silla a la suya.

—Hago lo que puedo.

Aunque había puesto unas servilletas, se chupó los dedos. Estaba tan sexi. Tomó otro *croissant* y dejó escapar un suspiro.

—Es delicioso.

Recorrió con sus dedos mi mejilla y los posó en mi cuello. Su mano se deslizó por mi hombro y compartimos un beso largo y profundo. Susurró mi nombre mientras sus pulgares acariciaban mis pómulos. Y por más besos que nos diésemos, todos me sabían diferentes. Cada vez que sus labios tocaban los míos era como si me electrocutara. El gruñido sordo que surgió de su garganta me indicó lo mucho que estaba disfrutando.

—¿El qué, mis labios o el *croissant*?

—Hace dos semanas mi respuesta habría sido diferente, pero ahora no tengo dudas. —Se quedó mirando el *croissant* y se mordió el labio.

—¡Oye! —Le di un puñetazo suave el brazo—. A ver, que sé que están de muerte, pero ¿preferirlos a mis labios?

Se carcajeó y después nuestros labios volvieron a encontrarse.

—Puedo olvidarme de muchas cosas, pero no voy a olvidar de lo mucho que me gustas, que siempre quiero volver a ellos.

Hugo sabía cómo hacer para que me sintiera genial. Y era extraño que me sintiera así de bien cuando no hacía ni tres semanas que Jaime y yo habíamos terminado definitivamente. Cuando él me pidió un descanso de lo nuestro, lo hizo sin mirar atrás. En los últimos meses que estuve con él no recordaba ninguna de las razones por las que estaba con Jaime.

—Parece fácil hacerlos, pero supongo que no lo es, ¿verdad?

—No, si quieres tener una experiencia parecida a un orgasmo. Me enseñó a hacerlos Jean Luc Beaumont cuando estuve en su pastelería de Montmartre. Son los mejores de todo París y casi diría que de todo el mundo. —Me mordí el labio cuando él untó un poco de mantequilla en el pan brioche y después se lo llevó a la boca. Verlo comer era un verdadero espectáculo. Todo lo hacía con esa misma pasión—. Sus *croissants* me hicieron cambiar de opinión de a qué quería dedicarme. En aquel tiempo yo quería ser profesora de instituto, pero fue en esa ciudad cuando decidí dar un giro a mi vida. Jaime y yo nos metimos en aquella *patisserie* de Jean Luc de pura casualidad. Olimos el aroma de los dulces desde la calle y no nos pudimos resistir a entrar. Se llama La maison Beamont. Es pequeña, pero con mucho encanto. ¡Ay! Desprende un aroma maravilloso. Me decidí a probar los *macarons*. Estaban de muerte. Se deshacían en la boca, como estos *croissants*. No sé lo que vio en mi mirada, pero me ofreció un mini *croissant* para que lo probara. Y lloré como una niña de pura felicidad. Yo quería aprender a hacer magia con las manos. Cuando te comes un pastel de Jean Luc se produce una explosión de sabores en la boca.

Me tomé unos segundos para degustar el *croissant*. Hasta solté un gemido de placer.

—¿Cómo conseguiste que te aceptara como aprendiz? —se interesó—. Los parisinos son muy suyos.

—Se lo supliqué durante cinco días. Me levantaba por las mañanas muy temprano, llegaba sobre las ocho y me marchaba de allí a las seis de la tarde. Jaime hacía turismo por la ciudad mientras yo me pasaba horas y horas en aquella *patisserie*. Me quedaba en un rincón y le imploraba con la mirada que me acogiera como aprendiz. Incluso le ofrecí dinero por aprender. Todo lo que tenía eran 500 euros y se los entregué. Él no quiso ni oír hablar de dinero. Él siempre enseñaba por amor a su trabajo. Como yo chapurreaba un poco el francés, me propuso un reto: a todo aquel que entraba en su *patisserie* le tenía que recomendar un dulce diferente, de todos los que tenía en el obrador. Y siempre acertaba.

—¿A Jean Luc no le molestaba que estuvieras todas esas horas?

Negué con la cabeza. Esbocé una sonrisa al recordar aquellos días.

—Le hacía gracia que fuera un poco desvergonzada. Cuando ya pensaba abandonar, tras cinco días, y marcharme con Jaime a España, me hizo pasar a su obrador y trabajé durante dos semanas lavando todas las piezas de las maquinarias que utilizaba para hacer las masas. —Le di un bocado a la tostada de pan—. ¿Te lo puedes creer? Trabajé diez horas diarias y no aprendí cómo se hacían los *croissants*. Jaime se marchó sin mí y yo me quedé en París sin conocer a nadie y oyendo todos los días la cháchara de Jean Luc. Pero no me quejé. Yo apuntaba mentalmente cómo hacía las masas y un día me decidí a llevarle un *croissant* que había hecho. Estaba orgullosa, pero antes de darle un bocado me lo tiró a los pies y me soltó que en vez de cocinar con las manos y el corazón lo hacía con la cabeza y los pies. «Así nunca podrá salir nada bueno de tus manos. Si lo que quieres es hacer pasteles sin más, hay cientos de mal llamados pasteleros que pueden enseñarte. Lo que yo hago es arte». —Imité el sonido de la voz grave de Jean Luc—. Me parece estar escuchando su voz.

—Supongo que te enseñaría a cocinar con las manos y el corazón.

—Sí, aprendí que a las masas hay que darles amor, aunque utilices una amasadora, que los tiempos cuentan, que las medidas son exactas, aunque siempre puede haber un margen de error. Me dijo que hacer un *croissant* es como hacer el amor con alguien que amas y se lo entregas todo. Solo así salen esponjosos y crujientes. Se tienen que deshacer en la boca. La mantequilla es fundamental. —Le ofrecí el último que quedaba en el plato. Negó con la cabeza, pero yo lo partí en dos—. Y después de más de cinco años haciéndolos, creo que ya he aprendido a hacerlos.

Tomó la mitad que le entregué.

—¿Y qué es de esa pastelería?

—Aún sigue abierta y le prometí a Jean Luc que cuando consiguiera hacer unos *croissants* como los suyos, lo visitaría. Estoy como loca por volver. Hasta tengo dos billetes para ir a París para dentro de un mes y no tengo con quien ir. Serían cuatro días. ¿Te lo puedes creer?

Me mordí una uña.

—¿En qué piensas? —quiso saber él.

—En que serías un buen acompañante y te podría mostrar la *patisserie* de Jean Luc.

—¿Me estás invitando?

—Sí, lo estoy haciendo. Es para el último fin de semana de junio. Era un viaje que teníamos previsto hacer Jaime y yo, pero cuando terminamos me ofreció su billete y no tengo acompañante. No se sentía tan capullo así y por eso me lo regaló. Me gustaría crear recuerdos contigo en la ciudad de la luz.

—Supongo que podría pedirme un fin de semana largo. Me deben varios días. He cubierto a dos compañeros desde que llegué a Valencia.

Una vez terminamos de desayunar, apagué la vela y recogí la mesa.

Aún quedaban quince minutos para abrir al público y yo aproveché para preparar la tarta de su hermana. El bizcocho lo había dejado listo la noche anterior. Lo empapé con almíbar antes de empezar a rellenarlo. Mientras, Hugo sacaba al mostrador lo que había preparado nada más entrar.

Estaba a punto de rellenar el bizcocho cuando Hugo recibió una llamada. Había puesto el merengue en la batidora.

—Hola, Sergio. Dime que tienes algo.

Se salió del obrador y se sentó en una mesa a hablar. Bajó el volumen de su voz, por lo que no pude oír nada de lo que decía.

A las nueve llegó Mar y tres minutos después apareció Helena. Ambas se pusieron a trabajar en la barra.

Hugo volvió a entrar al obrador. El merengue estaba casi en su punto.

—¿Qué pasa? —le pregunté al ver su ceño fruncido—. ¿Malas noticias?

—¿Por qué tiene que pasarme algo?

—Por cómo aprietas la mandíbula y el puño derecho.

—Son cosas del trabajo. No tiene importancia.

—Seguro que pillas a los malos. Es lo que hacen los polis.

—Has resumido muy bien mi trabajo.

Con una cucharilla le di a probar el merengue.

—Dime si está en su punto.

—Sí, está perfecto.

Relajó sus hombros y miró su reloj. Lo noté un poco incómodo y algo nervioso. No sabía si era por la conversación que había tenido con Sergio o porque llegaba su hermana.

—Nos veremos a las cinco. —Me dio un beso rápido en los labios—. En una hora tengo que recoger a mi madre y a Dylan para ir al aeropuerto y tengo varias cosas que hacer.

—Venga, no llegues tarde al aeropuerto. Tendréis ganas de verla y no te quiero entretener mucho más.

Me quedé un poco intranquila. ¿Qué era lo que lo había puesto tan nervioso? A saber. Seguí con todas las tareas pendientes que tenía para ese día. Los desayunos y los almuerzos no me dejaron ni respirar.

A medida que se acercaba la hora de conocer a Coral, me ponía más y más nerviosa. Mar se había dado cuenta de que me temblaban un poco las manos.

—Te vendrá bien. —Me trajo una tila e hizo que me sentara en una mesa.

—¡Ay! ¿Y si no les gusta la tarta?

—Le vas a gustar a Coral y le va a encantar la tarta. La hemos probado y está deliciosa.

Esperé a que la infusión se enfriara un poco antes de tomármela. Mientras, respondí varios comentarios del *reel* que había subido esa mañana con la tarta de Coral ya terminada. Dos personas me pedían presupuesto para tartas de comunión.

Cuando llegó Coral, estaba terminando de amasar la masa de los *croissants* del día siguiente. Me limpié las manos y salí.

Min Joon y Coral me esperaban al lado de uno de los mostradores. Mi primer impulso fue darle dos besos en las mejillas, pero me contuve. Si Hugo y Dylan me parecían guapos, lo de Coral ya era de otro planeta. Tenía la piel lisa y blanca y unos ojos que iluminaban su rostro. Era tan guapa que podía haberse dedicado al cine y hacer *kdramas* en Corea. Aunque había rastros de

cansancio por el viaje, la vi feliz. Hugo hizo las presentaciones y yo incliné la cabeza.

—Podéis sentaros en esta mesa. ¿Qué queréis tomar?

Me fijé en que Hugo seguía manteniendo el gesto serio y que su ceño seguía un poco fruncido. Trataba de sonreír, pero a mí no me engañaba. Sabía que le pasaba algo.

—Un café —dijeron Coral y Min Joon a la vez.

Se miraron los ojos y sonrieron. Se habían cogido la mano por debajo de la mesa. Y pensé en ese momento que no había una pareja más bonita en el mundo que ellos. Con toda probabilidad tendrían ganas de estar juntos y podía sentir cómo contenían el deseo de estar juntos.

—¿Un café para ti también? —le pregunté a Hugo.

—Sí, un café americano.

Le pedí a Raquel, la nueva camarera, que preparara los cafés mientras yo sacaba unos platos y unos cubiertos para que probaran la tarta. Les serví unas porciones y esperé a que la degustaran. Tragué saliva. Coral y Min Joon cruzaron sus miradas. Ella fue la primera en tomar el plato. Miró el trozo que le había puesto con ojos curiosos y luego olió su porción de tarta. Cerró los ojos.

—Vainilla, almíbar de fresa y dulce de leche. Una mezcla perfecta —dijo sin ni siquiera probarla—. El sabor es delicado y no es empalagosa.

Solté un suspiro y relajé los hombros. Sabía que le iba a gustar y que hacía lo mismo que yo cuando quería percibir todos los sabores de algo. Y eso no lo hacía todo el mundo. La gente no se paraba a percibir los olores antes de probar una comida. El olfato era fundamental para captar toda la esencia.

Cuando abrió sus párpados, sus ojos se encontraron con los míos. Me había emocionado con la reacción de Coral.

—No podía haber dejado en mejores manos la tarta de mi boda —comentó paladeándola —. Me gustaría saber cuál es el secreto.

Capítulo 24



Hugo

Esbocé una sonrisa cuando mi hermana le dijo a Penélope que quería la receta de su tarta de boda.

—Cuando tengas un hueco, te vienes un día y la hacemos juntas —comentó Penélope uniéndose a la alegría de mi hermana—. Aunque a cuatro días de la boda no tendrás tiempo de nada. Me siento agradecida de que hayas encontrado un ratito para venir a probar la tarta.

—Tenía que conocer a la mujer que hace feliz a mi hermano.

Los ojos de Penélope estaban húmedos por la emoción del momento. Observé unas lágrimas que se desparramaban a través de sus pestañas. Se limpió con disimulo.

—Él también me hace feliz. —Buscó mi mirada y nos sonreímos con todas las ganas.

Era fácil estar con una mujer como Penélope.

—Lo sé. Te brillan los ojos —respondió Coral—. Tenéis la misma pasión por la vida. Si él es feliz yo también lo soy.

Entonces supe que iban a ser amigas. A ambas les apasionaba la cocina y tenían muchas cosas en común.

—No sabes las tartas que he probado y no hay ninguna como la tuya. Tiene el punto

exacto. Te habrá costado muchas horas hacerla.

—Cuando haces algo que te apasiona, es como si las horas no contaran.

Viéndolas hablar, me olvidé por un instante de lo que había hablado con Sergio. Esperaba su llamada de un momento a otro.

Penélope me ofreció un plato y en cuanto probé la tarta supe que era perfecta. No solo porque lo dijeran Coral y Min Joon, sino porque en mi boca estaban todas las sensaciones de las que hablaba mi hermana, pero también percibí la esencia de Penélope. Era un pastel con carácter, dulce, amable y todos los aromas te deslumbraban un poco durante unos segundos. Pero sobre todo percibí que Penélope le había puesto el corazón, como en todo lo que hacía. Todos los sabores palpitaron en mi lengua. No encontraba las palabras que lo definieran con exactitud, porque todo se quedaba corto.

Quise participar de la conversación, pero volví a recibir una llamada de Sergio. Había dado con ese tal Ramón que estábamos buscando. Le había costado saber de él porque tenía 17 años y seguía viviendo en casa de sus padres. Estaba terminando segundo de bachiller con muy buenas notas y no tenía antecedentes. También sabíamos que ese dinero que recibía lo retiraba de su cuenta al día siguiente. Aun así, el dinero de mi madre no era el único que percibía. Desde hacía más de dos meses, todos los días le llegaba bastante dinero de otras personas. Lo que nos llamaba la atención de todo aquel asunto era que todas las personas de las que recibía dinero tenían origen oriental. Casi todos ellos coreanos.

Aunque tenía un perfil de Instagram cerrado, Sergio había conseguido meterse en su cuenta con una falsa haciéndose pasar por una chica de 18 años. Mi compañero usaba varias cuentas falsas de chicas y chicos. Se había servido de estos perfiles para algunas investigaciones que había llevado a cabo con su antiguo compañero de patrulla.

—Sé dónde pasa las tardes —me comentó Sergio cuando respondí la llamada—. Creo que ya lo tenemos.

—Hay algo que no me huele bien en todo este asunto. ¿Por qué a casi toda la gente que

extorsiona es coreana? —me cuestioné.

—Puede que sea un intermediario —dijo Sergio al tiempo que yo me pasaba la mano por la cabeza—. Es la explicación más plausible.

Aún seguía preguntándome qué motivos habían llevado a un chaval de 17 años a recibir ese dinero de mi madre y de otra gente si aún vivía en casa de sus padres. No parecía tener problemas de liquidez. Además, recibía una beca de estudios.

—Eso mismo he pensado yo —repliqué—. Hasta hace dos meses no tenía más de cuatrocientos euros en su cuenta. Ya se ha gastado casi todo el dinero de la beca. ¿En qué se puede gastar un chaval más de mil pavos todos los días? No me creo que este chico cambie tanto de la noche a la mañana. Cuanto antes resolvamos este asunto, antes saldremos de dudas.

—Hay que darse prisa.

—Voy a por ti —repuse—. Dime dónde estás.

—Estoy tomando algo con Adela en la plaza de la Reina.

—¿Te corto mucho el rollo?

—No, tío, Adela tiene cosas que hacer. Ella me ha ayudado a encontrar la información que me faltaba. Ya sabes lo buena que es en su trabajo. Hemos quedado esta noche para cenar en su casa.

—Entonces te recojo en quince minutos.

—Pasa a por mí en las Torres de Serrano. Voy a acompañar a Adela hasta su casa.

Colgué y me acerqué hasta la mesa de Penélope.

—Nos vemos esta noche. —Me despedí de Penélope con un beso en la frente.

Penélope hizo que me inclinara un poco y murmuró en mi oído:

—Eso suena muy bien. Haz que valga la pena.

—¿En tu casa o en la mía? —le dije.

—Donde quieras, pero que sea contigo.

Dejé a mi hermana y a Penélope hablando de cocina. Ambas estaban entusiasmadas. Saqué el coche del garaje y crucé hacia la otra parte del rio.

Sergio me esperaba donde me había indicado. Estaba mirando el móvil.

—Acaba de subir una foto a Instagram.

Me la mostró. Ramón era un chico delgado, de pelo rizado y negro. Llevaba unas gafas de pasta de color marrón. No sonreía a cámara y mantenía una mueca tímida. Nada en él resultaba destacable.

—Parece que no ha roto un plato en su vida —afirmé.

—Por eso mismo no me fío de él —dijo mi compañero sin un atisbo de humor en sus palabras.

Tras aparcar en el primer hueco que vi, lo encontramos en un parque que había cerca de la plaza de Patraix. Íbamos de paisano y no llamábamos la atención. Había un grupo de chavales que estaba tomando una litrona en un banco. Ramón llevaba una cazadora vaquera y tenía las manos dentro de los bolsillos.

—¿Ramón Muñoz García? —inquirí.

—¿Quién lo pregunta? —respondió un chaval rubio—. Aquí no hay ningún Ramón.

—¿Eres tú Ramón?

—¿Yo? ¿Qué dices? ¿Quiénes sois? —Ramón se sobresaltó cuando oyó su nombre.

—Soy el agente Bosch y él es el agente Grau —dije—. Esto solo va por él. Los demás os podéis largar si no queréis que os metamos un marrón.

Hice un gesto con la cabeza para que nos dejaran a solas.

—¿La pasma? —Ramón tartamudeó y se quedó blanco como la cera.

—Solo queremos hacerte unas preguntas —repliqué.

Los chavales que estaban en el banco se levantaron y nos dejaron solos. Ramón señaló a un chico de gafas que se le parecía bastante que se marchaba con una litrona en la mano.

—Déjate de chorradas. Sabemos quién eres tú —soltó Sergio.

—No he hecho nada. —Se frotó las palmas de las manos con sus pantalones vaqueros—. Yo no soy Ramón, me llamo Carlos.

—Muéstrame tu carné de identidad —le pedí.

—No lo llevo encima —respondió con algo de chulería.

Chasqueé la lengua y negué con la cabeza. Parecía que no tenía ganas de colaborar.

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Tú decides. Pareces un chico listo. —Le mostré unas esposas que llevaba en el cinturón, que me tapaba la camiseta—. ¿Qué tal si te metemos un puro por no llevar el carné encima? También podemos presentarnos en tu casa y decirles a tus padres que estabas bebiendo y montando un escándalo delante de unos menores, pero, además, te puede caer una multa por hacerlo en una vía pública. Puedo seguir con los cargos, por si no te parecen suficientes. Venga, demuestra que eres un buen chico y que todo se trata de un malentendido.

—Pero si yo no he hecho nada.

Toda la chulería que había mostrado unos segundos antes se desvaneció.

—Eso ya nos lo has dicho antes. —Sergio se mostró conciliador—. Te creemos. Por eso queremos hacerte unas preguntas.

Miró a un lado y luego a otro.

—Yo de ti no saldría por patas. Sabemos dónde vives —espeté dejándole claro que iba a hablar con nosotros lo quisiera o no—. Si sigues por ahí, puede que esta noche no duermas en casa.

—No podéis hablar conmigo si no es delante de mis padres. Soy un menor y necesitáis su consentimiento.

Tenía que reconocer que Ramón le estaba echando morro al asunto. En eso tenía razón.

—Entonces vamos a llamar a tus padres. ¿Me puedes dar tú el número o me lo tiene que indicar mi compañero? Se me ocurre también que te llevamos a comisaría y vienen tus padres a por ti.

Ramón se cruzó de brazos. Saqué el móvil al tiempo que le pedía a Sergio que me dijera el número de sus padres. Sergio los fue diciendo en voz alta, aunque antes de llegar al último número, soltó:

—Está bien, ¿qué queréis saber?

—No era tan difícil, ¿verdad? ¿Por qué estás recibiendo tanto dinero en tu cuenta?

—Ese dinero no me lo quedo yo —dijo al fin—. No es mío.

—Si no te lo quedas tú, ¿quién está ganando tanta pasta?

—Mierda —masculló entre dientes.

Jugueteó con sus dedos con nerviosismo.

—¿Tienes miedo de lo que pueda hacerte? —inquirió Sergio.

Mi compañero posó una mano en el hombro de Ramón.

—¡Eh, tío, no me toques! Te puedo denunciar por…

—Déjate ya de gilipolleces —repuse—. Venga, nos vas a acompañar a comisaría y te vamos a empapelar por varios delitos. Mientras tanto, mi compañero va a llamar a tus padres.

Lo tomé del codo y lo llevé fuera del parque.

Ramón se mordió el labio con fuerza.

—¡Espera! —lo repitió varias veces—. No sé cómo se llama. Un día me llamó un tío por teléfono que me dijo que podía ganar pasta muy fácil. Pilló mi móvil en los anuncios que voy dejando en las farolas. Doy clases particulares de inglés, matemáticas y física. Estoy reuniendo dinero para irme de viaje este verano. Solo tenía que recibir dinero en mi cuenta y luego lo tenía que sacar y entregárselo en mano. Me dijo que no tendría problemas y que era muy fácil. Me dejó claro que no quería que le hiciera transferencias para que nadie rastreara el dinero.

—¿Y ya está? —dijo Sergio—. ¿Así de sencillo?

—Sí, es todo lo que sé.

—Y, sin embargo, hemos llegado hasta ti.

—Me dijo que no podía tener una cuenta abierta porque no tenía papeles —siguió hablando.

—O sea, que no es español —aseguró Sergio.

—No, es chino, como tú —me señaló.

Sergio y yo nos miramos a los ojos.

—¿Chino? —pregunté.

—Sí. Tienes los ojos como tú. —Pasé de explicarle que yo no era chino, pero cuanto menos supiera de mí mucho mejor—. Todos los días quedo en un lugar diferente. Me llama desde un teléfono oculto y me pasa la dirección. Hoy ya le he entregado dos mil euros en la estación de autobuses.

—¿Y tú que sacas de todo esto? —Quise saber.

—Por cada mil euros que recibo me da cien euros. Me dijo que no los tuviera en el banco para no levantar sospechas.

—¿Y no te parece sospechoso recibir dinero de gente que no conoces? Has aceptado más de veinte mil euros en tu cuenta. ¿Cómo vas a explicarlo a hacienda?

—No me pueden hacer nada. Soy menor.

—Te equivocas —repliqué sacando las esposas—. Me parecías listo, pero es una auténtica pena que vayas a terminar en un centro de menores cuando te queda tan poco para terminar los estudios.

Negó con la cabeza.

—A ver, sé dónde vive. Una tarde lo seguí sin que él se diera cuenta.

—Vaya, empezamos a entendernos. —Asentí con la cabeza—. Tenías que haber empezado por ahí y no dar tantos rodeos. Nos has hecho perder el tiempo.

—Yo os digo dónde vive si me dejáis en paz.

Negué con la cabeza.

—Tú nos dices dónde vive y vienes con nosotros. No es negociable —repliqué.

—Acompáñanos —comentó Sergio poniéndole las esposas que le había pasado—. Nos vas a decir dónde vive y hasta que no demos con él no te vamos a dejar en paz.

Ramón asintió con la cabeza y entró en mi coche. Nos indicó la calle en la que vivía.

—Solo sé que vive en este edificio. Cuando subió en ascensor, vi que llegaba hasta el tercero. En el buzón no pone su nombre, así que no sé nada más.

—Has hecho bien tu trabajo hasta ahora. Déjanos que hagamos nuestra parte.

Para que no se marchara, lo esposé al reposacabezas. Me la estaba jugando con Ramón,

pero iba a llegar hasta el final de aquel asunto. Puede que solo nos estuviera contando una trola para ganar tiempo.

—¿Qué va a pasar conmigo? —inquirió Ramón.

—Tendrás que asumir las consecuencias —solté.

—Pero yo he colaborado.

—Nosotros no emitimos las sentencias —comenté—. Eso lo decidirá un juez.

Sergio llamó a una de las puertas y por fortuna nos abrió sin necesidad de identificarnos. Miramos en los buzones. En el tercero solo constaba que viviera una familia de cuatro miembros. Mientras yo subía por el ascensor, él lo hacía por las escaleras. Me esperó en el rellano. Había llegado antes que yo. Posé mi oído en una de las dos puertas que había por planta. Desde una me llegaron ruidos de una familia. Todos los habitantes hablaban en español.

Llamamos a la otra puerta, pero nadie respondió.

Sergio pulsó el timbre de la casa de la que salían voces. Una mujer de unos cuarenta años nos abrió. Nos presentamos y le mostramos nuestras placas.

—Esto es como en las películas de la tele. ¿Ha pasado algo, agentes? —La mujer se llevó una mano al pecho.

—Queremos saber si se ha mudado alguien a la puerta de al lado. Nos consta que hay un nuevo vecino.

—Sí, hace dos meses alquiló el piso un coreano de unos cincuenta años. Aunque tampoco podría asegurar cuántos años tiene. Igual tiene algunos más, pero con esa cara que tiene parece joven.

Levanté una ceja.

—¿Cómo sabe que es coreano?

—Porque lo he oído hablar por teléfono algunas veces en coreano, aunque habla muy bien el español. —Se acercó a nosotros y bajó el volumen de su voz—. A ver, he visto muchas series en Netflix y sé cómo hablan. Siempre que responde al teléfono dice eso de: *yo-bo-se-yo* —silabeó—. Creo que se dice así. Es la única palabra que me sé. Es un hombre muy educado y de

momento no hemos tenido ningún problema con él. Le alquiló el piso la de la puerta cuatro. Es una mujer mayor que vive sola, así que les responderá a todas sus preguntas mejor que yo.

—Muchas gracias por su ayuda —comentó Sergio.

—¡Ah! Suele venir casi todos los días sobre las nueve. Lo sé, porque es cuando suelo bajar a tirar la basura.

Sergio se quedó en el rellano vigilando la puerta de nuestro sospechoso al tiempo que yo bajaba a hablar con la mujer que le había alquilado el piso. Me identifiqué y le mostré la placa a través de la mirilla. Una mujer bastante mayor me abrió con la cadena puesta.

—No hace falta que me abra la puerta del todo. —La tranquilicé—. Está bien que se cerciore.

—Mi hija me dice que me asegure antes de abrir. ¿Qué quería?

—Su vecina del tercero me ha dicho que le ha alquilado el piso a un hombre. Necesito saber cómo se llama.

—¿Le ha pasado algo al señor Kim?

El corazón me empezó a bombear con fuerza. ¿Era casualidad que tuviera el mismo apellido que yo? No había tantas familias en España que se apellidaran como yo.

—Me temo que sí —comenté—. Lo estamos buscando porque está extorsionando a varias personas.

—¿Y eso qué significa? Parece algo malo. A ver, señor, soy mayor y hay cosas que no entiendo.

—Que roba a gente como usted —comenté para simplificar.

—¡Ay, no me diga! —exclamó la mujer visiblemente afectada—. De verdad que esto no me lo esperaba. En este edificio nunca ha pasado nada. Somos gente de bien.

—La creo, señora. Necesito saber cómo se llama el señor Kim.

—Espere un momento. Voy a por el contrato. Es que tiene un nombre raro y no se me queda. Yo lo llamo señor Kim, que es fácil de recordar.

Regresó en menos de un minuto y me mostró el contrato. El corazón se saltó un latido al

leer el nombre completo: Kim Cheol Gang, mi tío abuelo. ¿Ya había salido de la cárcel?

Al menos me reconfortaba que Dylan no estuviera detrás de todo aquel asunto.

—Muchas gracias, señora. Ha sido de gran ayuda.

Le envié un mensaje a Sergio mientras bajaba por las escaleras. En cuanto llegué al portal, llamé a mi hermana.

—¿Hugo? ¿Sabes algo ya?

—¿Está invitado Cheol Gang a la boda?

—Sí, la abuela me dijo que quería que viniera. La familia tiene que estar unida.

Apreté los puños.

—Me temo que eso no va a poder ser. Cuando lo encuentre, lo voy a enviar de nuevo al agujero del que nunca debió salir.

Se produjo un tenso silencio.

—¿Cheol Gang está detrás de lo mamá? —Mi hermana pareció entender por dónde iba yo.

—Sí, es él.

Capítulo 25



Penélope

—¿Tienes tres vestidos? —le pregunté a Coral—. Si ya es difícil escoger uno, no me imagino lo que tiene que ser elegir tres.

Me mostró los tres vestidos de novia que se pondría y el ramo que quería llevar en la boda. Me emocioné con ella. Entonces, recordé el vestido con el que me iba a casar con Jaime y con el que ya nunca me vestiría. No me habían devuelto la señal, pero en esos momentos no me importaba. Era perder el dinero que dejé a cuenta o comprarlo. Pensé durante unos segundos en cómo era y por qué me gustó cuando me decidí por ese. Creo que, si en ese instante tuviera que elegir uno, no me decidiría por el que había reservado. Ya no decía nada de mí, ni de mi historia.

Mientras Coral hablaba de sus vestidos, me fui contagiado de su vitalidad. Y me gustaba mucho que hubiera elegido tres.

—No es tan difícil. Quería que uno de mis vestidos fuera de cuento de hadas. Sé que solo me voy a casar una vez. Min Joon es el amor de mi vida. Lo nuestro es para siempre. —Cruzó su mirada con la de su novio. Y aunque no me lo hubiera dicho, supe que ese amor era tan infinito como el universo. Lo tenía tan claro que no vi duda en su mirada. Me sentí afortunada de ser testigo de lo mucho que se querían—. Quería otro que fuera estrecho de abajo. Mi película favorita cuando era pequeña era *La sirenita* y cuando la veía le decía a Hugo que algún día me

casaría con una cola de sirena. El tercero es para el banquete. Para mí es fundamental estar cómoda. Si se me mancha, me da igual. Eso significaría que he sido muy feliz ese día, más feliz de lo que ya lo soy en estos momentos. Bailaré mucho y comeré con todos los invitados. Va a estar toda la gente que me importa.

—Qué suerte tenerlo tan claro con… —No le pregunté la edad, aunque sabía que era un poco más pequeña que Hugo.

La veía muy madura para saber qué quería en la vida. No sentí envidia por lo que tenía con Min Joon; yo también tenía algo grande con Hugo.

Aunque Hugo y yo llevábamos muy poco tiempo, algo dentro de mí ya sabía que era diferente a lo que había sentido con Jaime. Este era un amor que había surgido de las entrañas, de mi piel, de mis labios, de su aroma, de su sabor, de nuestros besos y caricias. Era tan intenso que el corazón bombeaba al ritmo del de Hugo. Mi piel ya no me engañaba por estar con la persona equivocada. Con el paso de los días, me había dado cuenta de que con Jaime había ido contracorriente; sin embargo, con Hugo me dejaba arrastrar con suavidad como si fuésemos un río.

Así era el amor que nos teníamos Hugo y yo.

—Estoy a punto de cumplir veintiocho años —respondió a mi duda, aunque no se la hubiera hecho—. Hugo y yo nos llevamos un año. Es como si hubiera sido mi mellizo. Él se apoyaba en mí cuando todo se desmoronaba en casa y yo en él cuando no entendía por qué mi madre se pasaba las noches llorando. Hugo es el más sensible de los tres, aunque no lo parezca. Es la roca que ha sostenido esta familia desde pequeño. No sé qué habría sido de nosotros sin él.

Aunque no me lo había pedido con palabras, me estaba diciendo con la mirada que cuidara de él, que no le hiciera daño.

—Voy a hacer que lo nuestro valga la pena. A Hugo lo siento en todo mi cuerpo. No hay rincón que él no ocupe.

—Eso es amor —me dijeron Min Joon y Coral a la vez.

Asentí con la cabeza. ¡Qué bonito era ponerle la palabra justa a lo que Hugo y yo

teníamos! Era una palabra de cuatro letras, pero qué palabra más inmensa.

—Vais a ser muy felices —les aseguré cuando se levantaron de la mesa.

—Pásate un día por nuestro restaurante. Esta semana tenemos *tteokbokki* para comer. Es nuestro plato estrella.

Incliné un poco la cabeza.

—Me pasaré después de la boda. Esta semana apenas he tenido tiempo de salir a comer fuera de la pastelería. Dales recuerdos a tus padres. Me ha encantado que vengáis a conocer la pastelería.

—Nos vemos el día de la boda.

Volví a sentir nervios, pero traté de disimularlos con una sonrisa.

Coral y Min Joon se marcharon después de que les envolviera lo que había sobrado de la tarta en una cajita. Los padres de Min Joon querían probarla.

Jaime me había estado llamando mientras estuve hablando con Coral. El móvil me había vibrado varias veces en el bolsillo. No lo atendí hasta que no se marchó la hermana de Hugo. Lo que tuviera que decirme podía esperar una hora más. Era lo justo por haber estado cuatro meses mareando la perdiz y por haberme mentido.

Me metí en el obrador y le devolví la llamada. Qué pereza me daba hablar con él y qué pocas ganas tenía de saber cómo le iba la vida.

—Hola, Jaime. ¿Por qué me has llamado?

—¿Qué tal? Espero que te vayan bien las cosas.

Su voz me resultaba indiferente. Del amor que hubo en el pasado ya no quedaban ni los rescoldos. Mi relación se había diluido como la espuma del mar.

—¿Me llamabas por esto? —le pregunté un poco desconcertada.

—No, en realidad te llamaba por otra cuestión. Me dijiste que pasarías a por tus cosas un día de estos y aún no lo has hecho. —El tono de su voz parecía despreocupado, aunque también había urgencia.

—He estado ocupada y pensaba que no te corría prisa. Ya veo que me he vuelto a equivocar.

—No te estoy pidiendo explicaciones. —Trató de suavizar la situación ante mi tono que había sonado un poco a la defensiva—. Te dije que no iba de un día para otro, pero ya han pasado más de dos semanas. ¿Cuándo vendrás? Me he tomado la molestia de meter todos tus libros, tus revistas y todas esas chorradas que te gusta coleccionar en cajas. Así no tienes que perder el tiempo. Y también he desmontado tus tres estanterías. El sillón lo he metido en la habitación de invitados. La mesa de la cocina y las sillas también están desmontadas.

Mis chorradas, como él decía, eran funkos, muñecas y figuras de coleccionista que me habían costado una pasta. No quise discutir con él sobre este detalle. Si no lo había entendido cuando vivíamos juntos, menos lo iba a entender ahora que no teníamos nada. Aun así, era un detalle que lo hubiera guardado todo. Supongo que tenerlas a la vista le hacía recordar lo que tuvimos y él quería empezar con buen pie con Julio.

—Gracias por empaquetar todas mis cosas.

—Es lo mínimo que podía hacer.

Noté que aún se sentía culpable por no haber sido sincero conmigo.

—Te llamo en unos minutos y te digo cuándo puedo pasarme. Perdona por no haberte llamado antes. Sé que tú también vas liado.

Mar se me quedó mirando cuando colgué la llamada.

—¿Problemas?

—No, nada que no pueda solucionar. Tengo que recoger mis cosas de la casa de Jaime. Necesito cerrar ya este capítulo de mi vida. —Le supliqué con la mirada—. Te voy a pedir un favor. ¿Tenéis planes esta noche Gabi y tú?

—Me parece que sí. Acompañarte a casa de Jaime. Cuenta con el coche de Gabi y con el mío para cargar todas tus cosas.

Elevé los ojos al techo.

—A veces me flipa que me leas la mente. Ha recogido mis cosas. No nos llevará mucho

tiempo.

—Todo el tiempo que necesites. Las amigas estamos para esto. Ya lo puedes llamar y decir que pasarás esta noche.

Asentí y enseguida lo llamé para quedar en su casa sobre las nueve y media.

—Te espero —comentó.

—Siento ir tan tarde, pero no me puedo ir hasta que no cierre la pastelería.

—Lo entiendo. No te preocupes. Julio y yo te ayudaremos a cargar.

—Te lo agradezco.

Antes de cerrar la pastelería, Gabi llegó. Su coche era una Berlingo, por lo que todo lo que me quedaba en casa de Jaime cabría sin problema.

Nos presentamos en casa de mi ex un poco antes de las nueve y media. Fue Julio quien nos abrió la puerta. Nos hizo pasar. Había un montón de cajas en el pasillo.

Lo primero que llamó mi atención fue que ya no sentía como mío aquel hogar. Lo mejor de todo fue que no reconocí el olor de aquella casa, por lo que no me dolió decir adiós a aquellas cuatro paredes. Era como si nunca hubiera estado allí, como si mi estancia se hubiera difuminado en el olor de Julio y Jaime.

¿Cómo no me había dado cuenta de la fractura que se había producido entre nosotros? Porque lo que empezó como una pequeña fisura terminó como el cráter de un volcán. Me sentía extraña en esa casa que tan bien había conocido.

—Jaime está en la ducha. —Me señaló con la cabeza las cajas—. Te las hemos sacado al pasillo.

—¿Estas son todas las cajas?

Había más de veinte. No fui consciente de todo lo que tenía en aquel piso.

—Quedan algunas más en la habitación de invitados. Te ayudo a cargar. —Sacó un carro con una plataforma para transportar las cajas hasta el coche de Gabi.

Jaime no tardó en aparecer. Se había puesto un pantalón de chándal y una camiseta corta. Se secaba el pelo con una toalla. Me empezó a faltar el aliento y no fue porque sintiera algo por

él. No se trataba de nada de eso. Noté la mano de Gabi que se deslizaba por mi brazo hasta llegar a mis dedos. Empecé a recordar cómo me quemaba su mirada fría cuando nos metíamos en la cama o cuando llegaba de trabajar. Yo creía que seguía habiendo pasión, que mi piel reconocía la suya, pero yo me había mentido durante muchos meses. Y claro que hubo amor, aunque con Hugo entendí que con Jaime nunca hubo magia. Y un amor sin magia es un amor que hace aguas en algún momento, un amor sin más, que no echa raíces.

Me sonrió y le devolví el gesto. Creo que él tenía tantas ganas como yo de acabar con aquello cuanto antes. Nos ayudaron a cargar las cajas en los dos coches y bajaron el sillón y la mesa y las sillas por las escaleras. No tardamos más de veinte minutos en sacar todo lo que tenía en la casa de Jaime. El carrito fue de gran ayuda. No sé por qué no se me había ocurrido pillar el que tenía en la pastelería.

Cuando lo tuvimos todo cargado, Jaime y yo nos quedamos callados. Le ofrecí mi mano, pero él se tomó la licencia de abrazarme.

—Sé feliz —murmuró en mi oído—. Siento no haber podido darte lo que necesitabas.

Tragué saliva. Me inundó una sensación de paz que me recorrió todo el pecho.

—Lo hicimos lo mejor que supimos —le dije—. Tuvimos años buenos.

—Me quedo con todas nuestras risas y todas las locuras que hicimos.

—Gracias por todo lo que me diste. —Me separé de él—. Cuídate.

—Nos vemos. —Se despidió de mí con un beso en la mejilla.

Me di cuenta, cuando él se dio media vuelta, de que fue más fácil decirle adiós que quererlo.

Cuando subí al coche de Gabi, dejé escapar un gran suspiro.

—Pensaba que iba a doler.

—Ya pasaste el duelo estos meses atrás. Es normal que no te duela ahora.

—No pensaba que tuviera tantas cosas en casa de Jaime. Ahora me toca hacer más mía la casa de mi abuela. Estoy muy a gusto en mi piso.

Dicen que un clavo saca a otro clavo. Hugo no ocupó el lugar de Jaime, más bien diría que había llenado su propio espacio.

Gabi no me preguntó nada, se limitó a poner una canción de nuestra película favorita. Cantamos juntas *Dancing Queen* y, cuando acabó, seguimos con otras de la banda sonora.

¡Qué bien sentaba cantar con alguien!

Estábamos llegando a mi casa cuando me pareció ver a Dylan por la calle. Un hombre estaba discutiendo con él.

—¡Para! —exclamé.

—¿Qué pasa? —Quiso saber Gabi.

Me giré en el asiento para ver si era Dylan o me había equivocado de persona. Pero era inconfundible con esa altura. El hombre estaba de espaldas, pero podía ver cómo lo había agarrado del cuello de la camiseta. Aunque Dylan era un poco más alto que el hombre, no trató de defenderse.

—Es Dylan. Me parece que tiene problemas. Llama a la policía.

Salí sin pensármelo del coche.

—Me dijiste que me pagarías esta semana. —Alcancé a oír lo que le estaba diciendo el hombre.

No había agresividad en el tono de su voz. Aun así, no me gustaba cómo sonaba esa amenaza.

—No te debo nada ya. —Dylan trató de desembarazarse del agarre—. No te tengo miedo.

—Yo vivo de cobrar intereses, sobrino —dijo el hombre.

—¡Eh! Suelta al chaval —le pedí.

El hombre se giró con calma hacia mí. Me sorprendió ver el gran parecido que tenían.

—Penélope, será mejor que no te metas en esto. —Dylan tragó saliva—. Vete.

Me extrañó que no me dijera cuñada ni usara ese tono guasón con el que solía hablarme. Y aunque me había pedido que no me metiera, no podía dejarlo pasar. Ahí estaba pasando algo y me temía que Dylan se hubiera metido en otro lío.

—Será mejor que sigas tu camino, *rubita*. Esto es algo entre mi sobrino y yo.

Entendí el gran parecido entre ellos.

—¿Es tu tío de verdad? —Quise asegurarme.

—Sí, es hermano de mi abuela. No es nada. Márchate.

—A mí no me parece que no sea nada.

—¡Lárgate! —me exigió el hombre.

Zarandeó a Dylan.

—Te he dicho que sueltes a Dylan. —Se lo volví a pedir y me acerqué a ellos—. No me iré hasta que no vea que estás más tranquilo.

El hombre empujó a Dylan contra la pared. Me interpuse entre ellos dos.

—Pero ¿qué demonios haces? —grité.

—Métete en tus propios asuntos —espetó el hombre y me dio un empujón que me tiró al suelo de culo—. No se te ha perdido nada aquí.

—No me voy a ir hasta que no lo sueltes y lo dejes en paz.

Saqué el móvil y busqué el teléfono de Hugo. Me temblaban las manos y me costó encontrar su número. No me había hecho daño, aunque estaba segura de que la próxima vez igual no tendría tanta suerte y recibiría algún golpe más fuerte. El empujón solo había sido una advertencia. Me respondió al tercer tono.

—Creo que tu hermano está metido en un lío… —dije nada más descolgar.

No pude continuar hablando, porque el hombre me arrancó el teléfono de las manos y lo estrelló contra el suelo. Después lo machacó con el pie y le dio una patada que lo lanzó debajo de un coche.

—¿Se puede saber qué coño haces? —grité.

Mar y Gabi llegaron enseguida hasta donde nos encontrábamos.

—¡Eh! Suelta a mi amiga —exclamó Gabi.

—La policía tiene que estar al llegar —dijo Mar.

El hombre mayor miró a Dylan y crujió los nudillos de su mano derecha. Apretó los

dientes. Me pareció advertir que le hacía un gesto a Dylan para que no dijera nada.

—¿Quién te ha dicho que hagas nada? —preguntó Dylan—. Esto es cosa de familia.

—No sé muy bien qué líos te traes con este tío, pero no me parece que no pase nada. Déjame que te ayude, por favor.

—¡Que te largues! —replicó Dylan.

Aunque Dylan me había pedido que me marchara varias veces, no lo vi claro. Me pregunté cuánto tardaría en llegar la policía. Esos minutos se me estaban haciendo eternos.

—Ya has oído a mi sobrino. Vete por dónde has venido.

—¿Y si no quiero? ¿Qué me vas a hacer? ¿Me vas a pegar otra vez?

—Llama a la policía y diles que se trata de un error. —Me pidió Dylan.

Oí una sirena y solté un suspiro de alivio.

—La policía ya está aquí —dije—. Demasiado tarde.

—No pienso caer solo —lo amenazó el hombre—. Tú estás en el hoyo.

—No he hecho nada.

—Eso es lo que tú crees.

El estómago se me encogió al oír esa amenaza velada contra Dylan. Él solo quería una segunda oportunidad y ese tipo deseaba volver a machacarlo.

Se giró sobre sus zapatos y comenzó a correr.

A pesar de que había escuchado una sirena, no observé que llegara ninguna patrulla.

—Es una aplicación —replicó Mar volviendo a poner la sirena.

Dylan se dejó caer al suelo. Se tapó la cara con las manos. Me arrodillé a su lado.

—¿Qué es lo que pasa, Dylan? —le pregunté.

Se limitó a encogerse de hombros.

Por suerte, la policía apareció en esos momentos.

—¿Ha sido usted la que nos ha llamado? —preguntó uno de ellos dirigiéndose a mí.

—No, he sido yo —respondió Mar—. Un hombre estaba amenazando a este chico.

—¿Es eso cierto? —El agente se giró hacia Dylan—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Nada. Es mi tío. Me estaba pidiendo un favor —repuso Dylan—. Mi tío se preocupaba por mí. Eso es todo.

—¿Y por qué no está aquí? —inquirió el otro policía.

—Tenía cosas que hacer —contestó Dylan—. Está muy ocupado.

—Chaval, si estás metido en un lío, deja que te ayudemos.

—Soy el agente Bosch. —La voz de Hugo sonó detrás de mí.

Me giré hacia él y me coloqué a su lado. Cómo me alegré de oír su voz. Hugo mostró el número de su placa.

—Te conozco —comentó uno de los dos policías—. No recuerdo tu nombre, pero sé que te dicen Busan, ¿verdad?

—Sí, soy Hugo. —Achicó un poco más los ojos y señaló al otro policía—. Tú eres Nacho. ¿no? Íbamos juntos a la misma clase en el instituto y también fuimos de viaje de fin de curso a Roma.

Hugo trató de mostrarse despreocupado, pero yo sabía que no era más que una pose.

—Sí, ahora te recuerdo. Nos conocemos del instituto —reconoció el agente.

—Es mi hermano. El otro hombre es Kim Cheol Gang y tiene antecedentes penales. Hay una orden de busca y captura contra él. Tres mujeres y un hombre han decidido denunciarlo por extorsión. Además, una de sus víctimas asegura que ha perdido varios dedos de una mano. Su carta de presentación es la de ser prestamista, pero sabemos que en ocasiones utiliza la violencia física. No me he puesto en contacto con todas las víctimas, pero estoy seguro de que alguna más querrá denunciarlo.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Te estaba amenazando? —Quise saber mirando a Dylan.

Me arrodillé frente a Dylan y posé mis manos en sus mejillas. Necesitaba saber que estaba bien.

Dylan miró primero a su hermano antes de responderme.

—Sí —contestó tragando saliva. Después se levantó del suelo—. ¿Estás bien?

—No me ha hecho daño.

—La ha tirado al suelo —repuso Gabi—. Ha usado la violencia contra Penélope.

Hugo se acercó a mí. No se fiaba de que no estuviera bien. Me tomó de las manos y me echó un vistazo.

—¿Te duele algo? —Su voz sonó ronca, como el gruñido de un perro.

—No, tranquilo. Ni siquiera tengo un rasguño.

Uno de los policías sacó una libreta.

—¿Quiere presentar una denuncia? Por poco que sea, estaría bien que constara.

—¿Eso significa ir a comisaría? Es que estoy de mudanzas y aún no he cenado. Llevo en pie desde las siete de la mañana y tengo que subir un montón de cajas a mi casa.

—No es necesario que sea ahora, pero no tarde mucho. Puede ratificarla en setenta y dos horas.

—Estoy al cargo del caso de Kim Cheol Gang. Tengo constancia de que mi madre es una de las extorsionadas, pero aún no he podido hablar con ella y recabar datos.

Los dos agentes tomaron nota de lo que había pasado. Una vez terminaron, chocaron sus manos con la de Hugo y después se marcharon.

—¿Tienes algo que ver con él? —Hugo se giró hacia Dylan—. Si es así, estás metido en un lío de los gordos. Esta vez no podré ayudarte.

Dylan negó con la cabeza.

—No, aunque podía haberlo tenido. Hace dos meses, cuando salió de la cárcel, me llamó para ofrecerme un trabajo. Necesitaba a alguien que fuera menor de edad. Pero enseguida me olí que ese negocio no era tan limpio.

—¿Por qué te buscaba? Mamá le ha pagado tres mil euros. ¿Qué sabes de eso?

Dylan tomó aire antes de responder:

—Cheol Gang le estuvo pasando mucha pasta a papá mientras estuvo en la cárcel. A papá le gustaba apostar y casi siempre perdía. El tío me dijo que si yo trabajaba para él le perdonaba la deuda a papá. Si se lo ha pedido a mamá es porque cree que se lo debe.

—Mamá siempre ha pagado las deudas de papá. Ni muerto la deja en paz. Malnacido —masculló Hugo entre dientes—. Lo único que hizo bueno mamá cuando se casó con papá fue hacerlo en régimen de separación de bienes. Mamá no tiene por qué hacerse cargo de las deudas de papá.

Ahogué un gemido. Acaricié el brazo de Hugo. Él posó su mano sobre la mía.

—Estoy bien —murmuró girándose hacia mí.

A mí no me lo parecía, aunque no se lo diría.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Hugo.

—Me dijo que papá le debía más de cincuenta mil euros más intereses.

—¿Y pretende que los pague mamá? —musitó Hugo—. Si piensa que nosotros vamos a pagarle las deudas de papá lo lleva claro. No hemos firmado nada que nos vincule al tío. No entiendo cómo no has acudido a mí. —Se giró hacia su hermano.

Capítulo 26



Hugo

No dejaba de darle vueltas al tema de mi madre y por qué había accedido a pagar las deudas de mi padre. Aún no había hablado con ella, pero era cuestión de minutos que me lo confirmara.

Me cabreaba que no hubiera tenido la suficiente confianza como para hablar sobre ese tema conmigo. Entré en la policía para proteger a mi madre y en esos momentos me sentía un poco impotente. Quizá no me habría enterado de los trapicheos que se traía mi tío si mi madre no hubiera pagado la deuda. Se había metido con la persona equivocada. Estaba seguro de que mi tío contaba con que ni mi madre ni mi hermano se irían de la lengua. De eso se servían los tipos como Cheol Gang.

Pero antes de ir a casa de mi madre, ayudamos a Penélope a subir todas las cajas a su piso. Dylan y yo nos fuimos por las escaleras con el sillón, la mesa y la silla mientras ellas cargaban cajas en el ascensor.

—No sé a qué hora llegaré esta noche. Puede que sea tarde y no te quiero despertar —le dije a Penélope antes de despedirme de ella.

—No te preocupes. Te esperaré en la cama. Tómate el tiempo que necesites. —Sacó una llave de su bolso—. No hace falta que saltes el muro. Mejor entras por la puerta.

Le di un beso en la frente y me marché con Dylan.

Mientras iba por la calle, pensaba en mi tío. Si Cheol Gang era listo, no se acercaría a casa de mi madre ni tampoco iría a la que tenía alquilada en Valencia. Tenía muy pocos sitios a los que acudir. Me pregunté dónde se metería una rata como esa. Supuse que tiraría de algún amigo, aunque me temía que ya le quedaban muy pocos.

Dylan mantenía los hombros caídos y había escondido las manos en los bolsillos. En un momento dado, se apoyó en una pared y se llevó una mano al costado. No había abierto la boca desde que llegamos a casa de Penélope.

—¿Qué tienes? —Le levanté la camiseta que llevaba.

Él tiró de ella para que no viera un hematoma que tenía en la zona lumbar.

—No es nada. Solo es un golpe que me he dado con una mesa.

—¿Te lo ha hecho él?

Negó con la cabeza.

—¿Por qué lo proteges? No le estás haciendo ningún favor ni tampoco me lo estás haciendo a mí. ¿Sabes qué significa que haya una orden de busca y captura contra él?

Dylan se encogió de hombros.

—No, aunque supongo que no es nada bueno —repuso.

—Una de sus víctimas ha perdido tres dedos porque le había pagado tarde. Ya te he dicho que no es la primera vez que usa la violencia. No sería la primera vez que alguien pierde los dedos de sus manos por no pagarle.

Ahogó un gemido y se miró los dedos de su mano derecha. No solo es que le doliera el golpe, sabía que había algo más.

—No es culpa tuya —le dije a Dylan—. ¿A ti también te ha amenazado con perder algún dedo?

Dejó caer el peso de sus hombros y asintió con la cabeza.

—Te juro que no sabía que le estaba pidiendo dinero a mamá. Y también pensaba que sabías que había salido de la cárcel.

—No. —Posé mi mano sobre su hombro—. Espero que esto te sirva para que la próxima vez que estés metido en un lío me llames.

—Quería sacarme las castañas del fuego yo mismo. Soy mayor de edad.

—¡Joder, Dylan! El tío no se anda con tonterías. Sé que te crees que sabes todo de la vida, pero aún te queda mucho camino por recorrer. Solo te pido que confíes un poco más en mí. Estoy para echarte una mano. El tío se ha equivocado de víctima.

Me miró de reojo.

—Ese era uno de los motivos por el que la abuela concertó una cita con la nieta de la señora Park. Ellos son respetados dentro de la comunidad y tienen mucho dinero. Quería lavar la imagen de la familia y que no hubiera ninguna mancha. La abuela no para de decir que su hermano ha cambiado y que ya no es el mismo de antes.

—¿De verdad pensaba que podría lavar así la imagen? Menuda estupidez. Se ha vuelto a meter en otro lío. No podemos tapar de esta manera que el tío sea un delincuente, como lo fue papá.

—La abuela siempre dice de él que es un prestamista.

—No, cuando extorsiona a la gente y usa la violencia. Entonces se convierten en víctimas.

—No es tan diferente a lo que hacen los bancos —replicó Dylan.

Tenía que darle la razón a mi hermano.

—Pero los bancos tienen el beneplácito de los de arriba. Ellos manejan los hilos. —Me tomé un segundo para pensar—. Los métodos que usa el tío son ilegales. Y no es que esté defendiendo a los bancos, pero siempre se mueven dentro del marco de la legalidad. Si el tío usa la violencia, traspasa los límites. En este caso, ha amenazado a varias personas y ha llegado a la violencia con varias de ellas. Vuelve a las andadas.

Dylan se mordió un labio y se pasó una mano por su pelo.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —quise saber—. Esto no es solo por el dinero que le debía papá. ¿No es cierto? Suéltalo ya. Has estado toda la noche dando rodeos. No

perdamos más el tiempo.

Soltó un bufido incómodo. Cerró los ojos y le dio una patada a un papel que había en el suelo.

—Cuando tenía doce años, unas semanas antes de que a papá lo metieran en la cárcel, me llevó a una timba ilegal que organizó Cheol Gang. Aquel día, papá me esperaba en la puerta del instituto. Me había traído la merienda. Era la primera vez que lo hacía. Tú llevabas en Madrid más de tres años. —Apreté los puños al recordar aquella época en la que hablaba con mi madre cuando sabía que mi padre no estaba en casa—. Yo llevaba aún mi mochila cuando llegué a aquel chaletazo. Yo estaba alucinado con todo el dinero que se movía en esa casa. Era de un amigo del tío y tenía una piscina que flipas. Papá me dijo, que de los tres, yo era el que más se parecía a él. No dejaba de repetir que nuestra suerte iba a cambiar esa tarde.

—¿Cuántas veces se lo oí decir? —farfullé con una mueca de asco—. Y yo también me creí sus mentiras, las promesas de que íbamos a ser la familia que él me pintaba. Siempre se le dio bien vender castillos en el aire.

—Papá había visto una casa con jardín y piscina y quería que nos fuésemos a vivir allí. Me enseñó las fotos de aquella casa y decía que mamá sería muy feliz. Que volveríamos a empezar como familia. Yo iba a ser su talismán. Era de los que pensaban que el dinero llamaba al dinero. Papá llevaba en el bolsillo más de dos mil euros. Odiaba no tener nunca ni un céntimo en el banco.

—Era un ludópata y un borracho. Todo el dinero que caía en sus manos se lo gastaba. Si de verdad hubiera tenido ese dinero, no se lo habría gastado en una casa. Ya te lo digo yo. Hubiera buscado una excusa para seguir apostando. Nada era suficiente para él. Tenía un bolsillo roto.

Dylan asintió con la cabeza.

—También me dijo que estaba orgulloso de mí. Era la primera vez que me lo decía. —Se llevó un dedo a la boca y se mordió el pellejo de una uña—. Para mí era importante y me sentí bien.

—Lo sé. A mí no me tienes que demostrar nada. El otro día a muchas chicas les gustaste.

—¿Sabes lo que me flipó? —Negué con la cabeza—. Todas las mujeres que había en aquella timba. Iban en bikini y se paseaban del brazo del tío y de su amigo. Papá me dijo que esa era la vida que me esperaba si hacía todo lo que me pedía.

—Nunca tuvo escrúpulos —murmuré más para mí que para Dylan.

—Papá me hizo apostar por él en aquella ocasión. No tenía ni idea de lo que eso significaba. Las dos primeras apuestas gané dos mil euros, estaba eufórico. Con doce años me veía rico, pero la tercera, perdí esos dos mil euros más otros mil. El tío me hizo firmar un documento cuando perdí. Arranqué dos hojas de mi libreta y me hizo escribir. Yo no entendía nada, pero después de firmar, me palmeó la espalda y me comentó que ya era un hombre. Me dijo que me pediría ese dinero cuando fuera mayor de edad. Fue la única vez. No quise ir más veces. Muchas noches, me dormía pensando en todo el dinero que le debía al tío y que vendría a por mí. Tenía pesadillas y esperaba que en cualquier momento el tío se presentara en casa y le soltara a mamá lo que yo era.

—¿Qué se supone que eras?

—Alguien como papá.

Solté un bufido de indignación.

—Métete esto en la cabeza. No lo eres. Estoy casi seguro de que esa idea no salió de papá, el tío le pidió que apostaras por él —le dije—. Te apostó a ti. Los ricos apuestan su dinero, mientras que los pobres arriesgan su vida. Era su manera de tenerte pillado de por vida, como tuvo siempre a papá.

—Yo no quería deberle nada al tío y empecé a meterme en líos para pagar esos tres mil euros. Pero cada vez la liaba más gorda. Aquella noche vi que un hombre perdía un dedo. Nunca he podido quitarme esa imagen de la cabeza. Pensaba que eso mismo me iba a pasar a mí. Le cortó un dedo por mil euros. Creía que perdería tres. Ya no volvería a tocar la guitarra.

Me giré hacia él y lo tomé de los hombros.

—¿Ese fue uno de los motivos por los que empezaste a robar bolsos?

—Solo fue una vez, te lo juro. Ya te lo dije. El tío no dejaba de llamarme y yo quería arreglarlo por mi cuenta. Se me fue la bola. Estaba jodido, porque por más que hiciera creía que yo era como papá.

—Eras menor de edad. ¿Por qué te crees que no pueden entrar los menores a un casino? Se les caería el pelo. El juego no está prohibido siempre y cuando tengas más de dieciocho años. No tenía derecho a pedirte nada. Ese papel que firmaste no es válido.

—Para él sí que lo es. Se rige por otras reglas. —Se calló. Sentí como propio el peso que llevaba mi hermano sobre sus hombros—. Además, me pide todos los intereses de todos estos años.

Abrí los ojos de par en par.

—¿A cuánto ascienden esos intereses?

—A seis mil euros.

—¡Joder! —exclamé—. Él no puede saltarse la ley porque le dé la gana. Todo esto me parece una locura. No podemos pillarlo por el tema de los préstamos que hace, pero sí que lo podemos detener por extorsionar a mamá y a mucha más gente. Si utiliza a una tercera persona para cobrar es porque su negocio no es limpio. ¿Aún conservas ese papel? Cuando te lo hizo firmar, eras menor.

—Está guardado en un cajón de mi habitación. Aun así, él tiene otra copia que yo firmé.

—¿Te acuerdas si esa noche había algún otro menor?

—Sí, había un chico más o menos de la misma edad que yo.

—Ese es otro motivo por el que podemos empapelarlo.

Llegamos a casa de mi madre. Cuando abrimos la puerta, mi madre había puesto la cadena. Enseguida vino a abrirnos. Tenía los ojos húmedos y un pañuelo en la mano.

—¿Qué pasa, mamá? —Dylan fue el primero en llegar hasta ella—. ¿Es por mí? Te juro que lo voy a solucionar. No quiero darte más problemas. Por favor, no llores.

Mi madre se pasó el pañuelo por los ojos.

—El tío no deja de llamarme, de pedirme dinero. —Hablaba entrecortadamente y le

temblaba todo el cuerpo—. Ha intentado entrar en casa, pero he puesto la cadena. Tenía miedo de que pudiera pasar. Yo estaba sola, no tenía a nadie aquí…

Llevé a mi madre hasta el comedor e hice que se sentara.

—Te voy a preparar una infusión —solté—. Te tienes que calmar. Ahora estamos aquí. No te va a pasar nada.

—Me pide un dinero que no tengo. —Mi madre tomó las manos de Dylan—. He pagado ese pagaré que firmaste, pero, aun así, me pide mucho más. No tengo seis mil euros. Todo lo que tenía me lo he gastado en la boda de tu hermana.

—Y aunque los tuvieras, no tienes por qué pagarlos —le dije.

—Yo solo quiero hacer las cosas bien.

Dylan se marchó a la cocina para prepararle una tila.

—Antes de pagarle, tenías que haber hablado conmigo —le recriminé.

—Son cosas de familia —se excusó ella.

—No, él se estaba aprovechando de un niño de doce años —repliqué—. Es ilegal que un menor juegue.

—Pero firmó un papel —insistió mi madre.

—¿Me estás escuchando? No tiene validez —aseguré—. Es papel mojado.

—Lo tiene para mí. No quiero que ninguno de mis hijos le deba nada a Cheol Gang. Acudí a él para pagar lo que nos quedaba de casa y nos ayudó.

—Bien caro que pagaste los veinte mil euros que te dejó. Al final él se llevó treinta y cinco mil —le recordé—. Tú siempre has pagado tus deudas. Él estaba haciendo negocios contigo, no una obra de caridad.

Dylan se presentó en el comedor con la infusión y me mostró el papel que había firmado. Por un segundo, esbocé una sonrisa. En esa hoja mi tío solo había escrito su nombre, el de mi hermano, la fecha y la cantidad que le debía. No se hablaba de intereses.

Le pasé la hoja a mi madre para que la leyera, aunque no había mucho que leer. Reconocí la letra infantil de Dylan, aunque apenas había cambiado en esos últimos años. Eran apenas dos

líneas y tres firmas. También constaba la de mi padre, que respondía por mi hermano.

—Ya le has pagado ese dinero. No hay nada en este acuerdo que hable de intereses. —Me negaba a llamar contrato a ese trozo de papel que mi hermano había arrancado de una de sus libretas—. Y por esto mismo y por otros delitos lo vamos a pillar. Esta tarde se ha activado una orden de busca y captura contra él. Hay cuatro personas que lo han denunciado. Tú también puedes hacerlo.

Mi madre negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo. —Le tembló el labio—. Si lo hago, cargará contra Dylan.

—¿Qué puede hacer?

—Sacará los trapos sucios de tu hermano. Y puede que llegue a algo más…

Volvió a llorar.

—Sé que no he sido un ángel, pero no quiero vivir con miedo. Si quiere soltar mierda por esa boca que lo haga. Sí, robé un coche con dieciséis años, sí, lo volví a hacer unos meses después y me enviaron a un reformatorio. Pero no he hecho nada más.

Por fortuna, Penélope no lo había denunciado.

—Si lo denuncio no sé cómo se lo tomará mi madre. No me lo va a perdonar. Los trapos sucios se lavan en privado.

—La abuela no tiene que decir nada. No puede proteger ni excusar a un delincuente. Ahora descansa. Dylan está en casa.

Mi madre se tomó la infusión. Esperé a que se tranquilizara para marcharme.

—Yo cuidaré de ti —le dijo mi hermano antes de que cerrara la puerta.

Me fui de casa de mi madre con una sensación agridulce en el estómago. Hasta ese momento no la había podido proteger, pero tenía que entender que no podía ir por su cuenta.

Pero en ese momento solo quería meterme en la cama y dejar de pensar en mi tío. Antes de pasar por la casa de Penélope, me metí en la mía. Pegué la oreja a su puerta. No oí el sonido del televisor. Necesitaba darme una ducha de agua caliente y si me duchaba en casa de Penélope la despertaría. Pasaban las doce y media de la noche.

Cuando me puse cómodo, salí un momento a la terraza para colgar la toalla húmeda.

—Tú y yo nos vamos a llevar bien…

Me quedé paralizado al reconocer la voz de mi tío. Me asomé por encima del muro, pero observé que estaban en el comedor.

—Yo no me llevo bien con ladrones que amenazan a chavales —le respondió Penélope.

¿Por qué no podía quedarse callada en vez de provocarlo?

Escuché un golpe seco.

—No te pases de listilla conmigo. No sabes con quién estás hablando.

Antes de intervenir por mi cuenta, hice una llamada a mi central y los puse sobre aviso. Como no sabía si mi tío amenazaba a Penélope con algún arma, me decidí a terciar. Cogí mi pistola y unas esposas, me las coloqué en la cinturilla de mi pantalón y evalué por dónde acceder a casa de Penélope. Resolví que era mejor entrar por la puerta de entrada. No la cerré. Mis compañeros no tardarían en llegar. Usé la llave que me había dado un rato antes. Me moví con cautela. El corazón me bombeaba en la garganta. Tomé varias respiraciones antes de avanzar por el pasillo. En esos momentos, tenía que mantener la cabeza fría. Por suerte, solo estaba encendida la luz del comedor.

—¿Qué quieres de mí? No tengo dinero en casa.

—Quiero que llames a mi sobrino. Necesito hablar con él. A ti te escuchará.

—Se me ha roto el móvil y no me sé su número.

—Eso no es un problema. Puedes llamar desde el teléfono fijo. Yo te dictaré el número.

Solo me salvaban dos metros para entrar en el comedor.

—Si lo llamo, ¿qué pasará con él?

—Eso no te tiene que preocupar.

Saqué mi móvil y lo puse en modo avión para que no me entraran llamadas ni notificaciones.

Percibí que Penélope ahogaba un gemido.

—Está bien, lo llamaré.

Aunque no lo veía, ahora tenía la certeza de que tenía un arma en la mano. La puerta estaba entornada.

—Lo tiene apagado —dijo Penélope.

—Aparecerá. No hay prisa.

—Necesito ir al baño un momento —soltó Penélope—. Estoy en uno de esos días, no sé si me entiendes.

Si salían al pasillo, tenía una oportunidad de pillar a mi tío.

—Deja el teléfono encima de la mesa. Levanta, te acompaño. No te separes mucho de mí y no se te ocurra gritar.

Permanecí lo más pegado a la pared que pude.

Primero salió Penélope al pasillo. Nuestros ojos se encontraron y observé que el labio le temblaba. Mi tío la amenazaba con una navaja. La punta la tenía muy cerca de la carótida. En ese segundo supe que mi tío no dudaría en llegar hasta el final. Sabía que estaba con el agua hasta el cuello y que no se libraría de nuevo de la cárcel.

Cuando apareció mi tío, tiré con fuerza de Penélope hacia adelante. Al mismo tiempo que ella caía de rodillas al suelo, mi tío me clavaba la navaja en el antebrazo. No fue un corte profundo. Le di un codazo en la mejilla y después lo tiré al suelo de una patada en las corvas.

Me saqué la navaja del antebrazo y la tiré con el pie al fondo del pasillo.

—No te quedes en el pasillo —le pedí a Penélope—. Métete en mi casa. La puerta está abierta.

Penélope salió corriendo. En ese sentido me quedé algo más tranquilo. No tenía que preocuparme por ella.

Aunque no perdí de vista a mi tío, había sacado una segunda navaja no sé muy bien de dónde.

—Tenías que meter las narices en mi negocio.

—Te has metido con la persona equivocada. No deberías haber tocado a mi madre. Será mejor que bajes el arma. Mis compañeros están a punto de llegar.

—Prefiero que me la quites tú de las manos.

Se tiró hacia mí con la navaja por delante y di un salto hacia atrás. Se movía con agilidad, pero yo lo era mucho más que él. Le di otra patada en la mano, pero no conseguí que soltara el arma.

—¿Sabes qué le pasará a tu hermano si no me paga? Pagaré a alguien para que le corte un dedo o tenga un accidente.

Me estaba provocando, pero no entraría en su juego.

—¿Estás amenazando a mi hermano?

—Sí, me debe mucho dinero.

—No te debe nada. En el papel que le hiciste firmar no hablabas de intereses.

Antes de que saltara otra vez sobre mí, me adelanté a sus movimientos. Le di un puñetazo en la nariz. Sonó un crack que me confirmó que se la había partido.

—Si tocas un pelo a mi hermano, a mi madre o a mi hermana haré que tu vida sea un puto infierno en la cárcel. Esto sí es una amenaza. Ya puedes hacer correr la voz. Mi familia es intocable. Hazte un favor. Olvídanos.

—Tú no me puedes amenazar.

—¡Claro que sí! No me pongas a prueba. Tu vida será mejor dentro de la cárcel. Puedo hacer que visites todas las semanas la enfermería. Y eso es solo el principio de lo que te espera.

Después le agarré con mis dos manos el brazo en el que tenía la navaja y le pegué un golpe con la rodilla. Sonó otro crack. Sabía que le había partido el brazo.

Había logrado desarmarlo, pero mi tío me golpeó con la otra mano en el costado. Llevaba un puño americano. Con un movimiento, conseguí ponerlo boca abajo para ponerle las esposas. Coloqué una rodilla sobre su espalda para que dejara de moverse.

—Kim Cheol Gang, estás detenido… —No pude terminar la frase.

Me faltó el aliento. Me miré el costado. No tenía sangre, pero sabía que como poco me había fisurado una costilla.

En ese momento, llegaron mis compañeros.

—Todo vuestro —dije con un hilo de voz.

Penélope entró después de que se llevaran a mi tío. Se abrazó a mí. Di un respingo por el dolor.

—Estás herido. ¿Dónde te duele?

—No es nada. No te preocupes.

Penélope se puso a llorar.

—No me digas que no me preocupe. Me dijiste que en Valencia no pasaban este tipo de cosas.

—Para todo hay una primera vez. —Traté de quitarle hierro al asunto—. ¿Tú estás bien? —Asintió con la cabeza—. Entonces ha valido la pena. Era un riesgo que tenía que correr.

Penélope no dejaba de llorar.

Los sanitarios que llegaron después de mis compañeros me evaluaron y me llevaron al hospital. Pero antes me cosieron la herida y me pusieron la vacuna antitetánica. Solo me preocupaba no poder llevar a mi hermana hasta el altar. Cuando la médica me confirmó que solo tenía una fisura y una contractura dorsal, suspiré aliviado. Solo debía guardar reposo unos días, dos meses para recuperarme y además tendría que llevar un vendaje.

—Venga, vámonos a casa —me comentó Penélope después de que la médica me diera unos analgésicos, unos relajantes musculares y unos antiinflamatorios—. Ha sido un día muy largo.

—Sí, vámonos a casa.

—¿Te duele mucho?

—No, casi ni lo noto.

Me observó con la ceja arqueada.

—¿Del uno al diez cuánto te duele?

—Menos siete.

—Eres un mentiroso. Si me dices cuánto te duele de verdad prometo ser una enfermera

muy eficiente. Mi padre ha sido médico toda su vida y tengo unas manos prodigiosas.

Me llevé la mano al costado.

—Más cien. Eso es lo que me duele.

Me abrazó y yo me aferré a sus caderas. Me besó cada centímetro de mi rostro hasta posar sus labios en los míos. Se me olvidó hasta mi nombre.

La miré y supe que me daba igual si era en su casa o en la mía. Si ella estaba, todo lo demás no tenía importancia.

—Nunca he estado más seguro de nada.

—¿De qué? —me preguntó ella.

—De que te amo desde que te vi. Te quiero, uno de los dos tenía que decirlo y no me quiero guardar esto que siento más tiempo.

Era la primera vez que se lo decía.

—Yo… yo también te quiero, hoy y todos los días.

Capítulo 27



Penélope

Nos habíamos quedado en su casa. Él había enviado un mensaje de voz a su hermano para decirle cómo había terminado la noche y yo se lo mandé a Gabi. Me comentó si quería hablar, pero estaba cansada y no tenía ganas de nada. Tenía que digerir todo lo que me había pasado ese día. Demasiadas emociones en tan poco tiempo.

En cuanto Hugo tocó su cama, cerró los ojos y no los volvió a abrir durante toda la madrugada. En cambio, yo apenas había dormido esa noche. Cuando el sueño me vencía, aparecía de nuevo la imagen del tío de Hugo en mi mente y me despertaba agitada y bañada en sudor. Aunque había tratado de hacerme la dura con el tío de Hugo, no dejaba de darle vueltas a que ese hombre me había puesto una navaja en mi cuello y no habría dudado en rajármelo de no haber aparecido Hugo. Me había pasado casi toda la noche tratando de calmarme acompasando mi respiración, haciendo ejercicios para tranquilizarme. La tila apenas me había hecho efecto.

También estuve pensando en cómo había sido mi anterior relación. Me había dado cuenta de que Jaime y yo queríamos una vida perfecta, lo teníamos todo organizado, mientras que con Hugo era diferente. Solo deseaba que me quisiera, que me viera, que tomara mi mano todas las noches. No era mucho lo que pedía, o sí, en realidad lo deseaba todo. El amor tenía algo de canalla. Me parecía que era como un ladrón que está agazapado en una callejuela solitaria

buscando un tesoro y cuando encuentra la fortuna todo brilla con otros colores. No todas las historias de amor tienen un final feliz.

También le di vueltas al tema de la parte de su familia que todavía no me conocía. Sabía que era todo muy precipitado, que llevábamos muy pocos días juntos. Lo nuestro había sido como el choque de dos trenes a máxima velocidad y sin frenos. Había sido una colisión que nos había pillado a los dos de manera fortuita. No podíamos parar esto que nos quemaba dentro. Este amor pedía más y más fuego y no sería yo quien dejara de alimentarlo.

Me preocupaba sobre todo su madre más que su abuela. Quería que me viera con buenos ojos, ser suficiente para su hijo.

En un momento de la noche, me giré hacia él y lo observé con la luz que entraba de las guirnaldas que tenía colgadas en su terraza. Estaba guapo de todas las maneras. No había mueca en él que me resultara desagradable. Tenía la impresión de que si dejaba de mirarlo iba a perderme algo importante.

Me buscó en sueños y se abrazó a mí como si temiera no verme cuando abriera los ojos. Y yo me sentía bien entre sus brazos, oliendo ese aroma que desprendía, con la sensación de que nada malo podía pasarme si él me acogía. Alguna que otra vez gemía entre sueños y decía alguna palabra suelta, pero no lo entendía porque hablaba en coreano.

Vi pasar todas las horas del reloj desde que nos acostamos hasta que advertí que mi despertador iba a sonar. Eran casi las siete de la mañana. Tenía pensado tomarme el día para mí y para cuidar a Hugo. Me levanté con cuidado para no despertarlo y fui directa al lavabo. Estaba sudada y necesitaba quitarme la sensación de agobio que tenía encima. Antes de meterme en la ducha, escribí un WhatsApp en el grupo de la pastelería y les comenté que ese día me lo tomaría para mí. Hacía más de seis meses que no me pillaba un día de descanso y me lo merecía.

Mar fue la primera en contestar y me dijo que no me preocupara por nada, que ella se encargaría de abrir y cerrar la pastelería. Incluso Gabi se ofreció a echarme una mano, que no me preocupara, que mi negocio estaba en buenas manos.

Aunque no podía verme, asentí con la cabeza. Ese simple hecho hizo que se me saltaran las lágrimas. Sabía que estaba en las mejores manos. Gabi nunca me había fallado. Me sentía vulnerable y sensible y dejé salir ese nudo que me aprisionaba la garganta. Supuse que todo explotaría y terminaría llorando a moco tendido.

Abrí el grifo del agua fría y dejé que resbalara por mi cuerpo. No sé cuánto tiempo me pasé debajo de la ducha. Cuando salí, Hugo estaba apoyado en el marco de la puerta del lavabo y no dejaba de observarme. Era una mezcla de muchas sensaciones la que me provocaba su mirada. Por un lado, había deseo, aunque también había anhelo, pasión, placidez y mucha mucha ternura. Por otro, me gustaba lo que me decían sus ojos y a mí me satisfacía verme reflejada en él. Un mar calmado se extendió por mi estómago.

—Me ha despertado un olor a fresas —me dijo esbozando una sonrisa.

—Es mi crema de pelo.

Hacía dos días que Hugo me dejó un cajón en su lavabo y en su armario. Me había traído mi champú, mi cepillo de dientes y varias mudas.

—Me gustan las fresas.

—Entonces ¿te gusto yo?

Le sonreí.

—Sí, pero eso ya lo sabes y además hueles muy bien.

Dio un paso y observé que trataba de disimular una mueca de dolor. Se llevó una mano al costado. Fui a su encuentro sin ni siquiera secarme. Mis huellas húmedas se quedaron en el suelo. Posó sus pulgares en mis mejillas y las acarició con mimo. Se me cortó el aliento al sentirlos tan cálidos sobre mi piel fría.

—Tendrías que estar en la cama —le dije.

—No estabas a mi lado.

—Estaba cerca. Hoy me he tomado el día libre.

Me abrazó y nos quedamos un rato así, fundidos el uno en el otro. En esos momentos el

mundo se detuvo unos pocos minutos y solo nos bastábamos nosotros. Él aspiró el hueco de mi cuello. Se irguió un poco y volvimos a buscar nuestros ojos. Me retiró un mechón de pelo de la cara y me atrajo hacia sí para besarme. Esa dulzura con la que me trataba a veces me desarmaba y me hacía estremecerme a partes iguales.

—Vuelve a la cama. Tienes que descansar.

—No quiero volver solo.

—Te preparo el desayuno y me meto en la cama contigo. ¿Qué te apetece?

—Lo que me apetece está claro… pero lo que hagas estará bien.

Lo agarré de la mano y lo llevé a la cama.

—¿No podemos dejar el desayuno para más tarde? —Me pidió.

Asentí con la cabeza y volvimos a la cama. Nos abrazamos. Hugo volvió a quedarse dormido al cabo de unos minutos y en esa calma que me producía estar entre sus brazos yo también me quedé dormida.

Me desperté sobre las diez menos cuarto. Cuando me giré, Hugo me miraba. Nos sonreímos. Y ese gesto me produjo un pellizco de felicidad en mi pecho. No recordaba cuándo fue la última vez que me desperté tan tarde. Esas pocas horas me habían sentado de maravilla.

—¿Por qué me miras así? ¿He roncado? —le pregunté

—No, solo respirabas fuerte.

—Es una bonita forma de decir que ronco.

—Tendrás que creerme. Tú no roncas.

Noté que mis tripas crujieron.

—¿Tienes hambre? —le pregunté llevándome una mano al estómago.

—Bastante.

—Quédate en la cama. Hoy serás mi paciente.

Aunque le insistí varias veces, me acompañó a la cocina. No me había vestido y él llevaba solo unos bóxers. Me gustaba ir desnuda y que él me observara. Se sentó en una silla mientras yo me movía por su cocina.

Miré en su nevera y advertí que tenía todo lo necesario para preparar unas crepes. Después de poner la masa de la primera en la sartén, saqué unas tazas del armario para preparar unos cafés.

—No me mires, me estás distrayendo —le dije cuando le puse agua a su Nespresso.

—Solo tienes que poner las tazas debajo de la cafetera.

—Lo sé, pero me miras de esa manera, con esos ojos, que haces que pierda la cabeza y no puedo negarte nada.

Soltó una carcajada, pero enseguida se llevó una mano hacia un lado y ahogó un gemido.

—No me hagas reír.

Podría jurar sobre fuego que esa mirada siempre conseguía derretirme.

—¡Ay! ¿Te duele mucho?

Hizo un mohín y agitó la cabeza. Sabía que no estaba siendo del todo sincero conmigo.

—Prometo ser un buen paciente si tú eres una buena doctora.

—Entonces deberías estar en la cama.

Hugo puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Solo quería decirte que estás muy sexi esta mañana, sobre todo cuando te pones en ese plan.

Unas palpitaciones ardientes se apoderaron de mi sexo.

—Te he escuchado gemir esta noche en sueños. —Cambió el tema de conversación.

—No puedo quitarme de la cabeza la punta de la navaja en mi cuello.

—No sé si me hubiera podido perdonar que te hubiera pasado algo.

—Pero no ocurrió nada —respondí—. No pensemos en lo que pudo haber pasado. Estamos aquí y eso es lo que importa.

—Podría haber terminado de otra forma la visita de mi tío.

Trataba de hacerme la fuerte.

—Es que solo podía pensar en cómo había tratado a Dylan.

—Eres una provocadora. Anoche pasé miedo porque eres una temeraria.

No sabía de dónde sacaba a veces esa chulería, pero no soportaba las injusticias y en esos momentos sacaba lo peor de mí. No pensaba en las consecuencias.

—Pero siempre estás tú al otro lado, tendiéndome una mano. Cuando te siento cerca, me tranquilizo y sé que todo está bien.

Me tembló el labio inferior.

Y de pronto, se me saltaron unas lágrimas. Algo se abrió dentro de mí y dejé salir todos los nervios que había sufrido unas horas antes. Hugo se levantó apoyando una mano en la mesa de la cocina. Se llevó la otra al costado y escondió una mueca de dolor. Negué con la cabeza. Entonces sentí que sus brazos me cobijaban. Era como estar en una balsa de aceite. Sus brazos eran tan acogedores que me hubiera pasado una vida en ellos sin dudarlo un segundo. Y no quería seguir llorando, pero una vez que había empezado ya no podía parar. Y esas lágrimas que no podía contener me sentaron bien.

—Esto no está bien. —Solté limpiando las lágrimas de mis mejillas con las manos.

—¿A qué te refieres? —Noté en su voz un tono de alarma.

Saqué una crepe de la sartén y puse masa para la siguiente.

Negué con la cabeza.

—Soy yo quien tendría que cuidar de ti y no tú de mí.

—Puedes llorar todo lo que necesites.

—Trataba de hacerme la dura… —Me mordí el labio—. ¿Por qué me estás consolando tú a mí?

Me llevó a la silla y me sentó en su regazo.

—Porque has tenido unas semanas duras. Has terminado con una relación de años, has roto un compromiso, después te has colado en mi cama y en mis pensamientos y porque a mí se me da de lujo cuidar de las personas.

Me acurruqué en la curva de su cuello con la sensación de estar donde tenía que estar.

—Apenas sé nada de ti, ¿sabes? —le dije.

—Yo sé lo suficiente de ti para saber que esto es lo que quiero. Aún no tengo muchas

cosas claras en mi vida, pero sí sé lo que quiero. Y tú estás en ella. Mi color favorito es el azul, me gusta la comida picante, las series procedimentales, cocinar, me encanta la tortilla de patatas sin cebolla y dentro de cinco días es mi cumpleaños. No me gusta que me acaricien los pies y adoro tu sabor. ¿Qué más deseas saber de mí?

—¿De qué sabor quieres la tarta para tu cumpleaños?

—De chocolate y fresa.

Me dejó sin palabras. Por si alguna vez había albergado dudas sobre hacía dónde iba lo nuestro, en ese momento se disiparon todas. Sabía que había tomado la decisión correcta.

—Sé que te preocupa algo más —me dijo—. Suéltalo.

No sabía cómo lo hacía, pero había adivinado que algo pasaba, un runrún al que no había dejado de darle vueltas durante buena parte de la noche.

—¿Crees que le gustaré?

Nos separamos un momento.

—¿A quién, a mi madre? —Asentí con la cabeza después de su pregunta—. Le vas a caer muy bien. Te va a adorar como yo lo hago.

—Y si cree que no soy perfecta para ti.

—¿Quién quiere que seas perfecta? No lo eres, ¿y qué? Eres tú. Con eso me basta. Eso déjalo para las novelas y los kdramas. Me gustas así, con esa pasión que le pones a la vida, con el pelo alborotado, con esas ojeras, con esos labios que muerdes cuando estás nerviosa…

Olí a quemado y me levanté de un salto.

—¡Ay, dios, se quema la crepe…!

Retiré la sartén del fuego y saqué la crepe quemada a un plato.

—También me gusta que rompas este momento mágico.

—Es que se quemaba el desayuno.

—El desayuno puede esperar, como todo en esta vida…

Lo interrumpí.

—No todo puede esperar.

—¿Cómo qué?

—Lo nuestro no puede esperar. Puedo cocinar y seguir con nuestro momento romántico. —Le guiñé el ojo.

Terminé de hacer todas las crepes mientras él me observaba.

—Voy poniendo la mesa —dijo.

—Me has prometido ser un buen paciente. Quédate sentado. Ahora no necesito tu ayuda —le ordené sacando unos cubiertos de uno de los cajones—. ¿Tu café, solo o con leche?

—Solo.

Tras hacer los dos cafés, saqué un bote de mermelada de fresa y otro de nocilla. Me apetecía un desayuno muy dulce.

Antes de sentarme, oí que llamaban al timbre y después la puerta de la entrada se abría. Miré el reloj de la cocina. Eran casi las once de la mañana.

—Yi I… —dijo una voz femenina.

Abrí los ojos como platos y cogí un trapo para taparme las tetas, pero no era lo suficientemente grande para taparme las dos.

—¿Qué hago? ¿Dónde me meto? —pregunté dando vueltas por la cocina.

—¿Mamá…? —inquirió Hugo.

No sabía cómo lo había hecho, pero parecía que hubiera invocado a su madre.

—Que no pase a la cocina. Estoy desnuda —murmuré nerviosa—. No, no, no me puede conocer así.

Ya era mala suerte que hubiese venido a casa de Hugo y me encontrara en pelotas.

—¿Estás en la cocina? Deberías estar en la cama…

Hugo se había levantado y yo me había colocado detrás de él. Aunque me habría gustado desaparecer, su madre me pilló desnuda.

—No pases. —Le pidió Hugo demasiado tarde—. No estoy solo.

—¡Ah! No pensé que estuvieras acompañado. —Salió de la cocina. Desde donde estaba

pude ver que bajaba la cabeza al suelo y se tapaba los ojos con una mano—. Solo venía a ver si necesitabas algo y también te he traído unos táperes con comida. Ya veo que Penélope está aquí.

—Íbamos a desayunar —le dijo Hugo.

—Está bien. Ya volveré en otro momento. Ya me la presentarás otro día.

—Si tu madre me da un minuto, me visto —le susurré a Hugo—. Y me la presentas.

—Danos unos minutos.

—Si solo era una visita de cortesía. Regreso más tarde. No quiero importunar.

—No, quédate y así pruebas mis crepes —le dije.

Salimos de la cocina y la madre de Hugo permaneció de espaldas.

No tardamos mucho en vestirnos. Ayudé a Hugo a ponerse una camiseta.

Cuando salimos al comedor, su madre había preparado la mesa. Levantó la mirada y se acercó a mí. Me dio dos besos. Aquel gesto me desconcertó. Giré la cabeza hacia Hugo.

—Gracias por cuidar de mis tres hijos. —Hizo una reverencia con la cabeza y yo correspondí a ese gesto—. Hugo me ha dicho que te gusta mi *kimchi*. —Me dio un táper—. Este lo he hecho para ti con todo mi cariño.

—Gracias. —Apreté los labios para contener unas lágrimas—. No sé qué decir.

—Ya me lo has dicho todo con la mirada. Eres bienvenida a mi familia. Te hace feliz mi hijo.

No fue una pregunta, lo afirmó. No podíamos fingir el amor que se nos escapaba por cada poro de nuestra piel.

—Sí —respondí sin dudar.

Hugo buscó mi mano y me la apretó con fuerza. Busqué sus ojos y supe que estaba en el lugar correcto.

—Entonces lo demás no importa. He educado a mi hijo para que respete a una mujer —Me mostró una sonrisa amplia—. Vamos a probar esas crepes que has hecho.

Capítulo 28



Hugo

Después de que mi madre se marchara, Penélope y yo pasamos el día entero en el sofá viendo películas. Ella aún seguía sorprendida por el cariño con que la trató mi madre. Mantuvo una sonrisa el resto del día. Y es que durante el desayuno, mi madre estuvo más pendiente de ella que de mí. Cuando nos comimos las crepes, le colocó en un plato unos pasteles que había hecho y esperó su veredicto.

Penélope puso los ojos en blanco y luego soltó un gemido. Le habían gustado los *gyeongdan*. Apreció el sabor del frijol rojo.

—Tienes unas manos delicadas para preparar estos dulces —le comentó Penélope—. El arroz está en su punto y el relleno no está especialmente dulce. Te deja un sabor delicado en la boca.

—Min Joon me dijo que te habían gustado también los *dasik* y he traído estos cuatro. —Los sacó del pañuelo en el que los había envuelto—. En la boda habrá una bandeja en cada mesa. A Coral siempre le han gustado mucho. Llevo toda la semana haciendo pasteles.

Agité la cabeza. Conocía esa desazón, la misma que sentía mi madre cuando algo la preocupaba: no podíamos parar de hacer cosas. A ella le daba por cocinar y yo me ponía a

arreglar cualquier desperfecto o avería que hubiera en la casa, ya fuera una lavadora, un grifo o pintar una pared.

Mi madre no pasó más de una hora con nosotros. En el poco rato que estuvo en mi casa, le estuvo enseñando fotos a Penélope de cuando yo era pequeño. Y Penélope se alió con mi madre para reírse de mí.

Le mostró una foto que me gustaba especialmente. Mi madre me había vestido de Superman en unos carnavales y no me quité el traje en todo el fin de semana.

—Con cuatro años decidió que quería ser policía —le dijo mi madre—. Cuando tiene algo claro, no hay nada ni nadie que le haga cambiar de opinión.

—¿Tan pequeño y ya sabía qué quería ser de mayor? —Penélope se giró hacia mí y me ofreció una sonrisa.

—Sí, y todo gracias a Superman.

Recordé ese momento. Era mi superhéroe favorito y yo quería ser como él. Muchas veces le preguntaba a mi madre, desde la inocencia de un niño de cuatro años, si yo podía convertirme en un superhéroe. Ella no se anduvo por las ramas conmigo. Podía haberme contado algún cuento para acallar a ese niño que fui, pero ella sabía que no me conformaría con cualquier tipo de explicación.

—Los superhéroes son personajes inventados por alguien y los plasma en un papel para que luego podamos soñar con ellos. Los podemos leer en un cómic o verlos en una película, pero al final solo existen en nuestra imaginación para que nos emocionemos —me respondió.

—Pero yo quiero ser como Superman. ¿Por qué no puedo?

—¿Qué es lo que hace Superman además de volar?

—Es muy fuerte y siempre pilla a los malos.

—Tú puedes ser casi igual de fuerte y también pillar a los malos.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Cómo?

—Sí, claro. ¿Sabes quiénes son? Ellos son reales, como tú, como tu hermana o como yo. La semana pasada estuvieron en las fiestas de Paterna haciendo una demostración con los coches

para todos los niños.

Ese niño de cuatro años abrió los ojos emocionado al recordar lo que le había gustado subir en un coche de policía y hacer sonar la sirena.

—¡Sí! ¡Quiero ser policía! —exclamé subiendo los brazos por encima de mi cabeza.

—Pero antes de ser policía tienes que hacerte fuerte y estudiar mucho.

—Sí, mamá, voy a ser fuerte y voy a estudiar.

Cuando mi madre se marchó, le volvió a dar dos besos en la mejilla a Penélope. Como yo le había asegurado, mi madre ya la adoraba, al igual que Dylan, Coral y yo. Habíamos caído rendidos a su encanto.

Fue un día de descubrirnos mucho más. Y era la primera vez que no le tenía miedo al futuro. Solo nos levantamos para calentar la comida en el microondas, comer e ir al lavabo y poco más. La comida que nos había dejado mi madre nos había venido muy bien. Aunque quería disfrutar de todo el día con ella, de vez en cuando me vencía el sueño por el efecto de la medicación y me quedaba dormido en el hombro de Penélope.

No me había dado cuenta del caos que era mi corazón hasta que no conocí a Penélope. A mi vida llegaban piezas de puzles que no terminaban de encajar conmigo. Pero Penélope era esa ficha que se amoldaba a la perfección conmigo. No había nada que forzar con ella, ni asperezas que limar. Me gustaba tal cual era. Me daba igual su pasado. Yo quería ser su presente y su futuro.

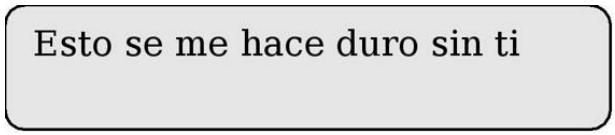
Cuando me desperté esa mañana, Penélope se había marchado a trabajar. Me había dejado una nota encima de mi mesilla de noche.

«Nos vemos a la noche. Te llamaré sobre las tres, cuando el trabajo baje un poco. Puedes llamarme si necesitas algo».

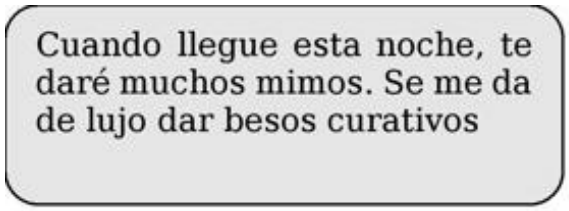
No estaba acostumbrado a estar en la cama sin hacer nada. Era la primera baja que me pillaba desde que había entrado en la policía. Tenía bastantes días por delante para tocarme los pies y se me iban a hacer muy largos. Empecé a leer una novela negra que me había prestado

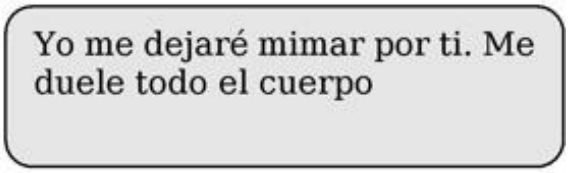
Penélope y la tuve que dejar aparcada por la cantidad de barbaridades que soltaba el autor sobre los procedimientos en una autopsia. Eso era lo que pasaba cuando la documentación se hacía leyendo artículos de la Wikipedia.

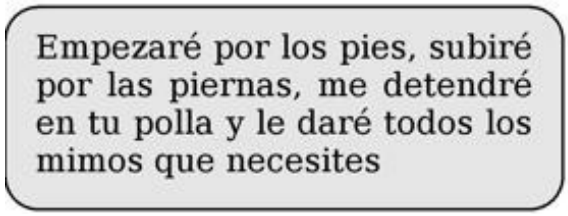
Pasaba del sofá a la cama, pero no encontraba una posición en la que estuviera cómodo. El dolor, en según qué posturas, me estaba matando. Comí en el sofá viendo un kdrama que me había recomendado Penélope. Era su favorito. Me había asegurado que había escenas muy graciosas y algunas más emotivas. Vi el primer capítulo de *Crash Landing on you* y me enganché a esta historia de una surcoreana que terminaba por accidente en Corea del norte. Antes de que empezara el tercer capítulo, Penélope me envió un WhatsApp para saber cómo me encontraba.



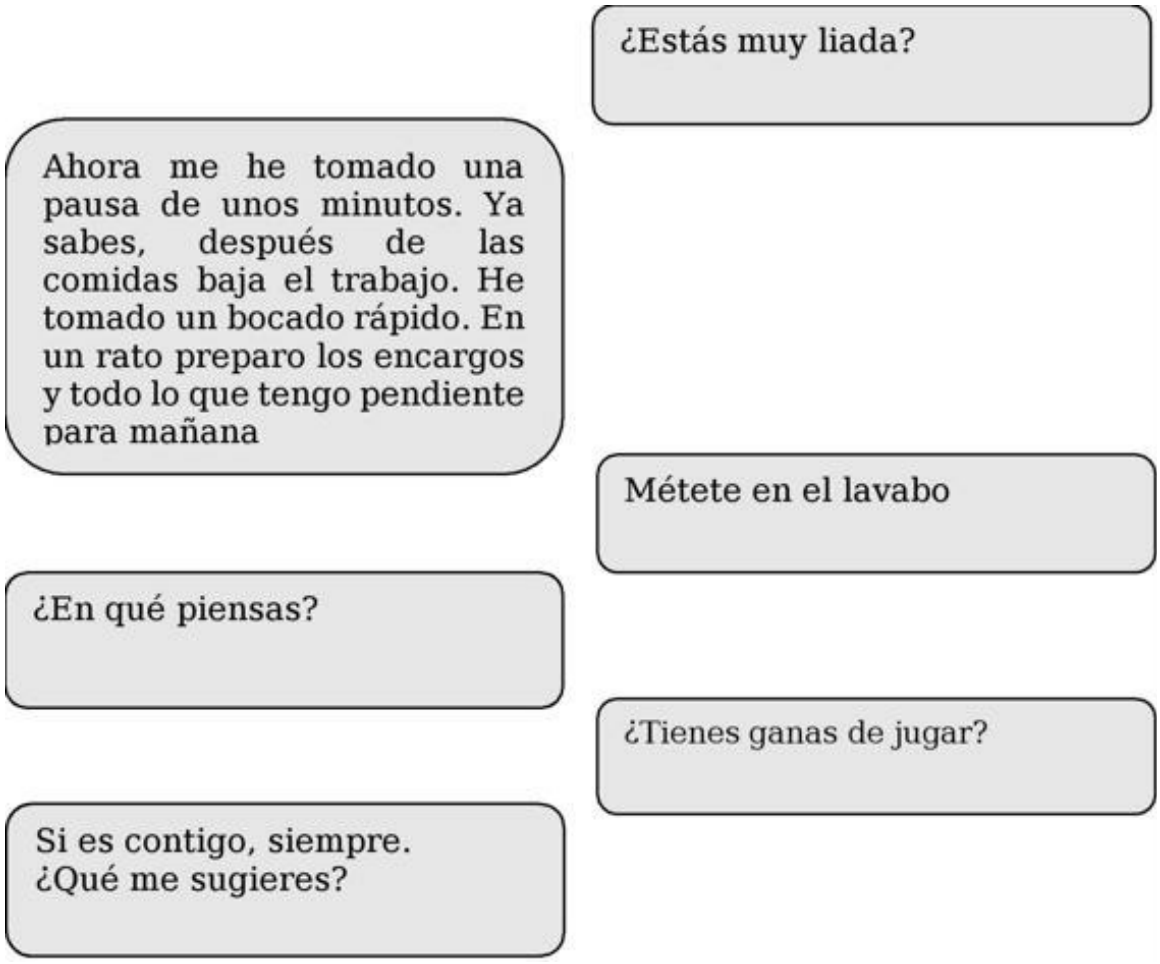
Le respondí.







Esa imagen de Penélope me puso cachondo. Sonreí al imaginarme a Penélope lamiéndome la polla.



Le envié un *nude*.

Pero si no puedes moverte. Vas muy lanzado

No le negarás un poco de placer a un convaleciente, ¿verdad?

Ella no se hizo de rogar y enseguida me mandó una foto de ella, pero de cuando tenía unos tres años.

De momento tendrás que conformarte con esta foto

Sí, estaba desnuda y en la playa. Se comía un helado que le chorreaba por el brazo y guiñaba un ojo por la luz del sol. Tenía la boca manchada de chocolate. Esa Penélope de pocos años y de pelo muy rubio, rizado y alborotado seguía siendo igual de adorable. Y me enamoré un poco más de ella.

Estaba pensando en otra cosa

Es la única que tengo. En unos segundos lo arreglo

Me hizo una videollamada. Se estaba mordiendo el labio cuando descolgué la llamada. Se había colocado unos cascos.

—Ya estoy en el lavabo. He cerrado la puerta de fuera. Tengo unos minutos libres. ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme?

—Quiero que me cuentes qué ropa interior te has puesto hoy. Vas a hacer lo que te pida que hagas. Suéltate el pelo.

—Uff, me gusta mucho cuando te pones en plan policía mandón. Estoy deseando que vuelvas a ponerme de nuevo las esposas.

—Solo si eres mala. Te encadenaré a mi cama y durante un día estarás a mi merced.

—¡Ah! ¡Cómo suena eso de bien!

Ella se quitó la goma del pelo y se lo sacudió.

—Mucho mejor así. Aún no me has dicho de qué color es tu ropa interior.

—¿No querías jugar un poco?

—Eres un poco mala.

—Estoy haciendo méritos para que me encadenes otra vez a tu cama.

—Tendrás que ser un poco paciente para que eso ocurra. En cuanto me den el alta.

—Hoy llevo unas braguitas azules de encaje. Me las he puesto porque es tu color favorito. ¿Quieres que me toque pensando en tu polla? —Me soltó con la voz entrecortada.

Suponía que estaba tan cachonda como yo.

Un remolino de calor se adueñó de mi entrepierna y mi polla empezó a palpitar con tanta fuerza que se me puso más dura de lo que ya la tenía. Me acaricié la erección por encima del bóxer. Nunca había hecho *sexting*, pero con ella se me antojaba de lo más estimulante.

—Es la primera vez que hago sexo telefónico —me comentó.

—Tendremos que echarle imaginación. Acaríciate por encima de las bragas y dime lo húmeda que estás.

—Estoy muy húmeda y preparada para ti.

Su mirada era intensa. Me imaginé por unos segundos que estaba encima de mí, cabalgándome.

—Piensa que tus dedos son mi polla. ¿Sientes lo dura que la tengo?

—¡Ay, dios! Sí, sí, la tienes muy dura.

Se me aceleró el corazón al pensar que ella estaba más que dispuesta a jugar. Me llevé una mano a mi polla y me acaricié el prepucio.

—Pen, enséñame qué haces cuando piensas en mí. Quiero verlo.

Su mirada se tornó fogosa. Se desabrochó los botones de su camisa blanca y me dejó ver el sujetador. Se sacó un pecho, se chupó varios dedos y después se acarició un pezón sin dejar de mirarme.

—¿Te gusta lo que hago?

Se humedeció los labios.

—Sigue bajando esa mano y acaríciate el clítoris. Quiero vértelo.

Bajó un momento el teléfono hasta su entrepierna. Solté un gruñido de frustración por no poder tocarla como deseaba. Advertí que se había bajado las bragas. Se acarició el clítoris y después se metió un dedo. Yo incrementé el ritmo de mis caricias de arriba abajo. Se le aceleró la respiración al igual que a mí.

—La siento muy dura.

Se frotaba el clítoris y luego se metió dos dedos.

Yo bajé también el móvil y apunté a mi polla.

—Me estás poniendo muy caliente. Estoy a punto de correrme —repuse.

Ella subió el móvil. Sus jadeos eran música para mis oídos.

—Yo también estoy a punto.

Subí el móvil para que me viera también la cara.

—Vamos a correrno juntos —le pedí .

—Sí, vamos a hacerlo juntos.

—Córrete para mí… conmigo.

Sacudí mi polla con energía.

Penélope asintió al mismo tiempo que ahogaba un gemido largo. Abrió los ojos y supe que era nuestro momento de dejarnos ir.

—Joder… Penélope —solté.

Me aguantó la mirada cuando nos corrimos los dos a la misma vez. Apretó los labios para no gritar.

Habíamos tardado menos de cuatro minutos en correrno. Qué jodidamente bien me sentía.

—Sí, eso es, Hugo. Estás tan guapo cuando te corres.

Me entró la risa, pero enseguida sofoqué esa carcajada cuando sentí un latigazo en el costado.

—¡Ajjj!

—¿Qué te pasa? No me asustes.

—Nada… —Aunque en realidad no era cierto que no me pasara nada. Ese latigazo me había dejado sin aliento. Me había llevado la mano libre al costado.

—¿Se te pasa? —Se interesó.

—Tranquila, se me pasará. No es grave. Hace un rato que me tenía que haber tomado la medicación. Solo ha sido un tirón.

—¿Lo he hecho bien, señor policía?

—Guau, ha estado mejor que bien. Podríamos repetirlo de nuevo. No sabía que el sexo telefónico podía ser tan estimulante.

—Sí, ya lo repetiremos en otro momento. Ahora tengo que volver al obrador. Mar se estará preguntando qué estoy haciendo tanto rato encerrada en el lavabo.

—Ya se te ocurrirá algo. Igual se lo imagina.

—Nos vemos esta noche. No te toques si no estoy yo delante.

Colgó la videollamada, dejé el móvil a un lado y me levanté para ir al lavabo a darme una

ducha. Me iba a parecer una vida entera hasta que ella volviera de trabajar. Después me tumbé en el sofá y me relajé. Me pasé media tarde dormitando cuando la medicación me hizo efecto.

Penélope me envió un mensaje desde el autobús. Estaba de camino. Llegaría sobre las diez y media.

Preparé la mesa y esperé a que llegara para calentar la cena. Me volví a tumbar en el sofá y me quedé traspuesto. Noté los labios de Penélope en mi frente. Parpadeé varias veces para despejarme. Me pasé la mano por el pelo para peinarme.

—Seguro que tengo una pinta horrible.

—Nah, se te ha caído un poco la baba.

—¡Oh, no! —exclamé—. Estás conociendo lo peor de mí. Parte de mi atractivo me lo he cargado de un plumazo.

—Creo que podré soportarlo. —Se dejó caer en el sofá. Me dio un beso en los labios y se me escapó un gruñido cuando me perdí en el sabor de su boca—. Tiene que ser delito estar tan guapo hasta cuando duermes.

—Exageras un poco. ¿Así que mi baba te parece sexi?

—Nah, tú me pareces sexi. Te aseguro que soy de lo más objetiva.

—Si tú lo dices. ¿Qué tal el día? Lo mejor del mío ha sido esa videollamada.

—En eso te tengo que dar la razón. Estoy reventada. Han entrado dos pedidos a última hora para mañana. Necesito una ducha y tumbarme a tu lado. —Las tripas le rugieron a Penélope —. Creo que mi estómago quiere decirme algo.

—Mientras te cambias, yo caliento la cena. Si quieres, luego te doy un masaje en los pies.

—Ay, sí, eso suena muy bien.

—¡Ah! Mi padre me ha dejado una tortilla de patatas en mi casa. Ha llamado aquí, a tu piso, pero no le has abierto la puerta. Quería agradecerte que la otra noche me salvaras la vida.

—Ya ves, me he quedado dormido un rato. Las pastillas me dan sueño.

—Me ducho en casa, me pongo un pijama y traigo la tortilla. —Se levantó.

—¿Quieres que caliente algo más de lo que dejó mi madre?

Estaba a punto de salir del comedor cuando se dio media vuelta.

—Como quieras. Tengo bastante hambre. —Se me acercó, me chupó el lóbulo de la oreja y me murmuró en el oído al tiempo que me agarraba la polla con una mano. Ni siquiera intentó que su voz pareciera sexi—. ¿Crees que estarás preparado para un segundo asalto? Tú y yo. No hay mejor plan.

—No sé cómo lo haces.

—¿A qué te refieres?

—A ser como un imán para mí. No puedo despegarme de ti.

Me volví a empalmar. Ella tenía ese poder sobre mí.

—Yo creo que sí. Siempre está más que lista para ti.

—Vaya, sigue teniendo ganas de jugar. Regreso en unos minutos.

Me la dejó dura. Era increíble cómo se había colado Penélope en mi vida y lo que me provocaba. La esperé con algo de excitación. Cuando volvió, me acerqué a ella y la abracé.

—Me das paz.

Ella se separó unos centímetros.

—Eso es lo más bonito que me han dicho nunca.

Capítulo 29



Penélope

Había llegado el día de la boda y no había parado de preparar todo lo que tenía pendiente. Estaba agotada. Los dos últimos días habían sido una locura para mí. Llegaba a la pastelería sobre las siete de la mañana y salía sobre las diez y media de la noche. Desde el concierto de Dylan, había notado que cada vez había más trabajo y a Mar y a mí nos faltaban manos. Si la cosa seguía así, tendría que contratar a otra persona más para el obrador. Lo que más me pesaba era que apenas había tenido tiempo de cuidar a Hugo como me habría gustado. A los días les faltaban horas y minutos.

La tarta de boda ya estaba en el restaurante de la familia de Min Jon y ellos ya se encargarían de llevarla al lugar del enlace. La había entregado a las nueve de la noche y me sentía muy orgullosa de cómo había quedado. No es porque la hubiera hecho yo, pero era el pastel de boda más bonito había hecho hasta la fecha. En cuanto subí la foto a mis redes sociales, me llegaron varios encargos para los próximos fines de semana. Era época de comuniones y bodas y yo ofrecía tartas espectaculares.

Me sentía bien y muy feliz, porque me iba genial con Hugo y mi negocio iba mejor que nunca.

Hugo había estado reposando y trataba de recuperarse para poder llevar a su hermana

hasta el altar. Era su mayor preocupación, estar bien y disfrutar de un día con el que su hermana llevaba soñando hacía años. Quizás este había sido uno los motivos por los que había sido un buen paciente y había hecho caso a las indicaciones de la médica que lo atendió. Se pasaba parte del día dormido por los relajantes musculares y cuando llegaba a casa trataba de permanecer despierto para oír cómo me había ido el día. La única vez que habíamos tenido sexo en esos días fue por teléfono.

Esa mañana, cuando sonó el despertador, Hugo ya estaba levantado. Trataba de ponerse la camisa del traje que iba a llevar. Me percaté de que ocultaba el dolor esbozando una sonrisa.

—¿No es muy temprano para vestirte?

Me desperecé y acudí a su lado.

—Estoy muy nervioso y necesito hacer algo. Llevo cuatro días encerrado en casa y me subo por las paredes.

—Anda, deja que te ayude. —Le pedí.

—Puedo hacerlo yo. —Su voz sonó seria.

Traté de quitarle hierro al asunto mostrándole una sonrisa.

—Sé que lo puedes hacer tú, pero así tengo una excusa para tocarte un poco.

Él permitió que lo ayudara. Le abotoné los últimos botones de la camisa y después le anudé el nudo de la corbata.

—Eres el padrino más guapo que he conocido.

Su gesto se relajó un poco.

—No eres nada objetiva. —Se marcó una sonrisa de las que conseguía derretir un poco más mi corazón, si es que eso era posible.

—Para mí lo eres. Y no hay nada más que hablar.

Como solo llevaba una camiseta de manga corta, coló sus dedos por debajo buscando mis pezones.

—¿Tienes ganas de jugar? —pregunté.

Miré la hora. Eran las ocho y media y aún tenía que pasar por la pastelería para terminar

unos encargos que tenía que entregar por la tarde. Aunque Mar se había ofrecido a hacerlos, era demasiado trabajo para ella sola. No tenía que estar en la alquería donde se celebraba la boda hasta las doce y media y tampoco quería entretener a Hugo.

—Siempre. Esas bragas me están volviendo loco.

Al posar mis manos en su pecho, disimuló una mueca de dolor.

—¿Te sigue doliendo?

—Apenas. Solo es una incomodidad. Un pinchazo.

—No tienes por qué mentir. Lo podemos dejar para otro momento. ¿A qué hora tienes que estar en casa de tu madre?

—A las nueve y cuarto.

—¿Cómo está? —Quise saber.

Su madre se había pasado todos los días por el piso de Hugo para llevarle algo de comida y para ayudarlo en casa. Aunque su abuela ya había venido desde Madrid, no se había dignado a hablar con Hugo, ni tampoco había preguntado por su salud. Por lo que sabía, desde que había llegado, se había metido en la cocina y había estado haciendo *kimchi* para la boda. Se pasaba las horas cortando verdura y especiándola.

—Mucho mejor desde que mi tío está entre rejas. Mi abuela está enfadada porque mi madre no piensa retirar la denuncia. Respira tranquila, aunque aún le cuesta dormir por las noches. En parte se siente culpable de que mi tío te atacara en tu casa.

—Yo estoy bien. No se tiene que preocupar por mí.

Le di un beso en los labios y fui a la cocina a preparar el desayuno. Llegó enseguida y me abrazó por detrás. Me di media vuelta y nos quedamos un rato así, mirándonos a los ojos. Me gustaba zambullirme en su mirada, en sus pupilas oscuras y percibir que era un lugar seguro que me tranquilizaba. Me perdí en el olor su pecho. No había nada en el mundo que se pudiera comparar a su perfume. Podría pasarme horas y horas oliéndolo y no me cansaría.

El sonido de un mensaje a mi móvil me sacó de ese momento tan especial que habíamos compartido Hugo y yo. Miré el WhatsApp. Mar me comentaba que me lo tomara con calma, que

lo tenía todo controlado. Aun así, quería ayudarla a preparar una tarta para una comunión que tenía que entregar el sábado. También me dijo que Gabi se pasaría sobre las once y media por la pastelería para maquillarme.

—Se nos hace tarde. —Me aparté—. Deja que prepare el café. Me gustaría estar en la pastelería sobre las diez y ya llego tarde.

Puse las cápsulas en la cafetera de Hugo y dos tazas. Por fortuna, había traído la noche anterior un bizcocho de naranja y unas galletas de mantequilla que habían sobrado en la pastelería.

Hugo se movía por su cocina como si le costara centrarse. Sacó unos platos y luego los volvió a guardar.

—¿Por qué no te sientas? —Le pedí—. No hay mucho que hacer.

Siguió dando vueltas por la cocina como si no me hubiera escuchado.

A mi nerviosismo le tenía que sumar el suyo. No sabía muy bien si solo estaba intranquilo por la boda o por algo más. Estaba un poco absorto.

—¿Hay algo que te preocupa? —Quise saber poniendo sobre la mesita de la cocina los dos cafés.

—No.

No insistí, aunque supe que me estaba mintiendo.

Después de tomarme el café y dos trozos de bizcocho, recogí mi taza y la metí en el lavavajillas. Hugo no dejaba de menear su café. Llevaba más de tres minutos absorto dándole vueltas a una noticia que leía en su móvil y que debía de ser muy interesante.

—Hugo, ¿seguro que estás bien?

Levantó la mirada de su móvil y me senté a su lado. Su mirada me pareció la de un cervatillo asustado.

—¿Qué pasa? —inquirí.

Antes de responderme, su móvil sonó. Era Dylan quien lo llamaba.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunté a Hugo.

—No, quédate.

—Dime, enano. —Trató de que su voz sonara moderada.

Me levanté para dejarle un poco de espacio.

—¿Cómo van esos nervios?

—No estoy nervioso.

—¿Y tú quieres que me lo crea? Te voy a dar un buen motivo para que te relajes.

—Te he dicho que no estoy nervioso.

—Ya sé que la abuela te ha pedido hace un rato que antes de que llegues a la alquería recojas a Yu Ri del hotel.

A pesar de estar en la otra punta de la cocina, podía oír la voz de Dylan.

—¿Cómo sabes que me ha llamado?

—Simplemente lo sé. No hace falta que paséis por su hotel. Yo iré a por ella. En media hora pasará mamá a por ti. Después de que la abuela te llamara, mamá ha estado hablando con ella y le ha dicho que tú estabas con Penélope y que tuviésemos la fiesta en paz. Tenías que haber visto cómo defendía a la cuñada. Se ha puesto seria y no ha dejado que la abuela le replicara. Le ha comentado lo buena chica que es y todo lo que ha hecho por la familia. La abuela se ha marchado enfadada y está en el restaurante de Mi Suk ayudándola con los últimos detalles.

—¡Qué mujer más cabezota!

—*Brother*, no te tomes la vida tan a pecho. Fuera esos nervios. Nos vemos en un rato.

Colgó la llamada. Hugo dejó escapar un suspiro.

—¿Era eso lo que te preocupaba? —quise saber.

—No se da por vencida con Yu Ri. A pesar de que le he dicho por activa y por pasiva que no iría con ella a la boda, no lo quiere entender. Hasta el último momento ha estado metiendo cizaña. Solo quiere salirse con la suya.

—Deja que Dylan se ocupe de Yu Ri y tú disfruta de la boda de tu hermana. —Me acerqué hasta él—. ¿Estarás bien? Me tengo que marchar.

—Sí, nos vemos luego.

Me pasé por casa para recoger el vestido que me iba a poner. Lo tenía colgado de una percha en la puerta del armario de mi habitación. Lo metí en una funda y salí de casa hacia la parada del autobús.

Llegué a Valencia sobre las diez y cuarto. Advertí que Mar estaba un poco desbordada a pesar de que lo había dejado casi todo listo.

—Pensaba que lo tenía todo bajo control —me dijo esbozando una sonrisa nerviosa.

—Es mucho trabajo para ti sola. Deja que termine yo la crema inglesa. Ocúpate de la masa de los *croissants*. Me gusta dejarla reposar dos horas antes de rellenar los bizcochos.

El tiempo se me pasó volando hasta que llegó Gabi. Venía con su maleta de maquillaje. Hizo que me sentara en una silla mientras ella sacaba sus productos. A pesar de querer que me hiciera un maquillaje que fuera lo más natural posible, estuvo media hora conmigo.

—Espejo espejito, ¿quién es la amiga más guapa de toda Valencia? —Me mostró cómo había quedado. Me quedé con la boca abierta—. Ahora ve a esa boda y deslumbra a tu novio.

—Tienes unas manos maravillosas.

—Eso dice Mar. Ella no tiene ninguna queja.

—No quiero saber cómo te lo montas con tu novia.

—Oye, que el otro día Mar te escuchó en el lavabo —me soltó Gabi—. Esto no es peor que lo que tuvo que oír ella.

Me giré hacia Mar.

—¡Ay, dios, qué vergüenza! Y eso que traté de hablar bajo para que nadie nos oyera. ¿Solo me escuchaste tú o alguien más?

—Solo yo. Se había marchado la última mesa que quedaba. Te juro que no quería escuchar, pero me metí un momento en el baño de chicos por una urgencia y te oí.

Me entró una risa nerviosa.

—Hugo se puso juguetón, estaba solo en casa y se nos ocurrió hacer *sexting*. Era la primera vez que lo hacía. —Saqué el vestido de la funda, me quité el que llevaba y me vestí.

Hacía dos días que me había comprado un vestido azul eléctrico entallado a la cintura, con una falda de media capa y la espalda al aire. Tenía que reconocer que había elegido ese vestido por el color y porque me gustaba complacer con algo tan sencillo a Hugo—. ¿Me ayudas con la cremallera?

Gabi hizo lo que le pedí.

—Estás radiante. Este es tu color.

Después cogí mi móvil e hice un *reel* para que la gente que me seguía pudiera admirar el trabajo de mi amiga. Dejé la dirección de su página web en mis *stories* de Instagram y Tik Tok. De vez en cuando me gustaba promocionar sus productos en mi cuenta. Cada vez su marca era más conocida fuera de Valencia.

—¡No han pasado ni cuatro minutos y ya me han pedido casi veinte cremas! —exclamó Gabi.

—Y cada vez será más gente la que confíe en tu marca. A mí me encantan. Es muy buena —comenté poniéndome unos zapatos de tacón—. ¿Nos vamos?

Gabi me iba a llevar a la alquería. De camino, le conté que la abuela de Hugo había querido liarlo de nuevo con esa chica coreana.

—Qué pesada es. ¿Esa mujer no se cansa de meterse donde no la llaman?

—Parece que no. Lo mejor es que la madre de Hugo le ha cantado las cuarenta a la abuela y le ha pedido que tengamos la fiesta en paz.

—Eso espero, que os deje ya tranquilos.

No tardamos mucho en llegar a la alquería. A la misma vez que entrábamos en el aparcamiento, llegaban dos autobuses con los invitados. Podía haber ido en uno de los dos autobuses, pero tenía miedo de encontrarme con la abuela de Hugo y que me montara un pollo.

—Quiero ver esos tres vestidos de boda que se pondrá Coral.

A Gabi le apasionaban las bodas.

—Cuando te cases, te voy a preparar una tarta preciosa.

—Sí, que sea de merengue y dulce de leche. —Salivó solo de pensarlo.

—Y prepararé una mesa con chucherías y dulces.

—¿Crees que Mar querrá casarse conmigo?

—¿Se lo has pedido? —le pregunté.

—No sé si es pronto. Acaba de pedir el divorcio.

—Eso no significa que os tengáis que casar mañana.

—Ya, pero necesito que cierre esa puerta antes de dar el siguiente paso.

Posé mi mano sobre la suya.

—Esta vez es de verdad, no se va a ir. Ya ha dado el paso.

—Lo sé.

Me despedí de Gabi y entré al jardín. Ya habían llegado bastantes invitados. Me noté unos nervios incómodos en el estómago. Se me estaba quedando la boca seca. Unos camareros ofrecían copas de vino blanco, refrescos y agua. Cogí un refresco de limón y me mojé los labios. Necesitaba beber algo que me quitara la sensación de sed.

—¿Vienes por parte de la novia o del novio? —me preguntó una mujer mayor.

Aunque llevaba muchos años en España, tenía un cierto acento coreano.

Tragué saliva. No se había presentado y sabía de quién se trataba. La madre de Hugo se le parecía bastante. Puede que tuviera algo más de setenta años, pero su piel no tenía casi arrugas. Llevaba un *Hanbok*, el traje típico de la mujer coreana. La parte de arriba era de color rosa pálido y la falda era del mismo azul eléctrico que mi vestido. No era la única mujer que llevaba el *Hanbok.*

—Soy amiga del padrino —respondí.

—Ah, la pastelera. —Me mostró una sonrisa llena de dientes.

No sabía si me estaba poniendo a prueba o me estaba provocando para que saltara.

—Sí, soy Penélope. —Bebí un trago de mi refresco—. Usted debe ser la abuela de Hugo Yi I.

Ni negó ni me lo confirmó. Estaba claro que había venido a decirme lo que pensaba de mí.

—Los enlaces son una buena excusa para ver a la familia reunida. Yi I tenía que haber sido el primero en casarse. Es el mayor de mis nietos. Una pena que Yang Mi rompiera el compromiso. ¿Te ha dicho que se hubiera casado a principios de este mismo año? Esta sería la segunda boda en la familia. Su hermana le tuvo que pedir permiso para casarse antes que él. No sé por qué no ha querido conocer a la nieta de mi amiga. Yo creo que hubieran hecho una buena pareja.

—Quiero a Hugo y él también a mí. —No me anduve con rodeos.

—¿Crees que con el amor basta? Estás muy equivocada. Al principio es todo muy bonito, pero todo eso se termina un día. Cuando se os acabe el amor, no tendréis nada que sostenga la pareja. ¿Cuánto tiempo hace que os conocéis?

Eché cuentas y me di cuenta de que no llevábamos ni tres semanas juntos y sentía que lo nuestro, lo que teníamos, era imparable. Creo que Hugo me gustó desde la primera vez que lo vi. No podía decir que ese día cambió algo en mí. No podía determinar cuál fue el momento exacto en el que surgió esa chispa, pero el día que coincidimos en Ikea hubo una explosión que lo transformó todo. Y en lo único en que pensaba es que lo nuestro no tuviera fin.

—No le voy a hacer daño, si es lo que le preocupa.

—Te creo y él tampoco te lo hará a ti. En eso se parece a su madre. Hugo no está para perder el tiempo en amoríos que no llevan a ninguna parte. En dos días cumplirá veintinueve años. Ya debería tener familia. ¿Has pensado si quieres tener hijos o eres de esas mujeres que quieren esperar a tener cuarenta años y tener la vida resuelta? —Me miró a los ojos—. ¿No me puedes responder a esta pregunta?

—Sí, quiero tener hijos, pero no sé cuándo.

—Una mujer tiene que saber esas cosas. Quiero ver a mis bisnietos crecer. Es el único consuelo que me queda. No sé si eres la indicada para formar una familia con Yi I.

—¿Qué problema ve en que él y yo estemos juntos? No debería meterse en cosas que no le importan.

—Te equivocas, mi familia me importa.

—No, le importa mucho más lo que piense de usted su comunidad. Le importa bien poco que Hugo Yi I sea feliz.

—No me des lecciones, chica. Tú no sabes nada de esta familia. Vienes como invitada y te crees con derecho a hablarme de esa manera, faltándome al respeto. —Me lanzó una mirada de arriba abajo—. Y encima te pones ese vestido que te hace parecer una... demasiado sexi.

Aunque no lo dijo, entendí la palabra que se le había quedado atascada en la boca.

—No sigas por ahí, *halmeoni* —dijo Hugo.

—¡*Oppa*! —exclamé.

Me salió del alma llamarlo así.

Hugo se llevó una mano al costado y contuvo una mueca de dolor.

—¡Yi I! Solo estaba compartiendo impresiones con tu amiga.

Se negaba a llamarme por mi nombre.

—Penélope, *halmeoni*, se llama Penélope. Está donde debe estar.

—Lo estás complicando todo —repuso la abuela con una mueca de desagrado—. Venía a darte una oportunidad. Te iba a presentar a Yu Ri. Este era un momento especial para el bien de nuestra familia.

Hugo hizo una reverencia con la cabeza y después se apoyó en mí. Trataba de arrodillarse, aunque el dolor le tenía que estar agotando.

—*Halmeoni*, siento no ser un buen nieto —dijo de pronto Dylan arrodillándose también ante la abuela.

—¿Cómo dices? —La abuela abrió los ojos sin entender nada.

—¿Qué demonios estás haciendo, Dylan? —preguntó Hugo girándose hacia su hermano.

—¿Qué estás haciendo, Min Ki? Esto es entre tu hermano y la familia.

Junto a él estaba una chica muy joven. Ella también se arrodilló. Dylan y ella se miraron a los ojos.

—Yu Ri, ¿qué haces con Min Ki?

Entonces entendí qué hacían juntos.

Capítulo 30



Hugo

—¿Qué locura es esta? ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué me estáis ocultando? —Mi abuela se llevó una mano al pecho y agitó con fuerza el abanico que sacó del bolso.

En verdad parecía afectada, aunque podía poner una mano en el fuego a que estaba echándole mucho teatro. Esta mujer no atendía a razones. Y algo dentro de mí deseó que Penélope no hiciera caso a las palabras de mi abuela. Lo que teníamos era solo nuestro, no le debíamos ninguna explicación a nadie.

—Me va a dar algo —comentó hiperventilando mi abuela.

—Abuela. —Esta vez la llamé en castellano—. Ya está bien de tanto teatro. Nunca le he escondido mis intenciones con Penélope. Ella y yo estamos juntos. Y no va a cambiar por mucho que se empeñe en que lo nuestro no puede ser. ¿Acaso tiene un problema de oído?

—Yo solo quiero que seas feliz, Yi I.

—Lo soy. Ella me hace feliz.

Mi abuela tragó saliva.

—Yu Ri y yo estamos empezando a conocernos —comentó Dylan.

Me giré hacia mi hermano. Su gesto era serio, así como el tono de su voz.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Estás hablando en serio?

—¿Cómo dices? —inquirió mi abuela a la misma vez que yo.

—Lo que habéis oído —replicó Dylan—. Llevamos unos días juntos.

—¿Min Ki y Yu Ri? ¿Qué creéis que estáis haciendo? —quiso saber mi abuela.

—Yi I está con Penélope, *halmeoni* —comentó mi hermano—. Él no quiere estar con Yu Ri.

—Esto es un disparate —farfulló mi abuela—. ¿Así que esto es lo que hacías en Madrid? ¿Conocer a Yu Ri?

—No pensé en las consecuencias —respondió mi hermano—. Solo quería convencerla para que hablara con su abuela y que se olvidara de Hugo. Y una cosa llevó a la otra. Tenemos muchas cosas en común y a los dos nos gusta cantar.

—Enamorarse es lo más fácil del mundo —replicó mi abuela—. Lo difícil es mantener el amor. Porque ese sentimiento que hay al principio cambia.

—Y yo quiero arriesgarme a todo con Penélope —repuse—. Con ella lo quiero todo.

Muchos de los invitados se acercaron para ver qué pasaba. Advertí también que mi madre venía con los labios apretados y con los ojos entrecerrados. Sabía, por el gesto de su cara, que estaba muy enfadada.

—Hugo Yi I, levántate, por favor. —Mi madre temblaba como una hoja—. Dylan Min Ki, levántate, por favor…

—Esto es una falta de respeto hacia los mayores —la interrumpió mi abuela—. La vida es dura y hay que hacer sacrificios. Todos los hacemos.

—Por favor, madre, ya está bien. Solo le pedí una cosa y no ha sido capaz de cumplir con mi deseo. ¿No le pedí que tuviésemos la fiesta en paz? Es la boda de mi hija y quiero que hoy sea uno de los días más felices de su vida. Le vuelvo a pedir por última vez que se comporte.

—Los padres estamos para dirigir los pasos de nuestros hijos. —Mi abuela se enfrentó a mi madre.

—Son mis hijos, míos y de nadie más. Deje que tomen sus propias decisiones. Son adultos y confío en ellos. Estamos en España. Ahora es el tiempo de ellos. Si Hugo Yi I quiere estar con Penélope, no seré yo quien se lo impida. Ni siquiera usted. Así es como están las cosas. Y no voy a consentir que mis hijos sean unos desgraciados. Si lo quiere entender es bienvenida a la boda de mi hija y si no lo quiere entender la invito a que se marche. Somos la única familia que le queda. Si tanto le importamos, acepte a mis hijos tal y como son. Tráguese de una maldita vez ese orgullo que no la lleva a ninguna parte.

Dylan y Yu Ri alternaban la mirada de mi abuela a mi madre mientras que yo no le quitaba ojo a mi abuela. Se había quedado sin palabras.

—No he escuchado su respuesta, madre. Mis hijos s on adultos funcionales. Si se tienen que equivocar, que se equivoquen ¿Qué piensa hacer? Mi hija está a punto de llegar. No quiero que su boda empiece con una discusión. Hoy es un día de celebración. —Tomó aire—. ¿Le tengo que recordar la promesa que le hizo a mi padre? Él no querría nada de todo lo que le está haciendo a Hugo Yi I.

Mi abuela dio vueltas a su anillo de compromiso y apretó los labios. Se quedó pensando unos segundos.

—¿Qué promesa? —pregunté.

—Si un día encontrabas el amor, dejaría entrar en esta familia a la mujer que hubieras elegido. Ya la has encontrado —respondió mi madre por mi abuela mirándome a los ojos—. ¿Va a romper lo único que le pidió mi padre antes de que el cáncer se lo llevara?

—No, no puedo romper esa promesa. Soy una mujer de palabra. —Cerró los ojos y dejó escapar unas lágrimas.

Cuando abrió los párpados, mi madre le tendió un pañuelo de tela. Ella se enjugó la única lágrima que derramó. Asintió con la cabeza.

—La familia es lo primero —comentó mi abuela tapándose la cara con las manos—. ¡Ay! Si tu padre me viera, se avergonzaría de mí.

—Madre, la familia es lo primero. Honre la memoria de mi padre. Penélope ya es una de los nuestros —dijo mi madre—. Vamos a centrarnos en todo lo que nos une. Lo que necesito es a una madre que me apoye por una vez en mi vida, que esté a nuestro lado en los momentos felices de nuestra vida. Yo quiero que no te pierdas nada de todo esto.

Mi abuela soltó un sollozo. Esta vez sentía que lloraba en serio. Mi madre colocó una mano sobre su hombro. Algo en la expresión de mi abuela cambió.

—Me he perdido tantos momentos de mi familia. Vamos a celebrar que hoy se casa mi única nieta.

Mi madre hizo una reverencia con la cabeza y le secó las lágrimas a mi abuela.

—Ya habéis oído a vuestra madre —repuso mi abuela con la voz grave—. Hay que celebrar una boda. No sé qué hacéis aún en el suelo. Ay, Yi I, eres como tu abuelo. Debes quererla mucho.

—Sí, la quiero.

—Lo veo en tu mirada —afirmó mi abuela—. Soy una mujer testaruda y por eso te pido perdón. Ya me lo decía tu abuelo. Por eso me hizo prometer que no me opondría a tu decisión.

Mi madre soltó un suspiro de alivio y su mirada se iluminó.

Penélope se acercó y me ayudó a levantarme. Mantenía la compostura, pero podía sentir que le faltaba poco para echarse a llorar. Aunque me costó ponerme en pie, me sentía un poco más liviano. Mi abuela se acercó a mí. Llevaba una flor en el pelo y se la quitó para ponérmela en la solapa de mi chaqueta.

—Eres el padrino más guapo que he visto nunca. Ojalá pudiera verte ahora mismo el abuelo. —Por primera vez desde que estaba con Penélope, sonrió. Volvió la cara hacia ella—. No me extraña que te hayas fijado en mi nieto.

—En algo le tengo que dar la razón —dijo Penélope—. Hugo Yi I es el padrino más guapo que he visto nunca.

—Se parece a su abuelo —replicó con orgullo.

—Eso significa que yo también tengo buen gusto —repuso Penélope.

—Y va a ser un novio muy guapo cuando te cases con él. Porque os casaréis, ¿no? De una boda sale otra.

Se me empañó la mirada.

Penélope contuvo el aliento.

— *H almeoni*, aún no hemos hablado de eso —repliqué.

—Para eso estamos las abuelas. —Tomó una de mis manos y me dio unas palmaditas cariñosas—. Para pensar en estas cosas. —Se acercó a Penélope—. Si después de haber sido una desconsiderada contigo has decidido quedarte, eso solo significa una cosa, que Yi I te importa mucho.

—Me importa demasiado.

—Quería que Yi I eligiera bien. Te vuelvo a pedir que perdones a esta vieja testaruda. Veo que tiene mucho mejor juicio que yo. Estoy deseando probar esa tarta de la que tanto hablan Min Jon y mi nieta.

Penélope mostró una sonrisa.

—Si me dice el sabor que más le gusta, yo le hago una tarta solo para usted.

—Ya hablaremos de eso más tarde. Creo que mi nieta ya está preparada. —Se le iluminó la cara.

Se oyó un murmullo seguido de los primeros acordes de la música que había elegido mi hermana para empezar la marcha nupcial.

—¡Ay, dios! —exclamó Penélope cubriéndose la boca con la mano.

Me giré hacia ella. Los ojos se le humedecieron.

—¿Qué pasa?

—Ha elegido *The song for my brother* —me explicó ella con los ojos anegados de lágrimas—. Es la canción que le compone el capitán Ri a su hermano en *Crash landing on you*. Y no dejo de pensar que tiene su significado, que no la ha elegido al azar y que de todas las canciones que hay en el mundo, ha escogido esta. Porque es la boda de Coral, pero esta canción

te la está dedicando a ti, Hugo. Venga, acompaña a tu hermana hasta el altar.

Me tomó del brazo y me llevó a la entrada para que recogiera a mi hermana. Aunque Coral y yo habíamos venido juntos, ella había pasado a una de las habitaciones de la alquería para que le retocaran el maquillaje.

Me acerqué hasta el oído de Penélope.

—Solo quería decirte que demasiado sexi no existe. Te lo digo por lo que ha dicho antes mi abuela —murmuré posando una mano en su nalga—. ¿No llevas bragas? —Ella negó con la cabeza—. ¿Quieres que vaya empalmado todo el día?

Penélope soltó una carcajada.

—Este será nuestro secreto —me dijo sacándome la lengua.

Esperó a mi lado hasta que mi hermana llegó hasta donde nos encontrábamos. Penélope comenzó a llorar.

—Estás preciosa. —Penélope sacó un pañuelo del bolso—. Eres la novia más guapa que he visto nunca.

—Eres muy amable. Tú también estás muy guapa. El azul te favorece. —Coral se giró hacia mí—. Ha llegado la hora. Me tiemblan las piernas.

—Agárrate de mi brazo —le indiqué.

Contuve una mueca de dolor y forcé una sonrisa.

Penélope sacó su móvil y nos hizo una foto. Después comprobó cómo habíamos quedado.

—Estáis tan guapos. Mi amiga me ha pedido que haga fotos de todos tus vestidos.

La música seguía sonando. Penélope siguió nuestros pasos de cerca, aunque dejándonos espacio. Cuando llegamos al altar, Min Joon nos esperaba con una gran sonrisa. Él tomó la mano de mi hermana y la ceremonia dio comienzo.

En cuanto me quise dar cuenta, mi hermana se había puesto otro vestido y se paseaba por todas las mesas agradeciendo que quisieran acompañarla en un día tan especial.

—Está siendo una boda tan bonita —me dijo Penélope cuando me senté a su lado.

—La nuestra será mejor…

Penélope se me quedó mirando con la boca abierta. Y me di cuenta de que llevaba deseando decírselo desde hacía unos días. La vida era solo una cuestión de esperar el momento justo para actuar.

—¿Cómo dices?

Hacía dos años, en unas vacaciones que fui a la isla de Jeju, encontré una piedra negra que llamó mi atención. Me llevaba acompañando desde entonces. Le agarré la mano y se la coloqué en la palma.

—Encontré esta piedra con forma de corazón. Y puede que pienses que esto es precipitado, que ni siquiera tengo un anillo preparado, pero te aseguro que nunca he estado más seguro en mi vida.

—¡Oh, Hugo…!

—Penélope, quiero presentarte a mis amigas —nos interrumpió mi abuela—. Todas me dicen que mi nieto tiene una novia muy guapa y que tienes un nombre muy bonito. Quieren verte de cerca… ¿He interrumpido algo importante?

Penélope abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir. Estaba emocionada.

—Sí —respondió Penélope

—¿Sí a qué pregunta, a la mía o a la de mi abuela? —quise saber.

El corazón me iba tan deprisa que temía se me saliera del pecho y sonaba tan fuerte que se mezclaba con la música que había en el ambiente.

—Sí, Hugo, yo también estoy segura. Quiero ser tu pingüina. —Se mordió los labios—. Estaba asimilando la pregunta que me acabas de hacer.

Mi abuela soltó un gritito.

—¡Ah, Yi I! Me acabas de hacer la mujer más feliz del mundo.

Me llevé un dedo a los labios.

—Es un secreto, *halmeoni*. Hoy es el día de mi hermana. Mañana si quieres, puedes llamar a todas tus amigas y darles la noticia. Alégrate, eres la primera en saberlo. —Le sonreí.

—Sí, mañana mismo llamo a todo el mundo. Y yo que pensaba que no iba a llegar este

día. —Le ofreció una mano a Penélope—. Hemos empezado con mal pie, pero quiero arreglarlo. ¿Me acompañas?

—Tu abuela me reclama. —Me guiñó un ojo.

—Acabas de meterte a mi abuela en el bolsillo.

Cuando se alejaban, oí que Penélope le preguntaba:

—No me ha dicho cómo se llama.

—Tú llámame *halmeoni*. Ahora vas a ser mi nieta. Ya lo siento por ti, pero tendrás que lidiar con una abuela gruñona.

—Le tendré que hacer muchos pasteles para ganarme su cariño.

—Me conformo con que hagas feliz a mi nieto.

Sonreí como hacía tiempo que no lo hacía, porque al fin podía decir que todo estaba donde tenía que estar, que mi corazón nunca se cansaría de lo que sentía por Penélope.

Capítulo 31



Penélope

Habían pasado dos días desde la boda de Coral y, mientras iba en el autobús para Valencia, no dejaba de pensar en lo bonito que había sido el enlace desde que había entrado con el primer vestido hasta que se puso el último para bailar con todos los invitados. No solo Coral bailó junto a su marido, también salieron los padres de Min Joon, la madre de Hugo junto a Dylan e incluso se animó la abuela. Era una mujer de carácter imprevisible que se había bebido varias botellitas de *soju* y había aguantado durante toda la tarde. En cambio, yo me bebí dos vasitos y sentía que la cabeza se me iba un poco. Toda la familia aguantaba muy bien el alcohol.

Todos los nervios que había pasado nada más llegar al lugar desaparecieron cuando la abuela de Hugo me presentó a sus amigas. Me paseó por casi todas las mesas como si fuera un trofeo con una sonrisa de oreja a oreja. Y yo me dejé arrastrar por la energía de esta mujer que guardaba un lado amable solo para la gente que ella apreciaba. Por lo poco que la conocía, era de extremos: o le gustabas mucho o te detestaba. Con ella solo existían dos colores, el blanco y el negro.

Aún no le había dicho nada a Gabi de lo que pasó el día de la boda y de que Hugo me había pedido que me casara con él. Solo le envié fotos de momentos mágicos que creía que tenía que compartir con ella y con Mar. Y con cada foto que le enviaba de Coral y de sus vestidos, ella

me decía que era una novia muy guapa y que no podía ser más bonita esa boda. Me la imaginé llorando como una magdalena al enviarle el baile del vídeo que se marcaron ella y su marido. Al igual que a Gabi, a ella también le gustaba ABBA y habían elegido *Dancing Queen* para empezar el baile. Y para ser sincera, no lo hacían nada mal ninguno de los dos.

Estaba deseando llegar a la pastelería para contarle todo con pelos y señales. El día anterior se lo había dado a Mar libre, así que cuando llegué a la pastelería, ella y Gabi me esperaban en el obrador para desayunar juntas. Mar había preparado unos bollos suizos para acompañarlos con mermelada de varios sabores y también había hecho zumos de naranja.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirnos? —preguntó Gabi.

Me llevé una mano a la boca y me hice un poco la loca. Quería que fuera ella quien se diera cuenta de que algo había cambiado en mi mano.

—No sé por dónde empezar.

Lo primero en lo que se fijó Gabi fue en el dedo anular de mi mano derecha. Yo tamborileaba mis dedos e hice un poco de teatro.

—¿Y este anillo? —Quiso saber mi amiga.

Mar se acercó también y me agarró de la mano.

—¡Qué bonito es! —exclamó Mar—. Madre del amor hermoso, esto sí que es un diamante como dios manda. Es como un garbanzo de grande. Tiene que valer una fortuna. Se habrá empeñado para comprarlo.

—¿Esto significa que Hugo te lo ha pedido? —preguntó Gabi.

Asentí con la cabeza y las tres soltamos un gritito. Aún no habíamos abierto al público, por lo que nadie podía oír el escándalo que montamos las tres en un momento. Nos empezamos a reír con ganas.

—Me tenías que haber llamado ayer —me dijo Gabi.

—Es que hay ciertas cosas que no se pueden contar por teléfono. Quería ver la cara que ponías cuando te enseñara el anillo.

—Pero ¿cómo pasó? —Gabi no dejaba de mirar el anillo—. Se arrodilló ante todo el

mundo.

—Sí, se arrodilló…

—¡Qué romántico! —exclamó Mar.

—Pero no fue para pedirme matrimonio.

—Será mejor que empieces por el principio —comentó Gabi.

—Sí, no sé muy bien cómo sucedió. Yo le estaba diciendo que la boda de su hermana era muy bonita y él me respondió que la nuestra sería mejor. Y entonces me regaló una piedra, como si fuera un pingüino…

—Espera, espera… ¿te regaló una piedra? —preguntó Gabi.

—Sí, una piedra con forma de corazón que encontró en la isla de Jeju. A mí me pareció muy tierno ese momento. No fue como me lo había imaginado.

—Pero ¿tú te imaginabas que te lo iba a pedir? —Quiso saber Mar.

—Si te digo la verdad, no había pensado en ello, pero cuando me lo dijo lo vi lo más normal del mundo. —Le di un bocado al bollo.

—Vale, pero ¿y el anillo? Cuenta, no nos dejes en ascuas. ¿Cuándo te lo dio? —Mar había traído tres cafés—. Cómo te gusta mantener la tensión.

—En realidad no fue Hugo quien me lo regaló.

—¡Ah! ¿no? Si no fue él, ¿quién fue? —inquirió Gabi.

Primero miré a Gabi y después a Mar. Las dos estaban cogidas de la mano.

—Fue la abuela de Hugo —repuse con una sonrisa.

Gabi parpadeó varias veces al tiempo que agitaba la cabeza.

—¿Cómo que la abuela? —Se interesó Mar—. Pero ¿no era una arpía? Con lo mal que te lo ha hecho pasar. ¿Qué nos hemos perdido?

—Sí, nos lo ha hecho pasar mal, sobre todo a Hugo. —Les conté lo que había pasado en la boda y la promesa que le había hecho al abuelo de Hugo—. Entonces antes de presentarme a sus amigas, me llevó a un aparte y se sacó este anillo de su dedo. Me dijo que se lo había regalado su marido el día que anunciaron su compromiso y que quería que lo llevara yo.

—Esta mujer es un poco bipolar, ¿no? —replicó Gabi untando su bollo de mermelada—. Primero os trata mal y luego lo quiere arreglar regalándote un anillo. Yo creo que le faltan varios tornillos.

—Sí, no te lo negaré. Es una mujer controladora, acaparadora y contradictoria. Hugo dice que tiene una parte encantadora. Yo no quería aceptarlo, pero ella insistió varias veces. Me dijo que me lo tenía que poner, que era un anillo que llevaba en la familia más de ciento cincuenta años. Que no le podía hacer ese feo. Y bueno, de pronto lo tenía puesto en la mano. Se alegró de que no tuviera que hacerle ningún arreglo, que era perfecto para mí.

—¿Y por qué no se lo regaló a Coral? —dijo Mar—. Tiene más sentido. Ella es su nieta y a ti acaba de conocerte y encima empezasteis con mal pie.

—Eso mismo quise saber yo, que el anillo lo tenía que llevar Coral, que ella era la nieta, pero la abuela negó con la cabeza. Era una tradición que había pasado de primogénito a primogénito. Y quien se merecía llevarlo era la mujer que se casara con Hugo. Aunque también hay otro motivo. ¿Sabéis por qué quería que me lo quedara? Porque me dijo que había perdido a mucha gente en su vida y que ya estaba cansada de perder a tantas personas. Ahora solo deseaba que su familia ganara a alguien como yo y que ahora era una más de ellos. Que lo aceptara en nombre de Hugo y de toda la familia. Y no pude rechazar este anillo tan bonito. Y sé que es una locura, porque todo ha sucedido tan rápido que apenas he tenido tiempo de asimilarlo. Ahora, también me dijo que si le rompía el corazón a Hugo me arrepentiría toda la vida.

—Pensaba que te diría que te rompería las piernas o algo así —soltó Gabi con una mueca en los labios.

—Es una mujer de carácter, pero no habría llegado tan lejos… creo.

—Eso nunca lo sabes. Tiene un hermano que es bastante chungo.

Las tres soltamos una carcajada. Y me reí para aliviar un poco la tensión que había vivido unos días atrás. Seguía teniendo alguna pesadilla, pero cuando gritaba en sueños, Hugo me abrazaba y sentía que encajaba en sus brazos, en su vida, en sus labios y en todo su cuerpo.

Éramos perfectos el uno en el otro.

—Si al final terminó disculpándose —reconocí.

—Al menos parece que entró en razón —aseveró Mar.

Me levanté después de beberme lo que me quedaba del zumo de naranja.

—Bueno, es hora de prepararle la tarta a Hugo. Esta tarde lo celebraremos aquí, después del concierto de Dylan. Va a venir toda su familia. ¡Ah! Se me había olvidado deciros que Dylan y Yu Ri se están conociendo.

—Desde luego, no puedes decir que no fuera una boda divertida. —Gabi me dio un abrazo por detrás—. Me alegro de que la abuela viera lo estupenda que eres. Vas a ser una novia muy guapa. —Cogió el bolso que había dejado en la percha—. Yo también me tengo que marchar. Vendré sobre las seis y media. No puedo comer con vosotras. Tengo que hacer varias entregas y preparar tres pedidos para Francia.

—Luego nos vemos. —Mar le dio un beso en los labios.

Estuvimos trabajando hasta la hora de la comida. Me había traído de casa unos táperes que me había preparado la abuela de Hugo y así no tener que preparar nada. Parecía que estaba haciendo puntos para que olvidara lo mal que me había tratado. Después de comernos el postre, terminé de hacer la tarta de Hugo.

Los primeros en llegar al concierto de Dylan fueron Coral y su marido. Se marcharían de luna de miel el lunes por la mañana. Querían hacer un safari por Tanzania y después pasar una semana en las islas Seychelles. Un viaje de ensueño que no me importaría hacer algún día.

Los hice pasar al obrador.

—Cuántas chicas hay. Están todas las mesas llenas y hay un montón de pie, en la barra —exclamó Coral—. Cuando Dylan me habló de cómo había ido la semana pasada, pensé que exageraba un poco.

—Se ha corrido la voz de lo bien que canta Dylan en mis grupos de WhatsApp, en los que comparto mi amor por los *kdramas* y por el *kpop* —respondí—. En cuanto compartí un vídeo que me pasó tu hermano, las chicas se volvieron locas y todas querían conocer a Dylan.

¿Queréis tomar algo?

—Sí, un té para mí y para Min Joon un café largo.

Enseguida llegaron Dylan y Yu Ri. No me había dado cuenta de lo mucho que me gustaba cómo se miraban.

—¡Cuñada! Esto está más lleno que la semana pasada. —Me dio un abrazo.

—Te dije que ibas a triunfar. Y este es solo el segundo día. Dentro de poco mi pastelería se te va a quedar pequeña. El mundo te espera allí fuera. Vamos a verte triunfar.

Dylan soltó aire por la boca.

—Hoy voy a empezar el concierto con una canción que terminé de componer ayer por la tarde. Es como si fuera mi primera vez. Y, además, han venido también los padres de Min Joon a verme tocar y las amigas de mi abuela. No sé si estoy más nervioso que la semana pasada.

—Tú canta como sabes. Tienes al público de tu parte. Lo hagas bien o mal te van a aplaudir hasta que les duelan las palmas.

Antes de que dieran las siete, llegaron Hugo, su madre y su abuela. Les había reservado una mesa delante, para que no se perdieran nada.

—Enano, ¿estás preparado? —Hugo le agitó el pelo a su hermano—. También han venido Sergio y Adela. Les comenté que eras un artista.

Dylan asintió con la cabeza.

—Ya sabes, Min Ki, tienes que cantar la canción que te he pedido —dijo la abuela—. Era la que más le gustaba al abuelo.

—Sí, *halmeoni*.

Hugo se acercó a mí.

—Me gustaría echarte una mano. Me siento un poco inútil.

—Tú disfruta del concierto y de estar con tu familia.

Gabi llegó bastante apurada y enseguida se puso un delantal.

—Se me ha complicado un poco la tarde, pero ya estoy libre. Venga, os ayudo a poner cafés.

Lo primero que hizo Dylan al empezar a cantar fue felicitar a Hugo por su cumpleaños. Lo que me gustaba de Dylan eran los mil y un sentimientos que escupía junto a su guitarra. Su música era magnética, no podías apartar los ojos de él. Y eso no lo podía decir de muchos cantantes. Su voz tenía algo de canto de sirena.

Durante la primera media hora no paramos de atender mesas. Todo lo que habíamos preparado para esa tarde se había consumido. Al llegar a la última canción, Hugo me hizo un gesto para que me acercara. No dejó de observarme hasta que no llegué a su lado. Y era increíble lo que me provocaba con solo mirarme. Hugo me sacaba más de 20 centímetros y sin embargo me sentía enorme a su lado. Me veía tal y como era. Me senté en su regazo para escuchar la canción que le había pedido su abuela. Se trataba de *Fly me to the moon*.

Podía sentir que a Dylan le gustaba que lo miraran, ser el centro de atención. No podía negar que no fuera un artista de los pies a la cabeza. Tenía un talento natural para la música.

—¿Sabes? Esta es la canción favorita de mis padres —le dije—. He perdido la cuenta de las veces que la ponía mi padre en casa y bailaba con mi madre. A ellos les encanta bailar.

—¿Eso es una indirecta? Yo tengo dos pies izquierdos.

—Me conformo con que bailemos en nuestra boda.

—Entonces me esforzaré para bailar contigo.

Cuando terminó el concierto y se marcharon todas las mesas, saqué la tarta para Hugo con 29 velas. Su familia le cantó en coreano y después Gabi, Mar, las camareras y yo le cantamos en castellano.

—Tienes que pedir un deseo, Yi I —Le pidió su abuela.

—Ya tengo todo lo que quiero —dijo soplando las velas.

—Quiero que abras este regalo. —La abuela le dio una cajita.

Hugo le quitó el papel a una caja de cartón y sacó un coche de policía de hojalata muy viejo.

—Recuerdo que una de las pocas veces que vinisteis de visita te llamó la atención este juguete que coleccionaba tu abuelo. Te pasaste toda la tarde jugando con el coche. Decías que

ibas a ser policía y solo tenías seis años. Quiero que lo tengas tú.

Hugo se marcó una sonrisa.

—Me acuerdo de ese día. El abuelo me dijo que me lo regalaría cuando fuera policía. Gracias por el regalo.

No fue el único regalo que recibió. El mío lo dejé para el final.

—Es una tontería. Espero que te guste.

Hugo abrió el paquete. Sacó un pingüino de peluche. Entonces soltó una carcajada.

—Esto te recordará que quiero ser tu pingüina para siempre.

Su familia nos miraba sin entender de qué estábamos hablando. Solo lo entendieron Mar y Gabi, que nos miraban con los ojos húmedos.

—Es el regalo perfecto.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué habría pasado si te hubiera dicho que no? —La pregunta me había salido sin pensar.

—¿Eso significa que te arrepientes?

—No, creo que ha quedado claro.

—Habría insistido hasta que me hubieras dicho que sí.

Epílogo



Hugo

(Cuatro años después)

—Hugo, te están llamando al móvil. —Penélope me tocó el hombro. Parpadeé durante unos segundos antes de despertarme del todo—. Cógelo antes de que despierte a Martina.

Penélope dormía abrazada a nuestro pequeño milagro de tres años y medio y yo envolvía con mis brazos a las dos. Martina había llegado a nuestra vida sin esperarlo. Justo un mes después del viaje a París, a Penélope no le bajó la regla. Ella era bastante regular y nunca había tenido un retraso. Así que cuando se hizo la prueba de embarazo dio positivo.

Miré la hora antes del responder. El día anterior había doblado turno y estaba bastante cansado. Eran las seis y diez de la mañana. Me sobresalté cuando advertí que era mi abuela quien llamaba.

—*¡Halmeoni!* ¿Pasa algo?

—Yi I, acabo de tener un sueño. Y este es de los importantes.

—¿Y no puedes esperar a decírmelo a las ocho y media? —susurré—. Martina está dormida.

—Ay, no me digas que te he despertado.

—Sí, lo has hecho. Son las seis casi y cuarto. Ni siquiera Martina se levanta tan temprano. ¿Qué es ese sueño tan importante que me tienes que contar?

—¿Cómo no me has dicho que Penélope está embarazada?

—¿Cómo dices?

Me incorporé como un resorte. Aquella revelación me despertó por completo y me dejó un poco confuso, y más cuando acertó de lleno con el embarazo de Martina. En otro sueño vio que el bebé que esperábamos iba a ser una niña rubia.

—No me interrumpas, Yi I. ¿Cuándo pensabais contármelo?

—*Halmeoni*, es la primera noticia que tengo… que tenemos —rectifiqué enseguida.

Llevábamos varios meses intentando tener otro bebé. Con Martina había sido tan rápido y tan de improviso que pensábamos que esta segunda vez iba a ser igual que la primera vez. A pesar de haber usado protección en aquella ocasión, Penélope se había quedado embarazada. Dicen que París es la ciudad del amor y a nosotros se nos desbordó por todos los poros de nuestra piel en aquel viaje. Y de aquella pasión nació Martina, una niña de cabello rizado tan rubio como el de su madre, aunque los ojos los tenía rasgados y tan oscuros como los míos. No le habíamos dicho a nadie de nuestra intención.

—Vais a tener un niño que se parecerá a ti y tendrá los ojos azules. Vendrá para navidad. No sabría decirte qué día, porque eso no lo puedo saber, claro, aunque algo me dice que va a ser el mismo 25. —Me quedé sin palabras. No sabía qué responderle—. Yi I, ¿sigues ahí?

—Sí, sí, claro que sigo aquí. Ahora sí que no puedo dormirme.

—Tonterías. Ahora que lo sabes, ya puedes volver a la cama.

Como si pudiera seguir durmiendo. Iba a ser imposible. Me despedí de mi abuela.

—Abrázame de nuevo. —Me pidió Penélope—. ¿Qué quería tu abuela?

—Dice que estás embarazada. —Me callé unos segundos—. ¿Lo estás?

Se giró hacia mí.

—No lo sé. Tendría que bajarme la regla en dos días.

—No le demos más importancia. Vamos a seguir durmiendo.

—Ahora no puedo. ¿Y si tiene razón? —Penélope se llevó las manos a los pechos—. El caso es que me los noto un poco más llenos.

Se levantó de un salto.

—¿Dónde vas?

—Al lavabo, a comprobar si lo que dice tu abuela es cierto.

Yo seguí sus pasos.

—¿Vas a hacer caso de lo dice? Es solo un sueño que ha tenido. Vamos a volver a la cama. Lo que sea, puede esperar dos horas más.

—¿Y si tiene razón? Tengo una prueba en el mueble del lavabo. Además, este tipo de pruebas es mejor hacerlas con el primer pis del día.

—Sabes que ahora eso da igual —le recordé.

—Ya, pero quiero saberlo y quiero que lo hagamos juntos.

Sacó de un cajón una prueba, le quitó el envoltorio y se sentó en la taza del wáter. Me dejé caer en el suelo, apoyando la espalda en la pared y con los brazos sobre las rodillas.

—Ahora solo hay que esperar cinco minutos. —Dejó la varilla sobre la pila del lavabo y se lavó las manos.

Se volvió a sentar.

La miré mientras no dejaba de pensar en lo enamorado que seguía de ella. Con Penélope todo había sido fácil desde el principio, porque de eso se trataba el amor, de que fuera como un río que fluye.

—¿Ya han pasado los cinco minutos? —Penélope se incorporó y dio una vuelta sobre sí misma.

—No he estado pendiente del reloj. Pero podríamos mirar.

—No sé si me atrevo a hacerlo.

Noté que estaba nerviosa. Me levanté para ver el resultado.

—Esto es muy fuerte —repuse.

—¿Qué ha salido? —preguntó ella—. Dime algo.

—Será mejor que lo veas tú.

Penélope cogió la varilla con los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo es posible que lo haya sabido antes que yo? —me dijo con los ojos húmedos—. Se supone que yo soy la madre, la que está embarazada.

—Dice que va a ser niño, que se parecerá a mí, pero que tendrá los ojos azules.

Creo que ninguno de los dos teníamos dudas de que iba a ser un niño.

—Quiero que se llame Gabriel. Seguro que a Gabi le encantará —comenté—. Siempre me gustó ese nombre.

—Le va a encantar. Es la tía perfecta para nuestros hijos.

Me agarró de la mano y fuimos a la cocina.

—¿Tienes hambre?

Sacó unas cuantas galletas de pingüino. Las hacía para Martina. A ella le gustaba que la llamásemos pingüinita.

—De ti siempre. —Penélope se movía por la cocina con nerviosismo—. ¿Sabes? Esto que tenemos es perfecto.

Me calló con un beso. Todas las palabras estaban alojadas en su boca.

Desayunamos con tranquilidad, algo de lo que no disfrutábamos muy a menudo. Martina solía despertarse sobre las siete y media.

Después de que se levantara Martina y desayunara, nos vestimos con calma. En unas horas Gabi y Mar se casarían. Los dos hijos de Mar la acompañarían hasta el altar y Penélope llevaría a Gabi. Ese día, las dos pastelerías que ya tenía Penélope cerrarían. La segunda la había abierto junto a Mar.

Cuando vi avanzar a Gabi del brazo de Penélope al ritmo de *Dancing Queen*, me quedé atrapado en su mirada. Ella caminaba con paso seguro, mantenía sus ojos puestos en mí y una sonrisa radiante. Se había hecho un colgante con la piedra que le había regalado. Recordé el día

de nuestra boda, de que fue uno de los días más felices de nuestra vida. Gabi no podía parar de llorar de la emoción y Penélope se había contagiado. Sabía que me diría que eran las hormonas, pero ambos sabíamos que estaba tan emocionada como Gabi.

—Papi, ¿por qué miras tanto a mamá? —Martina posó sus manos en mis mejillas e hizo que la mirara—. ¿Es porque está muy guapa?

—Sí. La miro porque está casi tan guapa como tú —le dije a mi pequeña y guiñándole un ojo a su madre.

Penélope se llevó una mano a su barriga por puro instinto. Gabi le dijo algo al oído a Penélope y ella asintió con la cabeza. Gabi detuvo el paseo nupcial y abrazó a su amiga. Sabía a qué venía ese abrazo de las dos amigas que no dejaban de llorar. Después, Gabi buscó mi mirada y me tiró un beso al aire. Silabeó un gracias que me llegó al alma.

—¿Por qué lloran la tía y mamá?

—Porque son felices.

—Ah, ¿y tú también eres feliz?

Esa pregunta era fácil de responder. Con Penélope me sentía yo mismo y eso era más de lo que me había sentido nunca.

—Sí. ¿Quieres que te cuente un secreto?

Martina asintió.

—Vamos a tener un pingüinito.

—¿Y cómo se va a llamar? Yo quiero que se llame Bluey. A mí me gusta mucho.

Solté una carcajada. Eran los dibujos favoritos de Martina.

—Aún quedan unos meses para que eso pase. Ahora mismo no querría otra vida que no fuera contigo y con tu madre.

—Y con el pingüinito.

—Sí, también con él.



Fin

AGRADECIMIENTOS

Cómo necesitaba escribir una novela como esta. Buscaba una historia que me hiciera reír, quizá no a carcajadas, pero sí que me mantuviera una sonrisa en los labios. Estoy orgullosa de *¿En tu casa o en la mía?* porque, después de no saber qué sería de esta obra, me he decidido a presentarla al Premio Amazon 2024.

Gracias a Juanjo, porque siempre estás para todo. Te quiero ahora, mañana y siempre. Eres mi pingüino.

Gracias a Ian, por estar cuando tu padre y yo he hemos necesitado. Te queremos desde que supimos que venías a esta familia.

Gracias, mamá, porque no habría terminado esta novela sin tus palabras de aliento.

Gracias, Carmen, por ser una amiga incondicional y por nuestras caminatas.

Gracias, María Villora, Elena Capuz y Elena Arcegas, por ser las mejores lectoras cero.

Gracias, Becky, por tus mensajes en Instagram y TikTok.

Gracias, Nuria, Marga y Paco, por ser los mejores hermanos.

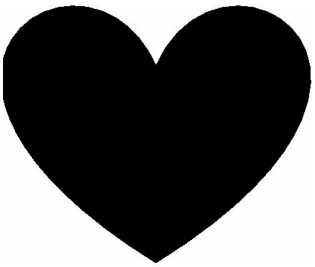
Y por último, gracias a ti, lector, tanto si te ha gustado la novela como si no. En cualquier caso te doy las gracias de corazón, porque sin vosotros este camino sería más duro. Que dediquéis tu tiempo a leer una de mis novelas es un inmenso honor.

El camino hasta llegar aquí ha sido interesante. Con esta novela he aprendido a confiar en mí, en mis personajes, en la trama. Pueden resultar extrañas estas palabras después de tener más de veinte novelas publicadas, pero por primera vez no me he sentido una impostora.

Solo espero que este *kdrama* a la española os toque el corazón y que encontréis ese pingüino en vuestras vidas que os haga la vida más bonita.

Por último, te pido que si te ha gustado la novela, te animes a dejarme una reseña en Amazon, en Instagram o en Tik Tok. También puedes comentármela por redes sociales.

Gracias, gracias, gracias.



LISTA DE CANCIONES

Esta es la lista de las canciones que suenan a lo largo de la novela. A mí me han acompañado durante la escritura y me gusta pensar que a vosotros os puede ayudar a evocar vuestras escenas favoritas. Al final os dejo el enlace a la lista en *Spotify*.

MAMMA MIA — ABBA

ME DEJÓ MARCHAR — Coque Malla

I LOVE YOU ALWAYS FOREVER — Donna Lewis

SMELLS LIKE TEEN SPIRIT — Nirvana

TAKE A CHANCE ON ME — ABBA

ESE HOMBRE — Rocío Jurado

MIL CALLES LLEVAN HACIA TI — La Guardia

ME VOY — Julieta Venegas

BUT IT'S DESTINY — Crash landing on you (BSO)

MY LOVE, LY LIFE — ABBA

I WANT TO BREAK FREE — Queen

DANCING QUEEN — ABBA

THE SONG FOR MY BROTHER — Crash landing on you (BSO)

FLY ME TO THE MOON — Frank Sinatra

Lista en Spotify.

LA AUTORA

Soy Anabel Botella, escritora, actriz, soñadora y administradora de *La ventana de los libros*. Alguna vez me he imaginado vivir las aventuras de Alicia en el país de las maravillas o recorrer el camino de baldosas amarillas, como Dorothy en *El mago de Oz*. Me apasiona el rojo porque me da vida. Me gusta disfrutar, sobre todo, de mi familia, y con ellos me gusta compartir una buena comida, un buen postre o una taza de té con leche. No me gusta nada de nada el café. Desde que me recuerdo siempre he estado con un libro en las manos. Soy una ávida lectora.

Estos son mis libros publicados: *Ángeles desterrados* es mi primera novela publicada (2011), con Nowevolution. Después, en 2013 vinieron *Ojos azules en Kabul*, con Neo Plataforma (premio mejor novela nacional por la revista *Off the record* y nominada a los premios Troa 2014) y *Como desees*, con Montena, ganadora del II PEJR. Premio literatura 2013 por la Fundación Carolina Torres Palero. En 2014 publiqué *Dead7*, con Everest (Premio Púrpura romántica a la mejor novela juvenil y Premio púrpura romántica a la mejor autora juvenil 2014). En 2015 me publicaron mi primera novela infantil: *El enigma del cuadro robado*; también sale al mercado la primera parte de una bilogía fantástica juvenil: *Las crónicas de los tres colores, Elecciones*, con Nowevolution (Premio Avenida a la mejor saga 2015, Premio púrpura romántica 2015 a la mejor novela). En abril del 2016 se publicó *Fidelity* con CrossBooks, de editorial Planeta. En octubre del mismo año se publicó *No puedo evitar enamorarme de ti*, con el sello digital HQÑ. En marzo del 2017 publiqué *Cuervo Negro*, mi primera novela negra, con Ediciones Babylon. Febrero de 2017 Premio literario de ciudad de Águilas a mi trayectoria como autora. En abril del 2017 se publicó *Dos instantes* con la editorial Algar. En septiembre del 2017 se publicó *Dime que no es un sueño* (Finalista al V Premio Harlequín). Marzo de 2018 se publicó *La magia oculta* con Ediciones Diquesí. En abril del 2019 se reeditó *Como desees*, con la editorial Tinturas. Y en junio de ese mismo año salió al mercado la segunda parte de *La magia oculta, El secreto de Alallära*. En octubre del 2019 vio la luz *Invisibles*, con Tinturas. En enero del 2020 gané el I Premio novela Festilij con *Hay un niño fuera de mi armario*, que publicó Diquesí. En febrero del

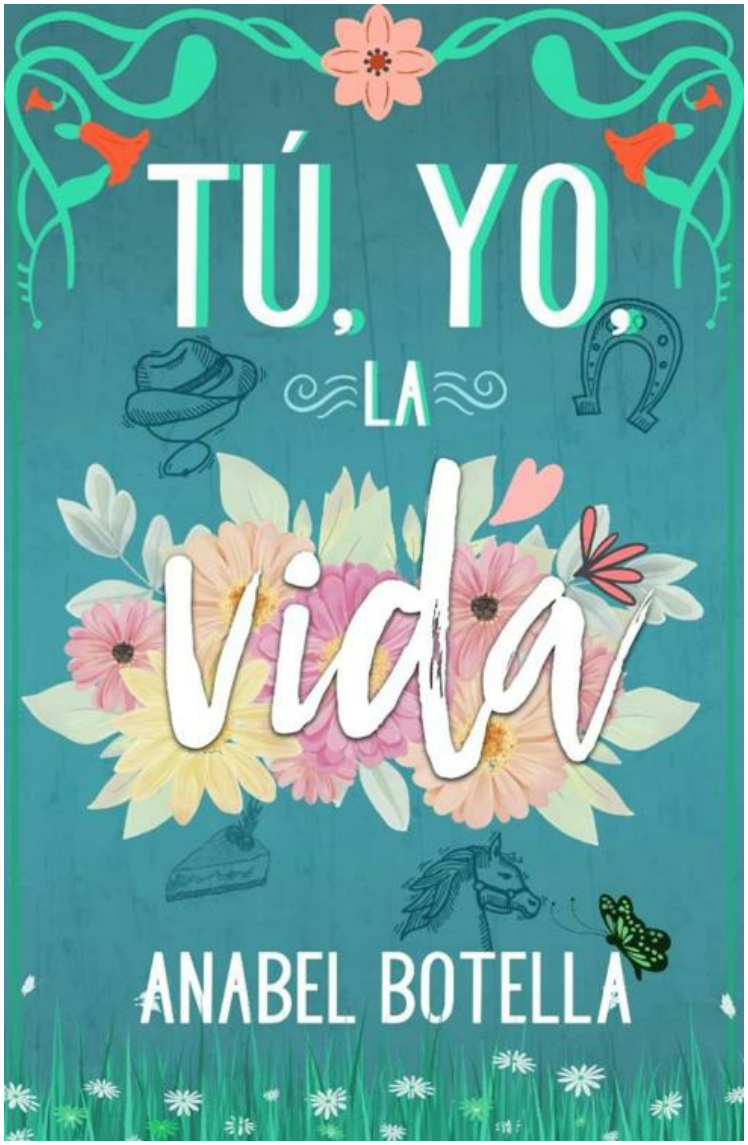
2020 salió en papel *Dime que no es un sueño*. En mayo del 2020 autopubliqué *Adelgaza, no hagas dieta*. En mayo del 2020 autopubliqué *Yoga para niños en casa,* junto con Silvia Lázaro. En junio del 2020 presenté al premio Amazon: *Tú, yo, la vida*. En noviembre del 2020 autopubliqué *Sin límites* y en diciembre de ese mismo año autopubliqué *Un diciembre para recordar*. En junio del 2021 autopubliqué *En el lado oculto de la luna*. En junio del 2022 salió *Sin wifi por Edeta,* con Ediciones Tabarca. En diciembre de ese mismo año, 2022, autopubliqué *Sucedió en Navidad*. Mi penúltima novela publicada es de diciembre de 2023, *Un beso por Navidad*.

La última, de momento, es esta que sostienes entre tus manos.

OTROS LIBROS EN KINDLE

Pincha sobre la portada de cualquier libro para acceder a la página de venta en Amazon

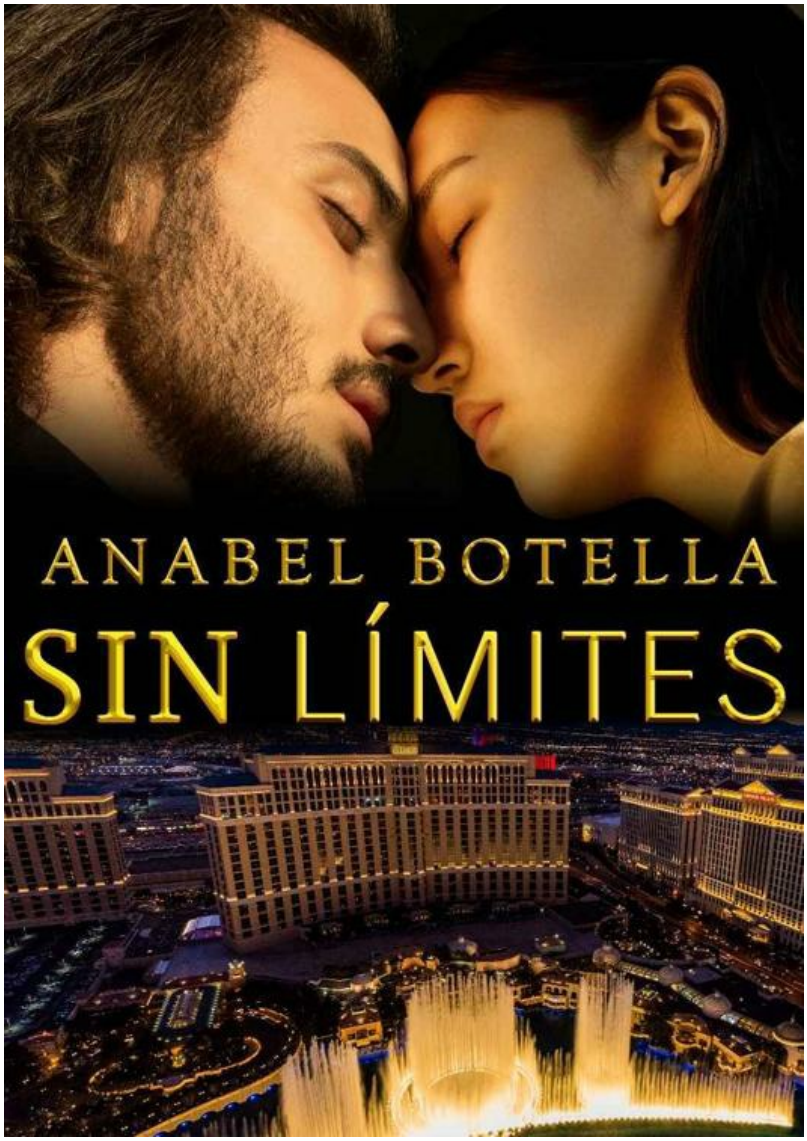
TÚ, YO, LA VIDA



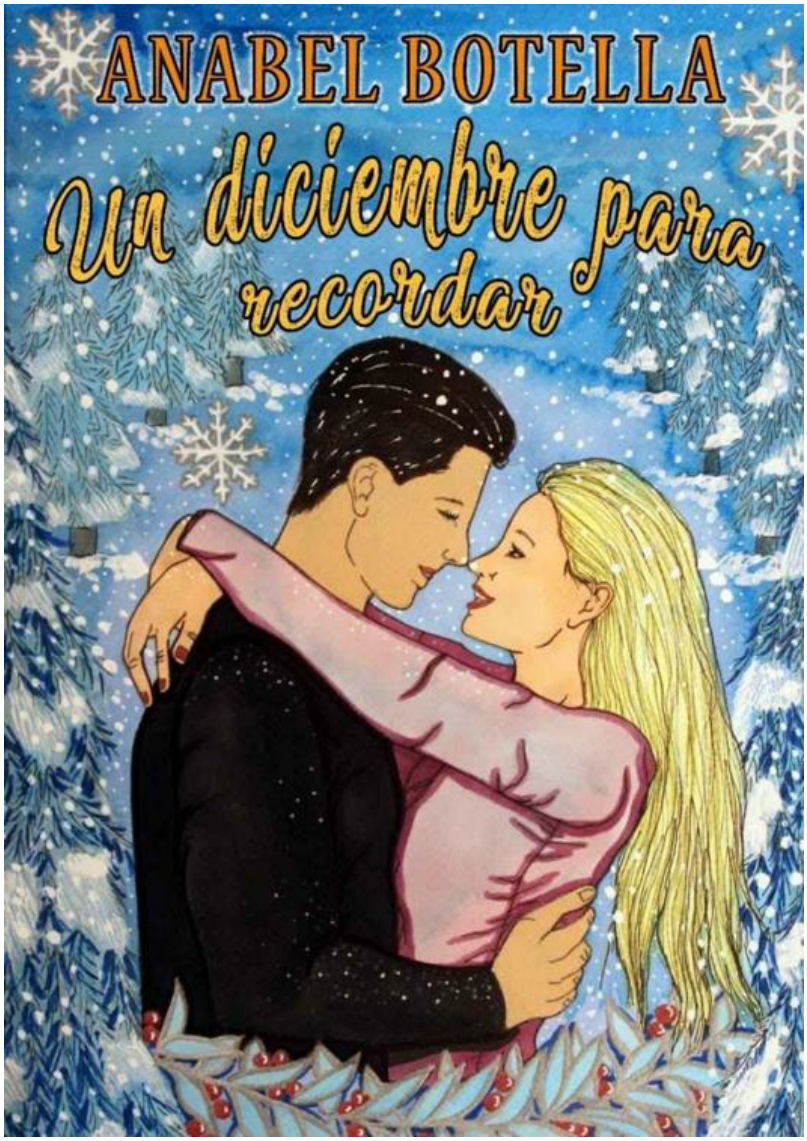
EN EL LADO OCULTO DE LA LUNA



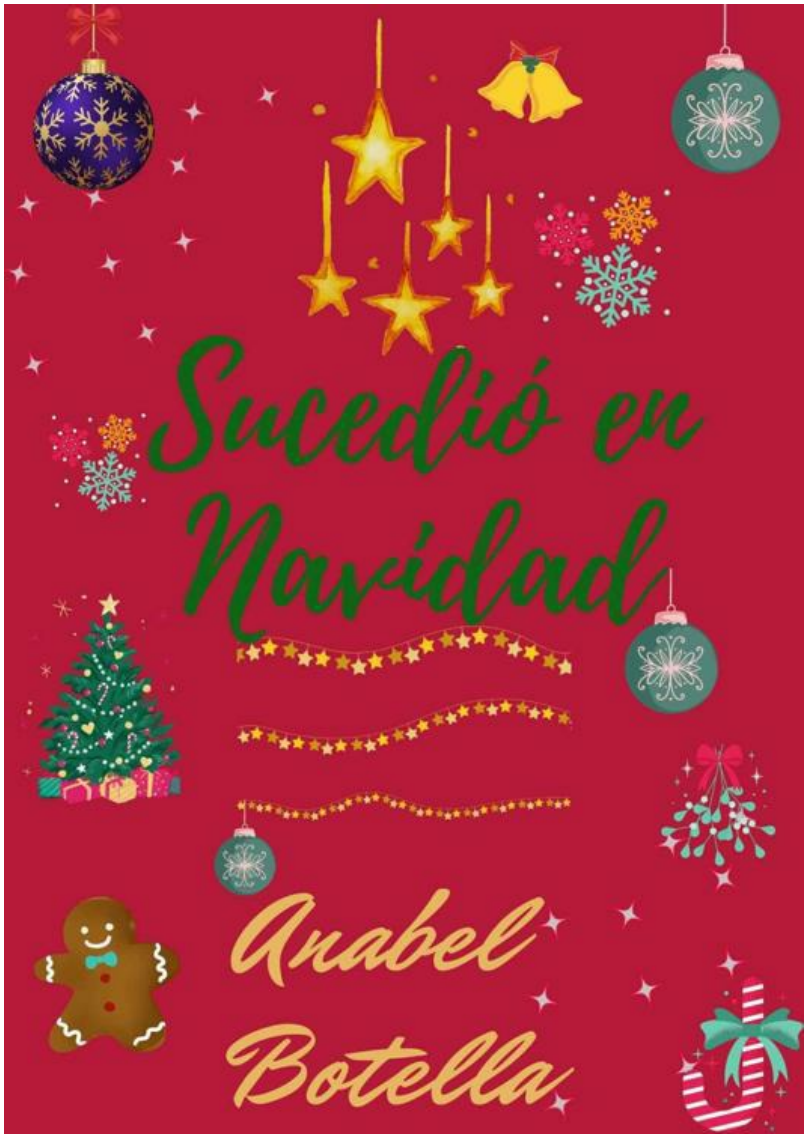
SIN LÍMITES



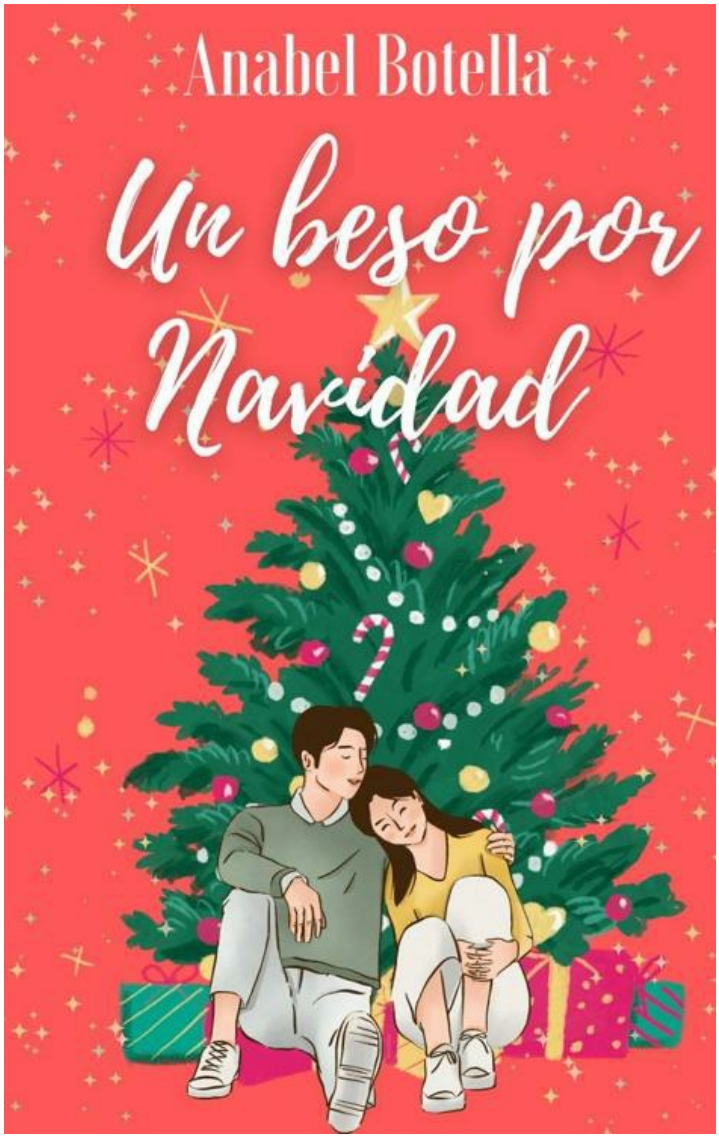
UN DICIEMBRE PARA RECORDAR



SUCEDIÓ EN NAVIDAD

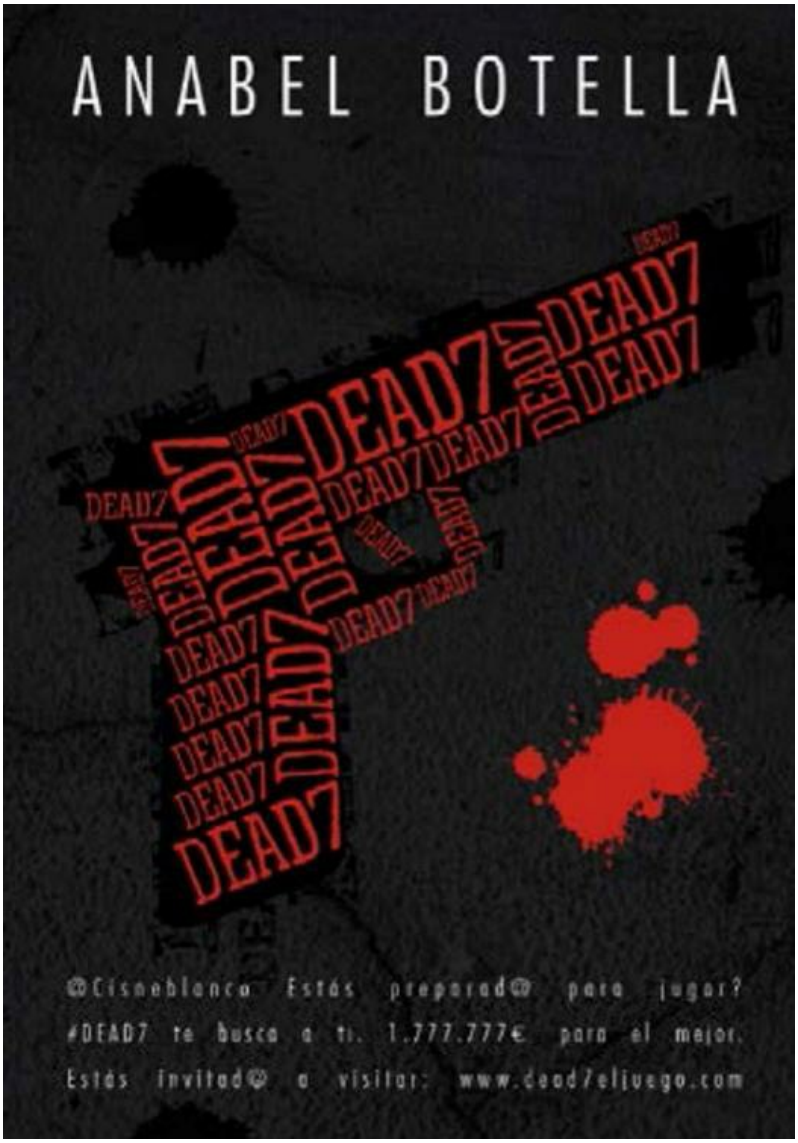


UN BESO POR NAVIDAD



DEAD7

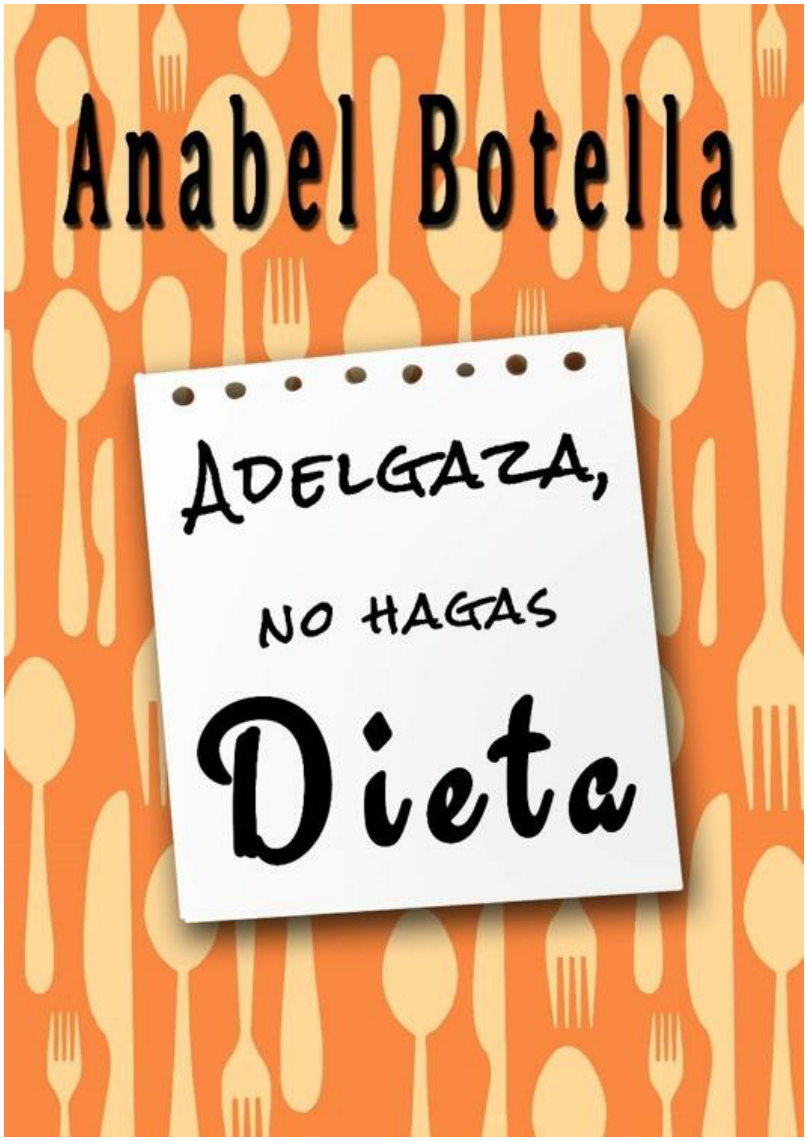
Solo ebook



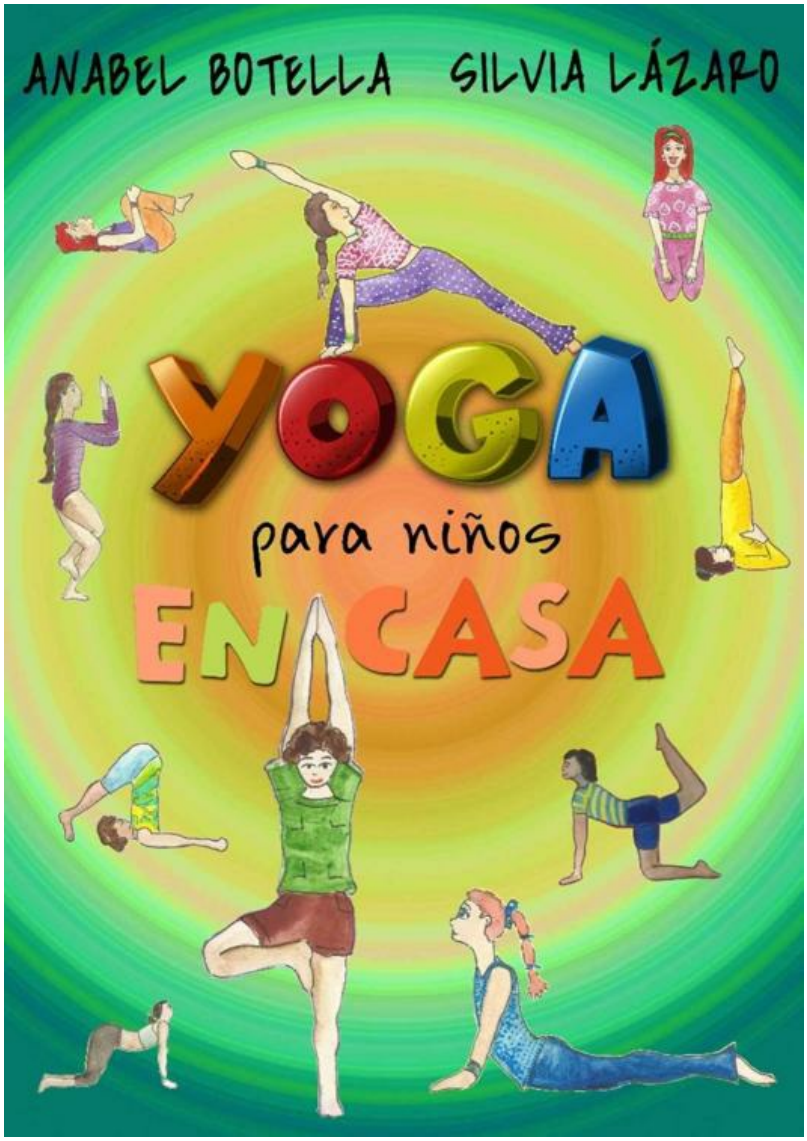
NO PUEDO EVITAR ENAMORARME DE TI



ADELGAZA, NO HAGAS DIETA



YOGA PARA NIÑOS EN CASA



[1] *Solo una mirada, y oigo campanillas,/ una mirada más, y me olvido de todo./ Madre mía, allá voy otra vez,/ oh no, ¿cómo puedo resistirme a ti?/ Madre mía, otra vez es evidente,/ oh no, cuánto te he echado de menos.*

[2] *La cordà de Paterna es la culminación de las Fiestas Mayores. Es una fiesta nocturna pirotécnica*.

[3] *Lo siento, en coreano.*

[4] Te amo, siempre para siempre/ Cerca y lejos, más cerca juntos/ En todas partes, estaré contigo

Todo, lo haré por ti/ Te amo, siempre para siempre/ Cerca y lejos, más cerca juntos/ En todas partes, estaré contigo/ Todo, lo haré por ti.

[5] Gracias, en coreano.

[6] Abuela, en coreano.

[7] *Si cambias de opinión, soy el primero en la fila/Cariño, todavía soy libre/Arriésgate conmigo/Si me necesitas, házmelo saber, estaré cerca.*

[8] *Como una imagen que pasa, mi amor, mi vida/ En el espejo de tus ojos, mi amor, mi vida/ Puedo verlo todo tan claramente/ (Ver todo tan claramente)/ Respóndeme sinceramente/ (Respóndeme sinceramente)/ ¿Fue un sueño, una mentira?*